

COMO HOMBRE DE NEGOCIOS EN COLOMBIA (1911-1929)

NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS
DE HANS SITARZ

MAPA
de
THOMAS FISCHER
(Editor)
DESTINADO A LA INSTRUCCION PUBLICA

bi-
CENTENARIO DE
UNA NACIÓN
EN EL MUNDO



Como hombre
de negocios
en Colombia
(1911-1929)

Como hombre de negocios en Colombia (1911-1929)

Notas autobiográficas
de Hans Sitarz

Thomas Fischer
(Editor)

bi-
CENTENARIO DE
UNA NACIÓN
EN EL MUNDO



Sitarz, Hans, 1889-1958

Como hombre de negocios (1911-1929) / Hans Sitarz; traducción Catherine Aristizábal; prólogo y edición Thomas Fischer. -- Bogotá: Banco de la República, 2019.

324 páginas: fotografías; 24 cm.

Incluye bibliografía

1. Banqueros - Colombia - Autobiografías 2. Banqueros - Relatos personales - 1911-1929 3. Colombia - Historia - Relatos personales - 1911-1929 4. Alemania - Historia - Relatos personales - 1911-1929 I. Aristizábal, Catherine, traductora II. Fischer, Thomas, prologuista y editor III. Tít. IV. Serie 920 cd 21 ed.

A1625869

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Diciembre de 2019

ISBN 978-958-664-396-2

<https://doi.org/10.32468/Ebook.664-396-2>

Carátula

Mapa de la República de Colombia, Ministerio de Relaciones Exteriores (1920), Colombia
Banco de la República (Colección de Libros Raros y Curiosos)

Diseño cubierta y de interiores

María Fernanda Latorre O.

Traducción

Catherine Aristizábal

Corrección de estilo

Asesores Culturales SAS

Revisión

Henry Parra

Consuelo Páez

Nelson Rodríguez

Sección de Gestión de Publicaciones

Departamento de Servicios Administrativos

Banco de la República

Armada electrónica y finalización de arte

Asesores Culturales SAS

Impresión

La Imprenta Editores S. A.

Las opiniones expresadas en los capítulos de este libro no comprometen al Banco de la República ni a su Junta Directiva.

CONTENIDO

IX	Mapa de Colombia
XI	En referencia a las notas autobiográficas de Hans Sitarz
XXVII	Prólogo a la versión en español
1	Sobre el autor
3	Desde Stettin a Bogotá
18	Empleado de la empresa Pehlke en Bogotá
24	En la hacienda Hamburgo
45	En el Deutsche Antioquia Bank
58	Círculo de amigos y recreación en Medellín
69	Negocios en el Valle del Cauca
85	“Asistente para todo servicio”
103	Director de sucursal en Barranquilla
114	Vacaciones en Alemania
127	Fundación de sucursal en Honda
133	Alegrías y pesares de un director de banco
152	Viaje a Santander
160	“Un honor ser banquero...”
169	Viaje a Europa
177	Matrimonio y regreso a Medellín
183	Un viaje de aventuras a Bucaramanga
188	Felicidad en la vida familiar y suerte en el negocio
195	Viaje a Europa por Nueva York
201	Señales de crisis

207	Coyuntura económica sobrecalentada
215	Problemas con los consejos de administración en Medellín y Bremen
226	Retiro del banco
229	Colombia – trece años más tarde
259	Colombia – quince años más tarde
271	Índice de fotografías
273	Índice



MAPA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, 1920, (CIUDADES VISITADAS POR HANS SITARS)

- ① Bogotá (1911-1913)
- ② Hacienda Hamburgo, Victoria, Caldas (1911-1912)
- ③ Medellín, Antioquia (1913)
- ④ Cali, Valle del Cauca (1914)
- ⑤ Manizales, Caldas (1914)
- ⑥ Barranquilla, Atlántico (1920)
- ⑦ Honda, Tolima (1922)
- ⑧ Bucaramanga, Santander (1924)
- ⑨ Armenia, Quindío (1926)
- ⑩ Cartagena, Bolívar (1928)

- Barrancabermeja, Santander
- Fredonia, Antioquia
- Girardot, Cundinamarca
- Magangué, Bolívar
- Sonsón, Antioquia
- Puerto Berrío, Antioquia
- Puerto Wilches, Santander

Fuente: Ministerio de Relaciones Exteriores (1920), Colombia. Banco de la República (Colección de Libros Raros y Curiosos).

EN REFERENCIA A LAS NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS DE HANS SITARZ, INTRODUCCIÓN DE LA VERSIÓN ALEMANA DE 2003

Hans Sitarz (1889-1958) fue un comerciante y banquero proveniente de Europa, que vivió gran parte de su vida en América Latina y en los Estados Unidos. Con la presente publicación, se ponen, por primera vez, a disposición de un amplio público lector, extractos de sus anotaciones personales. Se trata de un importante período de su vida, entre 1911 y 1929, años vividos en Colombia. Además, se han adjuntado como complemento dos informes redactados por él sobre este país durante 1942-1943 y 1944. Sitarz elaboró estos textos a comienzos de los años cincuenta con máquina de escribir y los completó con observaciones en manuscrito alemán. Para esto se basó en su diario y en su excelente memoria. El manuscrito se encuentra en poder de su hija Anneliese Sitarz en Summit, Nueva Jersey. El autor falleció antes de la ansiada impresión.

¿Cuál es el contenido del presente libro? Se trata esencialmente de la descripción del ascenso de Sitarz, desde su cargo inicial como simple empleado subalterno, a director de banco, con amplias facultades de decisión. El autor relata aspectos de su trayectoria, las empresas en las que laboró, la cultura empresarial de estas firmas, así como sobre las personas con quienes trabajó. Además describe la economía, la sociedad y las costumbres de ciertos grupos en las regiones visitadas por él.

Hans Sitarz vivió sus primeros años en Viena. Cuando tenía 8 años su familia se mudó a Stettin. Los ingresos de sus padres eran modestos y no le permitían a la familia, compuesta por diez integrantes, lujo alguno. A pesar de esto, Sitarz recibió una sólida formación comercial. Posteriormente logró ubicarse en la empresa comercial Tillack und Böhm, en Stettin. Cuando cumplió 17 años, falleció su padre, lo que significó un duro golpe para la familia. Al considerar el poco reconfortante panorama en Alemania, el joven comerciante vislumbró su propio futuro fuera de Europa y las discusiones en el *Überseeischer Verein* (Asociación de Ultramar), lo reafirmaban en su

opinión¹. A lo largo de su vida siempre acató el principio de que toda persona podría lograr las metas que se propusiera, con honestidad, bienestar y prestigio, a través de la formación y la dedicación, así como evitando las ‘malas compañías’. Veía para sí mismo el mayor potencial de crecimiento en países económicamente atrasados, ya que allí había una demanda mayor de mano de obra competente. Además, consideraba que su progreso personal en el extranjero también debía ser de utilidad para la sociedad receptora. Sitarz perseguía su meta con enorme fuerza de voluntad y constancia; en esto tenía la suerte de que su robusto cuerpo no lo abandonaba.

Como Sitarz escribió, no necesitó pensarlo mucho cuando en septiembre de 1910 la empresa de exportación e importación Ernst Pehlke le propuso hacerse cargo de un puesto de trabajo en la sucursal de Bogotá. Un sueño parecía hacerse realidad para él. A pesar de que su madre no deseaba verlo partir (su despedida “no fue un asunto para celebrar”), se impuso. Después de una breve preparación en el estudio contable de Ernst Pehlke en Hamburgo, fue enviado a Colombia. Esta empresa regentaba en la calle comercial de Bogotá una agencia de importación; la especialidad consistía en la venta de artículos de regalo económicos y bisutería, lentes esmerilados y aparatos ópticos de Alemania. A su vez, Ernst Pehlke exportaba café de la hacienda de su propiedad a Alemania y se dedicaba a la cría de ganado para el mercado interno.

Las grandes expectativas de Sitarz sufrieron una desilusión al poco tiempo de su llegada a Colombia. Ernst Pehlke, el director de la empresa, tenía pésima reputación entre los comerciantes alemanes, empleados y clientes, debido a fraudes, falta de disposición innovadora y tacañería. Mientras la relación con Pehlke se mantuvo siempre fría, Sitarz se entendía muy bien con los otros dos empleados. Las tareas encomendadas a él consistían, ante todo, en la confección de anteojos, la contabilidad, y la venta de joyas y artículos de regalo. A través del contacto con los clientes, Sitarz logró rápidos progresos en el dominio del español.

Durante su tiempo libre realizó numerosas caminatas y salidas a caballo por los alrededores de Bogotá, contra la recomendación de Pehlke, director de la firma, que intentaba impedir toda vida privada de sus empleados. De

¹ Referente a la motivación de jóvenes comerciantes alemanes de emigrar a ultramar, véase Thomas Fischer: “Ausländische “Eliten” und “Entwicklung nach außen”: Kolumbien 1850-1914” (“Élites extranjeras” y (desarrollo hacia afuera): Colombia 1850-1914”), en Hans Hopfinger/Horst Kopp (eds.), *Wirkungen von Migrationen auf aufnehmende Gesellschaften*, Neustadt an der Aisch, 1996, pp. 27-29.

esta manera, Sitarz descubrió su pasión por los caballos, además de adquirir rápidamente conocimientos sobre el país y su gente.

A finales de 1911 a Sitarz le fue concedido realizar con su jefe un inventario en la hacienda Hamburgo, propiedad de la empresa. Después de dos semanas de trabajo contable Pehlke expresó a Sitarz su deseo de que este prolongara su estadía para aumentar la cría de ganado, mejorar el uso de las áreas de pastoreo y ayudar en la investigación de fraudes. Cuando Pehlke enfermó gravemente y debió abandonar la hacienda, le confió la administración a Sitarz y a otros alemanes que vivían en la propiedad. A diferencia de muchos inmigrantes europeos en América Latina, a quienes la soledad causaba desesperación, Sitarz disfrutaba de la vida lejos de los centros urbanos, y desde ese momento ya hacía planes de convertirse en criador de ganado. También se entendía muy bien con los vaqueros. Por lo tanto, le causó poco entusiasmo el hecho de que fuera llamado a regresar a la capital colombiana.

Sitarz no se sentía obligado a ser fiel a su jefe, ya que este omitía recomendar a sus empleados por el empeño puesto en el trabajo. Debido a que Pehlke no le había concedido ningún aumento de sueldo, Sitarz llegó pronto a la conclusión de que en esta empresa no alcanzaría sus objetivos.

A comienzos de 1913 un conocido le informó que el Deutsche Antioquia Bank, fundado en septiembre de 1912, con sede central en Bremen, buscaba un empleado alemán, conocedor del país, con conocimiento del español y buen certificado de trabajo en contaduría y correspondencia, para su sucursal central en Medellín. Sitarz asumió el cargo y viajó a Medellín, donde fue recibido con amabilidad. El banco era el foco de atención de los intereses privados de las clases altas del floreciente departamento de Antioquia. Estas consideraban la actividad de la institución financiera como una prestadora de servicio para sus negocios en la minería, la cría de ganado, la industria y, cada vez más, en el área del café. Al negocio financiero en sí, según la opinión de Sitarz, no lo consideraban en ese entonces una empresa lucrativa y la profesión del empleado y empresario bancario no gozaba de mucho prestigio en esa época. A Sitarz se le confió el trabajo de ventanilla, la contaduría y la mayor parte de la correspondencia. El alemán llevaba a cabo las tareas encomendadas con dedicación incansable, algunas veces hasta altas horas de la noche. Gracias a su carácter amable y capacidad logró ganar la confianza de los clientes. También se desarrolló una rápida relación amistosa entre Sitarz y el supervisor colombiano del banco, a quien pudo explicar en detalle diferentes documentos contables. A través de visitas y evaluaciones de haciendas que

poseían líneas de crédito en el banco, Sitarz se convirtió además en el nexo entre el banco y los ganaderos.

Durante su tiempo libre en Medellín, Sitarz realizaba numerosas cabalgatas. A este fanático de los caballos le causaba especial alegría amansar los animales tercios de amigos y conocidos. Compartía su gusto por el hipismo y la vida en las haciendas con la clase alta local. Debido a esto conoció a jóvenes colombianos de ‘buena familia’, algunos formados en Europa o los Estados Unidos. En excursiones conjuntas discutía con ellos sobre política y economía. De vez en cuando se hacía presente en el Club Unión, fundado en 1905, y más adelante en el Club Campestre, fundado en 1921, donde la élite realizaba reuniones sociales; pero el entusiasmo de Sitarz por este tipo de acontecimientos sociales era limitado² y el soltero fue rara vez invitado a encuentros con amigos en un círculo cerrado o a fiestas familiares (tertulias). Tampoco participaba en las fiestas eclesíásticas ni patrióticas.

Entre los pocos extranjeros que había en Medellín, Sitarz mantuvo, ante todo, contacto con los alemanes, a quienes percibía, respecto al estilo de vida y su comportamiento, solo parcialmente integrados. Una relación especial lo unía al cofundador del banco y presidente del Consejo de Administración en Bremen, Adolf Held. Sitarz lo describe como un hombre de negocios testarudo, a veces temperamental, que había encontrado con su modo resuelto la fórmula acertada para el éxito en el entorno colombiano, lleno de riesgos³. El “anciano señor”, como denominaba al patriarca, era para él modelo y al mismo tiempo persona de confianza. Con algunos miembros de su familia seguía manteniendo contacto epistolar, en el que los temas determinantes eran carreras profesionales y dinero. A su madre, aquejada por necesidades económicas, le mandaba la mayor parte de sus ingresos, pues a su partida le había prometido que le daría todo aquello de lo que pudiera prescindir. A su hermano Franz, que había emigrado a Guatemala, le daba apoyo y consejos, aunque casi no podía ocultar su disgusto por su poca habilidad comercial. Es

² Cfr. referente a la vida social de aquel entonces, Catalina Reyes Cárdenas (1996). *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930*. Santafé de Bogotá, pp. 35-48.

³ Referente a Held y sus empresas se publicaron dos artículos con referencias bibliográficas regionales: Rodrigo de J. García Estrada (1993). “Actividades de la casa alemana A. Held en Antioquia (1880-1917)”, en *Estudios Sociales*, núm. 6, pp. 63-88, y Adolfo Meisel Roca (1998) [2000], “Los alemanes en el Caribe colombiano: el caso de Adolfo Held, 1880-1927”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 49, pp. 49-100. Además se publicó un homenaje a Emil Prüfert, mencionado en las anotaciones de Sitarz con motivo de los cincuenta años de existencia de la empresa fundada por Held (“Emil Prüfert: Zur Geschichte von A. Helda, 1886-1936”, Barranquilla, 1936).

decir, Sitarz no pudo liberarse totalmente de su rol de sustituto del padre en la familia numerosa, a pesar de la distancia.

Llama la atención que en el círculo de amigos de Sitarz había pocas mujeres. Esto se debió, en parte, al mismo Sitarz, que subordinaba su estilo de vida a su gran objetivo, el ascenso social fundamentado en su propia capacidad. Pero, por otra parte, se debía también a la marginación de las mujeres de la alta sociedad antioqueña, del mundo de los negocios y la vida pública. Por tanto, carecía de oportunidades para cultivar amistades sin verse obligado a dar enseguida el próximo paso y casarse⁴. Sitarz observó que, con excepción de la asistencia a misa y de los eventos sociales privados, las señoras y las señoritas, provenientes de estos círculos, vivían por lo general separadas de los hombres⁵. Solo en el tiempo entre la finalización de la escuela de monjas y la introducción a la vida conyugal la etiqueta preveía una mayor comunicación entre hombres y mujeres jóvenes. La zona de contacto más importante para esto era la ventana de las señoritas, donde los pretendientes acudían y las cortejaban⁶. Si una señorita se casaba con un candidato, su futura misión consistía en dar a luz, educar a sus hijos y representar el rango de su esposo en el salón de su propiedad. Recién en la década de 1920 fue posible registrar —debido al consumo y a una mejor oferta en educación— una apertura parcial en los rígidos roles de género.

El estallido de la guerra en 1914 amenazó con interrumpir la evolución positiva de las ganancias del Deutsche Antioquia Bank. En especial, unos clientes morosos en Manizales y un importante centro de tráfico y comercio para productores de café les causaban dolores de cabeza a los banqueros en Medellín. Sitarz recibió el encargo de viajar personalmente a la capital del departamento de Caldas para procurar el cobro de las sumas adeudadas. Además, se debían implementar préstamos. Sitarz aprovechó el amplio margen de acción que le permitían las instrucciones y resolvió las tareas encomendadas en su totalidad según la conveniencia del Deutsche Antioquia Bank. Como en aquel tiempo aún no había banco en esta pequeña ciudad de colonos, Sitarz también actuó de agencia de cambio ‘ambulante’, ya que había llenado las alforjas de sus animales de carga con dinero en efectivo y oro.

⁴ En Antioquia las mujeres de ‘buena familia’ eran dadas en matrimonio para el cuidado y el afianzamiento de las relaciones. Ejemplos en María Teresa Uribe: “Estructura social de Medellín en la segunda mitad del siglo XIX”, en Jorge Orlando Melo (ed.) (1996). *Historia de Medellín*, tomo II, Santafé de Bogotá, pp. 225-228.

⁵ Las observaciones de Sitarz sobre la sociabilización de jóvenes mujeres de la clase alta y sobre las funciones indicadas para ellas se asemejan a la descripción de Reyes Cárdenas, *op cit.*, pp. 159-195.

⁶ La tradición de cantar una serenata ya estaba perdiendo vigencia.

Los directores del Deutsche Antioquia Bank denegaron el pedido de los hombres de negocios manizaleños, que solicitaban la apertura de una sucursal. Por esta razón Sitarz les reprocha en su manuscrito —no solo una vez— su incompetencia estratégica empresarial. Más adelante se fundarían en Caldas otras instituciones financieras que hicieron buenos negocios. Después de su partida de Manizales, Sitarz debió llevar a cabo misiones parecidas en Cali, donde también pudo ordenar todas las cuestiones pendientes.

En el transcurso del tiempo, viajar se convirtió para Sitarz en una pasión, a pesar de estar expuesto a considerables dificultades. No solo las regiones climáticas dispares y a veces extremas causaban problemas, sino también el cabalgar durante días bajo condiciones difíciles. Además, el aprovisionamiento era escaso en regiones apartadas y el pernoctar en poco hospitalarios hospedajes, albergues o hamacas, era agotador. Sitarz viajaba casi siempre armado con machete y pistola. Aunque consideraba que la mayoría de los habitantes era gente honesta, inteligente y confiable, y los asaltos de bandas y robos eran relativamente escasos, la casi total ausencia en el campo del monopolio del poder por parte del Estado obligaba al viajero a cuidar por sí mismo su seguridad.

También el viajar en barcos de vapor por el río Magdalena y el río Cauca era, según Sitarz, una aventura, debido a la fuerte corriente, bajos fondos y enredaderas⁷. Viajar en tren lo describía, al contrario, como relativamente cómodo. Además utilizaba cada vez con mayor frecuencia los hidroaviones de la compañía Scadta⁸, fundada en 1919 por empresarios colombo-alemanes. A partir de los años veinte Sitarz presencié la introducción del automóvil, que consideró en ese momento más bien como juguete y objeto de prestigio de los ricos, debido a la falta de calles bien construidas y asfaltadas. El gusto por los automóviles era un indicio inconfundible de la norteamericanización, en ciertos aspectos, del comportamiento de consumo y el tiempo libre de la clase alta en Antioquia.

Las habilidades comerciales de Sitarz no pasaron inadvertidas en la central de Medellín, pero su relación con los dos directores, Erich Thiel y Adolf Hartmann, tuvo muchas tensiones. Como recibía poco reconocimiento de su parte, probablemente debido a la soberbia, envidia y quizás también a la desconfianza con respecto a sus ambiciones, se sentía explotado. Cuando la empresa

⁷ Cfr. Gabriel Poveda Ramos (1998). *Vapores fluviales en Colombia*. Santafé de Bogotá, pp. 210-214.

⁸ Sobre la historia de Scadta, véase Stefan Rinke (1997). “Amalgamarse al alma de Colombia. Scadta y los principios de la aviación en Colombia, 1919-1940”, en *Innovar*, núm. 10, pp. 7-30.

cafetera Schütte, Bünemann & Co, de Bremen, le ofreció una representación con ingresos sustancialmente más altos, le planteó al Deutsche Antioquia Bank como condición para su permanencia futura, un buen aumento de sueldo. Además, agregó a sus condiciones la exigencia de una dirección de sucursal. Luego planteó su derecho a uno de los puestos directivos en el momento en que se perfilara sobre el nivel más alto, un cambio de personal. Los supervisores accedieron. El puesto desocupado de representante en Schütte, Bünemann & Co lo transfirió a su hermano Franz, quien ya no podía mejorar su situación en Guatemala.

En 1920 Sitarz fundó una sucursal en Barranquilla, la puerta al Atlántico, donde al comienzo, solo pudo aumentar un poco las ventas, ya que respecto de Medellín la competencia era mayor y la expansión del volumen comercial se basaba, ante todo, en la competencia despiadada. La ventaja comparativa de Sitarz consistía en relaciones personales y conexiones institucionales de su banco con hombres de negocio en Antioquia y Alemania, un trato de clientes más servicial que el de empresas estadounidenses bien posicionadas en Barranquilla, y su habilidad personal en el negocio de divisas.

A pesar de que el prestigio de la pequeña sucursal aumentaba en forma constante y el comienzo de la depresión económica fue controlada gracias a la ayuda de los antioqueños, Sitarz nunca se sintió bien en el Caribe. Las alegres fiestas no le agradaban mucho al sobrio soltero. En el Deutscher Club predominaban, según su relato, alcohólicos y jugadores compulsivos. Él evitaba ese círculo cuanto le fuera posible. Además, la mayoría de los socios del club eran enemigos del Deutsche Antioquia Bank.

Suficiente distracción le brindaron sus primeras vacaciones en Alemania, en 1921. A la vez que visitó a su madre y hermanas en Stettin, a quienes no había vuelto a ver desde su partida, renovó viejos contactos y marchó unas semanas a las termas de Bad Kissingen y conoció varias ciudades. Ante todo, pudo visitar por primera vez la representación del banco en Bremen; en esta oportunidad fue informado de que Thiel, cuyo profesionalismo en el negocio bancario había sido puesto en duda por Sitarz, pronto regresaría a Alemania y sería miembro del consejo administrativo. Sitarz debía hacerse cargo, junto con Hartmann, de la dirección en Medellín.

Después de su regreso a Colombia, la sucursal en Barranquilla experimentó un auge inesperado debido a la quiebra de otros bancos locales. En 1922 Sitarz inauguró otra sucursal en Honda, a orillas del río Magdalena, estratégicamente bien ubicada en lo que se refiere al tráfico comercial. Tras concluir los trabajos de instalación, poner al corriente al nuevo director de la

sucursal y adiestrar a su personal, Sitarz regresó a Medellín, donde se hizo cargo de su trabajo como vicedirector junto a Hartmann.

Como director de banco, Sitarz no solo experimentó alegrías, sino también tristezas; el director general se comportaba con sus subalternos, así como ante Sitarz, de forma irritable, proclive a la cólera. Sobre su actitud ya se habían recibido quejas de clientes y supervisores, lo que representaba una creciente carga. A pesar de que Sitarz se esforzaba en evitar confrontaciones directas con Hartmann, la relación entre ambos se enfrió. En este asunto Sitarz estaba seguro del apoyo de Bremen, cada vez se tomaban importantes decisiones sin consultar a este. Finalmente Hartmann resignó su cargo por razones de salud. Acto seguido, Sitarz asumió el puesto de director general y su viejo amigo Reinhard Grundlach fue nombrado vicedirector. Ambos acordaron dividirse el trabajo; mientras que Grundlach se hacía cargo de los asuntos de gestión interna, Sitarz atendía a los clientes y controlaba las sucursales, las cuales visitaba una o dos veces al año. A través de estas visitas Sitarz adquirió conocimientos cada vez más precisos de la vida económica colombiana, lo que tuvo influencia favorable sobre el negocio bancario.

Pese a los múltiples progresos, el reclutamiento de personal idóneo para los puestos jerárquicos siguió siendo poco satisfactorio. Por un lado, la oferta de empleados y personal directivo calificado era sumamente escasa en Colombia, lo que tenía su origen en la poca atracción que aún ejercía la profesión bancaria en el seno de las élites. Por otro lado, el potencial de empleados capacitados en la Alemania de posguerra era reducido, a pesar del elevado desempleo. Según Sitarz, muchos jóvenes preferían dedicarse a los negocios especulativos que a empresas sólidas⁹. Por causa de sus desaciertos, envió a algunos empleados alemanes de regreso a Alemania.

También en 1923 Sitarz tuvo muchas exigencias como director general del Deutsche Antioquia Bank. En este año bajaron los precios del café, lo que tuvo consecuencias negativas para la economía antioqueña. El efectivo en caja bajaba constantemente, pero el gobierno de Pedro Nel Ospina (1922-1926) salvó al banco de su emergencia a través del canje de letras de cambio emitidas en Nueva York por billetes de la Casa de la Moneda. Esta ayuda de emergencia espontánea solucionó el problema de liquidez del Deutsche

⁹ La investigación ha señalado que en la Alemania de posguerra, en comparación con el período anterior, las oportunidades para un empleado fueron considerablemente más reducidas para ascender a un puesto directivo (Jürgen Kocka [1981], *Die Angestellten in der deutschen Geschichte 1850-1980. Vom Privatbeamten zum angestellten Arbeitnehmer*. Göttingen, pp. 142-148). La experiencia de la guerra y la inflación de posguerra debieron haber contribuido a que los jóvenes perdieran, cada vez más, la fe en el modelo de carrera vigente durante muchos años en la condición de empleados.

Antioquia Bank. Ospina, que provenía de una influyente familia antioqueña, también se había encontrado como empresario algunas veces en problemas de pago y por lo tanto comprendía la petición de Sitarz. Además, el presidente colombiano, aconsejado por la Misión Kemmerer, estaba a punto de fundar el Banco de la República; por lo tanto la pérdida del prestigio de bancos colombianos en los Estados Unidos no hubiera sido muy conveniente para él en ese momento¹⁰.

Al año de haber superado la crisis de 1923, el Deutsche Antioquia Bank aumentó su capital suscrito y se convirtió en una de las más importantes referencias en Colombia. Bajo la conducción de Sitarz retomó el curso expansionista e inauguró otras sucursales (en Bogotá, así como en Bucaramanga). Sitarz había llegado a la cumbre de su carrera en Colombia; tenía excelentes ingresos y gozaba de gran prestigio en las clases altas, en el consejo administrativo de Bremen y entre los socios comerciales extranjeros. Con un resultado de gestión óptimo, trataba de compensar la confianza brindada a su persona. De hecho, los servicios del Deutsche Antioquia Bank eran notables. Según las evaluaciones del control bancario colombiano, el Deutsche Antioquia Bank administraba, en 1925, casi el 13% de todos los depósitos bancarios colombianos¹¹.

En su viaje a Europa vía Nueva York, en abril de 1925, en el cual hizo visitas a numerosas empresas bancarias y de otra índole, así como a su familia, encontró finalmente su felicidad en el ámbito privado. Conoció a través de un colega a la señorita Elisabeth Noll, quien le agradó desde el primer momento. Decidido, se casó con ella en noviembre de 1925 y la llevó a Colombia. En ese momento había mejorado tanto su posición económica, que le fue posible llevar un hogar con estándares burgueses, acorde a su posición. Según su opinión, ella se integró bien al entorno, a pesar de las dificultades de entendimiento y el mencionado rol unilateral de las mujeres de la clase alta. La felicidad familiar aumentó rápido: a fines de 1926 nació su hijo Hans y a mediados de 1928 su hija Anneliese. En general, Sitarz mencionaba estas circunstancias de forma sobria: su relación con Elisabeth y posterior

¹⁰ Referente a la influencia de las clases altas de Antioquia en la política nacional véase Francisco López Casero: *Desarrollo de la burguesía en Colombia. El caso antioqueño y su aportación al sistema nacional*, Augsburg, 1988. Sobre Ospina, José Restrepo Posada y Bernardo Sanz de Santamaría “Estudios genealógicos: Familia Ospina y Ospina Rodríguez”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, núm. 61, pp. 635-645, 660-662. Referente a la Misión Kemmerer y las relaciones económicas con los Estados Unidos, Paul Drake: *The Money Doctor in the Andes: The Kemmerer Missions, 1923-1933*. Durham, NC, 1989.

¹¹ *El Banco de la República. Antecedentes, evolución y estructura*. Bogotá 1990, p. 152.

matrimonio le merecieron una sola página, para el viaje conjunto a Colombia escribió tres, mientras que para la adaptación de Elisabeth al nuevo entorno, una. En cuanto a su propia adaptación a los cambios en su vida privada, ni siquiera lo menciona.

El auge económico se mantuvo también en 1927. Los ingresos aumentaron, ya que tanto el gobierno de Miguel Abadía Méndez (1926-1930) como las corporaciones regionales contrajeron empréstitos para obras importantes de ferrocarriles y rutas. El Deutsche Antioquia Bank aprovechó esta fase de coyuntura colombiana acelerada, una situación que fue calificada por algunos críticos contemporáneos, en referencia a los riesgos que albergaba para la evolución económica del país, como la ‘danza de los millones’ y como la ‘prosperidad a debe’. Sitarz fundó otras sucursales y agencias; incluso pensó en el establecimiento de una dependencia en Panamá, que se había separado de Colombia en 1903 con ayuda de los Estados Unidos¹². Este proyecto no pudo concretarse porque resultó difícil gestionarlo, debido a razones políticas tanto en Panamá como en Colombia. El Deutsche Antioquia Bank decidió aumentar de modo considerable su capital, para superar a los demás bancos colombianos.

Al mismo tiempo, según Sitarz, se acrecentaban las señales de crisis. Con el creciente volumen de negocios se acentuaba la rivalidad de la competencia colombiana, que trataba de convencer al gobierno en Bogotá de frenar el curso expansionista de los antioqueños, con medidas intervencionistas. Un instrumento para ello fue la Superintendencia Bancaria de Colombia, fundada en 1923 con la ayuda de la Misión Kemmerer, la cual luego de incisivas inspecciones le pudo comprobar al director de la sucursal en Bucaramanga algunas estafas. A pesar de que las investigaciones no hallaron delitos mayores, el proceso se extendió hasta 1929 y entorpecía los negocios bancarios.

Cuando falleció Held, el director del consejo de administración en Bremen, se deterioró aún más la relación entre alemanes y colombianos en los consejos. A Sitarz, que consideraba a los demás supervisores en Bremen y a los accionistas como poco capacitados, le faltó en ese momento un aliado importante. Para mantener el rol preponderante en contra de la competencia estadounidense y colombiana, había en su opinión una sola solución: el banco debía trasladar su sede central a los Estados Unidos, con quienes se realizaba desde ya hacía un tiempo casi la totalidad del negocio de exportación y una gran

¹² Cfr. Thomas Fischer (2000). “La separación de Panamá de Colombia a la luz de la investigación histórica”, en *Hispanorama*, núm. 90, pp. 34-42.

parte de la importación. Entre otras cosas, lo habían convencido las conversaciones con Paul M. Warburg, el influyente director del International Acceptance Bank en Nueva York, con el cual el Deutsche Antioquia Bank mantenía relaciones comerciales. Solo mediante la conexión institucional con la plaza financiera líder en el mundo podría conservarse, en el transcurso del tiempo, según Sitarz, el estatus en el extranjero. La diplomacia de los Estados Unidos había impulsado en forma masiva la expansión de los bancos estadounidenses en América Latina durante la Primera Guerra Mundial¹³. Sitarz reconoció que la débil República de Weimar no pudo ofrecer suficiente respaldo político para defenderse de las ambiciones motivadas por el nacionalismo dentro y fuera del consejo administrativo colombiano¹⁴.

Sitarz viajó en 1929 a Alemania para convencer al consejo administrativo de Bremen sobre las ventajas de su proyecto. Aparentemente logró disipar las dudas con respecto a la pérdida innecesaria de influencia debido a una “americanización”. Después de haber logrado obtener de los miembros del consejo el consentimiento para su propuesta, volvió a Colombia vía Nueva York. Ya de regreso, en Medellín tanto el supervisor local como las autoridades de control aceptaron el proyecto. En ese momento le llegó a Sitarz una inesperada respuesta negativa de Bremen. La relación de plena confianza que Sitarz había cimentado cuidadosamente con el consejo administrativo colombiano durante años fue destruida de golpe. Considerando el deterioro con Bremen y Medellín, el director general no tenía otra opción que la renuncia, para salvar su honor. El 30 de junio de 1929 se retiró de la empresa que había influenciado en forma decisiva, la cual bajo su dirección no solo había superado la crisis de posguerra, sino también había experimentado una enorme expansión. Sitarz no veía ya en Colombia, cuya población había llegado a querer, otra perspectiva posible y partió con toda su familia.

¹³ Cfr. rol de los Estados Unidos en América Latina durante la Primera Guerra Mundial y en el período de posguerra (Josef S. Tulchin [1971]. *The Aftermath of the World War I and the US policy toward Latin America*, Nueva York; Emily S. Rosenberg [1987]. *World War I and the Growth of the United States Predominance in Latin America*. Nueva York y Londres; Financial Missionaries to the World [1999]. *The Politics and Culture of Dollar Diplomacy 1900-1930*. Cambridge, Massachusetts, pp. 79-96, 151-186; Thomas O'Brien [1999]. *The Century of U.S. Capitalism in Latin America*. Albuquerque, pp. 42-56. Con relación al papel económico de los Estados Unidos respecto de Colombia, Stephen J. Randall [1992]. *Colombia and the United States. Hegemony and Interdependence*. Atenas –Londres, pp. 99-102).

¹⁴ En general sobre la diplomacia de Weimar en América Latina, Stefan Rinke (1996), “Der letzte freie Kontinent”, en *Deutsche Lateinamerikapolitik im Zeichen transnationaler Beziehungen, 1918-1933*, tomo I, pp. 165-287. Stuttgart.

Sitarz no se estableció de manera permanente en Europa, siguió actuando como experto en finanzas y hombre de negocios en América. A través de la intermediación de Paul M. Warburg se le otorgó la supervisión y administración del Banco Estatal nicaragüense (1930-1934). En 1935 asumió como director de American Trading Co. en Nueva York.

Conexiones comerciales lo llevaron en 1935, 1940, 1942/1943, 1944 y 1953, nuevamente a Colombia. En este libro están impresos los relatos de viaje de 1942/1943 y 1944; en ambas oportunidades viajó especialmente a las ciudades en las que había vivido y frecuentado con anterioridad. De los relatos puede deducirse que encontró muchos cambios; la infraestructura de transporte se había ampliado de tal manera que circular en automóviles ya no era solo un lujo o diversión de tiempo libre. Además, surgían pequeñas fábricas en todas partes. Sitarz mismo había invertido dinero en una de esas fábricas, en el Ingenio Central del Tolima S. A. Al recorrer las plantaciones de caña de azúcar y las plantas fabriles constató que el paternalismo antioqueño, tan apreciado por él, no estaba extendido en el resto de Colombia. Se mostró asombrado por las malas condiciones de trabajo, que tampoco fueron eliminadas por las reformas bajo el mandato del presidente liberal Alfonso López Pumarejo (1934-1938, 1942-1945). Sitarz, que relacionó el descontento creciente de los obreros con esta situación, debió sentirse como un gran capitalista estadounidense.

Donde Sitarz se detenía, era invitado por viejos amigos y conocidos a festejos compartidos o excursiones conjuntas. En Bogotá visitó la sucursal de su antiguo banco. Debido a la guerra y las listas negras de los aliados, el banco se vio obligado a convertirse en una empresa colombiana, con el nombre de Banco Comercial Antioqueño. Sitarz escuchó que en el personal había fuertes tendencias nacionalsocialistas; por esta razón fueron despedidos algunos alemanes. Si el banco hubiese trasladado su sede central a los Estados Unidos, según los planes de Sitarz, probablemente hubiera podido conservar la categoría internacional. El compromiso financiero de Sitarz lo llevó también a Cali, donde poseía, desde el fallecimiento de su hermano Franz, la farmacia de este. Cuando la situación financiera de la droguería se deterioró debido a la situación política en 1944, cada vez más desmejorada, consideró la posibilidad de su venta.

Las anotaciones autobiográficas de Sitarz son una excelente fuente, que documenta la experiencia de un hombre joven de negocios europeo que emigra del antiguo continente antes de la Primera Guerra Mundial, para progresar más rápido. La historia de Sitarz muestra cuán importantes eran las relaciones tanto para el éxito personal como para el comercial. Rara vez

se encuentran opiniones tan sinceras, de personas que llegan a ser directores, en cuanto a sus debilidades y sus cualidades. Más allá de esta consideración, el texto de Sitarz es un documento imprescindible incluso para la historia empresarial del futuro, ya que sobrepasa con amplitud el nivel de conocimientos actual. Por ejemplo, se pueden conocer más detalles interesantes de la empresa Ernst Pehlke, que hasta ahora eran totalmente desconocidos en la investigación. También permite el conocimiento sobre la calidad de algunos empleados y empresas alemanas en Colombia, a través de los comentarios críticos de Sitarz. Sin duda los alemanes no formaban siempre comunidades homogéneas, y había entre ellos personas de mala suerte y figuras dudosas.

De igual manera, la información sobre el Deutsche Antioquia Bank se amplía decisivamente, la fundación de las sucursales de este banco es relatada aquí desde una perspectiva muy personal. La importancia comercial de los ganaderos antioqueños para el banco también es descrita de forma muy ilustrativa. El relato de Sitarz ofrece una visión de uno de los experimentos empresariales internacionales más interesantes de comienzos del siglo XX. El autor presenta problemas organizativos, los conflictos de intereses y las tensiones condicionadas por la cultura; contiene, en especial, un rico material ilustrativo referente a las confrontaciones manifiestas y latentes entre directivos y empleados, entre directivos y supervisores, entre alemanes y alemanes, como también entre alemanes y colombianos. Se tiene la impresión de que esta empresa, alejada de toda cultura empresarial homogénea, no aprovechaba el potencial sinérgico intraempresarial. Aunque se presentaba como exitosa en comparación directa con otros bancos privados, según Sitarz, también se tomaban decisiones equivocadas; por ejemplo, pronosticó de forma clara que la presión de nacionalizar empresas extranjeras aumentaría cada vez más y por eso exigió el traslado de la sede central a los Estados Unidos. El homenaje dedicado a la empresa en 1937¹⁵, que refleja el punto de vista del consejo administrativo de Bremen, y la historia de los bancos en Antioquia, publicada en 1943 por Enrique Echavarría, que transmite la perspectiva de los antioqueños, guardan un silencio significativo sobre este punto¹⁶.

¿Qué informan las anotaciones de Sitarz sobre Colombia? Respecto a esto se debe resaltar que sus comentarios solo pretenden querer comprender lo ‘desconocido’ en su valoración intrínseca. Sitarz se ve como portador de una modernidad que descansa en el progreso económico: a través de él nos enteramos de

¹⁵ Banco Alemán Antioqueño, Medellín - Deutsche Antioquia Bank, Bremen. Bremen, 1937.

¹⁶ Enrique Echavarría (1943). *Crónicas e historia bancaria de Antioquia*. Medellín.

la infraestructura viaria y los medios de transporte, las formas de producción en el sector agrario y las mentalidades de las élites. En especial, le fascinaron los dueños de las haciendas y los empresarios antioqueños que en referencia al orden social eran conservadores, pero con respecto a la organización económica eran liberales. Desde su punto de vista el banco era el guía y la instancia de control de una modernización parcial conducida por estos grupos.

A la par, Sitarz apreciaba el aislamiento campestre y los —aún— paisajes silvestres, agrestes¹⁷. El proceso de la conquista de la tierra y del progreso técnico como base para el desarrollo económico, junto con la posibilidad de tomar posesión de la naturaleza a través del trabajo humano, le maravillaban. Sitarz actuó como cronista de este proceso, el cual trajo como consecuencia que las heridas de la civilización en la naturaleza se agrandaran. La descuidada hacienda Hamburgo de Pehlke representaba para él un contraste, en comparación a la obra civilizadora de los hacendados antioqueños. Aparentemente, según Sitarz, las capacidades humanas y la fuerza de voluntad marcaban la diferencia. Con esto remitió al mito de los antioqueños blancos, exitosos, que trabajaban duramente¹⁸. El idilio de Antioquia, descrito por Sitarz, es al mismo tiempo un contraste en cuanto a la decadencia de la Alemania de posguerra, en la cual, según Sitarz, padecieron las costumbres y la moral. También se mostró desilusionado de algunos comerciantes en Antioquia, que solo estaban interesados en obtener dinero de forma rápida, producto de las oscilaciones coyunturales a corto plazo (y con esto puso distancia a una glorificación generalizada de los antioqueños). Sitarz señaló aquí evoluciones erradas que, en su opinión, se fundamentaban en crisis de valores.

¹⁷ En forma general a la descripción de la naturaleza cambiante en los relatos de viaje europeos sobre América Latina desde el siglo XVII: Friedrich Wolfzettel (1997). “Ästhetik der Anden. Europäische Reiseberichte im Zeitalter der Romantik”, en Walther L. Bernecker y Getrut Krömer (eds.), *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas. Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19 Jahrhunderts*, pp. 239-263, Frankfurt a. M.; Michel Bertrand (2002). “Du rêve doré à l’enfer vert: L’invention contemporaine de l’espace amazonien”, en Ders. / Laurent Vidal (ed.), *À la redécouverte des Amériques. Les voyageurs européens au siècle des indépendances*, pp. 139-166, Toulouse. Sobre el cambio de las descripciones de la naturaleza en testimonios gráficos, Nancy Leys Stepan (2001), *Picturing Tropical Nature*. Ithaca, Nueva York.

¹⁸ La aparente ética laboral de los antioqueños, surgida como compensación de una privación de estatus, Everett Hagen la pone en el centro de su análisis a la industrialización antioqueña. *Cfr.* al respecto el capítulo “The Transition of Colombia” de su libro *On the Theory of Social Change*, publicado en 1962 en Illinois. Referente al mismo tema: Frank Safford (1965). “Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano. Un examen crítico de las tesis de Everett Hagen”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, tomo III, H. 2, pp. 18-27; Carlos Dávila Ladrón de Guevara (1986). “El empresariado antioqueño, 1760-1920: de las interpretaciones psicológicas a los estudios históricos”, en *El empresariado colombiano. Una perspectiva histórica*, pp. 89-151. Bogotá.

Sitarz describe asimismo escenas en poblaciones aisladas y en la selva, donde la naturaleza le resultaba inquietante. El peligro queda evidenciado, por ejemplo, en el relato de un viaje a Bucaramanga, en el cual tuvo que pernoctar sorpresivamente al aire libre y a la mañana siguiente descubrió huellas recientes de un jaguar. Esta tensión entre la reserva aparentemente inagotable de naturaleza, dispuesta a su cultivo, por un lado, y los peligros provenientes de la selva, por el otro, era la razón del entusiasmo de Sitarz por este país.

Al mismo tiempo, Sitarz escribió algunos relatos logrados y precisos de costumbres populares tradicionales que no estaban enmarcadas en un contexto funcional con la modernización económica. Como muestra sirven las descripciones de la cumbia bailada por la población de afrodescendientes en la costa Caribe y las corridas de toros organizadas para el “pueblo” mestizo de la altiplanicie. Pero en general, las costumbres folclóricas le eran poco familiares, como tampoco se interesó mucho por la Iglesia, que ejercía una influencia decisiva sobre la vida social.

El estilo de narrativa de Sitarz es sin adornos, serio, algunas veces marcado por cierto humor seco. El autor no aspira a lograr calidad de estilo, ni su interés primario se orienta hacia la medición científica ni hacia el examen empírico, que caracterizaban a los científicos de las ciencias naturales del siglo XIX. El diario mencionado al inicio de esta presentación, ya no existe; por lo tanto, una comparación de las vivencias inmediatas, observaciones y reflexiones del joven protagonista con las del jubilado maduro, que hace una retrospectiva de su azarosa carrera como hombre de negocio en ultramar, no se puede realizar. O sea, la tensión entre el yo relator y el yo relatado no puede ser resuelta, ya que el horizonte de vivencias de Sitarz fue ampliado en el transcurso del tiempo y recargado con nuevas impresiones y apreciaciones.

Para finalizar, se deben hacer algunos comentarios editoriales: a fin de facilitar la lectura, fueron eliminados errores sintácticos y ortográficos, que se retraen, por una parte, por la redacción final del manuscrito aún no hecha y, por otra, debido a la práctica lingüística ausente de Sitarz. No se realizaron recortes. Los subtítulos fueron incorporados por los editores. Las imágenes proceden del legado de Sitarz, con excepción de las litografías de las sucursales del banco. Fueron incorporadas al texto en los correspondientes lugares.

Una serie de personas prestaron su ayuda en cuanto a la copia, el escaneo, la lectura correctiva, confección de la carta y el índice. A todos ellos se les agradece por su colaboración.

Nuestro agradecimiento especial a Margit Boscher (Nuremberg) y Judith Marcus (Nueva York) por su incansable colaboración; también para Teresa Björkman (Hamburgo), Hubertus Freisinger (Nuremberg), Stefan Hartmann (Munich), Andrés Jiménez (Bremen / Bogotá) y Daniela Söllner (Nuremberg).

Thomas Fischer, Nuremberg / Hamburgo, septiembre de 2003.

PRÓLOGO A LA VERSIÓN EN ESPAÑOL

Thomas Fischer

Han pasado 15 años desde que he editado la parte sobre Colombia de las anotaciones autobiográficas de Hans Sitarz (1889-1958), de origen vienés y con formación profesional como comerciante en Stettin. Era empleado y gerente en bancos y en casas de importación y exportación. Las ciudades donde ejerció su profesión fueron Stettin, Hamburgo, Bogotá, Medellín, Barranquilla, Nueva York y Managua. Sitarz había compartido los recuerdos de su vida con los miembros de su familia y sus amigos, quienes lo instaron a que los plasmara en papel. Al cumplir con esta tarea, en sus escritos Sitarz se presentaba como ejemplo a seguir. Su padre, también oriundo de Viena, se había trasladado a Stettin con su numerosa familia a raíz de problemas económicos. Allí logró establecerse, ya que le favoreció, según Sitarz, el ser “capaz, aplicado y fiable”. Su papá fumaba diariamente tres paquetes de cigarrillos rusos y murió cuando Sitarz tenía 17 años. Este evento marcó para siempre la biografía del joven Hans; ya que su vida libre de toda preocupación terminó de una vez. Se vio obligado a trabajar para ayudar a su madre, quien se quedó con una numerosa familia que mantener. Sitarz alude reiteradamente en sus notas autobiográficas que esperaba también el mismo apoyo de sus hermanos, algo que nunca obtuvo. Llegó a la conclusión de que en la vida había que esforzarse para avanzar. Esto era la base de su éxito individual y del bienestar de su esposa y de sus hijos. Otra lección que aprendió fue que, a diferencia de su padre, tenía que cuidar su salud evitando fumar y haciendo deporte. En sus anotaciones autobiográficas, que escribió en los años cincuenta del siglo pasado, Sitarz arrojó luces sobre la cronología de su carrera y de su mundo como hombre de negocios¹. Para el

¹ La literatura sobre los géneros autobiográficos hace hincapié en que la prevalencia de las experiencias laborales fue una forma típica masculina de escribir autobiografías. Por otra parte, en las autobiografías femeninas predominaban temas como el amor, el matrimonio, el nacimiento y crecimiento de los hijos, etc. La autobiografía de Sitarz parece confirmar esta tesis. Bettina Dausien (1996). *Biographie und Geschlecht. Zur biographischen Konstruktion sozialer Wirklichkeit in Frauenlebensgeschichten*, Bremen: Donat.

autor, esto último no se redujo únicamente a las oficinas de las empresas donde trabajó, sino también, principalmente, al espacio social construido mediante redes de clientes y amigos. Con esta autorrepresentación Sitarz tuvo el propósito de construir el mito del fundador y del pionero. De esta forma, al rescatar del olvido la historia de su vida para las nuevas generaciones, proporcionó un referente para construir identidad familiar, basada en sus valores.

Relató sus memorias autobiográficas con su máquina de escribir. Comprendía 556 páginas a un espacio. Posteriormente, se hizo una traducción al inglés para los nietos que no sabían alemán. En el año 2002 Anneliese Sitarz (1928-2015), hija de Hans y Elisabeth Sitarz, me contactó mediante Thomas Schoonover, a quien conocía desde varios años atrás, con el deseo de editar las memorias de su padre. Anneliese vivió en Summit, Nueva Jersey; era una distinguida pediatra de la Columbia University. Schoonover, conocido profesor de historia de América Latina de la University of Louisiana, Lafayette, le había recomendado a ella que me ocupara de este trabajo. Después de haber leído el manuscrito, le propuse a Anneliese que no publicáramos todo el texto, sino que empezáramos con lo relacionado con Colombia. Posteriormente vendrían sus memorias de Nicaragua.

El presente libro, ahora traducido al castellano, abarca la estadía de Sitarz en Colombia. Por tanto, quienes lo lean tendrían que considerar que se trata de un extracto de una obra de vida mucho mayor. Hay un antes y un después de Colombia. De hecho, Sitarz estuvo en Colombia entre 1911 y 1929, es decir, casi dos décadas. Cabe señalar que no salió voluntariamente del país, el cual se había convertido en su segunda patria, sino a causa de las diferencias fundamentales con los dueños antioqueños y alemanes en los consejos administrativos de Bremen y de Medellín, en lo que se refería a la estrategia empresarial del Banco Alemán Antioqueño. Se produjo, entonces, un descenso en su carrera, puesto que le faltaban capitales y redes sociales alternativas para hacerse independiente y establecer su propia empresa. Para él la solución lógica era emigrar a los Estados Unidos, donde veía el futuro del negocio financiero (a pesar de la crisis mundial que tuvo su epicentro en Wall Street). En efecto, en los Estados Unidos, después de superar algunas dificultades, tuvo relativo éxito.

Para Sitarz regresar a Alemania no era una alternativa viable. En su primer paseo de visita a Europa en 1921, a donde viajó durante cuatro meses en tiempos de posguerra, puntualiza que: “no sentí deseos de querer vivir una vez más allí permanentemente”. Sitarz se había despedido de Europa para “hacer la América” al igual que muchos otros jóvenes europeos antes y después de la Primera Guerra Mundial. Para él, Colombia, a pesar de que no era un

país de inmigración masiva como los Estados Unidos o los Estados del Cono Sur, era el lugar donde mejor podía sacar provecho a su proyecto individual: dejar atrás el pasado, salir de la “escasez y la pobreza de las condiciones, que marcaron mi juventud, las que tenía muy presentes en mi memoria”. Este proyecto apenas había comenzado. Conforme con su criterio ético de servicio, quería seguir aprovechando las oportunidades que le ofreció su nuevo lugar de trabajo.

Diez años antes, durante el viaje de ida al Nuevo Mundo, el comerciante bremense Ferdinand Focke, establecido en Bogotá, y quien había hecho una buena fortuna en este país, le había animado con la siguiente consigna: “Colombia es un país del futuro”. Sitarz consideró que Focke era el ejemplo a seguir. En el mismo viaje, subiendo el río Magdalena, el autor mencionó:

Cuanto menos desarrollado veía el país, tanto más favorables me parecían mis propias posibilidades futuras. Yo venía de un país que siempre me había parecido sobrepoblado. Cada pequeño trozo de tierra era allí aprovechado. La mano de obra y la alegría del trabajo, de la cual se disponía, no significaban mucho. Había demasiado de lo mismo, y faltaban posibilidades para aprovecharlas. Había de agradecer si se encontraba un pequeño hueco en el ámbito económico, que se podía rellenar. Aquí, todo era distinto. Me parecía que cada uno disponía de tanta libertad de movimiento que deseaba.

De hecho, el contexto colombiano le marcaría para siempre. Y estuvo consciente de esto a la hora de escribir el balance de su vida. En el presente libro Sitarz narra su estadía en Colombia a la luz de los lugares donde vivió, las empresas que le contrataron, las visitas a las diferentes regiones del país que realizó por órdenes de sus jefes y sobre las personas con las que se relacionó. El mencionado viaje a Europa le sirve para visitar a su madre y otros familiares, así como a amigos del mundo de los negocios. En otro viaje a Europa, en 1925, conoció, al parecer *en passant*, a su futura esposa Elisabeth Noll. Las coyunturas económicas y las necesidades de las empresas donde trabajó construyen el hilo conductor de su texto, incluso durante la Primera Guerra Mundial. Estos son los elementos básicos con los que Sitarz organizó su texto. Puede decirse que la parte sobre Colombia es la más completa, coherente, densa y detallada de sus anotaciones.

A partir del primer contacto con Anneliese Sitarz, inicié un intercambio de opiniones enriquecedor, primero epistolar (que ella solía escribir a máquina), y después por teléfono y por medio de correo electrónico. Durante una estadía

de investigación en la Library of Congress de Washington, D. C., en 2003 nos conocimos personalmente. Acordamos que ella buscaría todos los documentos disponibles en su archivo privado. Lamentablemente, referente a la estadía de Sitarz en Colombia no había mucho. De allí que no se puede comprobar exactamente si lo expresado por Sitarz en su autobiografía coincide con lo que el autor pensaba al momento de sus vivencias. Sin embargo, Anneliese sí tenía fotos de los álbumes familiares. Parte de estas imágenes, en su mayoría tomadas con la cámara de Sitarz, fueron añadidas en la publicación del manuscrito en alemán, solo cuando se comprobó que estas correspondían con la narrativa autobiográfica. Soy consciente de que no son de la mejor calidad y que por lo general falta la fecha exacta de las imágenes. Tampoco se puede confirmar con certeza la autoría de cada una. También, inserté algunas litografías tomadas de una publicación del Banco Alemán Antioqueño, así como una acción bancaria emitida por dicha entidad y firmada por el mismo Sitarz. Finalmente, añadí la descripción de dos viajes posteriores que hizo a Colombia. Anneliese, que leyó atentamente cada página del borrador de la edición, estuvo de acuerdo con todos los detalles.

Luego se sumó otro reto de edición. Dado que Hans Sitarz pasó gran parte de su vida fuera de Alemania, siguió hablando alemán con su esposa y escribiendo cartas a familiares y amigos, pero como emigrante perdió la habilidad de expresarse perfectamente en *deutsche Hochsprache* (idioma alemán culto). Algunas palabras, expresiones o construcciones sintácticas a veces las pensaba en inglés. Sobre este particular hice pocas adaptaciones en el libro que publicamos en alemán. Sea como fuere, la versión alemana publicada en 2004 tuvo buena acogida, aunque entre las reseñas se manifestaron algunas dudas acerca de la calidad de la narrativa de Sitarz. Considerando estas inquietudes, quisiera aprovechar este espacio para aclarar mi punto de vista.

Al leer las anotaciones de Sitarz sobre Colombia, hay que considerar que se enmarca en el género literario de autobiografías²; es decir, el relato de la historia de vida de Sitarz no solamente está escrito en primera persona sino que también se trata del mismo narrador. El autor insiste sobre la objetividad de los hechos que relata. Alega que su subjetividad es un factor a favor de la autenticidad y (de ahí) un garante de la imparcialidad del escrito, dado que no solamente ha visto y presenciado los eventos que narra, sino también desempeña un papel como protagonista de los mismos. El autor del texto trata de conquistar nuestra

² “Volker Depkat: Autobiographie als geschichtswissenschaftliches Problem”, en Volker Depkat y Wolfram Pyta (eds.; 2017), *Autobiographie zwischen Text und Quelle*, Berlín, pp. 22-41.

confianza como lectores cuando hace la selección entre todos los enunciados posibles, de lo que se dice y de lo que se deja de decir, los eventos, las anécdotas y los procesos que se describen y se comentan. Es él quien construye el relato y su dramaturgia, y quien narra con un lenguaje y una retórica específica.

Dicho esto, quisiera poner de relieve que para comprender bien las notas de Sitarz sobre Colombia, no solo se debería prestar atención al contenido que, por cierto, es muy interesante, sino también al lenguaje, la retórica y la dramaturgia del texto; en otras palabras, a los aspectos formales. Todo esto se debe al gusto particular, a la voluntad y a los valores del autor. Al respecto me explico con un ejemplo: llama la atención cómo Sitarz trató el tema de la Primera Guerra Mundial, hablando únicamente sobre sus consecuencias económicas y evitando dar testimonio de sus propios pensamientos políticos y sentimientos personales. Más aún, cuando la prensa capitalina latinoamericana brindaba diariamente información sobre el tema, y miles de jóvenes alemanes y austríacos emigrantes al Nuevo Mundo y de otras partes tomaron la decisión de regresar al Reich o a Austria-Hungría llenos de sentimientos patrióticos. Sitarz menciona en su texto que en su estadía en Alemania en 1921 se encontró con Friedrich-Karl Rogge, empleado en la empresa Ernst Pehlke (Bogotá). A diferencia del autor, Rogge había regresado a Europa para ingresar en las filas del ejército al comenzar las contiendas. Al terminar la guerra en 1918 Rogge era oficial, pero antiguos amigos de Sitarz que tenía en los clubes de gimnasia en Stettin y en Hamburgo, al igual que en la Asociación para la promoción de las relaciones comerciales de ultramar (Verein zur Förderung überseischer Handelsbeziehungen), no habían sobrevivido a la guerra. Supongo que el silencio de Sitarz al respecto y sobre la política europea en general fue fruto de una decisión consciente. Para él su propia carrera como recién ingresado en las filas del Banco Alemán Antioqueño debió haber sido más importante que defender los fines de las Potencias Centrales en una máquina militar. Si bien Sitarz estaba orgulloso de ser un representante del Viejo Mundo (para él antes de la guerra representaba la vanguardia del progreso), no estaba dispuesto a sacrificar su vida por las Potencias Centrales, a pesar de que era consciente de que estas eran coautoras de su experiencia y de su vida.

Volvamos al problema de la distancia temporal en la que se escribe el texto y al tema de la memoria. En una autobiografía, la persona que la escribe, por lo general, lo hace en el ocaso de su vida, pero cuando todavía se siente capaz de narrar bien la historia. Se dice que esta forma de reflexionar sobre la vida obedece a un patrón típico de la burguesía ilustrada, para los que diariamente

escriben, bien sea por su profesión o bien por su vocación³. En el caso de Sitarz puede decirse que, si bien la escritura no era una actividad primordial en su vida diaria, su texto se enmarca en el género de la autobiografía. Para rescatar del olvido algunos eventos pudo disponer de cartas, objetos materiales, fotos, lugares, periódicos y narraciones de familiares y amigos. Pero el trabajo principal lo elaboró sin tales herramientas. La memoria, a pesar de ser un instrumento excepcional de los seres humanos, es selectiva y subjetiva, dado que nunca se puede ver y conmemorar todo y que ninguna persona percibe e interpreta las cosas exactamente de la misma manera como los otros contemporáneos. La interpretación de algunos eventos puede cambiar con el tiempo a la luz de nuevas experiencias o gracias a cambios contextuales. Ciertas cosas que se conocen o se experimentan se olvidan con el tiempo. Sobre otros eventos, como lo he explicado al poner sobre el tapete el tema de la Primera Guerra Mundial, no se habla intencionalmente. Para la historiografía esto representa un problema, cuando se quiere hacer valer este texto como fuente⁴.

Ahora bien, ¿qué se puede aprender al leer este texto como fuente histórica? Como ya se ha señalado, no se trata de un gran relato de la calidad de una obra maestra de la escritura clásica, ni el mismo autor manifiesta tal pretensión. Pero es un lindo *first-person-narrative*, una de estas fuentes exploradas por la historiografía culturalista de las últimas tres décadas que son el combustible de la historia de la vida cotidiana, la antropología histórica y la microhistoria⁵. Dicho esto, esta fuente nos ayuda a reconstruir la autopercepción y los pensamientos, la motivación, los valores y la carrera de un hombre de negocios con alcance transnacional y con ello hacer un aporte para la discusión sobre el grupo de comerciantes, empleados y banqueros europeos ultramarinos en general, y alemanes en particular. De gran parte de los personajes mencionados, Sitarz se atrevió a hacer juicios sobre sus características: en cuanto a sus debilidades, lo mencionado en la autobiografía algunas veces no siempre

³ Dagmar Günther (2001). "And Now for Something Completely Different. Prolegomena zur Autobiographie als Quelle der Geschichtswissenschaft", en *Historische Zeitschrift*, vol. 272, pp. 25-61.

⁴ Me parece que la literatura acerca de la historia oral y de la memoria colectiva tiene mayor consciencia de esto y de las implicaciones metodológicas, comparada con la literatura acerca de las autobiografías. Lynn Abrams (2010). *Oral History Theory*, segunda edición, New York, pp. 78-105.

⁵ Winfried Schulze (1996). "Ego-Dokumente: Annäherung an den Menschen in der Geschichte? Vorüberlegungen für die Tagung Ego-Dokumente", en Winfried Schulze (ed.): *Ego-Dokumente. Annäherungen an den Menschen in der Geschichte*, Berlín, pp. 11-30. Sobre la problematización de las fuentes personales en los estudios históricos latinoamericanos, véase Catherine Aristizábal B. (2012). *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX. Fuentes personales y análisis histórico*, Münster.

es muy favorable. Sobre el Banco Alemán Antioqueño el libro ofrece un testimonio interesante, como pocos, que nos permite mirar a la luz de los ojos de un empleado una de las primeras empresas binacionales que construyó una aventura bicultural fascinante. Así como también nos muestra los límites de su actuación como empleado y los retos del banco a raíz de los desarrollos políticos y económicos, tanto nacionales como internacionales. Asimismo, nos deja testimonio de diferentes proyectos que se discutieron para solucionar los retos diarios y a mediano plazo, según la coyuntura del momento. La narración de Sitarz nos ayuda a entender cuánto valían los contratos en este ámbito, las recomendaciones de personas confiables así como de mentores y de patrocinadores, el buen trato de los empleados, el orden (una de las palabras favoritas de Sitarz), la reputación y, con ello, en qué se basaba lo más importante para el éxito en el mundo volátil del negocio: el crédito y la confianza. En otras palabras, se puede aprender cómo se construyó el capital social y cultural y qué tan fácil era destruirlo.

A través del prisma de Sitarz también aprendemos sobre el proyecto modernizador en Colombia. Él mismo se consideró como protagonista en esta marcha hacia la racionalización de la economía y del trabajo, la explotación de la naturaleza y el ordenamiento del espacio; cuestionando las resistencias y obstáculos que se presentaron. Sus aliados en su misión en Colombia fueron la oligarquía paisa: los ganaderos y cafeteros de la famosa colonización antioqueña. En ningún momento cuestionó esta transformación, es más, la glorificaba. Tampoco preguntaba por opciones alternativas y mucho menos por los perdedores en estos procesos: los campesinos, indígenas, negros y mulatos. Al respecto, proporcionó una narrativa eurocentrista que se inscribe en las que ha deconstruido Mary Louise Pratt en su crítica sobre los relatos de viajes⁶. En cuanto a la vida popular de la gran mayoría de los colombianos, no aprendemos mucho: no fue el mundo de Sitarz, aunque tuvo contacto diario con subalternos y a menudo se encontró con otros grupos étnicos en sus viajes.

La presente edición en español se logró gracias al Banco de la República y al gran esfuerzo de varias personas. A ellas quisiera agradecerles: ante todo, a Adolfo Meisel, cuando fue codirector del Banco; a Catherine Aristizábal, quien se encargó de la traducción; a Daniela Santos Cárdenas y al equipo de la Sección de Gestión de Publicaciones del Banco de la República, que coordinó el proceso de edición.

Nürnberg, enero de 2019

⁶ Mary Louise Pratt (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge.

SOBRE EL AUTOR



Hans Sitarz

Hans Sitarz nació en 1889 en Viena y realizó gran parte de su formación escolar en Stettin, eligió por voluntad propia la profesión de comerciante (*cf.* introducción). Esperaba poder independizarse rápidamente de su casa paterna, que subsistía con escasos recursos financieros. Comenzó en 1905 un aprendizaje en la empresa bancaria y de comercio de cereales Tillack & Böhm, donde asumió como empleado diversas funciones en los años sucesivos. En el Verein zur Förderung überseeischer Handelsbeziehungen (Asociación para el Fomento de las Relaciones Comerciales de Ultramar) conoció al exdiputado del Reichstag Heinrich Dohrn.

DESDE STETTIN A BOGOTÁ

Fue en septiembre/octubre de 1910 cuando el doctor Dohrn me preguntó una noche en el *Überseeischer Verein* (Asociación de ultramar), si aún deseaba irme a algún lugar en el extranjero. Yo asentí, por lo cual en esa misma velada me presentó el señor Fritz Adler, de Hamburgo, con quien debía conversar todos los detalles.

El señor Adler se presentó como apoderado de la empresa Ernst Pehlke, que tenía una oficina de compras en Hamburgo, pero su negocio central en Bogotá, la capital de la república sudamericana de Colombia. Me dijo que había recibido el encargo de contratar un empleado joven para el despacho de Hamburgo, que debía trabajar solo unos meses allí para conocer el negocio, pero por lo demás, hacerse cargo de un puesto en Bogotá. Por el período de actividad en Hamburgo se me ofreció un sueldo nada despreciable de 150 marcos mensuales. La remuneración en Colombia sería acordada más adelante. Solicité un breve tiempo de reflexión para poder informarme un poco sobre la empresa Ernst Pehlke. En la asociación había varios estimados socios que creían conocer bien al señor Pehlke y poder recomendarlo. Lo caracterizaron como un hombre sumamente capaz, con voluntad de hierro, que había logrado por su propio esfuerzo adquirir una fortuna considerable. Era una persona muy exigente consigo mismo y con los empleados, pero a estos últimos también les abonaba el merecido sueldo. Tenía un negocio próspero en Bogotá y además un latifundio con plantaciones de café y cacao y una importante cría de ganado. Otro empleado más joven, oriundo de Stettin, que trabajaba ya casi un año en Bogotá, escribía muy satisfecho desde allí. Todo sonaba bastante favorable, y después de haber hablado también con mi jefe, el señor Radczewski al respecto, decidí aceptar el puesto en Hamburgo a partir del 1 de enero de 1911. Por consejo del señor Adler, comencé enseguida a tomar clases de español.

Después de haber tomado la decisión de aceptar el nuevo puesto de trabajo, me vi ante la difícil tarea de contarle a mi madre, de la forma más prudente posible. Ella bien sabía que desde hacía tiempo abrigaba la idea, si se presentaba la oportunidad, de probar mi suerte en el extranjero. Pero a pesar de esto,

no estaba de acuerdo con los hechos consumados. Por supuesto, surgió enseguida la pregunta: ¿con qué podría contribuir en el futuro al mantenimiento del hogar? Le respondí: ¡Con todo de lo que pudiera prescindir de alguna manera! Por supuesto sería un poco menos, pero en compensación no consumiría ya nada. Ella se lamentó, que no funcionaría, y trajo a colación numerosas razones para fundamentar su opinión. ¡No fue una discusión agradable!

Me mantuve firme y finalmente le di, algo irritado, el consejo de pedirle a mis hermanos Franz y Fritz en el futuro un sacrificio financiero para el hogar en general, similar al que era solicitado como algo totalmente sobreentendido a mis dos hermanas y a mí. Al final, mi madre se conformó con lo inevitable, y el tiempo hasta mi partida a Hamburgo, en los primeros días de enero de 1911, transcurrió sin otro disgusto. Incluso hizo lo posible para preparar mi equipamiento en ropa, etc., tan abundante y duradero como fuera factible. Sin embargo, no era mucho lo que podía llevarme.

La separación de Tillack & Böhm, donde había trabajado más de seis años, la lamenté mucho, a pesar de ser consciente de que no hubiera logrado allí un futuro promisorio. De hecho, el comercio de cereales fue cerrado pocos años después. Con mi jefe Radzewski mantuve contacto epistolar por mucho tiempo y lo visité varias veces en los años posteriores.

También me resultó difícil la despedida de las dos asociaciones a las que había pertenecido. No solo tenía que agradecerles por las horas agradables y estimulantes, sino además, por las muchas cosas que me favorecieron durante toda mi vida. De los amigos de mi edad en ambas asociaciones solo volví a ver muy pocos en los años siguientes: la mayoría fue víctima de la guerra de 1914-1918.

A pesar de mi deseo de alejarme de las en extremo estrechas condiciones de vida en Stettin, sentía lástima de tener que dejar la ciudad. Le tenía que agradecer una buena formación escolar y profesional y la conocía tan a fondo como en mi opinión había sido posible. El hecho de que en los trece años de mi vida en ella hubiera sufrido bastante por la pobreza, no lo tomé mal después. Consideraba esas experiencias como un buen aprendizaje para la vida, y me decía que difícilmente me podía ir peor alguna vez, de lo que me había ido antes.

A pesar de las escasas perspectivas positivas, no dejaba de estar satisfecho con mi vida en los últimos años. A la par de los incentivos que me ofrecieron las dos asociaciones, también me pude permitir algunos otros esparcimientos. En el invierno iba con frecuencia al teatro municipal de Stettin, muy bueno en aquel entonces, en el cual la ubicación más económica solo costaba desde 50 pfennigs (céntimos) hasta un marco. Por ese precio había visto —aunque la mayoría de las veces de forma incómoda—

muchas óperas, dramas, etc., la mayoría piezas clásicas. Los domingos y las noches de verano estaba mucho al aire libre. En múltiples caminatas, paseos en bote o en bicicleta, había explorado detenidamente los alrededores hasta una distancia de 35 kilómetros. En la temporada invernal me gustaba el patinaje sobre hielo, la mayoría de las veces en el lago Westend, muy cercano a nuestra casa. Amaba el paisaje pomerano con sus grandes bosques de abetos y hayedos, extensos campos y muchos ríos y lagos. Ocasionalmente me permitía un viaje económico en barco de vapor al mar Báltico, una vez hasta las rocas cretáceas de la isla Rügen. Varias veces estuve también en Berlín, a donde había, algunas veces, ofertas de viaje muy económicas el domingo.

En Hamburgo busqué primero, con la ayuda de Adler, una habitación amoblada, que encontré al poco tiempo cerca de la oficina. Esta se encontraba en uno de los edificios de oficinas nuevos en Wallhof, frente a la estación central de ferrocarril. A continuación comencé mi nuevo trabajo lleno de expectativas. Sin confesarlo abiertamente, me sentía decepcionado. La oficina era pequeña. Consistía de dos habitaciones bastante pequeñas, una de ellas estaba sobre todo destinada al embalaje. Aparte de Adler solo había una joven secretaria, y yo. Mi trabajo principal consistía en empaquetar mercadería en paquetes de correo. Adler se dio pronto cuenta de mi decepción y trató de consolarme con el argumento de que Hamburgo era solo una oficina de compras. El negocio en Bogotá era en apariencia mucho más interesante y diversificado. Siempre hizo hincapié en las grandes posibilidades de desarrollo que tenía el comercio, que solo, por así decirlo, esperaba la mano de obra para florecer. Aún hoy estoy seguro de que él estaba convencido de lo que me decía. Nunca había estado en Colombia, pero esperaba poder hacer pronto un viaje hasta allí. Yo lo consideraba una persona honesta y sincera y me esforzaba por ganar interés en mi trabajo, tanto como me fuera posible. Ante todo, quise familiarizarme con la mercadería que era enviada a Colombia. En cuanto a volumen, consistía principalmente de joyas más bien baratas y artículos de regalo de todo tipo. El negocio más rentable fue, sin embargo, la exportación de productos ópticos, como anteojos y binoculares, microscopios, etc. Además, había escopetas de caza y pistolas en pequeñas cantidades. De Colombia se importaba café, casi siempre producido en la propia plantación. Adler era un hombre trabajador, modesto, con el cual uno se podía llevar bien. Una vez estuve en su casa. Estaba recién casado. El primer hijo tenía pocos meses. No parecía tener ingresos abundantes, pero había depositado mucha confianza en el futuro de la empresa.

Contaba con mucho más tiempo libre del que había tenido alguna vez en Stettin. El horario comercial era bastante más corto. Utilicé mi tiempo libre para ver la ciudad en detalle, la cual me gustó. De los alrededores no conocí nada, excepto Blankenese. La necesidad de ahorro limitaba mi libertad de movimiento. También me dificultaba encontrar amigos y no recuerdo haber hecho en Hamburgo, fuera de lo comercial, alguna relación social. Después de unas semanas decidí hacerme socio nuevamente de un centro deportivo, pero antes de concretar mi decisión llegó la noticia de que debía partir a Colombia lo antes posible. Eso fue a fines de enero y se decidió que viajaría el 18 de febrero en el vapor Sardinia, de la empresa Hapag, que partía rumbo a Puerto Colombia.

A comienzos de febrero dispuse de unos días de licencia para despedirme de mi familia en Stettin. El ambiente estuvo muy deprimido. Traté de consolar a mi madre con el comentario de que solo iría al extranjero con un contrato de tres años (en realidad fueron diez años de ausencia) y que esperaba ganar pronto lo suficiente para poder liberarlos de la eterna escasez. Pero a continuación debía darle la triste noticia de que por el momento solo le podía enviar treinta marcos mensuales. Agregué que esto era porque naturalmente no podía esperarse que, durante el tiempo de mi iniciación en un entorno diferente, se me pagara un sueldo alto. No le dije qué desventajoso era para mí el contrato en realidad, porque con seguridad me haría otra vez largos reproches por haber renunciado al trabajo en Tillack & Böhm. Los treinta marcos que quería enviarle cada mes eran la mayor parte de mi sueldo, en la medida en que debía ser pagado en efectivo. Los acuerdos eran tales que recibiría al mes, fuera de mi manutención libre de gastos, incluso vestimenta y eventuales gastos médicos, durante el primer año cuarenta, en el segundo cincuenta, en el tercero sesenta marcos. La empresa también pagaba el viaje de ida y de regreso. Este documento se me dio para su firma el mismo día de mi partida, es decir, el 18 de febrero. Aunque su contenido había enfriado considerablemente mi entusiasmo por el nuevo trabajo, la explicación dada por Adler me pareció creíble; que la escasez de las condiciones solo debía ser una protección de la empresa frente a la posibilidad de tener que pagar más allá del salario mínimo a empleados incapaces; el que mostraba sus capacidades podía contar a la brevedad con una mejora en sus ingresos. Yo tenía el firme propósito de calificarme y decidí, por lo tanto, no intranquilizarme por el momento en cuanto a las condiciones contractuales desfavorables. Para ayudar a mi madre entretanto a paliar la estrechez más acuciante, le dejé todos mis ahorros, que ascendían a una suma entre trescientos y cuatrocientos marcos. Le hubiera gustado acompañarme a Hamburgo en

lo posible, junto con Erich, mi hermano menor, hasta subirme a bordo del vapor, pero a la vista de los consiguientes costos decidimos ser objetivos y despedirnos en la estación de ferrocarril en Stettin.

Mi partida de Hamburgo no fue una ocasión solemne. Aparte de mi propio equipaje, que consistía en una maleta no muy grande y uno o dos bolsos de mano, debía llevar una cantidad de maletas y cajas con mercadería de la empresa. Cuando todo estuvo listo y embalado, se pidió un camión, se cargó todo el equipaje y conduje —un sábado a la tarde entre las cuatro y las cinco— acompañando la carga al barco y se quedó allí. Adler vino un rato después para despedirse. Al atardecer partió el vapor. Era un día gris, pero sin nieve.

Conmigo viajaba el señor Ferdinand Focke con su señora y su hija de unos 13 años, oriunda de Bogotá, a los que había conocido unos días antes por intermedio de Adler. La familia había estado varios meses en Alemania y regresaba ahora a Bogotá, donde Focke residía desde hacía muchos años. Su mujer había nacido en Colombia y provenía de una familia tradicional de Bogotá. Hablaba poco alemán, al igual que su tímida hija.

Focke, nacido en un pueblo cerca de Bremen llamado Wüstenhausen, me dio la impresión de ser inteligente y enérgico. Siempre se comportaba como si todo lo que veía le divirtiera. Pero en el fondo era serio. Le gustaba burlarse con frecuencia y a veces tenía una lengua muy maliciosa. Desde el inicio de conocernos fue para mí un buen amigo, al cual le debo agradecer mucho, sin que me hubiera sido posible expresarlo de otra forma que con palabras. Cuando lo mencioné en años posteriores, dijo: “¡Devuélvame el favor ayudando más adelante a otro joven!”. Algunas veces tuve que soportar su burla, pero no se ofendía cuando le cambiaba el juego en algún momento. Nunca se dirigía a mí por mi nombre, sino solo con “Stettin”. ¡En su opinión era Stettin algo ubicado en el muy lejano Este!

Mientras el Sardinia bajaba lentamente por el Elba pasando por Blankenese, se llamó para la cena y Focke me invitó a su mesa. Para festejar la partida pidió una botella de vino Mosela. A bordo estaban algunos jóvenes más, que al igual que yo, querían iniciar su primer puesto en el extranjero, como también uno o dos viajeros comerciantes. Otros pasajeros y la mayor parte de la carga debían ser embarcados en Amberes.

La salida del Elba en Cuxhaven al mar del Norte se retrasó varias horas por la niebla. Incluso cuando había aclarado lo suficiente, el tiempo siguió mal. Durante todo el viaje de dos días hasta Amberes hubo mar agitado. Era mucho peor de lo que yo había visto en mis cortos viajes por el mar Báltico, y sufría de mareos. Fue un alivio cuando el barco entró finalmente a las tranquilas aguas del Escalda y luego ingresó al puerto de

Amberes. Con esto aparentemente pagué mi tributo a Neptuno, pues no volví a marearme, incluso con peor tiempo, durante el transcurso posterior del viaje. En mis múltiples viajes en los años venideros nunca más tuve mareos, excepto algunos ataques pasajeros y sin importancia en altamar.

En Amberes permanecemos cuatro días. Utilicé el tiempo para conocer un poco la ciudad, casi siempre en compañía de la familia Focke. Allí por primera vez tuve la oportunidad de poner a prueba mi francés aprendido en el colegio, y después de haberme sobrepuesto a la desconfianza en mí mismo, todo anduvo bastante bien. Amberes fue la primera ciudad no alemana que conocí. Aparte de algunos edificios históricos, no pude descubrir muchas cosas atractivas en ella. La encontré menos limpia que las ciudades alemanas y la población obrera parecía ser más pobre.

En Amberes comenzó nuestro viaje más largo sin interrupciones. La isla Santo Tomás, una de las pequeñas Antillas, en aquellos tiempos aún posesión colonial de Dinamarca, debía ser nuestra próxima meta. Durante los primeros cuatro días después de Amberes, en especial durante la travesía del golfo de Vizcaya, tuvimos otra vez mal tiempo, pero a partir de la mañana en la que avistamos el pintoresco grupo de las islas Azores, que bordeamos con gran proximidad, tuvimos siempre buen tiempo hasta llegar a Santo Tomás.

Esta parte del viaje duró casi tres semanas en el lento vapor de carga. Sin embargo, no se me hizo demasiado largo. Disfruté cada una de las horas a plenitud. Eran las primeras vacaciones de mi vida, a excepción de algunos días que había vivido en el verano de 1905 en Kolberg, Pomerania. A pesar de que la vida a bordo de este barco de carga era tan modesta, en comparación con lo que yo estaba acostumbrado, me parecía suntuosa. La consideraba una compensación anticipada por las desilusiones muy probables que me estaban esperando; con esto último ya contaba, después de haber escuchado a Focke.

En efecto, unos días después de comenzar nuestro viaje Focke me dijo con su habitual manera brusca: “Stettin, ¿usted ya sabe, seguramente, que se dejó engañar con el puesto en lo de Pehlke? Le contesté: “¿No, por qué?”. Acto seguido me hizo una descripción detallada y en extremo desagradable de mi futuro jefe, como también de las condiciones en la empresa, pero agregó para mi consuelo: “¡Pero no se aflija por eso! Considere este puesto solo como trampolín. Aprenda rápido y bien español y pronto encontrará otro lugar de trabajo mejor, Colombia es un país del futuro”. Decidí seguir su consejo y tenerme sin cuidado el tema. Ante todo tomé la determinación de no dejar de disfrutar del viaje.

La gente a bordo era agradable, tanto las personas que viajaban con nosotros, como la tripulación. Los días transcurrían demasiado rápido para mí. Entre los viajeros más jóvenes el más agradable era un exsubteniente del ejército alemán, un barón de Ekensteen, una persona simpática y espontánea. Había tenido que dejar el servicio debido a pequeñas deudas y ahora planeaba rehacer su existencia en Guatemala con ayuda de sus parientes. Posteriormente me enteré de que tampoco había tenido suerte allí. A bordo era nuestro instructor en ejecutar toda clase de ejercicios corporales, para no entumescernos. Desde Amberes también había un francés a bordo, un diplomático consular, que compartió el viaje hasta Santo Tomás. No dominaba ningún otro idioma excepto el suyo, y como yo era el único que tenía algunos conocimientos del francés, se dio que estuviera mucho con él. Cuando nos separamos en Santo Tomás mi francés había mejorado tanto que en el primer tiempo en Bogotá, antes que pudiera hablar suficientemente español, me sirvió de gran ayuda en el contacto con los colombianos cultos, que hablaban casi todos francés.

La señora y la hija de Focke eran las únicas pasajeras femeninas a bordo, quienes se comportaban muy reservadas. Aunque la señora Focke se esforzaba, en algunas ocasiones, por mejorar mis conocimientos de español, ¡mis esfuerzos en la práctica del francés eran catalogados por Focke como una pérdida de tiempo!

La estadía de un solo día en Santo Tomás fue mi primer contacto con el paisaje tropical y me produjo una profunda impresión. No me cansaba de ver todas las cosas nuevas y a veces no podía creer que se había hecho realidad, lo que había soñado durante muchos años, es decir, un viaje a regiones lejanas del mundo. A Focke le causaba gracia mi entusiasmo y me dedicaba tanto tiempo aquí y en los siguientes puertos, que su mujer le advirtió una vez con suavidad, que a Inés, su hija, también le gustaría compartir un paseo con él.

De Santo Tomás nos dirigimos a Willemstad, en la isla holandesa Curazao, donde estuvimos un día. La ciudad era limpia al estilo holandés, el Hotel Americano era el mejor. La isla en sí era desolada y pedregosa, sin agua. El agua potable se traía de Venezuela. La colonia solo era importante en su función de puerto libre y lugar de comercio. En el puerto se encontraban agueridos marineros, los cuales me contaron que realizaban un activo comercio de contrabando con Venezuela y Colombia.

De Curazao llegamos en un viaje de un día o dos (no recuerdo exactamente) a Puerto Colombia, el destino final de nuestro viaje en el Sardinia. En la mañana del 19 de marzo de 1911, un domingo, atracamos en el largo muelle que había sido construido lejos, mar adentro, debido a la costa

plana. Hacía mucho calor y los áridos cerros que rodeaban el lugar tenían aspecto de incinerados. Cuando me despedí del capitán Wünnenberg, que se había mostrado siempre muy agradable, me dijo: “¡Su nueva patria no se ve muy acogedora!”. Pero Focke agregó enseguida dirigiéndose solo a mí: “¡Espere hasta que lleguemos al interior. Colombia es un país hermoso!”.

En la tarde nos trasladamos por tren a Barranquilla, la estación final del recorrido navegable del río Magdalena, ubicada a unos veinticinco kilómetros de Puerto Colombia, desde donde continuaríamos el viaje al interior.

En Barranquilla fuimos al único hotel considerado en ese momento como bueno, la Pensión Inglesa. Se me asignó una habitación en la planta alta, que daba a la esquina, desde allí tenía vista sobre el río Magdalena. El mobiliario de la habitación era muy sencillo: una cama con un mosquitero encima, un lavabo, una mesa y algunas sillas. La comida no era, de lejos, tan buena como la del Sardinia.

Con respecto a la continuación de mi viaje, debía ponerme en contacto con nuestros transportistas, una compañía alemana llamada Empresa Hanseática-Lindemeyer & Wiese. Con uno de sus empleados conduje mi equipaje la mañana siguiente a la Aduana, para despacharlo. Adler había respondido a mis preocupaciones, que las autoridades colombianas no abrirían el equipaje de viajeros, y hasta ese momento nunca habían tenido que pagar aranceles por los productos que iban en las maletas. Yo tenía mis dudas, pero no podía negarme a llevar la mercadería. La desgracia quiso que poco tiempo antes de mi llegada se sancionaran nuevas severas disposiciones referentes al tratamiento de equipaje de viaje, por parte del Gobierno, y la consecuencia fue que todo equipaje debía ser cuidadosamente investigado y toda la mercadería ingresada debía pagar los derechos de aduana. Además de la aduana, se tenía que pagar también una sobretasa por la omisión de la declaración legal fijada por ley. El incidente no fue solo bastante desagradable para mí, sino también para la empresa de transporte. Durante mi trabajo en Tillack & Böhm nunca había estado en la triste situación de que se me considerara un contrabandista sorprendido en flagrante. Mi respeto por la nueva entidad no aumentó precisamente con esta experiencia. Focke, que había observado lo sucedido, solo dijo: “¡Es muy Pehlke! ¡Ahora tiene la impresión correcta de la empresa!”.

Ya que el vapor fluvial que nos debía llevar al interior partiría dentro de unos días, tuve tiempo para conocer un poco a Barranquilla. Focke tenía allí muchos contactos, y me presentó a varios comerciantes importantes, sobre todo alemanes. Pronto me fui dando cuenta de que el nombre de la empresa, Pehlke, nunca había producido un eco respetuoso. El comercio mayorista en Barranquilla estaba de preferencia en manos alemanas. Esto no duraría mucho tiempo. Pero el año 1911 aún formaba parte de los prósperos tiempos

de las empresas alemanas locales y varias de ellas habían realizado un notable trabajo pionero en el país. Se les debía reconocer el inicio de la navegación fluvial en el Magdalena y de diferentes industrias, e incluso la introducción de una competente ganadería a gran escala. La mayoría de estas empresas tenían su marco referencial en Bremen. El deterioro posterior de muchos de estos establecimientos se debió, en gran parte, a su propia culpa. No concordaban con los tiempos¹, creían poder descansar en los laureles comerciales logrados y vivían en demasiada opulencia. Ante todo, tomaban en exceso, incluso durante el horario comercial. Durante nuestras visitas Focke y yo fuimos invitados con frecuencia a compartir un trago. Él, que siempre era mesurado, invariablemente daba las gracias en nombre de los dos.

Exceptuando la atracción para mí siempre presente, de la novedad, la ciudad de Barranquilla tenía poco para ofrecer. Las casas, en su mayoría de aspecto muy sencillo y pintadas de blanco o de colores claros, con frecuencia estaban aún techadas con paja de palmera. Las calles carecían de pavimento y eran casi siempre muy arenosas. Había mucho polvo. Las sendas peatonales que bordeaban las casas estaban más elevadas que el resto de la calle, pues durante la temporada de lluvia muchas calles de la ciudad se convertían fácilmente en ríos caudalosos. La ciudad está ubicada en un terreno que posee una pendiente suave hacia el Magdalena. Durante la época de lluvia, en una repentina creciente, fueron arrastrados caballos y coches, los animales se ahogaron. Rara vez se veían peatones. El principal medio de transporte eran coches livianos, en su mayor parte tirados por dos pequeños caballos en estado lamentable. A Lindemayer, uno de los dueños de la Empresa Hanseática, lo vi llegar a su negocio montado en un hermoso caballo negro brillante, lo que me impresionó mucho. En los sectores más pobres de la población el medio de transporte más importante para las personas y cargas eran los pequeños y pacientes burritos.

Si trato de rememorar las impresiones más importantes de aquellos días veo ante mí el luminoso cielo azul, la luz que se reflejaba casi dolorosamente en las paredes claras de las casas y en las calles arenosas, y las hojas de las palmeras y otras plantas, que brillaban bajo el sol. Aún escucho el campanilleo de los coches y el ruido de su paso por la arena. De vez en cuando sonaba entremedio el rebuzno de un burro o el canto de un gallo. En aquel entonces la ciudad aún no era muy ruidosa. El calor resultaba soportable, pues justo era el momento de la brisa. La población mestiza, la mayoría de tez oscura, no me agradó en especial.

¹ No se actualizaban (nota de la traductora).

Finalmente llegó el momento de continuar el viaje, y una tarde, entre las cuatro y las cinco, embarcamos. La llegada y la partida de un barco hacía parte entonces de los acontecimientos más importantes del día, y así fue que se había juntado una multitud para ver nuestro viaje. Acompañado de mucho griterío y el diligente accionar del pito del vapor, nuestro barco se puso, al final, con lentitud, en movimiento. Demoró largo tiempo hasta que salimos del puerto fluvial, el llamado Caño, un brazo en parte natural y en parte artificial del Magdalena, y desembocamos en el río propiamente dicho.

Las comodidades ofrecidas a los pasajeros, incluso a los de primera clase, eran muy modestas. Mi camarote solo albergaba un catre y un palanganero, este último bastante pequeño. Uno mismo debía proveer ropa de cama, toallas y mosquitero. Si había más pasajeros que camarotes, lo que sucedía la mayoría de los casos, una parte debía dormir en catres o hamacas puestas en cualquier lado. Para asearse, solo había agua marrón del río, que se filtraba para beberla. Se sabía que las comidas eran malas y preparadas con poca pulcritud. Los trajes blancos de los meseros rara vez eran cambiados durante el viaje. Para el suministro de carne se llevaba varias reses vivas a bordo, que se faenaban según el consumo. El alojamiento y el trato para estos pobres animales de matadero causaban pavor.

De cada lado, el barco remolcaba un bote repleto de carga. La velocidad de la marcha en contra de la caudalosa y rápida corriente del río era sumamente reducida, quizá ni unos diez kilómetros por hora. Muy lentamente pasaban las orillas cubiertas de pasto alto ante nuestros ojos. Pero la suave brisa producida por el andar del barco era suficiente para hacer bastante agradable a los pasajeros su permanencia en cubierta.

Después de un viaje de varias horas nos detuvimos por primera vez a cargar leña para la máquina. Ya había oscurecido y las personas del desembarcadero habían encendido un gran fuego, en parte para iluminar y quizás también para ahuyentar un poco con el humo a los mosquitos. El grupo de hombres iluminado por las tambaleantes llamas, algunos de ellos a caballo, con unos árboles altos en el fondo, era una imagen pintoresca. Después de haber completado la reserva de leña, nos pusimos de nuevo en movimiento. Estas paradas se repitieron cada cinco o seis horas durante todo el viaje. Como era novato, me venían muy bien, pues me daban la oportunidad continua de bajar a tierra y observar el lugar y su gente. Con frecuencia también nos deteníamos en pueblos, para cargar o descargar mercancía. Aproveché plenamente estas oportunidades para no desperdiciar la ocasión de recoger nuevas impresiones. Casi siempre los pocos negocios existentes y la plaza del mercado estaban ubicados cerca del desembarcadero.

Durante los tres primeros días viajamos también de noche. Después, cuando incluso de día se hizo difícil reconocer la ruta correcta de las aguas, constantemente cambiantes, anclábamos al anochecer en un lugar adecuado de la orilla. Las primeras horas nocturnas eran por lo general muy calurosas. Recién alrededor de la una o dos de la madrugada, empezaba a refrescar; pero, apenas se asomaba el sol en el horizonte, se ponía de nuevo caluroso.

Estábamos ahora en la región de las selvas que cubrían el valle del río Magdalena junto con extensos pantanos. De ambos lados del río nos acompañaba el alto muro del bosque. Solo algunas veces era interrumpido por un lugar habitado. Con frecuencia la corriente cambiante del indomable río había socavado partes de la costa y derribado árboles, e incluso, a menudo, grupos enteros de ellos. Durante un tiempo se sostenían con las raíces, al final eran arrastrados por la corriente y depositados en otro lugar, donde con frecuencia se convertían en un gran peligro para la navegación. Muchos árboles alcanzaban una altura de treinta a cuarenta metros. En los lugares donde cargábamos leña siempre me atraía entrar al bosque y observar de cerca la maraña de árboles, arbustos y enredaderas. De vez en cuando aparecían serpientes entre las pilas de leña, los marineros las mataban sin importar si eran venenosas o no.

Las viviendas de los pobladores a los que se compraba la leña eran en extremo humildes. El bosque proveía el material de construcción. Se hacía una estructura atada con lianas (enredaderas) y se cubría por encima con un techo de palmera. Las paredes consistían de delgados palos, puestos uno al lado del otro en la tierra. No era necesario que quedaran herméticos. Con frecuencia se renunciaba completamente a las paredes. El equipamiento consistía de algunas hamacas, mosquiteros, ollas y acaso una caja parecida a una maleta, para almacenar ropas y otras cosas. En la orilla estaba atado el medio de transporte utilizado, una piragua. Para este fin, casi siempre se metía un palo a través de un agujero hecho en la punta del bote, en el suelo de la orilla. Algunas veces había cultivos de maíz, yuca y plátanos. En cuanto a animales domésticos, a lo sumo se veía, la mayoría de las veces, solo gallinas, rara vez cerdos y menos aún ganado. Estos últimos no encontraban alimento en el bosque. Debía ser cultivado para ellos. Los perros eran frecuentes, pero sin raza conocida y medio muertos de hambre, llenos de parásitos. Ocasionalmente se veía cerca de las chozas un armazón hecho de ramas, en el cual se secaban los pescados. El olor no era apetitoso. A menudo se observaban poblaciones abandonadas. En poco tiempo eran cubiertas de nuevo por la exuberante vegetación. Con frecuencia solo se reconocía que en el lugar había habido alguna vez una población, porque el bosque era en esa parte un poco más bajo que en los alrededores.

Esas señales de condiciones primitivas no me parecían desagradables. Todo lo contrario. Cuanto menos desarrollado veía el país, tanto más favorables me parecían mis posibilidades futuras. Yo venía de un país que siempre me había parecido sobrepoblado. Cada pequeño trozo de tierra era allí aprovechado. La mano de obra y la alegría del trabajo, de la cual se disponía, no significaban mucho. Había demasiado de lo mismo, y faltaban posibilidades para aprovecharlas. Había que agradecer si se encontraba un pequeño espacio en el ámbito económico, que se pudiera llenar. Aquí, todo era distinto. Me parecía que cada uno disponía de tanta libertad de movimiento como deseaba.

El calor, que se había vuelto más fuerte que en Barranquilla, no me importaba. Yo era muy sano y no tenía exceso de grasa. Pesaba 60 kilos. El clima tenía una influencia decididamente estimulante en mí.

Estaba ansioso por no perder ninguna de las nuevas impresiones que se me ofrecían. Nunca me cansé, incluso en los viajes posteriores, sentado en la cubierta de los pasajeros y contemplando el paisaje que se acercaba lentamente. De vez en cuando, pero rara vez, se podía vislumbrar un animal de la selva. Una familia de monos, un tapir o jabalíes. Los loros eran frecuentes, los más comunes eran unos pequeños, que se presentaban en bandadas de color verde pasto. Hacían un ruido infernal. Si una bandada era iluminada por el sol, adquiría el aspecto de una luminosa nube verde. En algunas oportunidades volaba un azor en círculos. Los buitres eran frecuentes, el control sanitario del trópico. Tan feos como eran esos pájaros en tierra, tan hermosos parecían en el aire. El río era rico en peces, y en los bancos de arena se veían con frecuencia manadas enteras de cocodrilos; al aproximarse el barco, desaparecían siempre rápido y silenciosamente en el agua. En ocasiones se les lanzaban algunos tiros desde el barco, pero pocas veces con éxito evidente. Algunas veces el viento traía perfume de árboles florecidos del bosque, pero a menudo olores menos agradables, de pantanos putrefactos, peces muertos u otro tipo de carroña. El tránsito fluvial era muy reducido. El encuentro con otro barco e incluso con una canoa era un acontecimiento. El viaje hasta La Dorada duró diez días, allí terminaba la navegación del llamado Bajo Magdalena. Durante los últimos tres días el río era aún caudaloso, pero se había vuelto más estrecho. Las orillas se volvieron con más colinas y a lo lejos, frente a nosotros, se perfilaban altas cadenas montañosas, a la izquierda la cordillera Oriental y a la derecha la cordillera Central. Sin embargo, la selva nos seguía acompañando en ambos lados del río.

La Dorada era un mísero y pequeño pueblo, la estación final de un ferrocarril, que representaba la conexión con el Alto Magdalena, aquí nuevamente navegable. El ferrocarril tenía unos 150 km de largo, era de propiedad inglesa y terminaba al otro lado de Beltrán, desde donde debíamos utilizar

nuevamente un vapor, pero mucho más pequeño. No había nada para ver en La Dorada, excepto los edificios muy primitivos del ferrocarril y un montón de chozas humildes, irregularmente construidas para los obreros.

En aquellos días aún no existían en Colombia instalaciones de cualquier clase, para evitar a los viajeros estadias innecesarias. Como resultado de esto, no podíamos hacer el trayecto hasta Beltrán en una sola etapa y desde allí trasbordar enseguida al otro barco. Este solo estaría listo para continuar el viaje a la noche del día siguiente por lo que nos veíamos obligados a permanecer en Honda durante este tiempo intermedio, pues era el único pueblo junto a las vías del tren, que disponía de un hotel. El viaje en tren desde La Dorada hasta allí demoraba cerca de una hora. El hotel de Honda, que se encontraba bajo la administración inglesa, era sorprendentemente bueno, se llamaba América.

Honda es una de las ciudades colombianas más antiguas. Había sido fundada por los españoles, y de aquel tiempo se decía que procedían muchos edificios. La ciudad se ubica en un valle profundo, en la desembocadura del río Gualí, en el Magdalena. Se le conoce por su clima caluroso y transmitía una sensación de somnolencia. Focke me hizo saber que la propiedad agrícola de la empresa Pehlke estaba a unas cinco horas, a caballo, desde Honda: la hacienda Hamburgo.

La tarde siguiente viajamos en tren —casi todo el trayecto por extensos campos de pastoreo— a Beltrán, desde donde comenzamos el segundo y último tramo de nuestro viaje fluvial. Desde aquí el Magdalena era angosto y torrencioso. Los barcos a vapor utilizados en este trayecto tenían máquinas muy robustas y no llevaban botes a remolque. En un sector el río era tan caudaloso, que debía fijarse una larga soga de alambre, por encima de los rápidos, mediante la cual el barco se afirmaba en su cruce por este lugar complicado, exigiendo al mismo tiempo el mayor esfuerzo de su rueda de timón. Aquí, las orillas estaban en su mayor parte pobladas. Donde aún había bosque, no tenía la misma altura de la selva en el valle del Bajo Magdalena. La región se tornaba de ambos lados cada vez más montañosa. Después de un viaje de casi un día y medio, que fue mucho más incómodo que el anterior, río abajo, llegamos a Girardot, donde debía comenzar la última parte de nuestro viaje a Bogotá. En Bogotá conocí a personas, entre ellas un alemán ya bastante viejo, cuyo nombre he olvidado, que habían realizado su primer viaje por el Magdalena río arriba, antes del comienzo de la navegación a vapor, en un así llamado, champán. Un champán era un bote largo, en el cual se transportaba a viajeros y mercadería. La barcaza se deslizaba río abajo simplemente contra la corriente, pero río arriba debía ser empujada con ayuda de largas varas bordeando la orilla. Tal viaje río arriba, de Barranquilla hasta Girardot, duraba cerca de tres meses. El alojamiento de los viajeros en estas barcazas

era muy primitivo. En vista de las dificultades de viajar por el país, no causa asombro que en Bogotá hubiera muchas personas, de todas las clases sociales, que nunca en su vida habían salido de su ciudad natal.



Barcos de vapor en el Magdalena

Girardot era en aquel entonces un pequeño municipio, pero estaba floreciendo porque era el punto de partida del ferrocarril que conducía a Bogotá. La construcción de este había sido completada recién uno o dos años atrás. Su funcionamiento no era aún seguro del todo, en especial durante la época de lluvia, que siempre ocasionaba deslizamientos de tierra que interrumpían el trayecto durante días y hasta semanas. Por precaución, también nos habíamos informado en Honda sobre el estado del trayecto. En caso desfavorable hubiéramos tenido que alquilar mulas en Honda y cabalgar por el viejo camino de herraduras a Bogotá, que en realidad era más corto. Durante el viaje la señora Focke había expresado varias veces la esperanza de que no nos viéramos en la necesidad de hacer el viaje con las mulas. Ella temía sobre todo a los pésimos albergues en la ruta. Para su tranquilidad se informó en Honda que el trayecto del ferrocarril estaba en condiciones. En Girardot nos alojamos en el mejor hotel, el San Germán, que por cierto no era de lo mejor. Aún no había

agua corriente en el lugar. Esta era traída del río en barriles transportados por burros. Media carga de burro alcanzaba para enjuagarse suficientemente en la ducha instalada al aire libre detrás de unas paredes hechas de tablas. En la noche fui llevado por la familia Focke a visitar una familia colombiana amiga, donde tres hijas tocaban muy bien la guitarra. A la mañana siguiente emprendimos el viaje en tren a Bogotá.

Girardot se encuentra a 300 metros sobre el nivel del mar, Bogotá a 2.650 metros. Pero la altura máxima que alcanza el tren entre los dos puntos está por encima de los 3.000 metros. El viaje, que en un día lleva del clima tropical a uno mucho más templado, es muy interesante. Durante las primeras horas el tren del ferrocarril de trocha angosta pasa a bastante velocidad por extensas áreas de pastura, interrumpidas por plantaciones de yuca, caña de azúcar y bananos. Luego aminora la velocidad y en una subida constante cruza durante horas la zona climáticamente agradable de las plantaciones de café. Aquí se detiene en una de las estaciones, La Mesa o La Esperanza, una media hora, para conceder a los pasajeros la oportunidad de almorzar. Dos o tres horas más tarde, cuando se acerca al punto más alto del trayecto, empieza el frío. El único y muy largo túnel de la ruta marca allí bastante exacto el límite entre el clima templado de la región cafetera y el clima frío de la altiplanicie de Bogotá. En esta parte se viaja a través de la niebla y se nota como el aire se vuelve delgado, lo cual es un poco deprimente. En aquel entonces, llegando al borde de la planicie de Bogotá, se debía cambiar de tren en la estación de Facatativá. Por alguna razón desconocida, los últimos 45 km del trayecto a Bogotá habían sido construidos en un tramo normal. Lentamente aparecían las altas cordilleras, de más de 3.000 metros de altura, detrás de Bogotá. Pronto se podían divisar las iglesias que coronaban las dos montañas, Monserate y Guadalupe, en cuyas laderas se fundó la ciudad en 1538, y entre las cinco y las seis de la tarde entramos en la estación no tan bonita de Bogotá. Mi nuevo jefe, Ernst Pehlke, junto con el único empleado del negocio de Bogotá, Bernhard Krumsieg, que era un poco más joven que yo, me esperaban. Focke los saludó a ambos, me presentó brevemente y se despidió. Nosotros tomamos un auto y conducimos hasta una pequeña casa en la calle 19, esquina carrera sexta, que Pehlke había alquilado para él y sus empleados.

EMPLEADO DE LA EMPRESA PEHLKE EN BOGOTÁ

La primera noche transcurrió muy reservada, con frialdad. La noticia de que la mercadería que se me había encomendado en Hamburgo debió pagar impuestos aduaneros en Barranquilla fue recibida sin complacencia por Pehlke. Adjudicó esta desilusión en principio a mi inexperiencia. Afirmó que él seguramente hubiera podido hacer pasar la mercadería sin aranceles. No contesté nada. Por lo demás, la conversación se redujo a los consejos que Pehlke nos daba a Krumsieg y a mí en cuanto a nuestra actividad comercial y también a nuestra vida privada. Para esto último, sin embargo, apenas quedaba lugar si seguíamos al pie de la letra las ideas de Pehlke.

Él enfatizó en que habíamos venido a Colombia para trabajar por nuestro futuro y levantar el negocio. Cuanto más progresos lográramos, tanto más crecería el trabajo. Eso sería una ventaja, pues en Bogotá no se podía hacer nada que valiera la pena, en el tiempo libre. Para descansar era suficiente hacer el domingo en la tarde un paseo por las montañas. Pero para no desperdiciar tampoco ese tiempo, nos recomendó cazar insectos. Él era un buen conocedor de las cigarras y una vez descubrió una especie desconocida hasta ese momento, la cual recibió posteriormente su nombre. Todas sus cazas fueron destinadas al Museo de Stettin, y así se haría también en el futuro con las nuestras. Nos previno contra amistades ajenas al ámbito comercial. Con los colombianos, tan distintos a nuestra forma de ser, de por sí nunca íbamos a sentirnos en realidad cómodos, y desaconsejó de modo rotundo alternar con alemanes y otros extranjeros. No conocía a ninguno que tuviera principios suficientemente serios y con quien valiera la pena alternar. Notó que yo había entablado una relación amistosa con Focke en el viaje y solo me podía dar el consejo de dejar enfriar esa amistad.

Hablaba con aires misteriosos de su negocio. Insinuó que no era el único dueño, pues debía rendir cuentas a una enigmática Mesa Verde en Hamburgo. Como me enteré luego, esa Mesa Verde era el Deutsche Bank en esa ciudad, al que debía cancelar una deuda generada por la fundación de la empresa, hacía unos pocos años. Las solicitudes posteriores de aumento de sueldo de los empleados eran rechazadas con el argumento de que la Mesa Verde no

permitía un aumento de los gastos. Pehlke actuaba como si fuera el receptor bendecido de una confianza superior, de la cual, si es que nosotros, seres indignos, lo merecíamos, nos llegaría también algo en alguna ocasión.

La casa en la que vivíamos, en realidad no era desagradable. Pero su mobiliario era muy modesto. En la sala común había unos sillones que siempre estaban envueltos en fundas; una vez levanté una de ellas para apreciar el diseño de los muebles y descubrí que los almohadones estaban completamente desgarrados. Una vieja cocinera india [sic] y su hija mantenían la casa ordenada. Las dos también cocinaban para nosotros. Las comidas eran modestas y no muy abundantes, a pesar de que los alimentos eran baratos en Bogotá.

El local comercial era un salón bien ubicado y bastante grande, en la calle 12, a media cuadra de la calle principal, la calle Real. Su arreglo era sencillo, pero agradable. Me percaté enseguida de que no me faltaría trabajo. En el fondo del negocio teníamos el taller óptico para la confección de anteojos con recetas médicas. Como no disponíamos de un óptico profesional, Pehlke, que había aprendido por su cuenta el oficio para esos fines, exigía de cada uno de nosotros aprender de él. Krumsieg ya había hecho buenos progresos. Yo también encontré interesante adquirir esa habilidad y después de pocos meses, a pesar de haber roto gran cantidad de lentes en ese tiempo, estuve en condiciones de recortar el denominado lente combinado —por un lado con superficie esférica y por el otro con superficie cilíndrica— exactamente según las indicaciones de la lámina cuadrada sin manufacturar, lijar el lente, pulirlo y enmarcarlo en el marco de manera correcta. La empresa Pehlke era la primera en Colombia que podía elaborar lentes de cualquier tipo. Antes había que encargar anteojos complejos en el extranjero. Si todo lo demás hubiera estado en orden, la empresa habría tenido solo con esta actividad un gran futuro en este país.

Nuestro día laboral transcurría de la siguiente manera: a las ocho de la mañana abríamos el negocio. Después que nosotros mismos nos encargábamos de la limpieza, de barrer y limpiar las ventanas y los mostradores, atendíamos a los primeros clientes. Cada momento libre de atención a la clientela debía ser aprovechado para trabajar en el taller óptico, desempacar o empacar la mercadería, sacudir el polvo y atender los trámites necesarios. Al mediodía se cerraba una hora y en la tarde, a las seis, terminaba la jornada. Para la contabilidad y la correspondencia debían utilizarse las horas siguientes. Como hacíamos las ventas en el mostrador, no teníamos correspondencia con los clientes. Nuestro intercambio epistolar se limitaba al establecido con la oficina de Hamburgo y los transportistas en Barranquilla, Honda y Girardot, además de la propia hacienda. En su mayor parte era atendido por Krumsieg, mientras que yo me dedicaba a la contabilidad.

Nuestra clientela se componía, según los artículos pertinentes, de todos los círculos sociales de Bogotá. Nuestras joyas y artículos de regalo no eran tan costosas como las que se comercializaban en las mejores joyerías, pero tampoco eran baratas. Por eso, solo estaban destinadas a los círculos pudientes. Los anteojos simples partían de un costo de 50 centavos (en aquel tiempo ni siquiera dos marcos), y los compradores eran trabajadores indígenas.

La obligación de comunicarse con la clientela y estar desde las primeras semanas solo en el negocio, significó para mí una ventaja, ya que mis conocimientos del español crecieron velozmente. Había llegado el 3 de abril a Bogotá, y cuando fui después de unas cuatro o cinco semanas por primera vez al Banco de Colombia para depositar dinero, el empleado me expresó su asombro ante el hecho de que al menos había podido comunicarme con él. Me contó que él y sus colegas habían hablado un día sobre la velocidad con la que justamente los alemanes aprendían español y decidieron anotar el día de mi llegada a Bogotá a fin de ver cuánto tiempo necesitaría para poder hacerme entender.

Pocas semanas después de mi llegada, Pehlke partió a su hacienda con el propósito de reemplazar al administrador, Gustav Kruse, quien debía viajar a Alemania. Lo vi partir sin mucha pena; en el transcurso de este tiempo compartido no había aumentado mi simpatía por él.

Con mi colega Krumsieg, que mientras tanto se había ganado la ‘confianza’ de Pehlke y había sido ascendido a apoderado sin aumento de sueldo, me entendía bien, aunque sin entablar una amistad estrecha, pues nunca me fue muy simpático. Pero me hice muy amigo de otro empleado, Friedrich-Carl Rogge, quien había llegado unos meses después de mí al negocio de Bogotá. Él no había emigrado, como yo, porque en Alemania le fuera mal, sino solo para ver algo del mundo, y a la vez con la esperanza de no perder su tiempo y ahorrar algo de dinero en un lapso de tres años, de acuerdo con las promesas hechas por la firma Pehlke. Rogge fue el primero de nosotros en reclamar. No estaba satisfecho con la cocinera aborigen y su hija e insistió en tomar otro personal. Como consecuencia, nuestra casa mejoró realmente, en forma asombrosa. También fue él quien tuvo el mayor círculo de conocidos, con el transcurso del tiempo. Para esto no trabajaba en exceso en el negocio, pero era de otra manera muy buen colega.

Cuando los tres nos habíamos adaptado bien a la marcha del negocio, comenzamos a organizar nuestra vida privada de modo más interesante. Siendo tres, no era necesario por lo general trabajar hasta muy tarde. Hacíamos entonces paseos en la noche, alguna vez visitábamos a conocidos o leíamos en casa. En algunas oportunidades Krumsieg y Rogge hacían música juntos. Sorprendentemente, teníamos un piano en la casa, en el que Krumsieg tocaba. Rogge

tocaba el violín, aunque no muy bien. Pehlke también tocaba el piano. Yo era un simple oyente.

De Focke casi no había tenido noticias hasta la partida de Pehlke. Pero después de que este se fue, pasaba con frecuencia por el negocio y a partir de entonces hacíamos paseos domingueros a las montañas. También Rogge trabó amistad con Focke, quien no simpatizaba con Krumsieg.

Yo había explorado con detenimiento las montañas detrás de Bogotá en muchas caminatas. Originariamente habían sido densamente boscosas, pero en ese momento solo se encontraban, rara vez, árboles grandes; por lo general, solo maleza de poca altura. La región daba impresión de abandono. Apenas se encontraban personas rumbo a una de las dos iglesias ya mencionadas, que eran el objetivo de las peregrinaciones. Por lo demás, pocas veces se veían seres vivientes durante horas de recorrer estos caminos. Los primeros ascensos me resultaron ‘agrios’, porque el delgado aire y el camino pedregoso me eran inusuales; después de poco tiempo, apenas necesitaba de una hora para ascender setecientos metros. Solía hacer también caminatas solo, sin Focke, o con mis colegas u otros conocidos de la colonia alemana. De los otros extranjeros, únicamente los suizos mostraban interés por las montañas; además, había muy pocos extranjeros en Bogotá. Los colombianos de esa época no apreciaban el valor de sus montañas y las excursiones a ellas las hacían solo con fines de caza, pero en los alrededores de Bogotá ya no había nada a qué disparar. La cacería libre, permitida para cualquiera, así como los frecuentes incendios de malezas y bosques, habían exterminado desde hacía un tiempo toda la fauna salvaje.

Yo nunca encontré placer en la caza. Una vez viajé con Focke en tren a la región Puente del Común, ubicada al norte de Bogotá, para cazar aves acuáticas en las praderas, junto al río Bogotá. Después de horas logré cazar un pájaro grande, parecido a una garza. Después me dio pena haberlo matado, porque no sabía qué hacer con él, y se lo regalé al final a un joven aborigen.

Fuera de los tres ferrocarriles cortos que llevaban en distintas direcciones al campo y algunos de los caminos aptos que solían usarse solo en la estación seca del año para el tránsito de vehículos mientras permanecieran en la llanura, todo el tránsito dependía en aquel entonces de animales de carga y cargadores, además de peones indígenas. En algunas oportunidades aparecían clientes a caballo en nuestro negocio. Los dueños de hermosos caballos desfilaban con gusto por las calles principales, pero cabalgar en caballos de monta habitual o incluso en mulas, por la ciudad, no se consideraba elegante.

Mis colegas y yo deseábamos aprender a cabalgar bien y un día Krumsieg descubrió una caballeriza, cuyo dueño, un excampeón de carreras francés, estaba dispuesto a darnos a cada uno, por diez pesos, doce horas de clase.

Monsieur Clemens, como se llamaba, mantenía un establo a una media hora de nuestra casa, camino al suburbio Chapinero, en el cual tenía alrededor de seis caballos propios y, tal vez, dos docenas de caballos ajenos. Estos últimos pertenecían, en su mayoría, a ricos bogotanos, y algunos eran importados, valiosos caballos ingleses de caza o carrera.

Debido a mi agilidad adquirida a través de la gimnasia, que en aquel entonces me permitía montar sin ayuda un caballo bastante alto, sin montura, y por mi atención en la clase que nos daba Clemens, me gané su estima. Cierta día me dijo que si tenía ganas, podía ir ocasionalmente, a las seis de la mañana, y en compañía de sus palafreneros montar uno de los mejores caballos que estaban a su cuidado. No debería hablar al respecto, pues a pesar de que los animales necesitaban de todos modos ejercicio, los dueños podrían no estar de acuerdo que sus caballos fueran montados por otra persona que no fuera empleada de la caballeriza.

No dejé que me lo dijera dos veces y pude hacer hermosas cabalgatas, a menudo aún de madrugada, con excelentes caballos, al altiplano de Bogotá. Mi pasión por los caballos creció al máximo y nunca me abandonó del todo. Ninguno de mis dos colegas mostró un talento especial como jinete. Ellos contabilizaron algunas caídas desagradables. Rogge se cayó una vez, luciendo sus galas de jinete dominguero más elegantes, en medio del gentío de los feligreses en la calle Real; se lastimaron él y su caballo.

Desde el punto de vista financiero, mis gastos ocasionados por la equitación eran decididamente extravagantes. De mis cuarenta marcos mensuales, igual a diez pesos colombianos, solo se me pagaban dos pesos y medio; el resto era enviado a mi madre. Por lo tanto, tuve que ahorrar cuatro meses para reunir los primeros diez pesos. Pero como yo no fumaba, rara vez me daba el lujo de beber un vaso de cerveza en reuniones, y mis otras diversiones —es decir mis excursiones a las montañas— no costaban nada, casi no tenía gastos. Había dos teatros, uno de los cuales, el Colón, era bastante bueno, aunque no tenía un elenco permanente. El cinematógrafo hizo su debut en Bogotá tiempo después de mi llegada a la ciudad.

Aproximadamente un medio año después de haber llegado a Bogotá, Focke me invitó a acompañarlo en un viaje de negocios de varios días a los alrededores. Él debía visitar algunas granjas ubicadas entre la ciudad y el Magdalena. El viaje iba a ser en tren hasta Facatativá y de ahí a caballo. Mis dos colegas insistieron en acompañarme en el viaje, lo cual hice con mucho gusto. Focke llevaba a su hijo mayor, en ese momento de seis años de edad, Fernandito, quien se perfiló como un jinete bastante bueno. Por seguridad había sido sujetado con una correa al botón de la silla de montar. Nuestro liviano equipaje lo habíamos cargado en un caballo, que condujimos delante

de nosotros. Nuestra ruta nos condujo en gran parte por la región cafetera, que era hermosa, tanto por su clima como por sus paisajes. Los alojamientos eran sencillos, pero limpios. Nos bañábamos en los ríos. Fue un viaje muy divertido. En la última noche alguien me cambió de caballo... debió haber sido por equivocación, pues el caballo nuevo era mucho mejor. Focke lo hizo llevar luego a su dueño.

Entre tanto, los negocios de la empresa Pehlke marchaban bastante bien. Nos esmerábamos, y se puede decir que ‘los tres empleados Pehlke’, como nos llamaban, teníamos buena reputación. Más de una vez se nos dijo frontalmente que daba gusto tratar con nosotros, pero no con nuestro jefe. No se podía negar que nuestro jefe, ni como persona, ni como hombre de negocios, era bien visto. Se lo acusaba abiertamente de prácticas comerciales fraudulentas, sin que fuera posible enterarme de detalles más precisos. Pero la forma en que había adquirido el negocio en Bogotá, así como la hacienda, fue criticada con dureza. En cuanto a su actividad anterior en Guatemala y en los Estados Unidos también cundían rumores desfavorables. La única práctica poco limpia con la que nos confrontábamos eran los reiterados intentos de introducir mercadería de contrabando al país.

Por orden de Pehlke, Adler intentaba de diversas maneras evitar el pago de aduana en forma parcial o total. Nosotros teníamos luego, las contrariedades en Bogotá. Aunque la empresa Pehlke no era la única de este tipo, con el tiempo terminó esta práctica, porque el nuevo gobierno, bajo la presidencia del doctor Carlos E. Restrepo, quien estaba desde agosto de 1910 en el poder, introdujo un manejo más severo en el ámbito de la aduana.

Nuestros gastos eran escasos. Consistían solo en el alquiler del local, los sueldos para mis colegas y para mí, y los impuestos muy moderados de aquel entonces. Los gastos de manutención por cada uno de nosotros, tres empleados, ascendían en total a no más de sesenta pesos mensuales. Un empleado local medianamente útil no hubiera estado disponible por menos de ochenta pesos, y entonces habría ocupado un puesto como vendedor o como tenedor de libros y como óptico. Pero no hubiera podido trabajar en las tres cosas al mismo tiempo y además cumplir con las tareas de empacador y conserje. Nosotros sacamos la cuenta de que si en el día habíamos ganado diez pesos, con eso quedaba pago el gasto de la empresa correspondiente a ese día; toda la ganancia que sobrepasaba este monto era ganancia neta. Estábamos contentos con cada peso ganado o ahorrado y contábamos que con seguridad a fin de año recibiríamos cada uno una gratificación de varios cientos de pesos.

EN LA HACIENDA HAMBURGO

En los primeros días de diciembre de 1911 Pehlke me pidió que fuera después de Navidad a la hacienda para hacer, por primera vez desde su posesión, un inventario de fin de año. Mis colegas me compadecieron por la estadía junto a Pehlke, pero me envidiaban el cambio de clima.

Excepto por el corto viaje con Focke, había estado cerca de nueve meses en Bogotá, y también me pareció muy atractiva la perspectiva de salir por un tiempo del clima gris de la ciudad. Pese a que nunca lo había encontrado agradable, me había acostumbrado al delgado aire de la altura sin dificultad. Más molesta era la frecuente llovizna —llamada paramito— característica de Bogotá, lo mismo que los muchos días nublados, en los que las casas, no preparadas para ese tiempo, podían ser desagradablemente frías. Y si había que trabajar largo rato en el escritorio, los dedos se volvían tiesos por el helaje. Nuestro local era excepcionalmente frío. Pero los días soleados también tenían sus inconvenientes. Las diferencias de temperatura no eran solo marcadas entre el día y la noche, sino también en el día entre los lugares con sombra y sin sombra. Muy molesta podía ser la luz del sol al mediodía. Cuando una vez salí apurado del negocio en penumbras al rayo del sol, quedé tan encandilado que apenas pude ver durante el resto del día. Fue una experiencia bastante dolorosa.

Otra razón para alegrarme por el viaje era separarme de la escasez de agua. Bogotá está ubicada en una región pobre en agua. Había una cañería de agua corriente, pero muy débil, y el agua era turbia. Para beber había que comprar agua de vertiente, que era acarreada por burros. En toda Bogotá conocí en esos años solo dos establecimientos de baños, que disponían de duchas con flojo caudal. Había que llevar las toallas y el jabón, aunque eso era en realidad conveniente por el peligro de contagiarse de alguna enfermedad.

La población era muy sucia. A menudo nos traían anteojos para su arreglo que estaban tan espantosamente sucios que primero debíamos ponerlos por horas en alcohol, antes de trabajar con ellos. Incluso damas de la sociedad daban algunas veces la impresión de que habían reemplazado el uso de agua por el de polvos de tocador.

A la mañana de mi partida, para mi desgracia, no se pudo encontrar ningún auto y tuve que hacer a pie el largo camino a la estación. Para el equipaje llevé un cargador. En realidad todo esto no habría tenido importancia si yo no hubiera llevado en uno de mis bolsos de mano, para la hacienda, una gran cantidad de monedas, que eran muy pesadas. El dinero estaba destinado al pago de los salarios durante la cosecha de café, que ya estaba en marcha. Los pobres muchachos escualidos que se ofrecían en las calles como peones de carga ni con la mejor voluntad estaban en condiciones de transportar ese peso más de un corto trecho. Tres veces tuve que cambiar el peón de carga. Finalmente cargué el bolso en el hombro y llegué así, bañado en sudor, a la estación.

El destino de estos peones de carga, lustradores de zapatos y vendedores de diarios era muy triste. Había demasiados dando vuelta en la ciudad, casi todos estaban desnutridos; la mayoría, enfermos. Pocos tenían un techo sólido en el cual cobijarse. Muchos dormían en las entradas de portones o en algún rincón protegido del viento, donde se envolvían en diarios o en los afiches arrancados de las paredes. De vez en cuando alguno era encontrado por la Policía muerto en la mañana. Varios eran criminales.

La transformación del paisaje durante el viaje a Girardot, de un monótono gris del altiplano de Bogotá a la luminosa abundancia de colores del trópico, me transportó a un verdadero estado festivo, coronado por un extenso baño después de la llegada al hotel en Girardot.

El viaje río abajo por el Alto Magdalena y en consecuencia agradablemente fresco, fue de nuevo un placer, y ni siquiera el viaje en tren de Beltrán a Honda, de tres horas, polvoriento y muy caluroso, pudo deprimirme. En el hotel América, de Honda, aproveché otra vez la buena oportunidad del baño y luego me olvidé tanto de los severos principios de la empresa Pehlke que me permití el lujo de una cerveza de exportación alemana.

En el transcurso de la velada se anunció un emisario de la hacienda con una carta de Pehlke y me dijo que estaría a la mañana siguiente con un caballo de silla y un animal de carga en el lugar. Era de apellido Londoño, un pequeño indio [sic] ya bastante viejo, de muy buen carácter. Apareció puntual a la mañana siguiente, y cuando asomó el sol estábamos en marcha. El animal de carga llevaba el equipaje y a Londoño. Yo había recibido un caballo grande y amarillo, ya no joven, pero de andar voluntarioso, se llamaba Cóndor.

Al trote, acostumbrado a viajar, anduvimos primero una hora río abajo a lo largo del Magdalena hasta cerca de la pequeña estación de ferrocarril de Perico y desde ahí casi en ángulo recto, tierra adentro hacia el oeste. El territorio era extraño. Las montañas se elevaban formando terrazas y estaban cubiertas de vegetación silvestre. Cruzamos muchos cauces de río, algunos

muy profundos, otros secos. La región estaba casi deshabitada. Después de otras dos horas llegamos a un portón de madera, que representaba el límite de la hacienda. De ahí cruzamos durante otra media hora una pradera llana y grande, el así llamado Llano de Villegas, donde se mantenían cien vacunos de distintas razas. Al final del Llano había una choza con una cerca para el ganado. Aquí nos esperaba Pehlke. Después de un breve saludo seguimos juntos a caballo cuesta arriba. Pehlke, que había militado en la artillería a caballo, era un buen jinete y tirador. En su caballo blanco, alto, fogoso, aunque viejo, tenía buena estampa. ¡Fue la mejor impresión que me hizo! También estaba de mejor humor, como no lo había conocido hasta ese momento. Se hallaba muy satisfecho con la marcha de las cosas en Bogotá, sobre las cuales era informado constantemente. A pesar del mal tiempo, cabalgábamos a toda velocidad. Me expresó su asombro de que yo fuera capaz de mantener ese ritmo, y le conté de mi entrenamiento en Bogotá, lo que al parecer no le agradó mucho. Pero su estado de ánimo siguió siendo bueno y describió en detalle la ubicación y disposición de la hacienda durante el paseo.

El sector que recorríamos en ese momento, solo tenía praderas y se llamaba La Aurora. Era administrado por un colombiano, más exactamente un empleado indígena, de apellido Bustamante. Cuando llegamos a su vivienda nos detuvimos un corto tiempo. Pocos minutos después cruzamos el pueblo Victoria, ubicado en medio de la hacienda, que suministraba los obreros. Consistía de unas cuatro hileras de casas que enmarcaban la plaza del mercado, cuadrada y amplia. No causaba una impresión hospitalaria. De ahí una subida corta y empinada nos llevó a la casona modesta, mas no desagradable, de la hacienda.

Aquí conocí a dos empleados alemanes: Zaumseil, que debía regresar próximamente a Alemania, y Hermann Gebhard, llegado hace poco. Ambos me causaron buena impresión, a pesar de que eran muy distintos en su forma de ser. Zaumseil me parecía más duro, Gebhard más blando de corazón, bondadoso.

Durante la comida, con la cual nos habían esperado, hubo un choque entre Pehlke y Zaumseil, porque este se quejó de la escasa porción, en mi opinión con toda la razón. A continuación se le sirvieron unos huevos fritos adicionales, pero el ambiente agradable se había esfumado.

Inmediatamente después de la comida comencé mi trabajo, que me ocupó más o menos dos semanas. Estaba reacio a sentarme en el escritorio, en vista de la hermosa naturaleza que me rodeaba. De vez en cuando me podía escapar por una hora, y Pehlke incluso me permitía que ocasionalmente ensillara un caballo para subir el cordón montañoso que se erguía encima de la hacienda, el alto San Mateo, que me atraía porque me habían contado de la hermosa vista panorámica a la cordillera Central desde allí.



Casona en La Aurora

Después de finalizar mis trabajos contables, en realidad debería haber regresado a Bogotá. Pero a solicitud de Pehlke debí prolongar mi estadía para auxiliarlo en cuestiones de la ganadería. Me contó que había rastreado una serie de estafas del administrador Bustamante, lo había despedido y quería quedarse personalmente algún tiempo en La Aurora para conocer el funcionamiento a fondo. En su opinión no había nadie en la hacienda que tuviera conocimientos suficientes de cría de ganado. Gebhard debía capacitarse, entretanto, como futuro administrador. Después de la llegada inminente del administrador de la hacienda, Gustav Kruse, quien se había casado en Alemania y era esperado con su mujer, se ejecutaría nuestro plan.

Mientras tanto, me podía entretener con lo que yo quisiera. De Zaumseil había escuchado que tenía la misión de talar, con un grupo de obreros, un área de la selva para ampliar la plantación de café, y decidí unirmele. Aprendí de él el uso del machete en la labor de talar los árboles. Pero los troncos más gruesos eran volteados con el hacha. Zaumseil y yo preferimos hacernos cargo de un grupo de árboles estrechamente unidos por una enredadera, a la cual atacamos de tal manera que se derrumbaba unida en un solo movimiento. Una multitud de insectos y pájaros levantaban vuelo por lo general saliendo de las copas de los árboles que se caían. Una vez resonó el grito “¡Víbora, víbora!”: una larga boa se disponía a pasar por encima de un árbol caído. Zaumseil la mató con su pistola. Luego hicimos una soga con una liana y arrastramos el animal, que siguió serpenteándose largo tiempo, hasta el patio de la granja

frente a la casa. Nuestros perros le ladraron furiosos, pero no se animaron a acercarse.

Algunas veces me iba con Zaumseil a cazar. Era un buen cazador, en parte por amor al deporte, en parte —y esa era quizás la razón principal— para contribuir a mejorar la exigua cocina. Aptos para el consumo eran ciervos, jabalíes, perezosos, un pequeño roedor muy bonito, parecido a un ciervo enano, cuyo nombre olvidé, palomas silvestres y otros. Una vez nos sentamos durante cuatro noches, desde las ocho hasta las doce, en un aguacate, en el cual habíamos construido un asiento, para esperar a un ciervo macho. No vino mientras lo estábamos esperando, aunque encontrábamos todas las mañanas sus huellas frescas en el suelo debajo del árbol. Unos días más tarde, cuando Zaumseil lo esperaba solo, vino y fue cazado.

El andar en el bosque me causaba más placer que la caza. Los únicos bosques que había conocido hasta ahora eran los alemanes, parecidos a parques con sus caminos despejados. Aquí todo se entrelazaba de modo silvestre y uno tenía que abrirse camino con gran esfuerzo a través de la maraña. Ocasionalmente seguíamos los caminos salvajes. Pero había que tener cuidado de no chocar contra una rama o una larga espina; los arbustos de bambú tenían espinas como puntas de lanza, y había un árbol cuya corteza estaba cubierta de pequeñas espinas puntiagudas y muy duras. Se me advirtió no acercarme demasiado a él, porque las heridas producidas por esas espinas se infectaban con facilidad. De noche se veían más animales que de día. Los monos eran muy curiosos y se acercaban a nosotros. Los gatos monteses se reconocían por sus luminosos ojos en la maleza. Era interesante escuchar los llamados de los pájaros en la noche. Variaban de hora en hora. Tuvimos un poco de luz de luna en las cuatro noches que estuvimos sentados en la plataforma y podíamos reconocer algo del entorno. Molestos eran los mosquitos.

Los jabalíes tenían fama de ser peligrosos tan pronto estuvieran en piara. Zaumseil afirmaba que una vez lo había atacado uno. Tuvo que refugiarse en un árbol, lo que no le habría servido de mucho, porque los jabalíes en ese caso aparentemente hacían caer el árbol royendo al tronco. Pero unos jinetes que venían habrían ahuyentado los jabalíes a tiempo. Pehlke parecía no estar en contra de las excursiones de caza de Zaumseil mientras no tuvieran lugar durante el horario de trabajo. Pero esto sucedía especialmente en los últimos tiempos, cuando a Zaumseil ya no le importaban mucho los deseos de Pehlke.

Bastante desagradable fue el ambiente en la noche de fin de año. La cena fue tan escasa como siempre, y entonces Pehlke hizo aparecer una pequeña botella de vino tinto, de la cual nos sirvió un dedo del mismo. La botella, medio llena, la guardó de nuevo, reservándola ¡para otra oportunidad festiva! Hubiera sido mejor que Pehlke ni la hiciera aparecer. Con su gesto vacío,

incluso, aumentó el malestar, especialmente el de Zaumseil. A pesar de sus servicios durante tres años, no había recibido ni la más pequeña gratificación de Navidad o fin de año.

Cuando se aproximó la llegada del matrimonio Kruse, se decidió dejarle la casa a su disposición, con excepción de un pequeño cuarto, que seguiría siendo usado por Pehlke. Nosotros nos distribuiríamos por los edificios del servicio. Después de haber pasado una noche incómoda, junto con Gebhard, en un pequeñísimo cuarto, decidí mudarme al depósito de café y dormir ahí en una hamaca. El lugar, bastante vacío y grande, era agradablemente fresco durante la noche, y unas catorce noches que debí pasar ahí me parecieron tolerables. Un gato negro y grande me hizo algunas veces compañía —eran noches especialmente frescas— en la hamaca. Para lavarme iba al arroyo montañoso que pasaba allí cerca.

En cuanto al matrimonio Kruse, me agradó enseguida el hombre. La mujer no me era muy simpática, pero tampoco tuve oportunidad de conocerla más a fondo. Kruse, o don Gustavo, como se lo llamaba en la hacienda, era un hombre fuerte y alto, honesto y fiel, increíblemente trabajador y responsable, que tenía una confianza ilimitada en Pehlke. Era jardinero de profesión y muy capaz en su área. Era, como dice la Biblia, “sin falsedad como las palomas”, pero lamentablemente no era “¡astuto como las serpientes!”.

Su mujer, que probablemente tenía unos 30 años, le aventajaba decididamente en inteligencia. Pronto reconoció que la posición de su marido no era la que había esperado. Había supuesto haberse casado con el socio de Pehlke en la hacienda. Pronto se dio cuenta, a pesar de todas las maniobras de encubrimiento, que las pretensiones de participación de su marido solo se basaban en promesas orales de Pehlke, y se mostró totalmente desilusionada cuando constató que su marido era solo el administrador de Pehlke y encima con un sueldo tan mísero de ciento cincuenta marcos mensuales. Desde un principio insistió en fijar la definición legal del accionista, lo cual no fue admitido por Pehlke. La consecuencia fue que las relaciones entre las tres personas involucradas en el asunto fueron desde un principio muy tensas. Pehlke estaba muy disgustado y me dijo que Kruse tendría que buscar otro trabajo si su mujer se convertía en un factor molesto. En esto, yo estaba convencido de que el mismo Pehlke o Adler en su nombre, había dado a la familia de la señora Kruse, de nombre de soltera Klinkenberg, procedente de Darmstadt, informaciones sobre el puesto de Kruse que no coincidían con la realidad, sino que eran evidentemente falsas. Al igual que a todos los empleados, se le había prometido a Kruse una serie de cosas en un futuro incierto, en todo caso muy lejano. Pehlke nunca se comprometió a decir cuándo podría ser realidad este futuro.

A pesar de su desilusión, la joven esposa se hizo cargo inmediatamente de la administración del hogar. Se ocupó de un almacenamiento más higiénico de los comestibles, de los cuales había que mantener reservas cada vez más cuantiosas y que estaban expuestos con frecuencia a los ataques de insectos, ratas, etc. También se encargó de ofrecer mejores comidas y más abundantes. Además, sabía algo de atención de enfermos y se hizo cargo de un empleado alemán que ella y su marido habían traído de Alemania, a quien el clima del trópico no le había sentado muy bien hasta ese momento. Padecía de una erupción de forúnculos en todo el cuerpo, se sentía muy débil y necesitó varias semanas para reponerse un poco.

A fines de enero de 1912 finalizó el contrato de Zaumseil y yo recibí el encargo de acompañarlo hasta Honda, conseguir los pasajes, darle el dinero para el viaje y abonarle otros montos que aún le correspondían; estos sumaban solo alrededor de cuarenta pesos. Cuando se los entregué dijo con amargura: “Vea, eso es todo lo que me llevo después de tres años de duro trabajo en la hacienda”. El hombre me dio pena, y me avergonzaba por la empresa. Sabía que él —agricultor cualificado y un buen trabajador, aunque inepto para un puesto independiente— había sido menos remunerado que algunos de los obreros nativos subordinados a él, y eso que con frecuencia tuvo que ejecutar trabajos más duros que ellos. Por ejemplo, cuando una vez hubo que demoler cierta casa y levantarla con mejoras en otro lugar, Pehlke opinó que ese trabajo no podía ser confiado a los obreros locales. Fue realizado entonces por los empleados alemanes. Yo me podría haber salvado de él, pero por razones de camaradería no lo consideré correcto. De esta manera, la pequeña construcción no costó prácticamente nada; en caso contrario, habría que haber llamado a carpinteros del pueblo, que sí hubieran cobrado. De esos míseros cuarenta pesos Zaumseil gastó en la noche de despedida aún más de lo razonable. A la mañana siguiente nos despedimos, y yo volví a caballo a la hacienda. Lo único que oí luego de Zaumseil es que después de una breve estadía en Alemania había aceptado un nuevo empleo en una plantación de Nueva Guinea, por entonces colonia alemana.

Unos días después de la partida de Zaumseil nos mudamos, primero Pehlke y yo, a La Aurora. Gebhard nos siguió poco tiempo después; sería el nuevo administrador de la hacienda y se haría cargo del puesto en el momento en que aprendiera suficiente español. Era el único de nosotros tres que sabía por lo menos algo —no lo suficiente— de ganadería. Sus conocimientos eran más que todo sobre caballos, debido a que su padre había sido comerciante de equinos en una pequeña ciudad de los alrededores de Berlín.

La casa del administrador, a la cual nos habíamos mudado, era una edificación de madera levantada sobre postes, para permitir la aireación, con techo

de tejas. Tanto adentro como afuera estaba sucia y llena de insectos. Adentro disponíamos los tres de un dormitorio no muy grande, y de un comedor aún más pequeño. En cuanto a muebles, cada uno poseía solo un catre con mosquitero y una modesta silla tapizada de cuero vacuno crudo. Para el uso en común estaban la mesa del comedor y un así llamado escritorio. Aparte de eso, una linterna de emergencia como única alternativa de iluminación.

Las otras habitaciones seguían siendo una despensa para comestibles, una pieza para las monturas y una pequeña habitación para la cocinera nativa, la Sebastiana, no muy limpia pero bondadosa. El ‘vaquero’, Estanislao Pereira, dormía con sus ayudantes en el ático.

Alrededor de la casa había una terraza. En uno de los costados de la casa se encontraba, en una prolongación del techo, un soporte para nuestras cabalgaduras, donde se habían instalado pesebreras que se mantenían siempre llenas de comida. Debido a que las distancias eran bastante grandes y andar a pie no correspondía, cada uno de nosotros tenía, durante todo el día, un caballo ensillado siempre a disposición. Al desmontar solo se retiraba el bocado, se ataba al animal y se aflojaba la cincha. En las pesebreras había permanentemente caña de azúcar troceada. Solo en vista de esfuerzos mayores los animales recibían también panela y maíz.

Después de haber llegado Gebhard, él y yo decidimos hacer, en primer lugar, un poco de limpieza en la pocilga que nos había dejado Bustamante como vivienda. ¡El propio Gebhard fregó incluso los pisos, un trabajo poco agradable! Luego pintamos todas las paredes de adentro y afuera con cal, y los pisos, vigas y cielorrasos con un líquido desinfectante, llamado aceite de creosota. Estábamos muy satisfechos con el éxito de nuestro trabajo, que le dio a la casa un aspecto mucho mejor. También Pehlke compartió nuestra alegría, a pesar de que no había participado en el trabajo. Durante ese tiempo había estado casi siempre con el vaquero Pereira de recorrida, para tener un panorama del estado de las cosas.

Si creíamos haber vencido a los insectos en la casa, tuvimos que reconocer que nos habíamos equivocado y tuvimos que pagar el precio después. Durante las primeras noches nos cubrimos de la cabeza hasta los pies de picaduras de chinches. Sentimos asco por eso, pero no pensamos en las consecuencias. A los pocos días Pehlke tuvo que guardar cama por un fuerte ataque de fiebre, a consecuencia de las picaduras de chinche. A pesar de las repetidas dosis de quinina, su estado más bien empeoró, estaba inconsciente y deliraba mucho. Kruse fue informado; acordamos que Pehlke debía ser llevado lo más rápido posible al mejor clima de la hacienda cafetera, ubicada a unos doscientos metros de altura, pero la pregunta era ¿cómo? Pehlke se negó a ser llevado. No le quiso dar gusto al despedido Bustamante de verlo derrotado, después

de tan corto tiempo, por el clima de La Aurora, que tenía mala fama. Aproveché que su fiebre había bajado un poco y decidí arriesgarse en el amanecer siguiente a cabalgar en su veloz caballo blanco hasta la hacienda cafetera. Llegó felizmente, y después de tres días estaba libre de fiebre, aunque aún débil. Pero ya no tenía ganas de regresar a La Aurora. Me hizo ir diciéndome que ahora tenía que quedarme simplemente en La Aurora hasta que Gebhard pudiera manejar solo la hacienda. Además, ¡él tenía que atender otras cosas más importantes que ‘cuidar vacas’! Iría unos días a Bogotá y de ahí, después de un corto tiempo, a Alemania.

Le contesté que estaba dispuesto a realizar cualquier tarea, con la esperanza de recibir la correspondiente retribución de manera oportuna. ¡Pehlke pasó por alto mi comentario! Solo me nombró algunas reglas de comportamiento para mi tarea; ante todo, me dio el consejo de no permitir que el vaquero notara mi falta de conocimientos en cuanto al ganado y a la agricultura. Prometí hacer lo mejor posible. A continuación expresó el deseo de que lo acompañase en un trayecto de la partida. Apresurado, albergué la esperanza de que su intención era aprovechar la oportunidad de hablar conmigo sobre el sueldo o la gratificación para 1911. Hasta ese momento lo había evitado siempre cada vez que yo intentaba abordar el tema. Pero a cambio me traspasó por el tiempo de mi estadía en la hacienda sus dos cabalgaduras. Una era un mulo grande y gris, llamado Diablo, el mejor animal de la hacienda; tenía fama de ser difícil de manejar y el mismo Kruse lo montaba con desagrado. Pehlke me recomendó que lo montara primero sin espuelas, para que no se desbocase conmigo arriba; sin embargo, me di cuenta de que el astuto animal enseguida se percataba si uno no tenía espuelas y justo entonces era difícilísimo de manejar. Si tenía espuelas puestas, nunca hacía falta usarlas, era suficiente que ahí estuviesen. El otro animal era el caballo blanco grande, llamado Hipólito. Era de muy buena raza, tenía un andar magnífico, si bien ya era demasiado viejo para ser usado en cabalgatas de más de dos horas de duración. En movimiento seguía teniendo un porte óptimo, pero si estaba cansado a veces parecía que se caía.

Como Pehlke todavía se sentía algo débil, partió a las cuatro de la mañana de la hacienda para hacer la cabalgata de cinco horas hasta Honda antes de que comenzara el calor más fuerte. Kruse y su señora lo acompañaron, y cuando pasó por La Aurora, Gebhard, el vaquero y yo nos sumamos. Después de haber cabalgado un trecho, Pehlke me llamó aparte y me dijo que había llegado a la conclusión, después de haber reflexionado mucho, que para gente joven como yo y mis dos colegas en Bogotá no era conveniente ganar demasiado dinero. Por eso no nos podía conceder ni un aumento de sueldo, ni una gratificación, pero en compensación nuestro futuro estaría

asegurado. ¡A mí me otorgaría, en señal de su conformidad, un poder general en Bogotá! Me sentía totalmente desilusionado. No había esperado tan poca cosa. Solo dije una palabra: “¡gracias!”, y me retiré a un costado. Después de eso, nos despedimos de modo breve y distante. Antes de su partida, Pehlke le había anunciado a Gebhard que le dejaba “una maleta llena” de ropa. Esta ropa resultó ser camisas y ropa interior vieja remendada cientos de veces. El modesto Gebhard no se atrevió a rechazar las cosas. Poco antes había necesitado con urgencia un pantalón de trabajo; se obtuvo de la tela más barata que había en el pueblo, un dril tosco llamado ‘garagoa’, que solo era comprado por los obreros más pobres. Era de un feo color azul, que además pronto destiñó. Si había en algún lado un grupo de cabalgaduras atado, fácil se podía identificar el caballo de Gebhard por la montura teñida de azul. Nuestro primer vaquero se reía abiertamente de esto, él mismo nunca hubiera usado un pantalón así.

Kruse fue junto con Pehlke hasta Honda. Yo acompañé a la señora Kruse de regreso a la casa. Nuestros restantes compañeros ya se habían despedido. El regreso fue en silencio y lento. La señora Kruse, que no era buen jinete, se cansó. No conversamos mucho. Cada uno de nosotros pensaba, quizás, en su propia desilusión. Decidí seguir dando lo mejor de mí y a mi regreso a Bogotá ocuparme enseguida de buscar otro empleo.

El domingo siguiente tuve que pagar primero mi tributo al clima de La Aurora. Justo había terminado mis compras de comestibles en el mercado de Victoria, cuando este empezó a girar a mi alrededor. Me habría caído si no me hubiera podido sujetar al vaquero Pereira, que estaba parado al lado. Con su ayuda llegué a un negocio en el cual me pusieron una botella de amoníaco en la nariz, lo cual me hizo reaccionar hasta estar en condiciones, después de un cierto tiempo, de volver a caballo hasta La Aurora. Ahora tenía fiebre, sin embargo con ayuda de mucha quinina y aceite de ricino me recuperé pronto, al punto que pude seguir el ejemplo de Pehlke y cabalgar por mi cuenta hasta la hacienda cafetera para cambiar brevemente de clima. Después de unos pocos días volví a sentirme mejor y no tuve ninguna recaída. Durante toda mi estadía en La Aurora tomé con constancia pequeñas dosis de quinina. Al poco tiempo de mi recuperación Gebhard debió soportar su ataque febril, después de alegrarse de no haber sido afectado por la fiebre. Incluso el vaquero Pereira no se salvó, aunque tuvo el ataque más leve de todos nosotros.

Al final estuvimos todos sanos y pudimos retomar nuestras actividades en forma regular. La casa estaba ahora limpia y casi libre de insectos. El aceite de creosota había combatido a los chinches, y la cal y la limpieza de cada una de las grietas, a las cucarachas; en cada mueble, en cada cajón de la mesa, habían estado estos cientos de asquerosos animales. Llevamos con cuidado cada

mueble al patio, lo sacudíamos a fondo y dejábamos al montón de gallinas que habíamos convocado, comérselos. También las ratas, que nos habían dado tanto trabajo al principio, desaparecieron, en especial de la despensa (una noche desperté durante una tormenta y sentí algo caliente en mi cara: era una rata enorme).

No hacía falta conocimientos especiales para constatar, después de corto tiempo, que La Aurora estaba descuidada. A pesar de su gran extensión —se necesitaban casi dos horas para cabalgar de una punta a la otra— tenía poco ganado; había algo más de cuatrocientas reses de toda edad y ambos sexos, así como más de cien mulas y caballos. Pero la mayoría de los campos de pastoreo, en especial aquellos que deberían haber servido para engorde de ganado, estaban casi inutilizables, llenos de matorrales y maleza enmarañada; en los lugares con pastura plantada se había dejado crecer tanto en altura que incluso a caballo uno desaparecía en ella; se había puesto fibrosa y ya no servía; solo los caballos y en especial las mulas se sentían a gusto ahí. Cuando teníamos que arrear los caballos y las mulas en ese sector pensaba en que una cacería de caballos salvajes o de cebras en África debía ser similar.

La ubicación de la hacienda tenía sus ventajas y desventajas. Una ventaja era que casi no tenía vecinos, porque gran parte de su perímetro limitaba con la selva. Una desventaja era la influencia de la selva sobre el estado de los pastos del ganado. Rara vez había animales enfermos, pero muy frecuentes eran los que sufrían por los nuches o las garrapatas. Los caballos y las mulas eran atacados de vez en cuando por murciélagos. También las víboras y los jaguares buscaban ocasionalmente una presa. Si se encontraba un animal que el jaguar había cazado, se envenenaba el cadáver con estricnina. Por lo general se encontraba el jaguar algunos días después muerto en los alrededores. La cercanía del bosque dificultaba también mantener la pastura limpia de malezas. El viento traía siempre semilla nueva.

El trabajo del vaquero consistía principalmente en velar con su gente por la salud del rebaño. Debía estar en permanente movimiento para curar animales, buscar animales perdidos y controlar los alambrados. Con frecuencia yo lo acompañaba en la tarea. Después de algunas salidas a caballo, lo había observado lo suficiente como para intervenir en algunas ocasiones. Siguiendo el consejo de Pehlke, aparentaba hacerlo solo por deporte, y más adelante, como si no fuera nada nuevo para mí. Después de algún tiempo, hasta podía atrapar un animal con el lazo, aunque nunca desde la montura.



Caravana de mulas



Caravana de bueyes

Me divertía mucho participar cuando el ganado joven debía ser arreado de un campo de pastoreo a otro, una cacería de ciervos a caballo en Inglaterra no habría podido ser más entretenida. Una vez tuvimos que mover una manada de bueyes muy animados, de unos tres o cuatro años de edad. Para calmar un poco su ímpetu, los habíamos encerrado veinticuatro horas sin bebida

y comida en un estrecho corral. A pesar de esto, intentaron desperdigarse en todas las direcciones apenas los soltamos. La necesidad de perseguirlos al galope, sin prestar atención al camino o sendero, nos causó unos cuantos rasguños sangrantes y varios agujeros en la camisa y el pantalón. Lo que facilitaba la tarea era el hecho de que los caballos utilizados sabían hacerlo y perseguían voluntariamente al ganado. También se detenían tranquilos en un lugar, sin ser atados en caso de que uno debiera apearse.

La casa de La Aurora estaba ubicada en una gran pradera, con pasto corto pero bueno, donde pernoctaban con frecuencia bueyes y mulas, en los que se transportaban las cargas entre Honda y varias localidades en la cordillera Central. Aquí habitualmente, entre la una y dos de la tarde, se detenían caravanas. Para resguardar su mercadería les poníamos en la noche un simple galpón a su disposición. A menudo tenían varios cientos de animales a su cargo. Los arrieros eran hombres fuertes, cortados de una madera especial. El trabajo era arduo en extremo; no obstante, no he visto casi nunca un arriero triste. Después de haber descargado y dado agua a los animales, revisaban sus alforjas o se ocupaban de algún animal que había enfermado. Luego cocinaban despacio su cena. Muchos traían guitarra consigo y tocaban y cantaban hasta tarde.

A las dos de la mañana comenzaban de nuevo a juntar y cargar sus animales, y a las cuatro ya se ponían en marcha otra vez. Yo tenía que estar a esa hora levantado para recibir el dinero por el albergue y hacer las cosas como debía ser. En general, la gente era honesta, pero alguna vez hubiera podido ser distinto. Un par de veces no tenían dinero y prometían pagar la próxima vez, lo que también hacían. Los precios por el albergue eran de dos centavos por cada caballo o mula y un centavo y medio por cada buey. Los rumiantes comían menos que los otros animales. El uso del galpón era gratuito para ellos.

La hacienda regentaba en La Aurora un depósito de venta de sal para cocina y para ganado. De vez en cuando un comprador enviaba un pequeño niño con animales de carga para buscar la sal, a una hora cuando yo ya estaba solo en casa. El niño era demasiado pequeño para cargar la sal y a mí me daba pena que hiciera en vano ese largo camino, así que cargaba en su lugar a los animales. Luego fue reconocido con asombro en el pueblo que yo había hecho de forma correcta la complicada atadura de los sacos en el lomo de los animales. Habían creído hasta entonces que un extranjero jamás lo lograría.

Una que otra vez en la semana iba a caballo hasta la hacienda cafetera para aliviarle a Kruse el trabajo contable, que no le agradaba, y más o menos cada dos semanas lo eximía de otra obligación desagradable, que era ir a Honda, la ciudad más próxima a nosotros, para atender los negocios que se habían presentado. Aunque estos nunca ocupaban más de tres o cuatro horas, Kruse

se quedaba siempre una noche en Honda, porque la cabalgata de cinco horas seguidas, a él, que no le gustaba cabalgar, lo cansaba bastante. Los gastos de hotel ocasionados por esta circunstancia también le dolían, y por eso me preguntó si yo haría la cabalgata a Honda ida y vuelta en un solo día. Me había gustado mucho el camino en el aspecto paisajístico y estaba dispuesto a conocer la región más en detalle. Además me agradaba hacer cabalgatas, por lo tanto no era ningún sacrificio para mí. Las primeras veces andaba en mi buen Diablo, al que el camino de setenta y cuatro a ochenta kilómetros, de unas diez horas de duración, no le resultaba cansador. A pesar de esto, seguí después un consejo de Pereira para hacer más liviana la tarea para mí y el caballo, de cambiar en el camino una vez de cabalgadura. Desde entonces mandaba uno o dos días antes un caballo descansado a la cabaña de uno de nuestros empleados, ubicada al comienzo del Llano de Villegas, llamada Santa Rosa, con el encargo de tenerlo listo para mí a una hora determinada. El camino pedregoso y empinado entre La Aurora y Llano de Villegas lo hacía con nuestras dos mejores mulas, el Diablo o la favorita de Kruse, Chula. De esa manera recorría el camino entre La Aurora y Honda en solo tres horas y media. El punto culminante de la estadía en Honda era siempre el almuerzo en el hotel América.

En general, la vida en La Aurora era apacible. Uno se levantaba a las cuatro. Como no había iluminación, salvo el ya mencionado farol de emergencia, y en el trópico a las siete de la tarde estaba oscuro, rara vez nos acostábamos más allá de las ocho. Para leer solo teníamos algo, cuando traía un diario de Honda.

Nuestra alimentación era muy simple, parecida a la que se le daba a cualquier empleado o empleada. Yo mismo le entregaba a la cocinera habitualmente en la mañana las raciones. Recibía por cada persona y comida un palmo generosamente medido (la mayor distancia entre las puntas del pulgar extendido y del meñique) de carne seca, un manojo de frijoles y una cucharada de grasa, además de abundantes plátanos (bananas grandes, que no se consumían crudas, sino preparadas aún verdes de distintas maneras), yuca y maíz. Este último era para las arepas, una especie de pan hecho de maíz hinchado, molido en piedras y luego horneado en forma de tortilla o redondo. Con el paso del tiempo habíamos educado a la cocinera a ser algo más limpia, apoyados aquí por Pereira, que era muy pulcro.

Para variar un poco, traíamos ocasionalmente frutos de papaya o guayaba, de los cuales nos hacíamos cocinar una especie de mermelada. Alguna que otra vez matábamos una gallina o recibíamos algo de arroz de la hacienda cafetera. Nuestra agua potable era buena, se extraía de una vertiente cercana y era transportada a lomo de burro en barriles de madera hasta la casa. Para

bañarse, incluso para nadar, había un lugar hermoso en una pequeña laguna natural debajo de una cascada. Era una cabalgata de unos diez minutos hasta ahí, al arroyo Casanguilla. Más adelante, Gebhard y yo construimos un lugar de baño más cómodo por su cercanía, esculpiendo debajo de la vertiente de agua potable una especie de bañera en la roca, casualmente blanda.

Nuestra provisión de carne se compraba el domingo en el mercado para toda la semana. Era cortada en tiras largas, del grosor de un pulgar y colgada en estacas al sol; otro método para conservarla no había. Si el cielo estaba despejado, por lo general la carne se endurecía como piedra después de una hora, pero si estaba nublado las moscas tenían suficiente tiempo para poner sus huevos, y debíamos tener cuidado durante toda la semana para no comer las larvas junto con la carne. Solo los domingos nos podíamos permitir carne fresca.

En una ocasión descubrimos en la chimenea de nuestra cocina un trozo de tocino que un benefactor desconocido había colgado ahí para ahumarla y la había olvidado. Nos vino de maravillas. Una vez intentó Gebhard hacer a las cuatro de la mañana mantequilla, con la esperanza de que la temperatura aún fresca de esa hora aumentaría las posibilidades de éxito. Pero esto no se cumplió y el resultado no valió la pena; no obstante, le regalamos una parte de la mantequilla a la señora Kruse. También la proveíamos de vez en cuando con huevos y gallinas. En retribución fuimos invitados ocasionalmente a comer, pero no nos agradaba mucho porque el ambiente era siempre demasiado tenso.

De vez en cuando me debía dedicar a una tarea complementaria que Pehlke me había dejado. Había en el pueblo una serie de personas que padecían de úlceras tropicales en las piernas. La dolencia empezaba por picaduras de insectos o lastimaduras de picazón que eran descuidadas, se infectaban y, si no se combatían, carcomían no solo la carne, sino también los huesos de las piernas. Las heridas cubrían con frecuencia el largo de la pierna y estaban cubiertas con pus y moho. De la empresa E. Merck, de Darmstadt, cuyos representantes en Bogotá éramos nosotros, habíamos recibido medicamentos para tratar estas heridas.

Cuando llegué a la hacienda, Pehlke tenía unos cuantos pacientes en tratamiento, varios hombres y una niña de seis a ocho años. Antes de poder aplicar nuestros polvos y ungüentos sobre las heridas había que limpiarlas, especialmente de pus y suciedad, pero carecíamos para esto de sustancias anestésicas e instrumental adecuado. Pehlke preparaba una cantidad de astillas de madera con un cuchillo limpio, con las cuales y con la ayuda de un poco de algodón, se limpiaban las heridas. El tratamiento era muy doloroso. Los hombres lo soportaban con estoicismo, pero la criatura gritaba espantosamente y debía ser sujeta con fuerza por los padres y nosotros. Casi me descomponía de solo mirarlo. Cuando Pehlke partió repentinamente, había aún pacientes en

tratamiento, y como no quiso dejar por consideración su cuidado a Kruse y la señora, no me quedó otra alternativa que hacerme cargo de ellos. Finalmente me acostumbré al aspecto nauseabundo y tuve la satisfacción de poder dar de alta a todos mis pacientes ya curados. ¡En vez de pagar al doctor, habitualmente aún querían recibir algún regalo!

A pesar de los aspectos negativos, que se hacían sentir con bastante evidencia, la vida en sí de la hacienda me gustaba muchísimo, y si en aquel entonces o en los años siguientes se me hubiera presentado la oportunidad de lograr un futuro como criador de ganado, la hubiera aprovechado con alegría. Era una vida libre. La soledad que implicaba, no me molestaba. Al contrario, encontraba placentero, en contraste con la estrechez en la que me había criado, no encontrar un alma en las cabalgatas de varias horas de duración.

Durante todo el tiempo que pasé en la hacienda pocas veces trabé contacto con gente que no estuviera empleada allí. En el pueblo Victoria solo había dos personas extranjeras: un alemán, Wilhelm Kunze, que vivía en él, y un italiano, que tenía una pequeña hacienda de café en los alrededores. El italiano era un hombre correcto que, a pesar del entorno no civilizado, parecía educar a su numerosa prole bastante bien. El alemán era soltero y no llevaba una vida muy ordenada. Se lo tenía como nada pobre, pero vivía miserablemente. Era muy tacaño. Con frecuencia se veía a sus cabalgaduras pastar a la orilla de la carretera. Los pocos centavos que hubiera costado enviarlos a la pastura le resultaban caros. Pehlke no veía bien que sus empleados tuvieran trato con Kunze. Probablemente no nos hubiera importado cuál era su deseo, si ese hombre no nos hubiera sido tan poco simpático.

También me gustaba el hermoso paisaje tropical. En las tardes libres de domingo me agradaba estar sentado con Gebhard, al cual esa vida le gustaba tanto como a mí, en nuestra galería, y contemplar el paisaje que ofrecía una amplia vista. No se escuchaba nada excepto los ruidos producidos por la fauna salvaje y doméstica. Sin contar a la cocinera, que rara vez salía de la casa, estábamos allí por lo general solos. El pueblo no tenía atractivos para nosotros. Una hora antes de la puesta del sol ensillábamos nuestras cabalgaduras e íbamos a nuestra piscina.

La población de Victoria no era muy amigable con la hacienda Hamburgo ni con Pehlke personalmente. Pequeños robos en la hacienda eran habituales y con frecuencia había dificultades con las autoridades del pueblo. La pobreza era grande. El dinero en efectivo era una rareza. También en la hacienda por lo general se calculaba en centavos. La caja de la hacienda, con su saldo en unos cientos de pesos como máximo, era la riqueza de toda la región. Aunque a Pehlke no le agradaba en lo más mínimo, no podía evitar tener que conceder con frecuencia pequeños y pequeñísimos préstamos. La mayoría de ellos no

podían ser devueltos. A pesar de su pobreza, la gente en el pueblo no estaba en particular insatisfecha o infeliz, nadie tenía que pasar hambre, y con respecto a otras cosas, nadie se hacía muchos problemas.

En mis cabalgatas por la extensa región de la hacienda tenía ocasionalmente contacto con gente que vivía muy solitaria, en mayor o menor grado indígenas puros. Siempre se mostraban amables y cooperativos. En los primeros tiempos sucedía algunas veces que no me podía orientar en un camino poco transitado y entonces era acompañado en ocasiones voluntariamente por uno de estos colonos, hasta que ya no me podía perder más.

Uno de los pocos gastos que exigía la ganadería era el costo de la sal, que los animales necesitaban periódicamente. Para ahorrar estas erogaciones Gebhard y yo, junto con algunas personas de la hacienda, tuvimos que encargarnos de investigar un lugar en la selva donde aparentemente los ciervos y otros animales salvajes habían encontrado sal en las piedras. Incluso encontramos el lugar, siguiendo el lecho de un arroyo, primero a caballo y luego durante un largo trecho a pie. Al final llegamos a una quebrada, cuyas paredes ostentaban profundos agujeros que evidentemente habían sido hechos por animales que las lamieron en busca de sal. Parecía tratarse de una arcilla con sal, o quizás también nitrato. Pero la idea de llevar cada tanto al ganado a ese lugar fue desechada, hubiera sido necesario abrir un camino a través del bosque, lo que habría sido más costoso que comprar la sal, sin tener en cuenta cuán improductivo resultaría que los animales tuvieran que recorrer con regularidad el largo camino hasta el lugar.

Aparte de la propiedad indivisa alrededor del pueblo de Victoria, la hacienda tenía un terreno grande en la región de Corozales, camino a Manizales. Se contaban maravillas de la calidad del suelo, aunque a pesar de ello no se utilizaba para nada. No tuve oportunidad de conocerlo.

Varias veces cabalgué con un obrero y varios animales de carga a una plantación de bananos, es decir plátanos, que estaba ubicada bastante lejos, en un afluente del Guarino, en búsqueda de plátanos para la cocina de la hacienda. La plantación, muy descuidada, debía ser un paraíso de víboras, pues se veían por todos lados pieles apergaminadas mudadas por las serpientes. Aparentemente estas mudan de piel una vez al año. Era extraño, pero nunca vi una serpiente en la plantación. Es probable que el ruido de nuestras cabalgaduras y de los animales de carga las ahuyentaran.

Vi grupos de serpientes, algunas veces, en cercanías de la casa de La Aurora, en los lugares donde el ganado había apisonado el pasto alto para echarse a rumiar. Pero desaparecían velocísimas en el alto pasto apenas escuchaban que alguien se acercaba.

A mediados de mayo llegaron cautas preguntas de mis colegas de Bogotá; si podían contar eventualmente conmigo o si pensaba quedarme para siempre en la hacienda. Si este no era el caso, mi regreso de ahora en adelante les sería grato, pues tenían mucho que hacer. Pehlke ya había partido a Alemania. Gebhard había aprendido, mientras tanto, suficiente castellano como para hacerse entender, así fuese de manera precaria, y así se decidió que yo debía regresar a Bogotá. A pesar de saber con certeza que en la hacienda no había futuro para mí, la despedida me resultó difícil. Me había puesto bien al tanto del manejo del establecimiento y me había entendido bien con todos los empleados, nativos y alemanes. También la separación de mis cabalgaduras fue duro. Por el otro lado, me consolaba la certeza de haber solucionado bastante bien una tarea adjudicada por casualidad en un área totalmente desconocida para mí. Aunque tampoco me podía llevar bienes materiales de la hacienda (más bien me iba en un estado bastante deslucido), mi autoestima había crecido de modo considerable.

Encontré el hotel en Honda casi lleno, porque justo habían arribado los pasajeros de un barco anclado en La Dorada, quienes, al igual que yo, querían seguir viaje a Bogotá. Entre ellos se encontraba un señor Wilhelm Focke, de Bremen, con su mujer y una hija veinteañera. En algún momento me los presentaron y me enteré de que Focke era socio de la empresa Gruner & Rieke, de Bremen, y viajaba a Bogotá para visitar a su representante Ferdinand Focke. Como ya dije, mi aspecto no era muy elegante. Aunque mis trajes estaban recién lavados, las mangas y los cuellos lucían deshilachados. Mostraban también muchas manchas, que había adquirido durante la cosecha de bananos. El jugo, no de los frutos, sino de los troncos y las hojas, era tan ácido que no se podía sacar con ningún lavado. Además, mis trajes también estaban remendados en diversos lugares. Mi sombrero de paja, de ala ancha, estaba deshilachado en el borde, incluso ostentaba quemaduras, porque le habían caído chispas al quemar una parte del bosque. Wilhelm Focke, un bremense reservado y cuidadoso, me contempló con algo de cautela. Pero a su hija, bastante bonita y vivaz, aparentemente le parecí interesante, y le tuve que contar durante la travesía unas cuantas cosas de mi vida en la hacienda. En Bogotá solo volví a ver la familia fugazmente. Una vez la trajo Ferdinand Focke a nuestro negocio. Las conversaciones comerciales entre él y Wilhelm Focke no parecían ser del todo amistosas. Después de la partida de la familia, Ferdinand Focke calificó a la hija, que se llamaba Lotte, de ¡“mocosa mimada”! (años más tarde, quizás en 1927-1928, me contó Elisabeth¹ que en una peluquería de Bremen una señora se dirigió a ella al escuchar el apellido

¹ La futura esposa de Sitarz.

Sitarz, porque se acordaba del mismo. Había sido la señorita Lotte Focke, mi conocida del año 1912).

Llegado a Bogotá reanudé mi actividad habitual. También recuperé pronto la habilidad necesaria para el esmerilado de los lentes. Mis dos colegas estaban ansiosos de escuchar mis aventuras y, por su parte, me contaron de su último encuentro con Pehlke. El resultado fue que estuvimos todos de acuerdo en seguir cumpliendo a conciencia nuestras obligaciones, pero en definitiva no dejar pasar ninguna oportunidad para encontrar otros puestos de trabajo. Pero antes, ambos querían conocer la hacienda. Los transportes de dinero, que se hicieron necesarios, pronto les brindaron la oportunidad deseada. Ellos también encontraron el viaje interesante, pero prefirieron seguir estando en Bogotá.

El cambio del calor tropical al clima de Bogotá me causó una intensa diarrea, que en realidad era consecuencia de las muchas dosis de quinina. Había vuelto muy flaco a Bogotá y perdí aún más peso. Por consejo médico comí durante dos meses casi solo avena cocinada en agua. Al final de este tratamiento, había superado el malestar.

Aparte de eso, nuestra vida seguía su ritmo acostumbrado. Nuestros negocios andaban bien y nuestra vida privada seguía igual, como había sido antes de mi estadía en la hacienda. Krumsieg se comprometió en ese lapso con una joven alemana, que había venido como institutriz de los niños de una pudiente familia bogotana, que había estado algún tiempo en Alemania. Planeaban casarse dentro de dos años, pero no se concretó.

Las bogotanas no nos gustaban. Extranjeras había solo muy pocas. Por consiguiente, casi no teníamos trato con mujeres. Los escasos encuentros sociales, en los cuales participábamos, eran exclusivamente veladas masculinas.

Mantenia de forma regular intercambio epistolar con mi familia, en especial con mi madre. Pero las noticias que recibía de mi casa casi nunca eran buenas. En cada carta se repetían las quejas por la falta de dinero. Mi hermano Franz, quien mientras estuve en Stettin siempre había hablado despectivamente sobre mis dos asociaciones, después de mi partida se apuró en ser admitido como socio en las mismas e indagar en el Ultramar, al igual que yo había hecho, por un puesto en el extranjero. Lo había encontrado en una empresa alemana, Tumbador, ubicada en Guatemala. Para poder equiparse se hizo otorgar incluso un préstamo, una tal llamada beca por 1.200 marcos de la asociación, que devolvió años más tarde. Pero no le gustó su nuevo puesto y antes de fin de año recibí un cable de él en el cual me pedía que le consiguiera un trabajo en Colombia. Yo no estaba en condiciones de eso, ya que por mi parte también buscaba y lo tuve que contentar con un 'más adelante'.

A mediados de año se nos comunicó desde Hamburgo que Adler vendría en otoño a Colombia para hacer una corta visita, primero a Bogotá, y que yo

lo acompañara de ahí a la hacienda y me quedara durante su estadía con él. Llegó en septiembre y estuvo unas dos semanas con nosotros. Lo tratamos algo distantes y desconfiados, porque nos parecía que era cómplice de Pehlke, pero como reconocí más adelante, no era cierto. Era exactamente igual que nosotros, una víctima de la explotación de personal por parte de Pehlke. Había llegado por tren a Bogotá pasando por Girardot, pero manifestando por adelantado el deseo de hacer el regreso hasta Honda, en aras de la ciencia, por el viejo camino a caballo. Focke, que tenía que hacer algo a mitad de camino, se unió y nos acompañó hasta la primer parada para pernoctar en Villeta.

Para facilitar las cosas a Adler, Kruse había enviado su mula de silla, Chula, hasta Facatativá. Para mí y el equipaje se habían alquilado animales. El pobre Adler, que nunca había montado en un animal y que no poseía una figura favorable, pues era excepcionalmente largo y muy flaco, se dio cuenta de que el asunto era mucho más difícil de lo que se había imaginado. Se comportó tan torpemente que la tranquilísima Chula se desbocó con él enseguida después de Facatativá. Por suerte logré cortarle el camino y detenerla antes que cayera él de la montura. El siempre malicioso Focke se reía mientras tanto, a más no poder, por la cómica escena. De ahí en adelante Adler no se animó más a seguir montando a la Chula y me pidió que le diera mi mula, lo que hice con gusto, pero tampoco anduvo bien y le propusimos a Adler acortar las cabalgatas diurnas. Él insistió en hacer el recorrido en los habituales dos días. Al final llegamos, aunque bastante después de oscurecer, en la noche del segundo día, a Honda. Dedicamos la siguiente mañana a visitar a los comerciantes con los que la hacienda tenía tratos. El día era muy caluroso y le aconsejé a Adler postergar la cabalgata a la hacienda hasta la mañana siguiente. Pero él esperaba con ansia conocer el clima agradable de la hacienda cafetera, que le había sido ponderado, y prefirió seguir viaje esa misma tarde. Kruse había enviado dos caballos descansados a nuestro encuentro, el Cóndor amarillo, que ya conocía, y un nuevo caballo blanco para que lo montara Adler.

Partimos en medio de un tremendo calor entre las dos y tres de la tarde. El caballo de Adler tenía un andar que se hamacaba con fuerza de izquierda a derecha, así que después de una hora me dijo que no lo soportaba más y me pidió cambiarlo de nuevo. Pero lo mismo: avanzábamos muy lentos, por más que él se esforzara en mantenerse a la par mía, pues le había advertido que la última hora y media o dos horas de camino serían empinadas, pedregosas, y seguramente le resultarían aún más difíciles al caer la noche, que con luz de día.

Ya era noche cerrada cuando por fin llegamos. Adler estaba tan agotado que casi no pudo comer y se fue rápido a dormir. Había llagado gravemente al montar y necesitó tres días para poder reponerse algo de la fatiga. Renunció

a cabalgar para conocer más de la hacienda y solo recorrió lo que era factible a pie.

Yo me había alojado de nuevo en La Aurora, en lo de mi amigo Gebhard, donde fui recibido con alegría. Mientras tanto, él había seguido mejorando algunas cosas en la vivienda y en general se había adaptado bastante bien al trabajo. Pero no pudo lograr que hubiera una relación adecuada entre él y el vaquero, este no lo quería reconocer como superior. Yo ocupaba casi todo mi tiempo en asistir a algunas conversaciones de negocios entre Kruse y Adler.

El regreso a Honda le fue facilitado todo lo posible a Adler. Lo acompañé hasta el tren, que tomó en la pequeña estación Perico, de ahí partió esa misma tarde a Bogotá, por el mismo camino por el cual llegamos. Krumsieg y Rogge recibieron mi relato de los sufrimientos de Adler con mucha malicia. Algunas cosas ya habían escuchado mientras tanto de Focke, que había regresado antes. Como ya dije, todos éramos de la opinión que Adler era también culpable de las miserables condiciones de contrato de los empleados.

Después de nuestra separación en Honda, nunca más volví a ver a Adler. Años más tarde, después de enterarme que Adler era explotado de la misma manera por Pehlke, al igual que nosotros, lamenté el hecho de que su viaje, de mucha importancia para él, estuvo signado por la mala suerte. La estadía en la hacienda, que había despertado tanta expectativa en él, seguramente se le amargó mucho, no solo por el agotamiento físico que había experimentado, sino también por las discusiones penosas con la señora Kruse. Nunca las presencié, pero había escuchado sobre ellas. Adler, que era un fotógrafo consumado, había fotografiado mucho durante el viaje, prometiéndome copias de las fotos, pero no las recibí de su parte.

EN EL DEUTSCHE ANTIOQUIA BANK



Deutsche Antioquia Bank, Bremen

Fuente: Banco Alemán Antioqueño, Medellín, sin indicación de página.

Un día, en febrero de 1913, Focke me hizo llegar a través de su mensajero de la oficina, la invitación de ir lo más pronto posible, pues tenía que comunicarme algo importante. Fui y me preguntó si seguía firmemente decidido en dejar a la empresa Pehlke. Cuando asentí sin vacilar me comunicó que creía haber encontrado un nuevo puesto adecuado para mí. Me contó, mientras lo escuchaba atento, lo siguiente: como ya me había informado Pehlke antes de su partida a Alemania, después de largas negociaciones se había fundado el 12 de octubre de 1912 en Bremen un banco alemán-colombiano, el Deutsche Antioquia Bank (Banco Alemán Antioqueño), cuya sede central debía estar en

Bremen, pero su sucursal central en Medellín, la capital del departamento de Antioquia.

Dos apoderados del ámbito comercial de Medellín, el doctor Jorge Rodríguez L. e Isaac Restrepo P., habían hecho un viaje a Europa para encontrar interesados en la fundación de un banco en Medellín. En vano buscaron en Londres y París, y ya estaban por considerar su misión como fracasada cuando le contaron a Adolf Held en Bremen de la misma. A este viejo pionero la idea le pareció espléndida y enseguida se ofreció para implementar su realización. Bajo su guía se logró la fundación con la participación de capital alemán, colombiano, inglés y francés.

Los dos directores a los que se les había conferido la gerencia del negocio en Medellín, Erich Thiel y Adolf Hartmann, ya habían llegado al país y estaban ocupados con las tareas previas para la inauguración del banco. Uno de ellos, Adolf Hartmann, se encontraba en ese momento en Bogotá y, entre otras cosas, tenía el encargo de encontrar un empleado alemán, ya adaptado al país, que dominara perfectamente el idioma y fuera un buen tenedor de libros y correspondencia. Pensé —agregó Focke— que el puesto era realmente ideal para usted, tanto más, porque ya había trabajado en el área bancaria. Si está dispuesto, venga hoy en la noche, a las siete, al hotel Europa, y hable usted mismo con Hartmann. Yo lo anuncio y también voy a estar en la entrevista, pues es el deseo del banco que yo lo represente en Bogotá. El banco no le podrá pagar mucho al principio. Hartmann habló de cien a ciento veinticinco pesos por mes. Insista en los ciento veinticinco pesos. Yo me voy a ocupar de que usted los reciba.

Ciento veinticinco pesos eran más del doble de lo que ganaba con Pehlke, y ya solo la idea casi me mareaba. También hubiera estado satisfecho con cien pesos, pero siguiendo el consejo de Focke decidí insistir en los ciento veinticinco pesos.

Como habíamos acordado, fui a las siete de la noche al hotel, donde en quince minutos cerré trato con Hartmann. Solo hizo un débil intento de conseguirme por cien pesos y cuando lo rechacé, concedió enseguida los ciento veinticinco pesos.

Me pidió que tomara el cargo en Medellín lo más rápido posible. Yo estaba muy dispuesto a esto, pero por otro lado tenía el deseo de disolver mi contrato de trabajo con Pehlke de manera correcta, sin fricciones innecesarias. Si era posible, quería concederle a Pehlke también la oportunidad de encontrar a tiempo un reemplazo para mí. Hartmann estuvo de acuerdo con mi proceder después de haberle asegurado que podía contar conmigo bajo todas las circunstancias. No obstante, si Pehlke no estaba dispuesto a cancelar el contrato, yo había decidido —a pesar de todo— renunciar a mi empleo. En vista de sus promesas no cumplidas, yo consideraba mi vínculo con él inexistente.

La personalidad de Hartmann me causó buena impresión. No podía juzgar sus aptitudes empresariales por no haber tenido la oportunidad para eso en tan corto tiempo. Ya había escuchado que estas no eran demasiadas altas, lo que se confirmó luego. En esta primera velada de nuestra relación me despedí pronto, pues noté que esperaba invitados.

Al día siguiente le escribí una carta a Pehlke en la cual le pedía mi retiro. Lo hice cortésmente, pero en tono firme, para no suscitar ninguna duda en cuanto a mi decisión. Casi de inmediato recibí un cable de Pehlke con la frase que yo le había enviado: “De acuerdo”. Le ofrecí descontarme los gastos de este telegrama, lo que hizo sin vacilar. Más adelante recibí una carta de él donde expresaba su pesar en cuanto a mi decisión. Mi futuro en su empresa hubiera estado ‘asegurado’.

Mis esfuerzos coronados por el éxito de lograr otro empleo mucho mejor animó a mis colegas Krumsieg y Rogge a dirigirse simultáneamente con mi carta a Pehlke, para solicitarle una regulación más satisfactoria de sus condiciones salariales. Señalaron las duras condiciones de trabajo y la marcha favorable de la empresa, y pidieron un sueldo de cien pesos, todo incluido, para cada uno de ellos.

Cortesmente insinuaron que se verían obligados a buscar otro empleo si él no podía satisfacer su demanda. Pehlke contestó por cable: “Aceptado”. Los dos estaban eufóricos, me felicitaron por mi nuevo empleo y se felicitaron por el aumento de sueldo, que por fin había llegado. Lamentablemente, su alegría iba a ser muy breve. No había llegado hacía mucho a Medellín cuando escuché que Pehlke había arribado con varios empleados alemanes a Bogotá y despedido de forma inmediata a Krumsieg y Rogge por “intento de chantaje”.

Después de eso, Rogge aceptó un empleo en la empresa Franzius Hermanos, ubicada en Orocué, junto al río Meta (afluente del Orinoco), en una región muy salvaje. Creo que Krumsieg también trabajó ahí un corto tiempo, pero luego regresó a Bogotá, donde poco después falleció por una enfermedad contagiosa, creo que era la fiebre tifoidea. No pudo concretar sus intenciones de casarse. Su novia estaba, al momento de su muerte, en Alemania.

Cuando se acercó la fecha de la partida a Medellín tuve que confesar a mi amigo Focke que no tenía un centavo, a pesar de mi más que ahorrativa forma de vida, que él bien conocía. Por eso me encontraba en el dilema de cómo podría pagar mi viaje a Medellín. ¿Y si le pedía un anticipo al banco? Después de algunos comentarios poco favorables para Pehlke, Focke me preguntó cuánto necesitaba. Le contesté que ciento sesenta pesos, para disponer de cierta libertad. Focke me prestó el dinero y rechazó un pagaré. Tres meses después le pude devolver el dinero, que no había gastado en su totalidad.

Fueron mis primeras y —así lo esperaba— últimas deudas que habría de hacer en toda mi vida.

A mi madre le pude hacer llegar la buena noticia de que a partir del momento en el que le devolvía a Focke el préstamo, a ella le enviaría cada mes cien marcos, en vez de los treinta marcos actuales. Casi en el mismo momento, mi hermano Franz también empezó a enviarle una ayuda, aunque irregularmente. De esta manera ella estaba ahora —ya en el séptimo año después de la muerte de mi padre— por fin, y esta vez por el resto de su vida, fuera de las necesidades más urgentes. Solo en ese momento le escribí también lo mal que había sido en realidad mi contrato con Pehlke.

Mis últimas semanas en Bogotá pasaron rápido y de forma agradable. Con la población nativa nunca había entablado amistad. Pero había encontrado una serie de buenos amigos en los alemanes, el primero en la lista era Ferdinand Focke. Rogge había sido siempre un buen compañero. Me advirtió bondadosamente acerca de trabajar demasiado, y dijo: “A los cuarenta vas a ser una piltrafa”. Varios amigos bogotanos me dieron cartas de recomendación para conocidos de Medellín. La empresa Ernst Pehlke, en la cual estuve casi dos años, la abandoné sin pesar.

Mi partida de Bogotá fue un asunto mucho más agradable de lo que había sido mi llegada. Focke, Krumsieg y Rogge vinieron a la estación para despedirse de mí, como era la costumbre en aquellos tiempos. Junto conmigo partían dos alemanes, a quienes conocía bien, Fritz Klein de Idar [sic] (Oldemburgo), que había explotado una mina de esmeraldas cerca de Muzo (a tres jornadas a caballo de Bogotá) y Stockhausen, representante de varias empresas extranjeras. Ambos, especialmente Klein, tenían muchos amigos en Bogotá que habían venido a despedirlos. Por lo tanto, hubo una gran aglomeración de gente junto al tren.

Así como empezó de alegre el viaje, siguió siendo hasta Puerto Berrío, donde dejé el vapor fluvial para continuar desde allí, ya solo, mi viaje en tren hasta Medellín. Antes de eso habíamos pasado una velada muy agradable en Honda con mi amigo Hermann Gebhard, que había venido de la hacienda con ese fin. Como siempre en esa época, debíamos pasar la noche en Honda.

El viaje de Puerto Berrío a Medellín era, en aquellos tiempos, una cuestión bastante complicada. Había que viajar en no menos de cuatro medios distintos de transporte para los escasos cuatrocientos cincuenta kilómetros de recorrido. En primer lugar, se tomaba el tren, que partía a las seis de la mañana y requería alrededor de una hora para atravesar el llano, desde el río hasta el pie de las montañas. Luego se iniciaba un constante ascenso durante horas de un trecho compuesto de una curva tras otra, hasta que se llegaba, a las primeras horas de la tarde, al final de esta línea, la estación Cisneros. Hasta aquí el recorrido era casi ininterrumpido a través de la densa selva.

Cisneros era un pueblo miserable, que prácticamente consistía en solo la estación del ferrocarril, depósitos y establos. Todos los edificios eran rústicos. Aquí se alquilaban animales de silla y de carga para atravesar con ellos el trayecto de veintiocho kilómetros por el paso de La Quiebra, que conectaba con la estación de ferrocarril Botero, del otro lado.

Después de un breve almuerzo de dudosa calidad, comenzó la subida no muy larga, pero sí empinada, a la montaña, desde la cual se tenía una vista panorámica bellísima hacia ambos lados. El descenso hacia Botero era en general suave, pero muy largo. Aparte de las bellezas paisajísticas, la cabalgata no fue un placer. Los animales alquilados estaban estropeados, mal ensillados y lastimados. Pesadas cargas eran transportadas en carretas bajas con ruedas anchas, tiradas por largas filas de mulas. Cada carreta estaba acompañada por un grupo de obreros, que muchas veces debían utilizar sus palancas para ayudarlas a superar los lugares más difíciles del camino. Con frecuencia se debía otorgar un momento de descanso a los animales. No era grato verlos parados, jadeando con dificultad, con ijadas temblando convulsivamente. En ocasiones yacía un animal muerto al costado del camino. Dos mil mulas, caballos y bueyes trabajaban todo el año en el paso. Ninguno de estos animales tenía una expectativa de larga vida. Para los pasajeros que no podían o no querían cabalgar, había carros disponibles, pero era dudoso si viajar así por esos caminos disperejados era menos fatigoso que cabalgar. Además, los viajeros del coche debían estar en todo momento preparados para la contingencia de que una carreta volcada o atascada, les bloqueaba el camino por horas. Un jinete siempre encontraba una posibilidad de pasar. Fue justo antes de oscurecer y del comienzo de una violenta tormenta, cuando llegué a Botero. Mi equipaje también llegó poco tiempo después sin haberse mojado.

Después de una noche en la rústica, aunque bastante limpia cabaña de madera que se llamaba hotel, volví a tomar el tren, el cual siguió aproximadamente el cauce del río Medellín y me llevó por incontables curvas, pero sin tener que superar altas cuestas, a Medellín. En esa época funcionaba solo hasta Girardota, un poco más de la mitad del trayecto.

Aquí me esperaba un señor Emil Prüfert, enviado por el banco. Me contó que Hartmann hubiera ido con mucho gusto, pero lamentablemente había tenido de nuevo uno de sus ataques de malaria. A Prüfert se le habían unido un señor August Borné, como también un señor Wilhelm Repchen. El recibimiento fue bastante amable, y los últimos veinticinco kilómetros a Medellín los hicimos con buen ánimo en un carro.



Hotel a mitad de camino a Medellín

En vista de las malas condiciones hoteleras me habían preparado una habitación simple, pero muy agradable, en un centro comercial, el edificio Duque. Las comidas serían en el Club Unión, que era en ese tiempo el lugar de encuentro general y tenía el mejor restaurante, quizás el más respetable de la ciudad.

En el transcurso de la cena hice nuevos conocidos. La llegada de un extranjero no era, en aquel tiempo, nada rutinario, y además el banco era aún un factor completamente nuevo así que estaba en el centro del interés cotidiano y también se deseaba conocer al nuevo empleado bancario. La primera velada transcurrió animada y agradable, y para mí terminó en un ambiente satisfactorio y lleno de esperanzas. Era el 3 de abril de 1913, exactamente dos años después de mi arribo a Bogotá.

Después de lo poco que había visto en la primera velada, Medellín me gustó mucho más que Bogotá. La ciudad era pequeña, tenía solo 40.000 habitantes. Las calles, donde la hierba crecía, en algunos lugares estaban pavimentadas con rocas de río, pero eran limpias. También la población causaba una impresión más limpia y más saludable que la de Bogotá.

A la mañana siguiente empecé con mi nuevo trabajo. La instalación del local bancario, para el cual se había reformado una antigua casa residencial en el centro de la ciudad, calle de Colombia 105, aún no había terminado. Faltaban unas cuantas semanas para que nos liberáramos del estrepitoso martilleo de los carpinteros. El número de empleados era aún muy pequeño. Aparte de un procurador colombiano, Guillermo Camargo Lewy; el cajero, Enrique Restrepo, y el contador, Alfonso Echavarría, había solo dos o tres auxiliares de oficina y caja.



Emil Prüfert



Iglesia de la Veracruz en Medellín

De los dos directores, había saludado la noche anterior a Hartmann, en su oficina. A Thiel lo conocí en ese momento. No me causó una impresión agradable. Se vestía con una elegancia de mal gusto, ostentaba una energía amanerada para fanfarronear y me trataba, al igual que a todos los empleados, de manera soberbia. Con su colega Hartmann tampoco tenía un trato muy cordial, lo que registré a la brevedad. Eran muy distintos uno del otro.

Hartmann, el bremense, “hijo de un patricio”, como se denominó una vez estando muy jocosos, era el más culto de los dos. Desafortunadamente sus suaves modales se convertían a veces en una cortesía rastrera, lo cual, seguro a los antioqueños no les gustaba. Por eso, uno de ellos, Manuel M. Escobar O., hizo una vez este comentario: “Hay atenciones que se convierten en molestas”. Hartmann era muy sensible en cuanto a cualquier crítica; cuando cierto día apareció una caricatura suya completamente inofensiva, más bien con intención amistosa en un diario, se sintió muy desdichado. En cuanto a los negocios, era bastante incompetente, no tenía noción del negocio bancario y muy pocos conocimientos del negocio comercial. Su actividad anterior, como socio de un negocio en Torreón, México, no había sido exitosa. Su actual posición en el banco se la debía, sobre todo, a su condición de miembro de una familia bremense distinguida; era el hombre de confianza de los accionistas de Bremen.

Thiel había estado permanentemente en el rubro bancario. Al igual que yo en Stettin, él hizo su aprendizaje en Königsberg, Prusia, en un comercio bancario y de cereales. Luego trabajó durante años en el Deutsche Überseeische Bank en Perú. Regresó a Alemania y fue director de la Caja de Ahorro (Banco Sparkasse) en Krefeld; de allí había venido a Medellín. Era hábil, pero su moral comercial no era siempre impecable. Desde un comienzo se dedicó con ahínco a diversos negociados privados que, con frecuencia, se asimilaban a la usura y debido a esto su buen nombre quedó menoscabado. Las críticas que llegaron a sus oídos fueron rechazadas por él con energía. Estaba casado; su mujer era peruana, casi de pura ascendencia indígena, tenía solo veintiún años, de trato agradable, aunque poco educada y muy bonita. No se avergonzaba de su raza, sino que enfatizaba a menudo su descendencia de los incas. La pareja tenía dos niños.

Mi trabajo fue desde el primer día multifacético, y pronto estuve muy ocupado. Después de pocas semanas, solo podía avanzar recurriendo a horas extras en la noche, como también a una parte del domingo. Mi lugar de trabajo era en una ventanilla; debía atender la clientela en cuanto a las transacciones de divisas, cobranzas y asuntos de contabilidad. A la par, debía llevar los libros más importantes, como también una gran parte de la correspondencia, que era sobre todo en español, así como en alemán e inglés.

Después de un corto tiempo no hubo duda de que la fundación de nuestro banco había surgido de una verdadera necesidad. Nuestro volumen comercial aumentaba a diario. Ambos directores estaban dedicados casi completamente, al trato personal con la clientela, de tal manera que a mí me tocó cada vez más el manejo de los negocios ya acordados. El apoderado colombiano, Camargo, se perfiló como poco hábil en el negocio bancario, que le había sido ajeno, y unos meses después de mi llegada renunció a su puesto.

Este desarrollo de las cosas era muy conveniente para mí. Había puesto mi confianza en el futuro del banco y estaba decidido a ganarme un puesto directivo en él, mediante mi trabajo. La circunstancia de haber sido partícipe desde la fundación del banco me pareció muy ventajosa. Para apropiarme de todos los detalles del funcionamiento empresarial, no tenía nada en contra de que ambos directores me impusieran cada vez más trabajo. Trataba de atender satisfactoriamente a los clientes que venían a mi escritorio, para acostumbrarlos a que se dirigieran a mí con asuntos para los cuales hubieran tenido que recurrir a los directores. La consecuencia de esta multifacética actividad significó para mí que por mucho tiempo tuve que trabajar varias veces, semana tras semana, hasta las doce de la noche o una de la mañana. El cónsul inglés Badian, que tenía sus oficinas en la parte superior del edificio del banco y al que encontraba con frecuencia en la noche, me advirtió con amabilidad algunas veces sobre los inconvenientes de demasiado trabajo nocturno en el clima tropical. Pero no me hizo daño.

Un día se me presentó la oportunidad de relacionarme con el inspector colombiano del banco, al que hasta ese momento no había conocido. Después de una reunión no muy agradable con el inspector, Thiel vino pálido y nervioso a verme, me tiró un paquete de papeles en el escritorio y dijo: “Usted es contador. Revise esos papeles e intente explicar el asunto al consejo administrativo en la próxima reunión. ¡Yo abandono!”. Se trataba de los asientos contables sobre la participación del capital de los accionistas europeos pagada en Bremen, que había sido transferida vía Londres, París y Nueva York a Medellín². Los asientos y el informe a Bremen sobre los negocios de divisas relacionados con esto habían sido elaborados por Thiel de un modo tan confuso que él mismo, en primer lugar, había quedado desorientado, y en segundo lugar habían suscitado en Bremen la impresión errónea de que él había presentado intencionalmente este asunto en forma confusa para disimular una pérdida originada por la transferencia de capital. En el paquete de papeles que me entregó Thiel, se encontraban algunas cartas

² El capital social ascendía a 750.000 pesos oro, o 3 millones de marcos.

dirigidas a él por el director del consejo administrativo de Bremen, el señor Adolf Held, en las cuales figuraban unas acusaciones gravísimas contra su persona. El asunto ya databa de varios meses atrás, cuando tuve conocimiento de él.

Esa misma noche estudié los papeles y pude constatar sin dificultad que se trataba de “una tormenta en un vaso de agua”. Hice una reseña que le presenté al inspector en su siguiente reunión y en menos de media hora la cuestión fue aclarada y finalizada. Para mí, el incidente tuvo consecuencias favorables, ya que el consejo me hizo asumir una función que antes no había tenido y recibí de los de él un trato muy amistoso y lleno de confianza.

Poco después, otro asunto me permitió consolidar, aún más, mi posición en el banco. Por una perentoria recomendación del consejo administrativo colombiano el banco le había conferido a un grupo de ganaderos su primer crédito importante. Éstos tenían propiedades en la región antioqueña del valle del río Cauca —el afluente más importante del Magdalena— que se consideraban óptimas en el aspecto agrícola. Bremen había ordenado que la dirección de Medellín debía asegurarse personalmente de la garantía del crédito, y el consejo de Medellín pedía con insistencia lo mismo.

Thiel y Hartmann, que desde su llegada a Medellín sufrían constantemente ataques febriles y temían al bien conocido clima muy caluroso del valle del río Cauca, así como a las agotadoras instancias del viaje, se acordaron de mi trabajo en la hacienda de Pehlke y me encargaron la tarea de acompañar a los ganaderos y hacer un informe exacto de las propiedades a evaluar en la visita.

Nada me podía agradar más que un encargo así, pues ya hacía mucho albergaba el deseo de conocer los alrededores de Medellín y, en especial, el muy elogiado por su belleza paisajística, Valle del Cauca, cuyos espacios cultivados se habían quitado con esfuerzo a la selva hacía unos pocos años, quizás una década atrás. Salimos una mañana a las seis en el tren del ferrocarril de Amagá en dirección hacia el Cauca y bajamos hasta la última estación en ese momento, Caldas, situada a solo veinticinco kilómetros, donde nos esperaban las cabalgaduras con las cuales haríamos la parte más importante del viaje.

Casi todos mis cinco o seis acompañantes me eran conocidos y estaban de buen humor, como era en realidad siempre el caso cuando visitaban sus propiedades. Estábamos bien montados (a mí me habían dado un mulo muy bueno, grande, de manchas blanco-grisáceas, el macho Carati), algunos de los señores traían en las alforjas un abundante almuerzo frío, y así transcurrió la jornada de viaje, que nos llevó a la primera de las haciendas antes de lo que esperábamos. Esta hacienda se llamaba La Argentina y pertenecía a la

empresa Escobar & Cía. Después de darnos la oportunidad de refrescarnos en un baño con ducha, se nos hizo pasar a la mesa puesta, muy limpia, en la cual se sirvió una cena simple, pero buena. De la misma forma se nos recibió en todas las haciendas que había que visitar. Dos de ellas carecían un poco de limpieza. La última noche antes del regreso a Medellín estuvimos en la imponente casa de la hacienda Tunis, que estaba junto al río Cauca. No me pude resistir a bañarme, como despedida, en el río. Don Pedro (Pedro Vásquez Uribe), el dueño, muy simpático, no quiso permitirlo, a no ser que me declarara dispuesto a atarme en la cintura uno de los largos lazos trenzados de cuero vacuno para atrapar el ganado, y le permitiera a uno de sus empleados sujetar el mismo. Afirmaba que ya más de un buen nadador había sido arrastrado por la corriente, pues justo ahí era muy fuerte. Hice lo que me pidió. A pesar de esto, fue muy hermoso. El agua estaba agradablemente fresca a esa hora temprana de la mañana.



Vista del valle del río Cauca

Aunque el viaje era para mí un placer, no descuidé el aspecto comercial y llevé el informe solicitado. Sin dejar lugar a dudas pude afirmar en él que nuestro crédito estaba bien avalado. Las relaciones entabladas en aquel entonces siguieron siendo agradables durante décadas y, para ambas partes, para el banco y para los ganaderos, ventajosas.

Yo mismo hice algunos buenos amigos en este viaje, tanto en el aspecto comercial como en el personal. Les había agradado a estos terratenientes

que yo como extranjero me adaptara tan bien a ellos. Seguí siendo el nexo entre el banco y los ganaderos; durante muchos años visitaba regularmente el mercado ganadero semanal en Medellín, solo para mantener el contacto cercano con ellos.

En el transcurso del viaje, en forma constante me vi obligado a hacer comparaciones mentalmente entre lo que tenía delante de mí y las condiciones, que había conocido en La Aurora de Pehlke. Aquí los campos de pastoreo estaban tan bien cuidados, que en algunas partes parecían campos de cereales. En lo de Pehlke estaba todo lleno de maleza y matorral. También el ganado era aquí de mejor calidad. Pero a pesar de todo, ¡constaté con alegría que el duro aprendizaje hecho en La Aurora no había sido en vano!



Ganado en la hacienda Argentina

Aproximadamente siete meses después de mi llegada arribó otro empleado alemán a Medellín, enviado por el consejo administrativo de Bremen en vista del aumento constante de nuestras transacciones comerciales. Se llamaba Reinhard Gundlach, tenía quizás medio año más que yo y había hecho su carrera, hasta ese momento, en la empresa bancaria bremense Carl F. Plump & Co., la cual era uno de los accionistas de nuestro banco. Gundlach era

una persona callada, rígida y reservada, que al principio no se adaptó fácil a las nuevas condiciones. También el aprendizaje del español le resultaba muy difícil. En lo demás, era un buen funcionario bancario y ante todo un buen contador. Disponía de una ilimitada voluntad de trabajo y pronto se evidenció como buen compañero. En el transcurso del tiempo entre él y yo se afianzó una sincera amistad, que duró décadas.

Frente a Thiel y Hartmann, su posición no era agradable al comienzo. Su envío a Colombia se había decidido sin el conocimiento de ellos y la decisión fue tomada en un momento en el cual se intercambiaban entre Bremen y Medellín cartas sumamente desagradables sobre la cuestión ya mencionada, de ahí que se instaló la sospecha de que Gundlach había venido con la misión secreta de revisar la contabilidad y los actos de los directores y en adelante supervisarlos. Pero debido a su comportamiento estrictamente correcto, con el tiempo hizo desaparecer ese descontento.



Reinhard Gundlach y Hermann Gebhard delante de una cabaña para obreros cerca de Copacabana

Fuera del trabajo, Gundlach solo estaba interesado en libros y largos paseos. Por lo demás, era totalmente feliz en su trabajo. ¡Cuando le era entregada una montaña de cartas que habían llegado, las recibía con el semblante de un sibarita! Era bastante alto y muy flaco. Sin embargo, desarrolló una resistencia muy buena en nuestras caminatas, muchas veces de veinticinco a treinta kilómetros.

CÍRCULO DE AMIGOS Y OCIO EN MEDELLÍN

Algunas semanas después de mi llegada a Medellín, Hartmann y Prüfert, que eran muy amigos, me propusieron ocupar con ellos una casa que ya habían alquilado y querían equiparla con sus propios muebles. La idea no me entusiasmó, porque le temía a los gastos. Era mucho más importante para mí lograr lo más rápido posible un pequeño respaldo financiero, que vivir cómodamente, pero ante la insistencia de Hartmann, quien me quería garantizar que los gastos para mí no sobrepasarían un determinado monto, al final acepté en aras de mantener la paz. La casa estaba ubicada a solo unas cuerdas del banco, en la calle Junín. No estaba mal, a pesar de que era un poco oscura. Según la costumbre del país, las habitaciones estaban agrupadas alrededor de un patio cuadrado, en cuyo centro había una fuente que funcionaba día y noche. Como todas las casas en Medellín, la nuestra poseía también unas buenas instalaciones de baño, consistentes en una bañera empotrada en el piso, revocada y recubierta con azulejos, a la que conducían unos escalones. Era suficientemente grande como para poder sumergirse, un hermoso alivio refrescante en el caluroso clima, tanto más porque el agua proveniente de las montañas siempre era agradablemente fresca.



Hans Sitarz en el baño típico, Medellín

Poco después de nuestra mudanza a la casa, la ciudad sufrió una epidemia de fiebre tifoidea que no perdonó a casi ningún hogar. También mis dos compañeros se contagiaron. El caso de Hartmann fue tan grave que casi dudábamos de su restablecimiento, tanto más, que desde su llegada a Medellín ya había tenido unos ataques de malaria y además era de constitución un poco débil. Estuvo unos noventa días en cama y recién después de cuatro meses pudo volver al banco, pero la enfermedad lo había debilitado tanto que su nerviosismo y sensibilidad empeoraron más de lo que ya habían sido antes, lo cual dificultaba mucho el trato con él. El caso de Prüfert también fue serio, pero se repuso rápido y no sufrió secuelas desagradables.

Yo solo sufrí un leve ataque febril. Era extraño que justo Hartmann y Prüfert, quienes habían enfermado gravemente, desde mucho antes evitaban temerosos todo lo que podía significar un peligro de contagio. Yo, al contrario, tenía una confianza absoluta en mi salud y me preocupé muy poco de cumplir con esas medidas de precaución. Bebía agua sin hervir, comía ensaladas y frutas crudas y me salvé por completo del tifus. ¡Probablemente, una sólida fe en la salud de uno es un buen protector!

Después de haber vivido cerca de un año en la casa tuvimos que dejarla porque el dueño quería transformarla en un local comercial. Nos mudamos a una vivienda un poco más pequeña, pero más nueva, en la calle Bolivia, algo más alejada de la zona comercial, pero una calle ancha y hermosa que justo había sido bordeada por dos filas de palmeras reales. La casa tenía también una caballeriza, lo que les vino muy bien a Hartmann y Prüfert, ya que los dos tenían caballos. Me hubiera gustado hacer lo mismo, sin embargo mis finanzas no me lo permitían; en ocasiones podía montar a uno de los caballos de Hartmann o Prüfert, aunque los dos no eran muy buenos.

Después de cierto tiempo, Prüfert reemplazó el suyo por uno mucho mejor. Lamentablemente tuvo que constatar que el vendedor le había ocultado algunas características desagradables del animal, que le dificultaron mucho montarlo. No quería salir del establo, corcoveaba, trataba de desprenderse del jinete refregándose en árboles y muros, se encabritaba de forma desagradable sobre las patas traseras y no podía pasar de largo por la pista de carreras El Bosque, de Medellín. Había participado en algunas carreras y aparentemente le había gustado. Prüfert experimentó algunas caídas dolorosas y una vez se lastimó de forma grave, después de lo cual me pidió que le hiciera frente al caballo. Le dije que sí, con la condición de que él estuviera de acuerdo si trataba al animal con mano algo dura. Prüfert, que aún sentía los dolores de su última caída, contestó que, por su parte, ¡gustosamente también lo podía matar!

En una tarde libre me ocupé del caballo. Puse al mensajero de la oficina de Prüfert con un látigo delante de la puerta del establo para correr al caballo

en caso de que quisiera regresar de nuevo al establo, me puse mis grandes espuelas para mulas y agarré una fusta brava. Todos estos medios de persuasión fueron usados de golpe y no muy suavemente, a lo que el animal partió espantado en un galope tendido por las calles de Medellín, en aquel tiempo casi libres de tránsito. Dos horas completas anduve con el caballo de forma intensa, sin pausa, y cuando regresé al atardecer con él, obedecía totalmente. Lo monté con frecuencia sin tener ningún inconveniente, y también Prüfert, que era un mal jinete, pudo desde ese momento manejarlo mejor, por lo menos sin otras caídas. Prüfert estaba muy contento con eso y me ayudó a ir ganando creciente fama de buen jinete. Esto me conectó con jóvenes colombianos que, al igual que yo, tenían pasión por los caballos. Sabían que no me podía dar el gusto de un caballo propio y de forma frecuente me ponían generosamente sus propios caballos a disposición.

Una vez, tuve en tal caso, una experiencia desagradable. Un joven, Alberto J. Moreno, al que conocía solo superficialmente, poseía un caballo blanco, grande, hermoso, importado de España, al cual no podía manejar. Repetidas veces me había insinuado montar el animal, pero yo tenía mis dudas en hacerlo porque no lo conocía bien. Al final triunfó mi pasión por los caballos, acepté su oferta y monté el animal varias veces. Tenía una serie de malas costumbres, pero lo pude manejar muy bien.

Un atardecer decidí, por desgracia, visitar a Thiel en su casa de campo, antes de regresar a la ciudad. Él y su señora me convencieron de quedarme para la cena. Até el caballo en el establo de Thiel y le pedí a su cochero no tocarlo. Pero el cochero, con buena intención, después de que me había ido, le sacó al caballo el bocado de la boca para que pudiera comer mejor. Fue lo peor que pudo hacer, pues uno de los mayores defectos del animal era que solo se dejaba enfrenar con dificultad.

Cuando quise irme después de la comida, fue imposible enfrenar al animal. Se comportó salvajemente, se paró en las patas traseras y pateó con las delanteras, lastimándome en la mano izquierda. Al final decidí emplear una estrategia que había aprendido de los vaqueros y que por lo general calmaba a los animales más salvajes. Rápido le puse un lazo en la boca, casi en los ollares y lo ajusté. ¡Pero el resultado no fue lo que esperaba! El caballo dio un salto violento, se cayó y murió. Aparentemente había sufrido un infarto debido a su furia.

Al día siguiente ofrecí al dueño pagarle los trescientos pesos que le había costado el caballo, lo cual también aceptó. Sin embargo, esta acción fue tomada muy mal en la sociedad y fue apartado por un tiempo del Club Unión. Se decía que me había utilizado para domar un caballo díscolo, que lo había tirado varias veces, y me había hecho pagar al final el daño, que quizás era

inevitable. Aunque en ese momento fue muy dolorosa para mí la pérdida de trescientos pesos, pronto me di cuenta de que quizás era un dinero bien invertido, pues el incidente me brindó amigos nuevos.

Durante unas semanas mi pasión por los caballos se enfrió. Pero al poco tiempo conocí en el club a un colombiano rico, Luciano Restrepo, que justo había regresado de California y había traído de allá dos gigantes trotadores. En realidad, debían trotar delante del coche. Pero en aquel entonces no había muchas calles transitables en los alrededores de Medellín, y por eso Restrepo quería que yo probara cómo respondía el mejor de los dos trotadores a ser montado, y me aseguraba que no se me haría responsable si le sucedía algo. De nuevo acepté y monté el caballo varias veces, después de conseguir con cierto esfuerzo una cincha del tamaño adecuado. Un amigo, Luis Alfonso Vélez, me acompañó en la primera salida para poder actuar como testigo, como me dijo, en caso de que me sucediera nuevamente algo. Pero no pasó nada desagradable. El gigantesco animal era algo difícil de detener, pero aparte de eso no tenía malas cualidades.

Casi siempre salía a cabalgar solo, rara vez acompañado. La razón de esto era que mis amigos colombianos, casi sin excepción, preferían desfilas a caballo ante las casas en las cuales vivían señoritas bonitas (damas jóvenes). En su opinión, yo cabalgaba siempre como en una patrulla militar (patrulla a caballo) y pocas veces tenían ganas de hacer eso.

En esa época había pocos automóviles y fuera de la ciudad escasos caminos utilizables para ellos. Cabalgaduras y animales de carga eran por lo tanto los principales medios de transporte. Debido a esta circunstancia, casi todas las familias más pudientes poseían uno o varios caballos de silla buenos. Aunque animales tan finos, como conocí en Bogotá, no había en Medellín. En compensación, los caballos locales se distinguían generalmente por una resistencia excepcional.

Con el transcurso del tiempo encontré entre los jóvenes colombianos una serie de amigos excelentes. Varios de ellos habían sido educados en buenos colegios en el extranjero y eran muy inteligentes e intelectualmente interesados en muchas cosas. Dos hermanos, Guillermo y Samuel Moreno, hablaban con fluidez cuatro idiomas: español, alemán, inglés y francés. Samuel, que se había casado en esos días, poseía una gran biblioteca, que puso generosamente a mi disposición. Lo visitaba ocasionalmente entre el cierre del banco y la cena, en esas ocasiones conversábamos sobre libros y su joven esposa nos atendía con un vaso de cerveza y un pedazo de queso. Este último provenía de una hacienda perteneciente a su familia. El otro hermano, Guillermo, era el tipo de ‘intelectual’, que sabía mucho pero nunca lograba algo práctico con sus conocimientos, contemplaba la vida desde una perspectiva muy sarcástica

y siempre estaba descontento. Él y yo discutíamos horas sobre política, religión, economía y muchos otros temas, y a veces nos acalorábamos bastante. A modo de reconciliación, decía con frecuencia al final: “¿Cuándo vuelve a montar a Lina? Necesita movimiento”. Lina era su yegua media sangre inglesa, un animal muy bueno al que en ciertos momentos montaba con más frecuencia que él.

Entre los otros jóvenes colombianos con los cuales alternaba recuerdo aún a Leonidas Gómez, un dentista muy hábil que más adelante haría carrera en Bogotá; a Luis Alfonso Vélez, llamado la Pelota por su temperamento efervescente y su indestructible buen humor; a Eugenio Martínez, elegante, serio y correcto, y a Gonzalo Mejía, lleno de proyectos. Todos provenían de las mejores familias de Medellín y se consideraban de raza blanca, aunque en realidad tenían, más o menos, algo de sangre indígena en sus venas. Los sectores de población con mezcla de ascendencia negra no encontraban en aquel tiempo acceso a la así llamada ‘sociedad’. Muchos antioqueños afirmaban poder remontar su ascendencia española aun hasta su lugar de origen en España. Según esto, la mayoría debía proceder de la provincia de Andalucía.

El lugar de encuentro con mis amigos colombianos era, excepto para las cabalgatas, casi exclusivamente el Club Unión, que durante largos años fue el centro social de la ciudad. Muy pocas veces visité a uno u otro en su casa. Solo en diciembre, la estación más hermosa del año, en la cual las familias más pudientes se instalaban en sus casas de campo fuera de la ciudad, se hacían allí ocasionales visitas, en las que se conocía a los demás miembros de la familia. Pero yo era poco sociable, por lo tanto, solo hacía las visitas de cortesía obligatorias.

A pesar de mi larga estadía en Medellín, tuve poco contacto con el mundo femenino. Las damas vivían aún acorde a la vieja costumbre española, estrictamente aisladas. La asistencia a misa los domingos era en realidad la única ocasión brindada a las jóvenes para lucir sus mejores atuendos. Los jóvenes se paraban después de la misa delante de la iglesia y dejaban desfilas a las bellezas de la ciudad ante sus ojos. No estaba prohibido que los jóvenes hicieran comentarios al pasar las señoritas; frases de admiración, que eran recibidas por estas con una sonrisa o la palabra “gracias”. El piropo era el nombre que recibía ese tipo de galanteo. Aunque no estaba permitido entablar una conversación en la calle. En general, las jóvenes tampoco salían a esta sin compañía.

Si un joven quería acercarse a una jovencita, se ubicaba frente a su casa hasta que ella aparecía en la ventana. Si notaba que era bienvenido, entonces le estaba permitido acercarse a la ventana siempre enrejada y comenzar una

conversación. Si repetía regularmente sus visitas, entonces se lo consideraba un pretendiente serio, era presentado a la familia e invitado a la casa. Sin embargo, por alguna razón, muchas personas preferían rendir visita de ventana a la novia hasta el día antes de la boda. En los círculos menos educados, que sin embargo mantenían las buenas costumbres, se veía en ocasiones que el novio no se acercaba directamente a la ventana, sino que se paraba a veces bastante alejado de la misma y se conformaba con enviar a su novia miradas llenas de admiración. Una conversación con el objetivo de conocerse aparentemente no era necesaria, o tampoco posible. Habitualmente aparecían las jóvenes entre las cinco y seis de la tarde, en sus ventanas. A las nueve en punto de la noche la buena costumbre exigía que el amigo o novio se despidiera y la ventana fuera cerrada.

En la calle Caracas, una de las zonas residenciales más elegantes de aquel entonces, había tantas hijas casaderas que se sentaban a la tarde en sus ventanas, que los jóvenes colombianos habían bautizado la calle con el nombre de Harén. Con frecuencia la joven dama en edad de casarse, no solo se presentaba en la ventana, sino que al mismo tiempo exhibía su dormitorio especialmente bien arreglado. Si no esperaba visita en la ventana, estaba entonces sentada en el medio de la pieza bien iluminada con un libro en la mano y aparentaba estar profundamente concentrada en él. Esto no le impedía echarle una mirada rápida y disimulada a cada transeúnte.

No se podía reprochar a las jóvenes señoritas que intentaran por todos los medios casarse lo antes posible. Su florecimiento juvenil era muy breve. Pocas veces se podía considerar a una mujer mayor de 25 años como bonita. Si no se había casado hasta esa edad (la mayoría se casaba antes de los veinte años), le quedaba en realidad solo el ingreso al convento. Profesiones femeninas a las cuales podía dedicarse una señorita, sobre todo en los círculos más refinados, todavía no existían.

La fama de la cual gozaban las mujeres, madres e hijas antioqueñas, era muy buena. La vida familiar y su entorno en Antioquia eran considerados ejemplares en toda Colombia. A pesar de que las posibilidades de formación para las mujeres no eran buenas y existía un fuerte prejuicio contra la educación de las hijas en colegios extranjeros, había más mujeres cultas e inteligentes de lo que se hubiera esperado bajo las circunstancias. Pero a las jóvenes que habían recibido una completa formación en el extranjero les resultaba frecuentemente difícil casarse en su propio país. En algunos de esos casos se casaban con extranjeros.

A pesar de que los colombianos no se distinguen en general por su belleza física, había entre las jóvenes algunas bonitas. De todos modos, me gustaba mucho más la antioqueña que la bogotana. Daba la impresión de ser más sana,

fuerte y natural. El uso excesivo de cosméticos aún no estaba tan generalizado en Medellín como en Bogotá. La postura y el andar eran mejores, no obstante que la práctica del deporte era mal vista para la juventud femenina. El auge del automóvil aún no había llegado y todas las formas de transporte exigían un esfuerzo físico. Solo se podía caminar o cabalgar.

En teoría, se le otorgaba a la mujer en Colombia una gran veneración. Pero en la práctica, aún en los círculos pudientes, su destino no era muy agradable. Solo en los pocos años en los cuales era una señorita y presuponiendo que poseía algunas cualidades físicas, tenía un rol en la sociedad. Era el momento del egreso de la escuela religiosa, casi siempre severa, hasta el comienzo del matrimonio. La luna de miel, vivida casi siempre en una casa de campo, se festejaba aún en forma tan opulenta como fuera posible. Después comenzaba la misión de la mujer, que duraría toda una vida, de dar a luz hijos y de educarlos. Los matrimonios colombianos de aquellos tiempos eran familias con muchos hijos. Me acuerdo de algunas que tenían más de veinte hijos vivos. El promedio de esos años era probablemente de doce hijos.

Entre los alemanes, que en esos tiempos eran casi los únicos extranjeros en Medellín, trabé amistad en especial con Emil Prüfert y August Borné, y sus empleados Adolf Stapf y Ernst Reinecke. Todos eran solteros como yo, nos veíamos casi a diario en el club.

Prüfert era el representante en Medellín de la empresa bremense A. Held, que hizo un gran negocio en Colombia, tenía una vasta cría de ganado y había desempeñado un rol importantísimo en la fundación de mi banco. El dueño, Adolf Held, fue hasta su muerte el presidente del consejo de supervisión en Bremen. El señor Adolf Held había vivido de joven ocho años en Colombia, adquirió en el país algo de fortuna y un buen nombre y luego se radicó en Bremen, desde donde siguió ampliando y dirigiendo con gran éxito sus empresas colombianas. Su cría de ganado, ubicada en los alrededores de Barranquilla, cerca del río Magdalena, era una de las más grandes del país y definitivamente la primera y durante muchos años la única que era administrada con criterios estrictamente profesionales. Sus sementales importados eran famosos. Algunos habían costado más de cinco mil dólares estadounidenses, en ese tiempo una suma inconcebible para un toro. Held también había participado decisivamente en el desarrollo de la navegación a vapor en el Magdalena. Esta área de sus negocios fue transferida luego a la Empresa Hanseática. De esta manera, Held había actuado en distintos sectores como pionero a favor del desarrollo económico de Colombia y su nombre era sin duda muy respetado. Desde unos años atrás también tenía una próspera sucursal en Nueva York.

Todo esto se le había subido un poco a la cabeza a Prüfert, su representante en Medellín, unos dos años más joven que yo. Él creía que podía preservar mejor el honor de la empresa mediante un comportamiento arrogante, con aire de desprecio. Los negocios de su firma no se vieron favorecidos por eso, y a pesar que su carácter en realidad no era malo, gracias a su comportamiento siempre fue poco estimado por los locales y extranjeros. De igual manera se comportó conmigo, en el primer tiempo, de forma muy autoritaria. Su posición financiera era mucho mejor que la mía. Venía de una modesta familia de empleados públicos y había recibido buena educación escolar, pero su formación comercial todavía era bastante deficiente cuando nos conocimos.

August Borné también se había formado en la empresa A. Held. Trabajó en sus sucursales colombianas y luego ocupó durante varios años un muy buen puesto en la oficina de Nueva York, el cual perdió debido a una desavenencia con Held. Por lo que sé, tuvo la culpa de su despido, pero no lo admitió y mostraba públicamente un gran odio contra la empresa A. Held. Él era el representante de la firma bremense Schütte, Bünemann & Co., principal competidor de A. Held, y trataba por todos los medios de quitarle los negocios. Esto se vio facilitado, en gran medida, por el hecho de que se destacaba sobre su competidor local Prüfert, por su personalidad atractiva, determinación y gran experiencia comercial. Aunque ambos alternaban en el ámbito social, se producían frecuentes choques entre ellos, casi siempre provocados por culpa de Prüfert, quien sufría problemas frente a las bebidas alcohólicas, las que —incluso en pequeñas cantidades— rápidamente se le subían a la cabeza. Él, que normalmente siempre mostraba un talante correcto y educado, podía llegar a ser, sin motivo, desagradablemente agresivo, lo que le causaba disgustos no solo con Borné.

Borné siempre fue muy amable y amistoso conmigo, a pesar que me llevaba seis años en edad. Tenía un hermano en Bogotá, Heinrich, que era socio de la empresa de productos de hierro suiza Robert Beck & Co., al que conocí muy bien durante mi estadía en Bogotá. Él mismo me había dado, al momento de mi traslado a Medellín, una carta de presentación para su hermano August, por la cual August fue desde un principio muy atento conmigo. Adolf Stapf, su empleado, era una persona agradable, totalmente honesta y respetable, pero de pocas luces. Había estado unos años en Nueva York y aún deseaba mucho volver allí.

Ernst Reinecke era socio de la empresa de representantes Hülsmann & Reinecke, que representaba la firma de Solingen Kissing & Möllmann. Tenía unos cuarenta años, no era muy culto, pero sí honesto y fiel. Era muy respetado entre los colombianos, aunque ocasionalmente se burlaban un poco de su modo de ser rígido y algo peculiar. En su juventud había sido miembro de uno

de eso clubes deportivos en los que la gimnasia era algo secundario, pero lo principal era la ostentación de un uniforme de gimnasta y las reuniones en la mesa de cerveza. Podía tomar increíbles cantidades de esta y fumaba sin cesar. Todas las mañanas compraba un paquete con cincuenta cigarrillos, y aunque regalaba una parte, la mayoría la fumaba él mismo. Siempre estaba ronco. Tenía un andar artificialmente enérgico, con movimientos de brazos exagerados. En realidad era un peatón muy flojo.

Con respecto a otros extranjeros, solo tuve un contacto más estrecho en los primeros años en Medellín, con Harold B. Meyerheim, un inglés de origen alemán. Creo que había nacido en Alemania (Fráncfort del Meno). Era pariente del pintor de animales alemán Paul Meyerheim y también tenía talento para el dibujo, principalmente para caricaturas. Estaba casado con una medellinense de una de las primeras familias y se había hecho católico por el matrimonio. Había sido de religión judía. Comercialmente era muy capaz y había adquirido una considerable fortuna. En su matrimonio era muy infeliz, lo cual manifestaba abiertamente con frecuencia. Entre los locales era poco apreciado. Era amigo íntimo de Borné y alternaba exclusivamente con miembros de la colonia alemana, por lo cual su ciudadanía inglesa estaba casi olvidada. A excepción del ya mencionado cónsul Badian, que además hablaba también fluidamente alemán, solo había unos pocos extranjeros suizos y franceses en Medellín. Estos aparecían muy poco. No había un solo norteamericano, su número se mantuvo muy exiguo durante muchos años.

Entre los extranjeros con los que estaba en contacto yo era el que estaba financieramente en desventaja. Pero de ninguna manera me lo hacían notar en forma desagradable. Las relaciones eran amistosas. No obstante sentía, sin que me lo dijeran, que mi actividad, ligada a las largas horas de trabajo, visto desde la perspectiva promedio de los extranjeros, era de índole algo plebeya. La ocupación aristocrática de aquel tiempo era ser representante de empresas extranjeras. Para ellos aún había tiempos dorados. No tenían la necesidad de perseguir a la clientela, esta concurría a los depósitos de muestras y se anunciaba con anterioridad. Aún era un honor para los clientes si el representante los visitaba en persona, lo cual sucedía rara vez. Casi ningún representante permanecía más allá de las tres de la tarde en su oficina. Si un cliente llegaba tarde, debía regresar al día siguiente. Después de las tres los señores representantes cabalgaban o se dirigían a Robledo para concurrir a la en aquel entonces única y pequeña piscina de natación, o se recuperaban de los esfuerzos del día de otra manera. ¡No se entendía por qué los ‘banqueros’ siempre tenían que estar sentados tanto tiempo en la oficina! Unos años después, habían cambiado los papeles y ser representante se había convertido en cualquier otra cosa menos en una distinción.

La oportunidad de alternar con familias y con damas se daba escasas veces en el seno de la colonia extranjera. Entre los alemanes que conocía más de cerca solo había tres casados, es decir: Thiel, Hülsmann y Repchen. La señora Thiel, la peruana, era muy bonita, pero por lo demás, completamente carente de interés; la señora Hülsmann —media alemana, media colombiana— era muy amable y hospitalaria, pero aparte de eso tampoco era muy atractiva; la señora Repchen era joven, bonita, inteligente y entretenida, pero como su marido no me era muy simpático limitaba mis contactos con este matrimonio a lo imprescindible.

Nunca aprendí a bailar. Aparte del hecho de que nunca había tenido el deseo de aprender, en mi juventud no se me presentó la tentación de querer hacerlo. Hasta hace poco tiempo mi situación financiera había sido un obstáculo suficiente. Ahora, en el Medellín rígidamente católico, era mal visto bailar en la alta sociedad. Solo unas pocas jóvenes de esos círculos se animaban a pasar por alto la opinión de la Iglesia para hacerse presentes en algunas de las esporádicas fiestas en el Club Unión, en las cuales se bailaba un poco. La relación entre damas y caballeros en tales oportunidades era habitualmente uno contra diez. Una familia Gómez aportaba casi siempre la mayor cantidad de bailarinas. Era una viuda sin fortuna, pero con cinco hijas bonitas, y estaba más preocupada por casar pronto a las mismas que comportarse exactamente según los deseos de la Iglesia. Por ello tuvo que soportar muchas críticas desfavorables, no solo de las mujeres, sino también de unos cuantos hombres; finalmente logró su meta de ver casadas a todas sus hijas, pero no a todas muy bien.

Si bien tuve la suerte de crear en Medellín un círculo muy amable de amigos, no logré establecer una relación realmente agradable con mis dos superiores Thiel y Hartmann. Thiel me resultaba —y me resulta— una persona antipática. Pero como era el experto, prefería dirigirme a él para todos los asuntos a discutir con la dirección. A Hartmann le molestaba esto y me pidió que le preguntara a él, con el pretexto de que Thiel estaba ocupado habitualmente con la clientela. Me esforzaba en respetar su deseo, pero noté que pocas veces estaba en situación de tomar una decisión. O me daba una respuesta sin sentido, o él mismo debía dirigirse a Thiel. En todos los casos terminábamos consultando a Thiel. Para ahorrar tiempo consultaba, por lo tanto, a Thiel directamente. El hecho de que tenía constantemente más trabajo del que podía hacer en el horario comercial normal, ambos superiores lo pasaban por alto, a propósito.

Debido a esta situación había constantes pequeñas fricciones entre Hartmann y yo en el negocio, lo cual no me hubieran importado si él no hubiera empezado a descargar en mí su mal humor también en la vida privada, en

nuestra casa en común. Como me había contratado y se había mostrado simpático en mis primeros tiempos en el banco, resolví aguantar su mal genio tanto como fuera posible. Pero después de haber vivido con él durante un poco más de un año, hubo nuevamente una diferencia de opiniones entre nosotros debido a una razón insignificante, por lo tanto decidí abandonar pronto la vivienda en común.

Tomé una habitación en el hotel Europa, recién restaurado, donde no vivía justamente mejor, pero sí independiente, y al final era un poco más barato.

El nuevo dueño del hotel era el hermano, unos años mayor, de mi amigo Gebhard en la hacienda de Pehlke. Se llamaba Wilhelm, y tanto él como su mujer y sus dos pequeñas niñas me resultaron desde el primer instante muy simpáticos. A pesar de su aspecto algo rudo, Wilhelm Gebhard era un hombre confiable, honesto y decente. Extraordinariamente trabajador, nunca encontré a una persona tan hábil en el manejo de herramientas como él. De todos los trabajos de instalación en su hotel, de unas veinte habitaciones, hizo la mayoría con sus propias manos.

Había sido mecánico de profesión. Una enfermedad pulmonar lo impulsó a seguir el consejo médico y buscar un clima tropical de montaña, donde aparentemente tenía mejores perspectivas para prolongar su vida. Y eso se cumplió en realidad. Durante los muchos años de su estadía en Medellín, Gebhard se sintió bastante bien, a pesar del continuo trabajo pesado. Después de regresar a Alemania, falleció en el término de dos semanas. Su mujer era tan trabajadora como él. Se ocupaba principalmente de la cocina. No pasó mucho tiempo para que la sociedad de Medellín ya no diera los banquetes oficiales en el Club Unión, sino en el hotel Europa. Yo tenía tanta confianza en Gebhard que le confié mis pequeños ahorros a él cuando en los primeros años necesitó un poco de crédito. Nunca me arrepentí de ello.

NEGOCIOS EN EL VALLE DEL CAUCA

La guerra estalló a comienzos de agosto de 1914 y amenazó con interrumpir de mala manera la carrera de nuestro banco, que había empezado de forma tan prometedora. Estaba parado un domingo a media mañana en el balcón de mi pieza, cuando vi a Thiel y Hartmann venir del banco. Me gritaron que me querían hablar. Los invité a subir y me informaron que el banco había comprado entre ochenta mil y noventa mil dólares en letras de cambio a largo plazo, de exportadores de café en Manizales, que se habían ido a las sucursales de Nueva York pertenecientes a A. Held, Schütte, Bünemann & Co. y otras empresas alemanas, y estos valores habían sido reclamados después del estallido de la guerra. Ahora la cuestión era lograr de los exportadores de Manizales el reintegro o por lo menos la garantía de los montos de las letras de cambio, y me preguntaron si yo me animaba a hacerme cargo de esa misión y viajar lo antes posible con ese objetivo a esta ciudad. Contesté que sí y que partiría apenas consiguiera las cabalgaduras necesarias. A Prüfert le fue pedido de inmediato cumplir esa tarea y dos días más tarde comencé mi viaje.

A pesar de que Manizales seguramente no está a más de ciento veinte kilómetros en línea recta alejada de Medellín, un viaje hacia esa ciudad era considerado una empresa seria debido al pésimo camino que conducía por altos cordones montañosos. Yo estaba apurado en llegar y por eso se decidió tomar el camino nuevo, recién terminado, por el Valle del Cauca, así sería posible recorrer esa distancia en tres días de marcha, mientras que los caminos viejos demandaban mínimo cuatro. Un buen día de viaje contabilizaba ocho leguas, cuarenta kilómetros. Según las dificultades del camino, se necesitaban para recorrer el trayecto de ocho a diez horas. Por lo general, los animales alquilados no eran muy buenos, y el arreador del animal de carga, que acompañaba, iba a pie.

El viaje a través del imponente paisaje montañoso me gustó mucho. Aún estaban las cimas en casi toda su extensión cubiertas de bosques, y abundaban las vertientes. Su agua hermosa y fresca era un cambio agradable después de la deficiente agua en Medellín, que por consejo general

finalmente la tomaba solo hervida. Poco agradables eran las posadas en las cuales se pernoctaba. La primera noche dormí en bancos puestos uno al lado de otro; las otras dos, en camas de apariencia poco atractiva. La comida estaba preparada de forma sustanciosa, pero era poco apetitosa. A pesar de que mi mula era pequeña, tenía fuerza, aunque su andar no era suave. Algunos campesinos colombianos amables, que se me habían unido en el segundo día, insistieron en que yo aceptara montar uno de sus buenos caballos mientras estuviéramos viajando juntos; su dueño, mientras tanto, se sacrificaba montando mi mula. Al tercer día me enfrenté con un gigantesco enjambre de langostas. La región estaba cubierta densamente por ellas, y todo el tiempo volaba a la cara alguno de estos asquerosos animales llenos de comida. Mi última parada nocturna en el pueblo de Neira solo estaba a tres horas de Manizales. Partí muy temprano de allí y llegué hacia las nueve de la mañana del cuarto día a mi meta final.



Camino entre Medellín y Manizales

Manizales era en aquel tiempo nada más que un pueblo grande. Su fundación se remontaba a solo unos sesenta años. Pocas veces ha surgido una ciudad en un lugar tan inadecuado como este. Está ubicada en una cima montañosa de largas dimensiones, a una altura de 2.200 metros, cuya ladera sur cae empinada y la del norte algo más suave. Sobre esta ladera se ubica la mayor parte de la ciudad. Todas las calles, que conducen de norte a sur, son más o menos empinadas. De las que corren de este a oeste no hay dos a la misma

altura; se superponen en forma de terrazas. Ni las calles, ni las plazas, estaban pavimentadas en el momento de mi llegada. Cualquier pasaje que saliera de la dirección este-oeste representaba un esfuerzo, no solo por las pendientes, sino también por el aire enrarecido. Frente a algunas casas se veía un caballo o una mula vieja y paciente ensillados, listos para cualquier salida del dueño. En esa época las mujeres solo salían de la casa cuando era imprescindible. Las calles barrosas y las huellas de los cientos de animales de carga que constantemente iban y venían no hacían muy atractivo el pasear.

A menudo llovía, y aún más frecuente, nublaba, incluso durante el día. La razón por la cual existía un importante mercado (porque eso era Manizales), generado en ese lugar a pesar de todas las desventajas, era por ser el cruce de importantes caminos de tránsito. Muchos de estos caminos resultaban tan difíciles que hasta las resistentes mulas fallaban en ellos.

El buey de carga, que gracias a sus pezuñas bifurcadas siempre podía avanzar por los caminos fangosos en los que se enterraban los caballos y las mulas irremediamente, y que también podía llevar cargas de mayor tamaño, era el medio de transporte más importante, aunque lento, Caldas, cuya capital era Manizales. Cuando muchos años más tarde la ciudad quedó comunicada mediante el ferrocarril y rutas con el entorno, se levantó un monumento al buey de carga en señal de agradecimiento. No hay muchos monumentos tan merecedores como este.

La única posibilidad de pensión que había era el hotel Berlín. Perteneecía a una viuda, que no tenía ni los medios ni la capacidad de manejar un hotel. A pesar de esto, y a falta de algo mejor, estaba constantemente lleno. No pude conseguir una habitación para mí, debí compartir una con August Borné, quien se había mudado a este lugar unos meses atrás, y con Gerhard Sager, que representaba a la empresa H. C. Bock & Co. de Hamburgo. Ellos, y Karl Lüchau, el representante local de la firma A. Held, constituían a casi toda la colonia extranjera de Manizales. El hotel Berlín no disponía de baño, y con ese objetivo y además para cambiarme, fui al departamento de soltero de Lüchau, quien me había invitado a hacerlo. Luego, realicé mis primeras visitas comerciales.

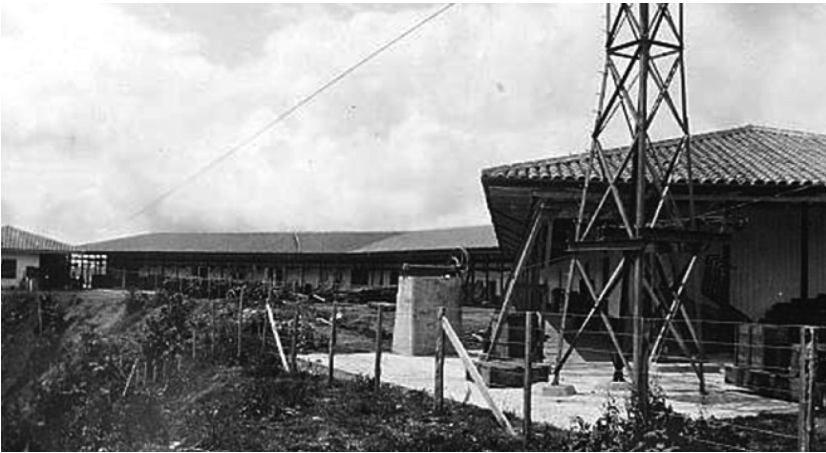
Afortunadamente tuve la impresión de que todos nuestros deudores tenían intenciones honestas. Uno de ellos estaba en situación apremiante y solicitó otra ayuda crediticia antes que pudiera pensar en pagar en cuotas el crédito anterior. Pero todos podían dar las garantías necesarias, y después de haber estado más de un mes en Manizales pude informar a Medellín que consideraba mi misión cumplida, no solo se aseguraron los montos originales, sino que, dado nuestro comportamiento complaciente, todos los clientes se habían declarado dispuestos a pagar intereses de mora razonables.



Camino colombiano en época de lluvias

Además del cobro de las letras de cambio descubrí que estaba en condiciones de poder realizar nuevos negocios, en su mayoría de divisas. En aquel entonces aún no había un banco en Manizales, y la necesidad de uno era tan grande que en mi función de banco ‘ambulante’, como lo denominé, no solo cubrí todos mis gastos de viaje, sino que también obtuve un buen excedente. Visitaba a diario a las empresas más importantes y compraba y vendía letras de cambio. El banco tenía un agente en Manizales, colombiano, Vicencio Upegui. Era una persona muy agradable, honesta y confiable, pero de manera lamentable poco activa.

En mi tiempo libre no pude hacer otra cosa que dormir, sin contar largas caminatas y cabalgatas periódicas que generalmente hacía en compañía de Borné. Aunque ya había luz eléctrica en Manizales, era tan mala que casi no se podía leer con ella. Si tenía que escribir cartas en la noche prefería hacerlo en la oficina de Lüchau, quien tenía para ese fin una buena lámpara de queroseno. Aunque había un club en la ciudad, estar ahí no era muy grato. Al contrario de Medellín, los residentes realmente cultos eran muy pocos. En compensación, la población era honesta y confiable. Años más tarde la ciudad perdió a muchos de sus mejores elementos que se mudaron a Bogotá, donde su influencia en la política y los negocios se hizo fuerte.



Estación de telégrafo, Manizales

Poco después de haber mandado mi informe a Medellín sobre la exitosa finalización de mi misión, recibí el encargo telegráfico de ir lo más rápido posible a Cali, capital del Valle del Cauca, ubicada junto al río Cauca, para efectuar una misión similar a la de Manizales.

En pocos días estuve listo para el viaje y Gerhard Sager, quien también debía hacer algo en Cali, se me unió. Los presagios para el viaje no eran muy favorables, pues en primer lugar solo pude alquilar mulas pésimas; segundo, se informó que en la parte del Valle del Cauca se había presentado desde hacía varios meses un calor y una sequía excepcionales, y tercero, yo no estaba muy contento con la compañía de Sager, quien en sus años jóvenes tenía una forma de ser poco simpática y descontrolada.

El primer día y medio el viaje fue bastante agradable. El camino era permanentemente cuesta abajo, las posadas satisfactorias y la temperatura se mantuvo aceptable hasta que llegamos al mediodía del segundo día a la ciudad de Cartago, ubicada cerca del Cauca.

Después de un corto descanso, nos pusimos de nuevo en movimiento y pronto estuvimos en el Valle del Cauca, casi llano por completo. La región daba la impresión de un desierto: grietas producidas por la sequía atravesaban el suelo. Todas las corrientes de agua estaban secas. Solo en algunos pantanos cubiertos de verde quedaba un poco de agua. Con frecuencia se veía cadáveres y a menudo solo esqueletos de animales.

En la tarde llegamos al pueblo El Naranjo, donde queríamos pernoctar. Transmitía una impresión desoladora. El dueño de la única posada era carpintero y fabricante de ataúdes y en el recinto que nos fue asignado para dormir colgaban en el techo los que estaban terminados. Nos anunció una cena, pero cuando solicitamos comida para los animales nos contestaron que no había. Señalamos el haber visto una plantación de caña de azúcar muy cerca del pueblo. Esto fue admitido, pero no había nadie que la pudiera cortar. Nos dirigimos a unos jóvenes adolescentes que vagaban por ahí y les preguntamos si alguno estaba dispuesto, a cambio de una propina, a ir con nosotros a comprar caña de azúcar y cortarla. Después de pensarlo largo rato, dos consintieron en acompañarnos. Compramos lo necesario y lo llevamos juntos a la posada. Triturarla en los comederos era pedirles demasiado a los dos muchachos, ya habían ganado lo suficiente como para descansar ese día. Por lo tanto, Sager y yo conseguimos un machete cada uno y picamos el alimento que se requería.

Me di cuenta de que entre esta gente y la de los departamentos de Antioquia y Caldas había una diferencia abismal. Allí al ingresar en un pueblo, por lo general, uno no se podía salvar de la cantidad de niños que querían ganarse una propina mediante pequeños servicios. Aquí solo se apreciaba el *dolce far niente*. Toda la noche en El Naranjo, posteriormente llamado La Victoria, oíamos un leve y melancólico guitarreo. Mientras que en Antioquia y Caldas la población aún era predominantemente blanca o a lo sumo mezclada con indios, aquí se imponía la sangre africana.

A la mañana siguiente, en interés de nuestros animales, continuamos viaje desde las cuatro de la mañana. En las primeras cuatro horas la temperatura era soportable, pero luego aumentó tanto que mi cabalgadura tuvo un golpe de calor al llegar el mediodía en el pueblo Bugalagrande. Durante la cabalgata de ocho horas no habíamos encontrado una gota de agua. El pobre animal tenía un aspecto lamentable. La piel de la cabeza y del cuello se habían arrugado, los labios se retrajeron espasmódicamente, así que

se le podían ver los dientes, y respiraba de forma agitada y compulsiva que prácticamente vibraba. No estaba en condiciones de comer, solo pudo tomar unas gotas del hermoso río que atravesaba el lugar. En la posada me dijeron que no había nada para comer, la sequía había destruido todo. No obstante, Sager y yo habíamos visto algunas gallinas, por eso fuimos a varias casas y preguntamos si nos podían vender algunos huevos. De hecho, conseguimos casi media docena, que hicimos cocinar en la posada. Mis intentos de alquilar otra cabalgadura en el pueblo no tuvieron éxito; además, no había nadie allí que pudiera atender a mi animal de alguna manera, así que nos volvimos a poner lentamente en movimiento para llegar a Tuluá, que estaba a unos veinte kilómetros de distancia, donde queríamos pasar la noche. Después de unos minutos vi que mi animal no podía llevarme y, por lo tanto, hice el camino hasta la entrada a Tuluá a pie. A pedido de Sager, cuyo humor ya había sufrido bastante en esos días, monté de nuevo un corto trecho antes de llegar a las primeras casas del pueblito, “porque no quedaba bien llegar a pie”.



Balsa en el río Cauca, en el camino de Cali a Bugalagrande

En Tuluá encontramos un profesional que le extrajo sangre al caballo y le dio de beber un poco de alcohol. De hecho se repuso y al día siguiente pudo llevar por lo menos mi equipaje liviano, mientras tanto yo iba montado en el animal de carga, aunque, para gran disgusto de Sager, de cuando en cuando volvía a caminar. Sager, quien montaba una excelente mula de su propiedad,

no quiso adelantarse solo, ni entendía que no pudiera seguirle el ritmo. Al final se adelantó el último mediodía, a partir de Palmira.

En Cali estábamos otra vez juntos en el mismo hotel, llamado Grand Club, que era muy sucio. Al principio tuvimos que compartir una habitación. Luego, conseguimos una cada uno, lo que nos agradó, ya que no nos entendíamos bien entre nosotros. Él me reprochaba que me presentara de forma demasiado modesta: “Usted viaja como un indio”, me dijo una vez. En cambio, a mí no me gustaba la forma ostentosa y torpe con la que manejaba el dinero de los viáticos de su empresa. No era el único al que le desagradaba esto. Más adelante, cambió de actitud. Cuando lo encontré unos años más tarde, era una persona totalmente distinta y volvimos a congeniar sin problemas.

Cumplir mi trabajo en Cali fue algo más difícil de lo que había sido en Manizales. Una desventaja consistió en que el representante del banco, en vez de ayudarme, prefirió, cobardemente, irse de la ciudad durante mi estadía. Temía tener dificultades con los deudores y perder su estima si defendía demasiado los intereses del banco. Se llamaba Müllges y era socio de la empresa alemana Böhmer & Linzen, en aquel tiempo muy importante. Los socios restantes estaban en Alemania. La empresa poseía grandes extensiones de tierra en el Valle del Cauca, que yo recién había atravesado. Müllges salió de Cali para visitar dichas propiedades y yo me lo había encontrado durante el viaje. Como me enteré después, había pedido a un conocido comunicarle por telégrafo mi salida de Manizales para irse de Cali a tiempo. Luego hizo lo mismo con mi partida de Cali, y lo encontré de nuevo en el viaje de regreso. Era un tipo realmente deplorable. Varios años después encontró la muerte en Cali cuando un camión perdió el control y lo aplastó contra la pared de su local.

La ciudad de Cali me gustó muy poco. Causaba la impresión de ser subdesarrollada y somnolienta. Aparte de los pesados carros tirados por bueyes, el transporte se realizaba con cabalgaduras y animales de carga. Muchas calles, incluso aquellas que convergían en el parque Caicedo, que conformaba el centro de la ciudad, eran aún inutilizables para el tránsito vehicular. Estaban atravesadas en sentido longitudinal por canales abiertos que abastecían de agua a la población. La contaminación inevitable de estos explicaba el porqué de las frecuentes epidemias de fiebre amarilla que asolaban en forma permanente a los habitantes.

A pesar de esto, Cali no era una ciudad pobre; aunque estaba en decadencia principalmente por la extinción de las plantaciones de cacao, antes muy rentables, pues una enfermedad destruía los árboles, aún era el centro de grandes plantaciones de caña de azúcar y de ganado. La población no me gustó, no se podía comparar con la de Medellín. El Grand Club era un antro en el que

se jugaban grandes sumas de dinero, a menudo durante noches enteras. Las montañas, a cuyos pies estaba ubicada la ciudad, eran hermosas.

Un domingo tuve la oportunidad de subir a caballo con la familia de Luis Fischer, un comerciante alemán, a su casa de campo situada en San Antonio.

Finalmente había logrado ordenar los asuntos pendientes y fijé la fecha de mi partida. Había recaudado una suma mayor a veinte mil pesos, y como no había otra posibilidad de transferencia, tuve que llevar el dinero en las alforjas. Mientras tanto, mis lamentables mulas se habían recuperado un poco, y como además había comenzado la temporada de lluvias, podía tener la esperanza de que el regreso sería más llevadero que la ida, como en efecto sucedió, excepto por un incidente desagradable.

Mi segundo albergue nocturno fue en la hacienda La Paila, una finca solitaria, muy alejada de cualquier poblado. Solo había una mujer en la casa cuando llegamos. Nos sirvió la cena, le asignó al arriero un rincón en el comedor para dormir y me dio una pequeña habitación limpia, en la cual armé mi catre. Coloqué las alforjas con el dinero y la pistola automática en una silla al lado mío. Con una viga atranqué la puerta. Era cerca de medianoche, cuando la viga cayó con un fuerte ruido, la puerta se abrió y apareció un hombre con una linterna y un machete. Agarré mi pistola, le apunté y pregunté qué quería. Parecía estar medio borracho, dijo que era el dueño del albergue y solo quería preguntar si yo sabía algo nuevo sobre la guerra. Le contesté enojado que podría haber esperado hasta la mañana con su pregunta. Además vi por la puerta que era una hermosa noche iluminada por las estrellas, y como ya no me inspiraba confianza la estadía en la posada, le dije que quería levantarme a las tres para seguir mi viaje. Prometió ocuparse del desayuno. Por supuesto, no me volví a dormir, me levanté a las tres y encontré a mi joven arriero listo para partir, pues a él tampoco le gustó del todo la posada. Pero el posadero se mostró muy amable, nos dio no solo el desayuno, sino también huevos duros para el viaje, y nunca supe si había entrado a la habitación solo por efecto de su borrachera o si hubo mala intención de por medio. De cualquier forma, estaba contento cuando dejamos atrás la finca y también un bosquecito vecino a ella, pues el día anterior hubo allí un incendio y en varios lugares aún ardían brasas. Antes de cerciorarnos del origen inofensivo, tanto mi arriero como yo tuvimos la sospecha de que alguien se había escondido en él con un cigarrillo prendido. No solté mi pistola hasta cuando hubo suficiente claridad visual como para poder pasar los alrededores.

Poco antes de Cartago tuvimos otra vez un calor insoportable, al que le siguió una violenta tormenta. Después de que aclaró, tuve una maravillosa vista de las montañas cubiertas de nieve eterna, a 5.600 metros de altura, cerca a Manizales.

A mi regreso a esa ciudad tuve mucho que hacer en las siguientes semanas, y también pude invertir bien el dinero traído de Cali. En general, se me aconsejó quedarme a vivir en Manizales o volver lo más rápido posible y abrir un banco. Yo había informado reiteradas veces sobre estas sugerencias a Medellín, pero no recibí respuesta alguna. No me quedó otra alternativa que prometer a los manizaleños el recomendar a mis superiores en Medellín la fundación de una sucursal de nuestro banco con la mayor urgencia, y además, regresar a la ciudad pronto.

En el viaje de vuelta no tomé el camino que conducía a través del Valle del Cauca, sino la ruta, algo más larga, por las viejas localidades antioqueñas de Salamina, Aguadas, Abejorral y La Ceja para conocer estos pueblos. Aguadas era conocida por la fabricación de los sombreros ‘Panamá’.³ De este modo, nos mantuvimos constantemente en lo alto de las montañas, excepto por el cruce del enorme valle del río Arma, que nos tomó casi un día de viaje.

En Aguadas visité a un conocido, un alemán, Arnold Harms, quien había trabajado para Gieseken & Co. de Barranquilla y me lo habían presentado en Medellín. Estaba a cargo de una mina de oro perteneciente a la empresa Gieseken & Co. que demostró ser un absoluto fracaso. Se había dicho que Gieseken & Co. había participado en la mina siguiendo el consejo de Harms e invertido una suma de dinero bastante elevada en el emprendimiento, la cual se perdió en su totalidad. La consecuencia de este fracaso fue la separación de Harms de la firma. Él quedó prácticamente sin medios de subsistencia y tenía dificultades para ganarse el sustento. Finalmente, logró encontrar un puesto como comprador de sombreros de paja en Aguadas para una empresa de Nueva York, Pottberg Ebeling, en el que tenía un progreso muy modesto. Fue bajo estas circunstancias que lo encontré en Aguadas.

Llegué a Medellín consciente no solo de haber cumplido el encargo que se me encomendó, sino también haber logrado otros contactos valiosos. Sin embargo encontré muy poco reconocimiento. Mi sugerencia en cuanto a la fundación de una sucursal en Manizales apenas mereció unas frases, únicamente Gundlach mostró interés en esto y expresó el deseo de ser enviado conmigo a Manizales para dirigir la sucursal allí. Pero a fin de año recibí una modesta gratificación, y mi salario fue elevado a ciento cincuenta pesos.

Mi vida en Medellín siguió su curso rutinario, y yo me instalé de nuevo en el hotel Europa. Mis finanzas mejoraron notablemente por primera vez debido al viaje, porque pude pagar mi sustento durante él con la cuenta de gastos del banco. De esa manera había ahorrado 300 pesos. Con este aporte mi fortuna ascendió, a finales de 1914, a unos 600 o 700 pesos, lo que no me parecía poco.

³ Hechos con paja de palmera.



Hotel Europa en Medellín

En el transcurso de 1915 los negocios empeoraron también en Medellín debido a la presión de la guerra y en septiembre recibí el encargo, con base en mis recomendaciones del año anterior, de empacar cincuenta mil pesos, la mitad en oro, la otra mitad en billetes⁴, para ir a Manizales y ver qué podía hacer con eso. Por supuesto, recibí instrucciones exactas sobre el tipo de créditos a adjudicar, y se insinuó que debería quedarme allí en el caso de que mis expectativas se hubieran realizado.

Los caminos en los departamentos de Antioquia y Caldas tenían en aquel entonces fama de ser muy seguros y por eso no me preocupaba el hecho

⁴ A pesar de que en 1905 el peso oro fue introducido como divisa contable, el reemplazo sistemático del papel moneda comenzó en 1916, *El Banco de la República*, p. 122 (nota del editor).

de transportar dinero. Como acompañante tenía un arriero conocido, muy confiable. Se llamaba Manuel, era un hombre grande y fuerte, un típico antioqueño, es decir, de raza blanca con algo de mezcla indígena. Sabía lo que había en las alforjas y no tenía objeciones al respecto. Pero para no correr riesgos innecesarios opinó que deberíamos evitar una vigilancia excesivamente evidente, para no llamar la atención. Estaba armado con su machete y un revólver que yo había pedido en préstamo para él. Yo mismo llevaba mi pistola. Llegamos sin incidentes a Manizales. Después del arribo me sentí aliviado cuando deposité el dinero en una caja de seguridad puesta a disposición por la empresa Francisco A. Mejía & Cía., muy importante en aquel entonces.

En general, la recepción que recibí en Manizales no fue tan cálida como había sido la despedida. Las personas tomaron a mal que mi banco no hubiera aceptado la solicitud de fundar una sucursal y estuvieron muy molestos cuando debí reconocer que tampoco en ese momento disponía de pleno poder para esto. Supe que estaban en marcha preparativos para la fundación de dos bancos locales, que solo habían sido demorados porque aún se albergaba la esperanza de una sucursal de nuestro banco, así que mandé informes urgentes sobre esta situación a Medellín, pero solo obtuve respuestas dilatorias e indiferentes.

En lo personal, esta vez la estadía fue para mí bastante placentera. En vez de tener que vivir en un hotel, Borné puso a mi disposición una habitación en su casa, la cual había sido amoblada recientemente. A cambio de esto, participé en los gastos domésticos. Era muy agradable. Después de cerrar el negocio dábamos de manera regular un paseo más bien largo por la carretera, la única calle que conducía a las afueras de la ciudad y tenía unos cinco kilómetros precariamente aptos para vehículos. Iba en dirección este, bordeando la delgada cima de la sierra, en cuyo extremo oeste estaba ubicada la ciudad. En los días despejados se disfrutaba de una vista bellísima desde arriba. A menudo se podía ver el Ruiz, que era el nevado más cercano a la ciudad. Algunos distinguidos manizaleños consideraban también saludable hacer caminatas similares en este lugar, pero para demostrar que caminaban solo por su salud y no porque estuvieran obligados a hacerlo, llevaban su caballo de la rienda tras de ellos. Según la costumbre campestre, que en esos años aún era determinante, nos acostábamos y levantábamos temprano.

Como pasatiempo Borné había creado, no sin todo tipo de gasto, una hermosa colección de orquídeas, que también me causaba gran placer. Su casa poseía otro detalle favorable, una torre desde la cual se tenía una hermosa vista. En algunas oportunidades observábamos las tormentas, ocasionalmente violentas.

Como ciudad, Manizales no tenía nada que ofrecer excepto el ya mencionado y poco atractivo club. Las calles eran tan pésimas que no se salía después de oscurecer, a no ser que se tratase de una urgencia. Con los residentes teníamos pocos encuentros fuera del ámbito comercial.

Una vez fuimos invitados por un grupo de conocidos más jóvenes a participar, en nombre de uno de sus amigos, en una excursión campestre nocturna que había sido organizada por él para sorprender a su prometida con una serenata. El joven contrató con ese fin a dos conocidos artistas bogotanos que cantaban, principalmente, sus propias canciones y las acompañaban con la guitarra.

La casa de campo de la familia de la novia estaba a unos diez kilómetros de la ciudad y salimos entre las nueve y diez de la noche. Me ofrecieron para la cabalgata un maravilloso caballo, con andar de calidad superior, cuyo paso era tan suave que uno casi no se movía en la montura. Debí esforzarme por mantener el brioso animal al ritmo del grupo, que en parte montaba en mulas. Para levantar el ánimo, varios de nuestros acompañantes tenían botellas de coñac y *whisky* consigo que durante la cabalgata iban de uno a otro. No se podía negar que cuando llegamos a La Florida —así se llamaba la finca— se había alcanzado realmente un notable estado de diversión. No obstante, se evitó hacer cualquier ruido cuando llegamos cerca de la casa. De igual manera, los cantantes empezaron su primera canción despacio; luego fueron elevando, lentamente, el timbre de sus voces y de sus instrumentos. Luego de un tiempo, se prendió la luz en la casa, la puerta se abrió y fuimos invitados a entrar. Pero ya había pasado la medianoche, por eso no nos quedamos demasiado tiempo. Era una hermosa noche de luna y tuvimos un agradable regreso. Alrededor de las tres de la mañana estuvimos en casa.

El joven que había organizado la serenata era Emilio Toro y su prometida, Inés Salazar, muy bonita. Ambos pertenecían a las mejores familias de Manizales. La familia Salazar era, además, una de las más ricas. Poco tiempo después de su boda la joven pareja se trasladó a Bogotá, donde el marido se hizo muy rico y durante cierto tiempo desempeñó un papel importante en la política.

La costumbre de ofrecer a las damas una serenata ya estaba desapareciendo. Originariamente varios amigos músicos se reunían y daban serenatas a la amiga o prometida. Yo escuché esos pequeños conciertos nocturnos en Bogotá varias veces. Con el surgimiento del fonógrafo y la pianola disminuyó de manera radical la cantidad de músicos en Colombia, y al final solo se recurría a músicos remunerados para las serenatas. Pero no era algo barato, y como pocos podían permitírselo, desapareció más o menos la costumbre, desde su origen muy bonita.

Mientras tanto, había logrado ganar una buena cantidad de clientes de primera categoría. También hice negocios con la administración de la ciudad, cerrando con ella un contrato de préstamo por cuarenta mil pesos para una nueva plaza de mercado. Sumando todo, invertí un cuarto de millón de pesos en créditos. Además, hacía a diario una buena cantidad de negocios con divisas. Justamente mis mejores clientes repetían una y otra vez que solo tenían interés en una relación con el Banco Alemán Antioqueño, bajo la condición de que a la brevedad abriéramos una sucursal. A la larga no querían tratar con un banco ‘ambulante’, y también a mí, con el tiempo, me resultaba embarazoso realizar mis negocios en la calle. Para llevar a cabo mis trabajos escritos tenía que usar alternativamente las oficinas de Borné y Lüchau. Con ese motivo escribí varias cartas urgentes a Medellín con la solicitud de que se me concedieran plenos poderes o que hicieran personalmente una visita para evaluar la situación. Borné y Lüchau, como representantes de sus empresas, ambas representadas en el Consejo de Supervisión en Bremen, apoyaron mis informes de forma contundente. Tanto más grande fue la desilusión general cuando llegó a mi nombre como única respuesta un telegrama de Medellín en el cual se me ordenaba regresar de inmediato, ya que se me necesitaba perentoriamente. No me quedó otra alternativa que obedecer y partí junto con Borné, quien también tenía cosas que hacer en Medellín.

Uno o dos días antes de Navidad llegamos a esta ciudad, donde supuse encontraría mucha actividad y montañas de trabajo. En lugar de eso, hallé el banco cerrado por días feriados. Thiel, Hartmann, Gundlach y Prüfert se habían ido al campo, al parecer había poco trabajo en el banco. Borné y yo estábamos asombrados, pero supusimos que debía haber una razón importante con relación al telegrama. Estaba consciente de que había resuelto mi misión en forma por demás, satisfactoria y esperaba ansioso la primera conversación con mis dos directores.

Sin embargo, para mi desagradable sorpresa fui recibido por Hartmann de una manera tan enojosa, casi ofensiva, que se produjo entre nosotros una violenta confrontación. Me di cuenta de que la orden de regresar solo había sido un capricho basado en sus celos, al cual el cobarde de Thiel no se había opuesto. Por supuesto, yo no tenía ningún derecho a contradecir las órdenes de la dirección, pero lo que no tenía intención de soportar, de ninguna manera, era la forma como Hartmann me había recibido. Ya no dependía del banco. Me había ganado buena fama en un amplio círculo de conocidos, disponía de algunos ahorros y no me asustaba la perspectiva de buscar mi progreso fuera de allí.

Busqué una entrevista privada con Thiel y le adelanté enseguida que ni remotamente pensaba que me iban a tratar así, y que en caso de que él, Thiel,

justificara el comportamiento de Hartmann, yo abandonaría de inmediato mi puesto.

Thiel me pidió que me calmara, señaló que él también padecía mucho los caprichos de Hartmann, pero este era persona de confianza de los accionistas de Bremen. Thiel se había propuesto evitar, en lo posible, choques con Hartmann hasta el fin de la guerra, pero expuso ante la Dirección del Consejo de Supervisión de Bremen la imposibilidad de sostener la relación actual. Hasta ese momento me pidió tener también paciencia. Para los demás, yo era necesario en el banco. En cuanto al asunto de Manizales, estaba totalmente de mi lado. Le contesté a Thiel que trataría de evitar futuros choques con Hartmann y solo emplearía la estrategia de ignorarlo completamente a partir de ese momento, no me dirigiría a él en ningún asunto.

Como resultado, Hartmann fue aislado y Thiel se sintió algo más fuerte. Yo mismo no encontré la nueva situación tan insatisfactoria, pues aunque el proyecto de Manizales había fracasado, mi posición en el banco se había vuelto mucho más agradable, ya que era más independiente. Gundlach se había puesto totalmente de mi parte en esta cuestión y estaba indignado, como yo, por la ligereza con la que el proyecto de Manizales fue desechado.

Pero más indignada aún estaba la gente de Manizales que se había hecho clientela y se sentía engañada. Pocos meses después fundaron el Banco del Ruiz y el Banco de Caldas, los cuales concertaron, durante cinco a seis años, espléndidos negocios. Después retrotrajeron, en parte por su mala administración, en parte por el incipiente retroceso de la ciudad a consecuencia de rutas de tránsito modificadas. Con base en el éxito que tenían los dos mencionados bancos de Manizales, pude determinar luego con facilidad cuál había sido la pérdida de ganancias originada al Banco Alemán Antioqueño por la no fundación de la sucursal en Manizales, más de un millón de pesos. Los *manizaleños* nunca le perdonaron del todo al Banco Alemán Antioqueño su desaire de aquel entonces. Los créditos concedidos a ellos fueron pagados en poco tiempo, y cuando el banco abrió muchos años después una sucursal en Bogotá le resultó muy difícil lograr una apertura entre los manizaleños, que habían llegado a ser muy influyentes allí.

Varias semanas después de nuestra confrontación Hartmann consideró conveniente encarrilar nuestra relación y me invitó a ir a tomar el té con él — el ‘técito’, como decía— una noche después del cierre comercial, con su modo exageradamente amistoso, refregándose las manos. En procura de mantener la paz acepté, con lo cual se restableció una relación correcta. Antes había intentado influenciar a Gundlach en mi contra, pero no lo logró.



Banco de Caldas y hotel Internacional en Manizales

“ASISTENTE PARA TODOS LOS SERVICIOS”

Mi papel en el banco se convirtió cada vez más en “asistente para todos los servicios”. Thiel y Hartmann estaban, por regla general, ocupados si se trataba de realizar tareas problemáticas, especialmente fuera de la ciudad; Gundlach y los empleados locales eran buenos bancarios y solo querían cumplir este tipo de tareas. Así se dio que todas las cuestiones que no eran rutinarias me tocaban a mí y yo no tenía nada en contra, pues prefería tareas diversas que dormirme en alguna rutina. Sin embargo, no me gustaba que mi disponibilidad para hacerlo se diera como algo sobreentendido y me propuse, si se presentaba la oportunidad, pasar la factura correspondiente.

Varios meses después de mi regreso de Manizales, uno de los clientes de Medellín, Sixto Mejía, quebró y nos quedó debiendo de veinte mil a veinticinco mil pesos, en aquel entonces un monto de dinero considerable. El hombre había sido tratante de ganado y carnicero. Debido a su afición al juego, en especial apuestas en peleas de gallos, había perdido casi toda su fortuna. Aparte de eso era honesto y, cuando vio que no podía pagar, transfirió al banco todo lo que aún tenía: una vivienda pequeña pero bien ubicada en la ciudad, un campo de caña de azúcar cerca del pueblo Itagüí y una hacienda con ganado, llamada La Azulita, apta para trescientas a cuatrocientas cabezas, ubicada en cercanías del pueblo Valparaíso, en el valle del Cauca.

Las tres propiedades me fueron confiadas por la dirección para su administración. En vista de la gran escasez de dinero en general, no se podía ni pensar en la venta. El monto en cuestión era, para las condiciones del banco —aún pequeño—, bastante elevado, y por eso había que tratar en lo posible de administrar de forma adecuada los bienes tomados como pago. La casa en la ciudad pudo ser dada en alquiler fácil y de forma favorable. La caña de azúcar aún estaba verde, como pude constatar en una visita. Puse un administrador para evitar robos. Más difícil de solucionar era el tema de la hacienda, que estaba ubicada a un día y medio de Medellín, no tenía ganado y aparentemente se hallaba en estado de abandono. Aquí me vino bien mi amistad con los grandes criadores de ganado. Uno de ellos, Luis M. Escobar O., dueño de la hacienda La Argentina y miembro suplente de nuestro Consejo de Supervisión, me ayudó

con sus consejos de tal forma que lentamente logré poner en buenas condiciones a La Azulita, adquirir una cantidad de reses adecuada y vender la finca de manera ventajosa al cabo de dos años. Cuando la tuve que entregar al nuevo dueño, los campos de pastoreo con el pasto alto y fresco parecían campos de trigo bien cuidados.

Los dos años que estuve ocupado con la administración de La Azulita, no solo me proporcionaron un respiro bienvenido de mi trabajo, sino también muchas impresiones nuevas. Me familiaricé bastante con la vida de la población campestre de Antioquia.



Residencia de Luis M. Escobar O. en la hacienda La Argentina

La mayoría de los dueños de hacienda, entre ellos mi amigo especial, Luis M. Escobar O., pasaba una semana, todos los meses, en sus propiedades. Partían el jueves a la mañana, es decir, el día después del mercado ganadero de Medellín, y regresaban el martes a la noche, es decir, en la víspera del mercado ganadero. Siguiendo la invitación de Escobar, lo acompañaba con regularidad y siempre recibí una buena cabalgadura a disposición por parte de él. El primer día de cabalgata nos llevaba habitualmente a su hacienda La Argentina, donde pasábamos la noche. A la mañana siguiente seguíamos viaje y se cubría la distancia hasta La Azulita por lo general en tres horas. Allí me quedaba tres días. En la pequeñísima casa de La Azulita no había posibilidad de pasar la noche y por esto don Luis Escobar le pidió permiso a

un pariente, Manuel Chavarriaga, que poseía una de las haciendas vecinas, para que yo pudiera dormir allí. También recibía aquí mis comidas, que me hicieron recordar los tiempos en lo de Pehlke, en La Aurora. Nunca vi en esta hacienda vecina a alguien más que a un matrimonio ya bastante viejo, encargado del lugar. Esta gente era muy silenciosa, por la soledad, y solo intercambiábamos las palabras necesarias. Después de la cena me sentaba afuera con un cigarro y me sumergía en la contemplación del hermoso paisaje. La casa estaba sobre una loma y la suave brisa, que soplabla de manera permanente, ahuyentaba a los mosquitos. Frente a mí se levantaban dos montañas rocosas, de forma cónica, con agudas cimas, a cuyos pies estaba ubicada La Azulita. Se llamaban Los Farallones. Varias hermosas noches de luna llena que pasé sentado allí arriba, siguen presentes en mi recuerdo.

Algunas veces también dormía donde otro vecino, Pedro Julio Cadavid, en la hacienda La Selva, que administraba por cuenta del dueño Salvador Abade. Cadavid vivía allí con su mujer, que mantenía su casa muy limpia y también nos daba una buena alimentación. Cadavid se mostró largo tiempo como un vecino servicial y agradable, hasta que un día tuve una discusión muy desagradable con él, que era un hombre de sangre caliente; una pelea que se convirtió en sumamente áspera por ciertos reclamos que planteó con respecto al agua de un arroyo que nacía en La Azulita. A pesar de que su reclamo tenía poca base, me denunció ante el juez en Valparaíso. Pero antes de que se llegara a un proceso, le comuniqué a través de un conocido en común, que actuaba de modo poco inteligente si convertía al banco en su enemigo. Sería mucho más astuto si él, que estaba en buenas condiciones financieras, simplemente comprara La Azulita, de esta manera mataría dos pájaros de un solo tiro: él tendría su derecho de agua y además una hermosa ampliación de su hacienda. Además tendría el banco de amigo y no como ahora, de enemigo. Entendió esto y compró La Azulita. El asunto, que había empezado tan mal, terminó con un 'final feliz'. El respeto que el Consejo de Supervisión de Medellín recibía, en este caso especialmente el doctor Carlos E. Restrepo, coadyuvó a la solución.

Mi relación con Salvador Abade resultó en una reconciliación entre él y M. M. Escobar O., debido a que hace años tenían una demanda que Escobar había ganado. Antes habían sido buenos amigos y ahora volvían a serlo.

Después de mi regreso de La Azulita a La Argentina se hacían habitualmente visitas en las haciendas que eran de interés para el banco, por tener créditos. Debido a eso, yo estaba informado en detalle sobre la clientela del banco. También conocí, con el tiempo, cada camino y cada sendero de la región.



Carlos E. Restrepo en la galería de su casa de campo

Las veladas vividas en La Argentina o en otras propiedades eran con frecuencia muy entretenidas. Luis Escobar era muy apreciado, y en los días que pasaba en la hacienda venían visitantes de todas partes. Entre los más notables estaban el doctor Carlos E. Restrepo, que había sido entre 1910 y 1914 presidente de Colombia, y el doctor Juan Pablo Gómez Ochoa, que había sido ministro de Asuntos Exteriores bajo la presidencia de Restrepo. Ambos tenían propiedades en el vecindario. Restrepo era el tipo del profesor muy erudito pero poco hábil en todos los asuntos prácticos. Durante su presidencia se había ganado el respeto por su honestidad personal. Tenía pocos bienes, y sin la ayuda eficaz de sus amigos, que administraban para él sus negocios, también habría perdido quizás lo poco que tenía. En la conversación era muy

ameno y hablaba y escribía un excelente español. Siempre estaba dispuesto a ayudarme en mis esfuerzos de mejorar mis conocimientos de la lengua española. No dominaba ningún idioma extranjero. Pertenecía al Consejo de Supervisión de nuestro banco, pero era un miembro más bien decorativo, que activo.



Hans Sitarz en la hacienda de Carlos E. Restrepo

Un hombre interesante, al cual le tenía que agradecer unas cuantas muestras de amistad, era el doctor Juan Pablo Gómez Ochoa. Era muy pudiente y poseía, entre otras cosas, una hacienda grande de ganado cerca de Valparaíso, ubicada no lejos de La Azulita. Era de aspecto feo, pues la viruela lo había desfigurado en su juventud, pero muy inteligente y de carácter impecable. Le era muy fiel al doctor Restrepo, a pesar de que en mi opinión era superior a él en muchos aspectos. Había viajado mucho, especialmente a Europa, y también era muy culto. Además era un buen médico, aunque la administración de su fortuna no le dejaba tiempo para ejercer esa profesión.

Otros visitantes que ocasionalmente se presentaban en La Argentina eran el muy caballeroso Pedro Vásquez U.; los hermanos ricos, pero avaros, Carlos y Luciano Santamaría, así como Luciano Arias F., un hombre que se había encumbrado con esfuerzo propio por sobre condiciones humildes hasta acumular una fortuna considerable, era muy honorable y confiable, pero se distinguía por un conocimiento amplísimo de todas las malas palabras de la lengua española. Las conversaciones resultaban tan amenas que pocas veces nos íbamos a dormir antes de las once de la noche, una hora muy avanzada para lo que se acostumbraba. A menudo la charla giraba alrededor de la literatura y recuerdo que una vez tuve que recitar *El canto de la campana*,

de Schiller; por suerte, ninguno de los presentes entendía alemán, aunque el doctor C. E. Restrepo opinó que sonaba bien. Además, estar sentado en la galería sobreelevada era muy agradable. Una leve brisa ahuyentaba a los mosquitos, y aparte de la conversación no se oía otro ruido que el murmurar del cercano río Poblano y la ocasional voz de un animal. Con gusto recuerdo los momentos pasados en este círculo. Mis conocimientos específicos en el negocio ganadero también habían mejorado con el paso del tiempo, por lo que finalmente era considerado como experto y a veces se me pedía una opinión. Me podía adjudicar el mérito de que por muchos años el banco tuvo un monopolio indiscutido en la financiación de la cría de ganado en Antioquia. Después de haber recorrido durante años, periódicamente, las fincas de ganado, se me murió en uno de los viajes la mula del doctor C. E. Restrepo, su mula personal, que me había prestado reiteradas veces.

Mientras tanto, el campo de caña de azúcar que había pertenecido a Sixto Mejía lo pude vender de forma ventajosa. Antes de esto, había convertido una cosecha en azúcar. Con este fin había cerrado contrato con un pequeño molino, que hizo cortar la caña y me compró el azúcar producido. La gente era honesta y obtuvimos un buen precio. Me dio pena tener que vender el campo. También para la casa se había hallado un comprador, de tal manera que todo este asunto tuvo un final satisfactorio.

De todas estas actividades, que en realidad no se podían considerar como sobreentendidas en un empleado bancario, como ya lo he mencionado, no encontré en Thiel y Hartmann el menor vestigio de reconocimiento. Muy distinto se comportó el Consejo de Supervisión, que me brindaba una confianza cada vez mayor y me ayudaba solícito en el desempeño de mis tareas fuera de lo común. El Consejo también notó que los señores Thiel y Hartmann siempre estaban ocupados cuando se trataba del despacho de un asunto desagradable, pero si se trataba solo de acompañar un envío de dinero a Barranquilla o Bogotá, lo que se asemejaba a un viaje de placer sin problemas, entonces uno de los dos estaba siempre disponible.

En realidad, el movimiento comercial general había disminuido en los últimos dos años de la guerra, tanto, que cada uno de nosotros se podía ausentar sin problemas. En aquel entonces había aún muchos festivales en Medellín. Cerca de fin de año era costumbre que —por lo menos desde el 20 de diciembre— todos los negocios cerraran. El que podía darse el gusto pasaba los días, hasta el comienzo del nuevo año, en el campo. Yo mismo usaba estos feriados en más cabalgatas por los alrededores de Medellín y adquirí con el transcurso del tiempo un conocimiento exacto de todo el departamento. No había, entonces, muchos pueblos en Antioquia que aún no hubiera visitado. Siempre se me agregaban uno o más acompañantes. Casi en todos los pueblos

era recibido amablemente, aunque el alojamiento dejaba mucho que desear. Si se encontraba a conocidos, incluso a aquellos de los cuales uno solo sabía el nombre, se experimentaba a menudo la más amplia hospitalidad. Por ejemplo, pasamos la noche en Santa Rosa, en Nochebuena, al estilo campamento, en lo del sacerdote local.

En un viaje que hice con un joven alemán, Otto Barth, en diciembre de 1917, nos habíamos propuesto visitar la mina de oro La Constancia, en Anorí, y conseguimos una carta de recomendación para el ingeniero encargado de la dirección. Habíamos desmontado en la posada en Anorí y salimos sin las alforjas a visitar la mina, pensando hacerle una corta visita. Preguntamos por el ingeniero encargado, doctor Bernardo Álvarez, pero fuimos recibidos en su lugar, debido a que estaba en la mina, por su mujer, quien nos contó que ella y su esposo ya se habían enterado por telégrafo de nuestro viaje programado y por lo tanto nos esperaban. Estaban muy contentos de recibir visita en esta región tan apartada y esperaban que nos quedáramos con ellos algunos días y, por supuesto, quedarnos con ellos en su casa. Su marido mandaría enseguida a un muchacho al pueblo para buscar las alforjas en la posada. La invitación fue tan amable y la casa tan agradable y limpia en comparación con la posada, que no tardamos en dejarnos convencer, y pronto aceptamos agradecidos. Lamentablemente, el tiempo del que disponíamos no nos permitía quedarnos más que hasta la mañana del segundo día. Bernardo Álvarez y su mujer eran aún jóvenes, ambos de unos veinte años. Los dos provenían de buenas familias de Medellín y ya habían estado en el extranjero. La mujer era de apellido de soltera Santamaría. Tenían dos pequeñas niñas.

A la mañana siguiente de nuestra llegada el ingeniero nos equipó con un viejo traje suyo y nos llevó con él a la mina, que era bastante grande. En lugar de nuestros zapatos debimos ponernos alpargatas (sandalias de paja) y arremangarnos los pantalones hasta por encima de las rodillas, porque diversas galerías, por las cuales debíamos pasar, estaban bajo agua. Barth hizo una serie de fotos bajo tierra.

Como ya lo sabíamos y Álvarez nos lo había confirmado, la mina de oro no era una empresa rentable. El mineral era pobre en oro y los gastos eran extremadamente altos, porque el transporte permanente de materiales de producción, en especial de los martinets para apisonar, que se gastaban rápido, era muy costoso por los caminos montañosos complicados y largos. Además de la visita a la mina, hicimos algunos paseos por los alrededores, en los cuales la señora Álvarez también participaba.



Mina de oro La Constancia



Hans Sitarz en el volquete

En la mañana de nuestra partida se nos sirvió el desayuno, especialmente abundante, con la advertencia de que tendríamos una larga jornada de viaje por caminos difíciles y a través de un territorio casi despoblado. Con sinceras expresiones de agradecimiento nos separamos de tan amables anfitriones. Barth y yo comentamos largamente en el camino la agradable forma como habían organizado su vida en esta área remota y en medio de una población de nivel relativamente bajo. Unos veinte años más tarde, Bernardo Álvarez falleció en un accidente de tránsito en los Estados Unidos.



Hans Sitarz junto al puente La Pintada

En otros viajes nos alojábamos con frecuencia en haciendas que pertenecían a otro de nuestros conocidos. En tales casos nos hacíamos anunciar antes o llevábamos cartas a los administradores. Una vez se dio que en el viaje de Jericó a Fredonia fuimos sorprendidos por el atardecer, poco antes de llegar al puente sobre el río Cauca, en La Pintada. La próxima posada, en el pueblo de Fredonia, estaba a cuatro horas de distancia, y Thiel, que también estaba con nosotros, ya se sentía muy cansado. Por lo tanto, preguntamos en la cercanía de la hacienda La Botero dónde podríamos pasar la noche y recibimos el consejo de quedarnos enseguida en la hacienda. Nos aproximamos a la casa de aspecto muy imponente y repetimos ahí nuestra pregunta por una posada. El administrador fue llamado, y después de mirarnos nos invitó a

desmontar y pasar la noche en el lugar. Más tarde nos contó que tenía orden de los dueños, los hermanos Carlos y Ricardo Botero, de conceder a viajeros de aspecto confiable albergue y comida, teniendo en cuenta el hecho de que no había ninguna posada cerca en los alrededores. No se permitía aceptar pago alguno. Pasamos una noche muy agradable en la hermosa casa, la cual poseía una gran plantación de árboles frutales.



Plaza de mercado en Fredonia

Vivencias de este tipo, como también las relaciones privadas y comerciales, por lo general gratas, que mantenía con la población local, tuvieron como consecuencia que experimentara una gran preferencia por la región y la gente del departamento de Antioquia, me sentía allí tan bien y contento como nunca en mi vida. Tampoco era el único extranjero al cual le sucedía eso. En general predominaba la opinión en la colonia extranjera de que la población de Antioquia, a pesar de ser muy competente en los negocios y cuidadosa de sus intereses, se distinguía marcadamente del resto de la población colombiana por su confiabilidad, su amor al trabajo y su inteligencia, así como en general por sus buenas costumbres. De ninguna manera

me sentía ofendido si alguien me decía ocasionalmente, en broma, que yo, especialmente por mi pronunciación del español, me había convertido en todo un antioqueño.



Calle en un pueblo antioqueño

Todavía vivía modestamente. Había varios extranjeros en Colombia, europeos y norteamericanos, a los cuales no les agradaba la comida. Nunca pertenecí a ese grupo. Incluso en los tiempos cuando me tenía que conformar con la dieta más simple, como por ejemplo durante mi estadía en la hacienda de Ernst Pehlke y en el transcurso de mis frecuentes viajes a través del territorio, cuando debía alojarme con frecuencia en modestísimas posadas, siempre encontré la comida muy aceptable, con la condición de que el entorno fuera limpio.

Había solo un condimento en Colombia al que nunca me pude acostumbrar, y era el cilantro. No sé qué era, si una hoja, una flor o una raíz. Pero en todo

caso me caía mal. El sabor era para mí como si estuviera mordiendo una vela de estearina.

En el hotel Europa me sentía muy bien atendido. Para socializar el Club Unión todavía me satisfacía. Bajo ninguna circunstancia habría estado voluntariamente dispuesto a regresar a las estrechas condiciones de Stettin o de Hamburgo. Mis conocidos en la colonia alemana que tenían aproximadamente mi edad, Gundlach, Prüfert, Barth y Stapf, sentían lo mismo.

Un día apareció Hermann Gebhard en Medellín. También él le había dado la espalda a la empresa Pehlke, después de años de duro trabajo. Describió las condiciones en la hacienda como muy penosas. Los empleados estaban disconformes. El matrimonio Kruse tenía dos hijos, creo que eran niñas. Aparte de eso, su convivencia matrimonial tampoco era muy satisfactoria. La mujer le reprochaba constantemente a su marido, que no había logrado imponerle a Pehlke sus así llamadas pretensiones; con toda razón se sentía estafada. Por otro lado, su marido tampoco tenía medio legal alguno para imponer sus exigencias, siempre había confiado en la palabra de Pehlke. En un principio trabajó en el hotel de su hermano. Luego se hizo cargo de la administración de una hacienda de café, que estaba muy arruinada y pertenecía a un alemán, Karl Bimberg, que se hallaba en dificultades financieras debido a malos negocios. Gebhard administró la hacienda La Hermosa en nombre de los acreedores. Estaba ubicada cerca del pueblo Angelópolis, a varias horas de cabalgata de la estación de ferrocarril de Caldas. Algunas veces visité a Gebhard durante el fin de semana. Para alcanzar el tren de las seis, que iba de Caldas a Medellín, debía salir entre las dos y las tres de la mañana de la hacienda. Con luna llena y cielo estrellado, la cabalgata era hermosa.

Lamentablemente tuve que constatar que mi amigo Hermann Gebhard ya no era el mismo que yo había conocido. Nuestra relación de amistad se mantenía igual, pero su carácter había sufrido por lo vivido en lo de Pehlke. Él, que había sido una persona confiable, un trabajador sin descanso, se había vuelto descuidado, después de haber sido estafado por aquél. Gebhard permaneció descuidado y sin rumbo por el resto de su vida.

Finalmente, a fines de 1918, terminó la guerra y pudimos reanudar las relaciones privadas y comerciales con el extranjero. Mi madre y mis hermanos en Stettin habían sobrevivido a la guerra, aunque con grandes privaciones, pero sin sufrir mayores daños. ¡De todos modos no tenían nada que perder! Los pagos mensuales dispuestos por mí también se hicieron durante la guerra. Ahora podía ayudarles con algunos envíos adicionales de comestibles y dinero. Con mucho gusto habría visitado a mi familia de nuevo, pero ese deseo lo tuve que postergar por el momento. En primer

lugar, Thiel y Hartmann querían hacer sus viajes a Europa y después de algunas discusiones este último se impuso y se fue primero.



La madre de Sitarz

También volví a tener noticias de mi hermano Franz en Guatemala, aunque eran solo cartas quejándose. Según lo que podía extraer de ellas, no le iba nada mal y había podido hacer algunos ahorros respetables. A pesar de eso, afirmaba que se sentía mortalmente desdichado. Seguía pidiéndome que le consiguiera un puesto en Colombia e incluso amenazó con suicidarse en caso de no poder irse del odiado entorno. Le prometí tener en cuenta su deseo y también me preocupé de buscar un puesto para él, pero en ese momento no pude encontrar nada adecuado. En esos días ni siquiera yo sabía si podía esperar de mi puesto de trabajo una evolución favorable para el futuro, o si sería mejor buscar algo distinto.

El tipo de trabajo y la vida en Medellín me seguían satisfaciendo. Por otra parte, aún no ganaba más de ciento cincuenta pesos al mes, a pesar de que ya estaba en el sexto año en el banco y había cumplido cada una de las tareas o los trabajos encomendados de forma voluntaria y realmente con un éxito

nada despreciable. Tenía la desagradable sensación de haber sido explotado y que mi disposición para cualquier trabajo más bien me había perjudicado y no beneficiado. Varias conversaciones que tuve con Thiel referente a este punto terminaban siempre en que me prometía ver el asunto más adelante. Al final logré, a pesar de todo, un aumento de sueldo, aunque pequeño, en el transcurso del año 1919, y forzar determinadas garantías con respecto a mi futuro en el banco.

Georg Schütte, el socio principal de la empresa Schütte, Bünemann & Co., y su socio Thiermann, vinieron a Medellín para encontrarse allí con su representante Borné y conversar sobre el reordenamiento de sus negocios en Colombia. Borné quería retirarse de su cargo para dedicarse a sus propios negocios. Otto Barth, que había representado a la empresa en Medellín, también renunció a su puesto para asociarse con Borné. Asimismo, Stapf había decidido independizarse como representante. Por lo tanto, la empresa necesitaba un nuevo representante para Medellín. A petición mía, Borné me propuso para el cargo.

Schütte estuvo de acuerdo con esto. Me ofreció un gran sueldo inicial de cinco mil pesos⁵, más una participación en las ganancias, pero con una condición: no quería que abandonara simplemente el banco. Deseaba que le diera la posibilidad al presidente del Consejo de Supervisión en Bremen, Adolf Held, de manifestarse al respecto, es decir, hacerme una oferta en caso de que le diera importancia al hecho de retenerme en el banco. No estuve de acuerdo con esto en el primer momento, pues era de la opinión que le había concedido suficiente tiempo de reconocer mi trabajo para otorgarme un sueldo adecuado. No me agradaba dirigirme en esta cuestión al señor Held, ya que este, a pesar de que sabía de mi existencia, no se había ocupado nunca de mí. Prometí hablar del asunto inmediatamente con Thiel. Hartmann estaba aún en Alemania o en viaje de regreso desde allí.

Esa misma noche visité a Thiel en su casa y le dije que dejaría el banco y aceptaría el puesto en Schütte, Bünemann & Co. Le señalé, no por primera vez, que de ninguna manera estaba satisfecho con el trato que se me había dado y por eso me quería buscar un ámbito laboral en el cual pudiera esperar un poco más de reconocimiento a mis actividades.

Thiel se alteró mucho, habló con mucho enojo de Schütte y Borné, y me exigió olvidarme del asunto con la promesa de representar debidamente mis pretensiones en ocasión de su próximo viaje a Bremen. Le contesté que lamentablemente no estaba en condiciones de esperar tanto. No deseaba dejar pasar una oportunidad que me parecía ventajosa.

⁵ Probablemente sueldo anual.

En vista de mi posición, Thiel me propuso escribirle a Held y solicitarle su opinión por cable. Estuve de acuerdo con su propuesta, pues sabía que Schütte lo aprobaría. Además, el cable de Held llegaría antes de la partida de Schütte.

Thiel escribió enseguida su carta, la cual me mostró antes del envío. En consonancia conmigo formuló a Held tres preguntas:

1. Si mi sueldo se podía aumentar de inmediato a ciento setenta y cinco pesos mensuales.
2. Si el Consejo de Supervisión de Bremen me garantizaba que en caso de la fundación de una nueva sucursal se me otorgaría la dirección de la misma.
3. Si el Consejo de Bremen me garantizaba que en caso de renuncia de Thiel o Hartmann se me ascendería al puesto del renunciante.

A la brevedad llegó el cable de Bremen, en que se aceptaban los tres puntos. Schütte estuvo conforme con esto, pues dijo que para él también era una tranquilidad saberme en el banco, en el cual tenía gran interés. Referente al puesto de representante que debía ser ocupado, había escuchado que yo tenía un hermano en Guatemala que quería venir con gusto a Colombia. Si yo lo consideraba idóneo para el puesto, él lo emplearía sin dudar, aunque con un sueldo algo más reducido que el que me habían ofrecido. Pero el mismo seguía siendo bueno y mayor a lo que yo ganaba en el banco después del aumento. Le mandé un cable con la propuesta a Franz, que la aceptó y empezó a mediados de 1920 en el cargo.

A pesar de no estar descontento con el desenlace de la cuestión, envidiaba un poco a Franz por su futuro cargo, que en aquel entonces parecía más promisorio que el mío. Aparte de la actividad de representante, comprendía también la administración de una hacienda ganadera que había sido fundada por la empresa Schütte, Bünemann & Co. y la empresa colombiana Juan N. Arias F. & Cía., en Fredonia, de forma conjunta con Nare, junto al río Magdalena, en apariencia un emprendimiento prometedor. El viaje de reconocimiento para comprar los campos pertinentes lo había hecho junto con los involucrados y tuve la impresión de que el asunto presentaba posibilidades ventajosas.

Nare, un pequeño y miserable pueblo pesquero, estaba ubicado en el margen izquierdo del Magdalena entre Puerto Berrío y La Dorada, al sur de la desembocadura del río Nare en el Magdalena. Los campos que se comprarían se extendían río arriba del Magdalena y del río Nare. Durante tres días lo exploramos a pie, a caballo y en canoa. Solo una pequeña parte había sido desmontada y poseía buenos pastos con hermoso ganado. El resto era selva virgen. La permanencia allí no era agradable. Los gigantescos árboles dejaban pasar poca luz y todo estaba inundado de olor a putrefacción. A diferencia de los bosques menos antiguos, se podía recorrer sin mayor dificultad, pues la escasa luz del sol no dejaba crecer a la maleza de poca altura. Solo la palma de tagua

se había propagado bastante. Los rastros de animales eran frecuentes, aunque no vimos ninguno, excepto una familia de monos, donde la madre llevaba a su hijo más pequeño en el lomo, algunos caimanes y muchos pájaros. Pero encontramos con frecuencia muchas huellas. En los ríos abundaban los peces. A pesar de que la población de Nare dependía, en gran parte, de la pesca para su sustento, los peces no eran esquivos en absoluto. Si se tiraba una mazorca de maíz al agua, se amontonaban velozmente docenas de peces grandes alrededor de ella. El suelo era muy fértil. En distintos lugares pudimos constatar que la capa de humus tenía varios metros de profundidad.

Antes de la construcción del ferrocarril de Puerto Berrío a Medellín, Nare había poseído cierta importancia. Era el punto de partida del viejo camino a caballo y de animales de carga a Medellín. Pero ese camino había quedado, mientras tanto, cubierto por la selva; incluso una parte del pueblo de Nare había vuelto a ser víctima de esta. Encontramos allí aún algunas viejas cajas fuertes oxidadas y los restos de fogatas.

Para el regreso a Puerto Berrío habíamos contado con un barco a vapor. A la mañana de nuestra partida la gente del pueblo nos trajo la noticia de que el río había descendido tanto de nivel durante la noche, que probablemente el barco había anclado en algún lugar para no correr peligro de atascarse en uno de los muchos bancos de arena. Esperamos hasta la siesta. Como hasta ese momento aún no había venido ningún barco, intentamos contratar dos remeros con una canoa para volver con ellos río abajo a Puerto Berrío. Ofrecimos buena paga, pero el dinero no tenía ningún valor para estas personas felices y mostraron pocas ganas de hacer el viaje. Entonces Luciano Arias tuvo la buena idea de describir a esta gente la noche tan divertida que podrían pasar en Puerto Berrío con este dinero y de esa manera dos muchachos fuertes y altos se mostraron dispuestos a hacer el viaje con nosotros. Necesitábamos una canoa grande, pues con los dos remeros éramos diez personas. Finalmente estuvimos listos para partir y salimos entre las tres y cuatro de la tarde.

El viaje en canoa no ofrece comodidades. Como no había asientos, pretendimos sentarnos en nuestros bolsos de mano, lo cual no fue permitido por los remeros y nos dimos cuenta enseguida de que tenían razón, las Canoas no tienen quilla. Debíamos sentarnos en el piso para trasladar nuestro peso tanto como fuera posible hacia abajo, pero incluso así debíamos evitar cualquier movimiento brusco para no volcar. Las Canoas que tenían especial predisposición a tumbarse se llamaban *celosas*, lo que en realidad significa ‘tener celos de alguien’.

Apenas alcanzamos la corriente viajamos bastante rápido, lo que produjo, incluso, una suave brisa. La misma, y los cigarros, confeccionados en el pueblo,

que habíamos comprado nos ayudaron a mantener a raya los mosquitos. A excepción de la incomodidad del asiento, el viaje fue hermoso y muy interesante. Pero uno apenas podía moverse, incluso cuando solo modificaba la postura de las piernas, recibía una mirada de advertencia o reproche de uno de nuestros remeros. Estos no tenían otra cosa que hacer, excepto guiar la canoa.

Debido a eso nos deslizábamos casi siempre en completo silencio río abajo. En los bancos de arena que encontrábamos al pasar, con frecuencia sorprendíamos a caimanes. A menudo nos acercábamos peligrosamente a ellos. Al instante de vernos se tiraban al agua, y después de cierto tiempo tuvimos la impresión de que albergaban, aparentemente por lo menos, el mismo gran temor a nuestra presencia como nosotros a la de ellos. En todo caso nunca registramos que hicieran algún intento de acercarse a nosotros, escapaban lo más rápido posible. En cuanto a otros animales, solo vimos peces y pájaros, en especial garzas, que podían pescar muy bien debido a los bajos niveles de agua.

Poco antes de la puesta del sol nos pasó repentinamente el barco de vapor al que habíamos esperado en Nare y se suscitó el interrogante de qué hacer ahora. Luciano Arias era el que menos había disfrutado del viaje en canoa y opinó que debíamos detener el vapor para que nos llevara. Pero nuestros dos remeros nos advirtieron que correríamos peligro si el barco no se avenía a parar para llevarnos. Para respetar ambas posiciones se decidió remar con todas las fuerzas hasta alcanzar un lugar en la orilla por el cual el barco tenía que pasar casi seguro bien cerca, llamar su atención desde la canoa y convencer a los tripulantes de que se detuvieran. ¡Dicho y hecho! El vapor pasó bien cerca nuestro, pero no nos prestó la menor atención, sino que pasó a toda velocidad. Luciano Arias se enojó, lo cual no le sirvió de nada. Tuvimos que seguir en la canoa y llegamos después de un viaje de seis horas, entre las nueve y las diez de la noche, sin contratiempos a Puerto Berrío. Aparte del pago convenido, nuestros dos eficaces remeros recibieron una respetable propina, de manera que estaban en condiciones de hacerse llevar de regreso por un barco de vapor a Nare. Pero en el caso de que hubieran preferido gastar el dinero en Puerto Berrío no les quedaba otra alternativa que regresar con ayuda de estacas por la orilla, lo que les llevaría por lo menos dos días. Remar contra la corriente era imposible. Pasamos la noche en Puerto Berrío, donde se estaba construyendo un hotel nuevo y moderno, y regresamos a la mañana siguiente con el tren a Medellín.



Hotel en Puerto Berrío

DIRECTOR DE LA SUCURSAL EN BARRANQUILLA

A comienzos de 1920 se decidió, de común acuerdo con el Consejo de Supervisión de Bremen, fundar una sucursal en la ciudad de Barranquilla y se me comunicó que yo debía hacerme cargo de su dirección. Thiel viajó a Barranquilla para inspeccionar un poco el lugar e instalar un local. Después de su regreso partí, en los primeros días de mayo, para la ciudad. En el camino tenía que cumplir con otro encargo más, consistente en inspeccionar una hacienda que estaba ubicada, más o menos intermedia, entre la ciudad de Calamar, junto al Magdalena, y Cartagena.

Primero viajé desde Calamar un trecho en el tren que iba a Cartagena. En la estación Arjona me bajé de él. Un encargado del dueño de la hacienda puso una mula a mi disposición para hacer el resto del viaje. Me recomendó recobrar fuerzas con un almuerzo abundante antes de partir, pues la comida en la hacienda sería probablemente muy escasa. Además sujetó, por si acaso, una hamaca en la montura. Me comentó que era nueva y limpia, pues era posible que no encontrara un buen lugar para dormir en la hacienda. Me describió el camino, en el que no podría perderme, porque en la región no había en realidad muchos caminos. No me podía proveer de un acompañante, pero la mula era muy buena.

Poco antes de mediodía partí. Primero me llevó el camino a través de las grandes plantaciones de azúcar de Sincerín. Esto era muy incómodo, en un trayecto muy largo, porque debía cabalgar sobre un terraplén levantado, tan estrecho, que las vías de un ferrocarril rural lo ocupaban casi en todo su ancho. Como había llovido mucho los senderos estaban empantanados y para mi pobre mula fue duro encontrar un paso entre el barro y los durmientes del tren de vía estrecha. Después que pasamos la plantación de azúcar hallamos el camino poco transitado y mucho mejor. Para esto tuvimos que cruzar varias corrientes de agua que eran bastante profundas. En una de estas mi mula perdió pie en medio de la corriente y empezó a nadar; a pesar de solo ser necesario hacerlo por unos metros, fue suficiente para empaparme hasta el cinturón, incluyendo mis alforjas y mi hamaca. Poco antes de oscurecer llegué a la vivienda de la hacienda, que no tenía aspecto de ser muy próspera.

Había llevado del dueño una carta para el administrador, en la cual se le indicaba, con mucha cortesía, recibirme y atenderme de la mejor manera posible. En lugar de ello, fui recibido con poca amabilidad y el administrador dijo que el dueño también hubiera podido mandar junto con la carta algo de dinero, entonces él hubiera podido ofrecerme una cena decente, pero apenas tenía nada para sí mismo. Le contesté que con gusto le pagaría por mi comida, a lo cual contestó que en ese caso yo debería haberla traído conmigo, pues en la solitaria finca tampoco se podía comprar algo. Al final lo convencí de que averiguara entre sus pocos empleados si tenían algunos comestibles para vender y por lo menos encontró algunos huevos. Estos, y bollos, fue todo lo que pude conseguir en ese día y medio que pasé en la hacienda. Los bollos son de maíz remojado y molido sobre piedras, con el que se rellenan las hojas de la mazorca y se hierven en la misma. Son más o menos lo mismo que los tamales centroamericanos.

Después de mi llegada traté de secar mis cosas, en primer lugar, lo cual fue muy difícil por la humedad del aire. Pasé una noche algo incómoda en mi hamaca húmeda. Me alegré cuando mi tarea en la hacienda terminó y pude continuar mi viaje a Barranquilla.

Cuando llegué a esta ciudad encontré un joven empleado nuevo del banco, que había sido contratado en Bremen. Se llamaba Hans Heinatz y era un muchacho espontáneo y agradable. Thiel le había encargado supervisar los trabajos de instalación del local para el banco y a pesar de su pobre español había hecho un buen trabajo.

Como una reacción contra la parálisis de la vida económica ocasionada por la guerra, había comenzado en aquel entonces en toda Colombia, pero especialmente en Barranquilla, el principal puerto del país, un gran auge comercial. Por lo tanto, fue muy difícil encontrar un local comercial adecuado para el banco, y lo que Thiel pudo alquilar había sido antes un depósito. Estaba, sí, muy bien ubicado, en la calle del Comercio. En lo demás era sumamente feo.

Además de Heinatz había sido contratado otro empleado alemán, Robert M. Remer. Este tenía varios años más que yo y había trabajado con éxito, antes de la guerra, como representante de empresas europeas en América Central y del Sur. Si recuerdo bien, su mejor representación había sido la de Martell, una empresa de coñac francesa. Durante la guerra había estado en cautiverio y había perdido todo lo que tenía. Era un trabajador incansable, inteligente y de extraordinaria fuerza física. Pero las tareas en el banco no le gustaban, como tampoco el exiguo sueldo que el banco le podía pagar, y cuando unos meses después la empresa A. Held abrió una ferretería en Barranquilla aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para acceder a un puesto directivo.



Robert M. Remer (con pistola), Adolf Held (sobrino del dueño de la empresa, con pistola) y Hans Sitarz, en Barranquilla

El 11 de junio de 1920 inauguramos los negocios de nuestra sucursal, que comenzaron en forma modesta pero bien. El interés que se nos brindó no era en nada comparable con el entusiasmo por nuestro banco que yo había encontrado en 1914 y 1915 en Manizales. Allí se habían esforzado para conseguir una sucursal, aquí éramos solo un banco entre una gran cantidad de otros bancos, y seguramente el más pequeño entre ellos.

La tarea que me encomendaron de reclutar clientes era un trabajo difícil y nada agradable. Los lugareños se nos mostraban esquivos por nuestra relación con los antioqueños, que gozaban de poca simpatía en la costa, y a su vez, los antioqueños miraban a los costeños con altivez. Las aún numerosas empresas alemanas, excepto la firma Strauss, se mostraban también totalmente desinteresadas en nosotros. El motivo principal era la envidia a la empresa A. Held, que aumentaba de manera notable, y el banco era considerado una creación de ella. Solo la Empresa Hanseática, bajo la dirección de los nuevos dueños, Wiese y Starck, nos adjudicó poco a poco una parte, aunque no muy grande, de sus negocios. Las empresas antioqueñas fueron las únicas que nos dieron, desde el primer día, su apoyo total y enérgico, gracias a nuestra habilidad en el negocio de las divisas, así como para realizar transferencias de dinero de las distintas localidades del país, que fue casi un monopolio nuestro durante muchos años, y no menos importante, por la esmerada atención brindada a la clientela. De esta manera nos posicionamos en un respetable lugar entre los bancos de la ciudad, a pesar de la frialdad que se nos hizo sentir al principio.

La vida privada en Barranquilla no me gustaba y con frecuencia sentía gran nostalgia por las condiciones de vida que me habían resultado tan agradables en Medellín. Al llegar a Barranquilla encontré todos los hoteles repletos y me tuve que contentar con una habitación poco atractiva en la pequeña pensión Carrillo, por la cual tuve que pagar, no obstante, el exorbitante precio para aquel entonces de siete pesos por día, incluyendo una comida muy regular. Esto excedía mis posibilidades, pues mi sueldo inicial en Barranquilla ascendía solo a doscientos pesos. Pero después de algunos días se me presentó la oportunidad de instalarme en una casa que había sido alquilada por una pequeña empresa alemana: Haase Hermanos, recién fundada. Allí tenía una habitación aireada y agradable, ubicada en la planta alta, que amoblé yo mismo de forma sencilla. La casa era llevada entre todos. Después de varios meses, unos solteros alemanes me hicieron la propuesta de instalarme con ellos en una casa con un jardín grande, perteneciente a la empresa A. Held. Acepté, a pesar de saber que esto tendría sus ventajas y desventajas. Ventajosa era la ubicación de la casa, más saludable y mucho más agradable, en una de las mejores zonas de la ciudad. Una desventaja era que mis nuevos compañeros de vivienda no llevaban precisamente un tren de vida muy ordenado. Desde el comienzo había puesto la condición de no tener que participar en sus actividades sociales y fiestas. Los gastos, ligeramente más elevados de la casa, eran ahora factibles para mí, porque mi sueldo había sido aumentado a trescientos pesos mensuales.

En los nueve años que habían transcurrido desde que vi a Barranquilla por primera vez, la ciudad se había transformado mucho y en algunos aspectos,

incluso, había mejorado. No solo era que en los barrios viejos se habían edificado muchos nuevos negocios y viviendas. Todo un barrio residencial nuevo estaba surgiendo en las lomas que dominaban la ciudad. Una empresa americana, Parrish, tuvo la idea de crear un barrio llamado El Prado, sobre una base totalmente moderna. En el año 1920 no se había hecho mucho más que trazar la disposición de las calles principales. En vista de la hermosa brisa, que casi siempre soplaba allá arriba, me había acostumbrado a hacer un paseo vespertino alrededor del Prado, pero al mismo tiempo había que tener cuidado de no pisar alguna serpiente. En ese momento aún había muchas, aunque las víboras que yo vi pertenecían aparentemente todas al tipo inofensivo. Al principio mis conocidos se reían de mí por mi “correría del Prado”, con el tiempo se agregaba con frecuencia el uno o el otro, y finalmente siempre estaba acompañado. Estos paseos eran la única actividad física que podía hacer en aquel entonces. No era suficiente y empecé a aumentar de peso. Extrañaba mucho mis excursiones y cabalgatas a las montañas en Medellín. En Barranquilla no había ningún buen caballo. En cambio aparecieron los primeros automóviles. Sin embargo, el principal medio de transporte de la población seguía siendo el burro.

La única alegría que me brindaba Barranquilla era la posibilidad de ir el domingo al mar. Desde mi llegada a Colombia el 19 de marzo de 1911 no lo había vuelto a ver y el primer viaje a Puerto Colombia fue, por eso, un gran placer para mí. Sin embargo, el alojamiento en la zona era demasiado modesto y nadar en el océano era bastante incómodo, porque la playa no se mantenía limpia y en el agua poco profunda se encontraban a menudo objetos de hierro y otras cosas duras llegadas de algún modo hasta allí.

Algunos meses después de mi llegada a Barranquilla, un exmaestro de obra alemán, Vay, inauguró el hotel Atlántico, en Puerto Colombia, con lo cual obtuvimos un hospedaje limpio. Mi banco había dado un crédito para terminar el hotel, que desde un principio dio ganancias porque cubría una demanda urgente. De ahí en adelante íbamos con más frecuencia durante el fin de semana al mar. Algunas veces hacía con unos conocidos caminatas a las montañas, que se extendían desde Puerto Colombia hacia el oeste, las cuales no tenían paisajes pintorescos, como aparentaban desde la costa. Un detalle desagradable era que el tipo de construcción del hotel les permitía a los ladrones acceder desde la calle a las habitaciones y robar a los huéspedes.

Por lo demás, siempre me fue difícil hacer en Barranquilla algo satisfactorio con mi tiempo libre. Por suerte no disponía de demasiado tiempo de ocio, pues el volumen creciente de los negocios exigía largas horas de trabajo. La mayoría de los extranjeros, que eran solteros como yo, pero también muchos casados, pasaban gran parte del tiempo libre con juegos de cartas y tragos.

En el Club Alemán, que en aquel entonces y por muchos años fue el centro de la vida social, se reunía cada noche después de la hora de cierre de los negocios, un número más o menos grande de comerciantes, jefes y empleados, que ocupaban el tiempo hasta la cena con juegos de dados y licor. Los jefes de las grandes empresas, por lo general, se sentaban juntos en una mesa determinada, que se denominó ‘mesa de los millonarios’. El nombre era una broma y no condecía en nada con las circunstancias reales, a pesar de que uno u otro de los asistentes a la mesa actuaba como si en realidad perteneciera a la clase en cuestión.

Para mí el club fue desagradable desde un principio, porque no había venido a Colombia a perder mi dinero y mi salud en la bebida. Todo ese ambiente no me gustaba. En una de mis primeras visitas caí en manos de dos influyentes señores que me dieron un discurso sobre sus ideas del club y la etiqueta social. Les respondí que ese tipo de cosas me interesaban poco. Estaba acostumbrado a seguir siempre mi propio camino. Después de eso me mantuve lejos del club, hasta que unos meses después me hice socio, respondiendo a la insistencia, en especial, de los señores Strauss, Wiese y Starck, aunque hice hincapié en que solo lo hacía para no excluirme.

Mi rechazo al club no disminuyó por el hecho de que justamente el grupo que daba la nota era el que había adoptado la actitud más negativa con respecto a mi banco. Sentí que si esos señores no lo necesitaban, yo necesitaba aun mucho menos de su club. Por supuesto, mi actitud fue motivo de crítica, y aún más por haber aconsejado a Heinatz y a otros empleados alemanes, que posteriormente llegaron, a no hacerse socios del club. En particular, condenaba la mala costumbre de que socios más antiguos con ingresos importantes se complacían en atraer un empleado joven a su mesa y lo invitaban a participar en el juego de dados por el pago de las bebidas. Especialmente malvada era la costumbre allí de ‘sobresalir’. Eso implicaba que los perdedores tenían que decidir entre ellos, mediante el juego, quién debía pagar toda la cuenta. Como sucedía con frecuencia, si había seis o más personas sentadas en la mesa y se daba que habían tomado doce o más vueltas, un joven empleado con mala suerte podía perder en el juego todo su sueldo mensual. ¡Ciertos socios antiguos del club, que consideraban esta mala costumbre como una respetable tradición, hablaban del banco, es decir de mí, como un nuevo elemento perturbador!

Encontré pocos amigos personales en Barranquilla. Simpatizaba con Remer, aunque nuestros caracteres eran demasiado distintos como para que tuviéramos muchos intereses en común. Mantenía una relación más o menos amistosa con una serie de alemanes de mi edad, sin que se convirtiera en algo más estrecho. Solo con Otto Kemmler, que ya había conocido superficialmente años atrás en Medellín, y con Carl Starck, socio de la Empresa

Hanseática, mantenía una amistad más estrecha, no obstante que los dos eran muy distintos de mí. Starck era en realidad nada más que un buen tipo que se había ganado su puesto de socio a través de largos años de confiabilidad y fiel cumplimiento del trabajo sentado en su escritorio. Era una persona sencilla, modesta en sus pretensiones y sin mucha educación, con frecuencia era el blanco de las burlas de otros. Por alguna razón, los conocidos lo llamaban siempre ‘Krischan’ Starck. Era de contextura pequeña y poco atractivo. Kemmler era, en muchos aspectos, la antítesis de Starck. Era alto, bien parecido, culto y extraordinariamente diestro en el trato social. En todo momento era el favorito del mundo femenino. Siempre era un caballero, no solo con las damas cultas, sino también con jóvenes y mujeres sencillas. Su vitalidad era admirable, pues podía, al mismo tiempo, trabajar intensamente durante el día y festejar las noches enteras. El período en el cual fue presidente del Club Alemán representó un auge en las fiestas celebradas en el lugar. Durante un tiempo Kemmler residió con nosotros en la cabaña⁶. Luego se hizo cargo de la administración de una fábrica de limpieza de algodón en Sitionuevo, ubicada más arriba de Barranquilla, junto al Magdalena, donde lo visité con algunos otros conocidos un par de veces durante el fin de semana. Como no tenía suficientes camas y en realidad vivía allá de modo extremadamente austero, los visitantes dormíamos en rollos de algodón. Tenía en el lugar un hermoso bote a remo, no una canoa, con el cual hicimos con frecuencia viajes hasta Remolino, un pueblo ubicado más arriba de Sitionuevo. El viaje contra la corriente era, incluso con el bote bien construido, una hazaña. Tanto más lindo era el regreso, casi sin esfuerzo. De premio siempre se repartían unos jarros de cerveza de un barril que traíamos todas las veces, con ese fin, desde Barranquilla. Una vez acompañamos la cerveza con muchos mangos congelados, sin tener que pagar por nuestro descuido. Desafortunadamente Kemmler fue engañado por otros, a los logros conquistados con su trabajo arduo y su exitosa actividad en Sitionuevo. La culpa era de otros.

A mediados de 1920 llegó mi hermano Franz de Guatemala para asumir el puesto en Schütte, Bünemann & Co., en Medellín. Lo recibí en Puerto Colombia al llegar en el barco a vapor. Esa misma noche tuve la sensación de que bien podría haberlo dejado en Guatemala, ya que solo tenía comentarios despectivos. Apenas catorce días después de su llegada a Medellín me escribió que hubiera preferido quedarse en Guatemala si hubiera sabido qué poco atractiva era Colombia. Todo eso era una tontería, y no sé por qué siempre me escribía, justamente a mí, de esa forma. ¡Quizás, porque no quería deberme ningún favor! En realidad le iba muy bien en su nuevo trabajo. No solo recibía

⁶ Referencia a la mencionada vivienda en común con algunos solteros alemanes.

un trato excelente, sino que en siete u ocho años reunió una fortuna mayor a treinta y cinco mil pesos.

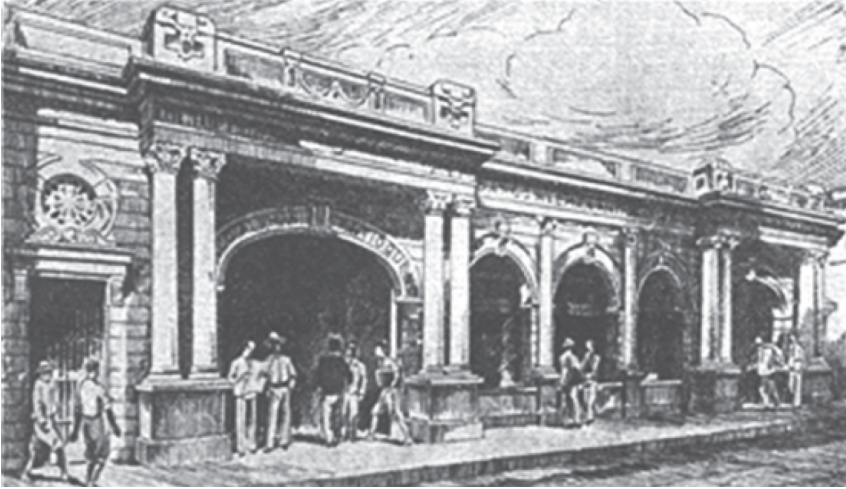


Hidroavión Bogotá, de la Scadta

También a mediados de 1920 fue fundada en Barranquilla la Scadta, primera sociedad de transporte aéreo no solo de Colombia, sino de toda América del Sur. Con dos hidroaviones Junker de un motor y cinco asientos, se implementó una línea de transporte semanal entre Barranquilla y Girardot. Antes de iniciar el servicio regular fui invitado por los dos pilotos, Hammer y Von Krohn, a realizar con ellos un vuelo de prueba. Solo volamos hasta la desembocadura del Magdalena y luego regresamos. Fue mi primer vuelo. Me embargó una sensación extraña cuando el avión, después de haber tomado impulso sobre el agua, se levantó con una sacudida y en el transcurso de unos segundos se elevó por encima del río. Después de unos comienzos muy difíciles la Scadta adquiriría gran importancia para el desarrollo de Colombia. De los muchos pilotos que conocí con el tiempo, Von Krohn fue para mí el de mayor simpatía. Bajo cualquier circunstancia era un caballero. Por desgracia perdió la vida unos años después en un accidente aéreo, sobrevolando Barranquilla.

Desde agosto de 1920 se hizo evidente una grave crisis económica que puso a mi pequeña sucursal, apenas equipada con exiguos recursos de capital, en una situación peligrosa. Gracias a la ayuda de los antioqueños y la Lotería de Bolívar, dirigida por Strauss, superamos este pésimo período

sin pérdida de prestigio, de otro modo quizá nunca se hubiera podido remediar. A comienzos de 1921 se produjo un cambio, con el cual se inició un período de desarrollo rápido y favorable para nuestra sucursal.



Banco Alemán Antioqueño, Barranquilla

Fuente: Banco Alemán Antioqueño, Medellín, sin página.

Desde fines de 1920 me había instalado en una pequeña casa propia, en la calle Obando. La vida en la cabaña me resultaba demasiado desordenada y se había convertido para mí en muy insatisfactoria. No había noche sin una reunión bulliciosa, y aunque no estaba obligado a asistir a ella, por el alboroto reinante en la casa se me hacía imposible leer o dormir. Ahorré dinero con el cambio, a pesar de que el alquiler era más caro que el anterior: ochenta pesos contra los anteriores veinte pesos mensuales, pero esto se compensaba ampliamente con el menor gasto en bebidas alcohólicas. En ciertas ocasiones ascendía el costo de estas a un monto mayor al correspondiente de los comestibles. De alguna manera se había instalado la costumbre de preparar cocteles de huevo, y durante bastante tiempo se usaban a diario treinta huevos para esto, o por lo menos era anotado así por la cocinera. Para nuestro perjuicio, nos habíamos ganado la fama de ser anfitriones en extremo generosos y de tener siempre la puerta abierta a las visitas. Sucedió a veces que salíamos por las tardes o los domingos y encontrábamos al regresar un papel, en el cual conocidos que nos habían querido visitar expresaban su agradecimiento

algo cínico por la hospitalidad disfrutada. ¡Vasos y botellas vacíos y ceniceros llenos hablaban a voces de lo que había pasado! A menudo desaparecía de un día para otro el contenido de un cajón de cerveza o de un jarro de barro gigantesco con el excelente y viejo *Banco-Ron*, que en ese tiempo aún existía. Este desorden en el modo de vivir hacía imposible encontrar un buen personal doméstico o si lo habíamos encontrado, mantenerlo de forma adecuada. Había frecuentes cambios y ruidosos despidos si, una vez más, se encontraba un empleado o una empleada haciendo algo deshonesto. Lo único que me llevé de la *cabaña* fue una perra de gran tamaño, llamada Fortuna. Tenía buen aspecto y cuidaba la casa simplemente con la impresión que causaba su estampa, pero en realidad era, como la mayoría de los perros en el trópico, bastante cobarde. Sentí la vida tranquila en mi nueva casa como un verdadero alivio en comparación con la anterior. La cocinera que había encontrado era buena y confiable, y como yo respetaba horarios regulares, tenía una mejor alimentación que antes.

En lo que respecta a lo demás, siempre consideré mi estadía en Barranquilla como pasajera, y dudo que me hubiera quedado en el banco si hubiera tenido que estar allí todo el tiempo. Los locales y su forma de vida me gustaban aún menos que los de Bogotá. Las numerosas fiestas que se celebraban en la ciudad, así como los bailes con muchísimo alcohol, no me interesaban. Por la insistencia de unos conocidos, los había acompañado para ver cómo eran. Como yo no bailaba, fui asediado de forma enérgica por unas damas ya no tan jóvenes, que eran el patito feo de la fiesta, de las que solo pude liberarme con dificultad. Por tanto, preferí mantenerme alejado de esos eventos. Una vez al año, durante el carnaval, se festejaba y bailaba tres días y tres noches casi sin interrupción. Los negocios estaban más o menos paralizados durante ese período. Si bien recuerdo, en esos días tampoco partía ningún barco a vapor de Barranquilla. Mientras los círculos sociales se divertían en los clubes o en sus casas, el pueblo festejaba al aire libre y se bailaba casi siempre la cumbia, un baile que aparentemente procedía de África.

La música para este baile fue hecha originalmente solo por tres instrumentos primitivos, un tambor, una flauta y dos nueces de coco vaciadas o frutos del árbol de totumo. Estos últimos contenían, cada uno, un manojo de pequeñas piedras y tenían unos tallos cortos, con los que eran movidos en forma rítmica. El baile era una especie de pantomima que representaba en apariencia algo parecido al baile del pavo alrededor de su pava. El bailarín se movía en círculos con muchos giros alrededor de la bailarina, moviendo sus brazos como las alas de un pájaro. La bailarina se quedaba casi en el mismo lugar y solo giraba sobre sí, casi sin levantar los pies del suelo. En la mano

derecha levantada sostenía un manajo de velas encendidas. Siempre retrocedía ante su pareja. Los dos no se tocaban durante el baile. En las noches casi siempre despejadas de esa época se oía la música monótona de la cumbia a gran distancia y a menudo recién terminaba con las primeras horas de la mañana.

VACACIONES EN ALEMANIA

A comienzos de 1921 se me comunicó que me habían concedido unas vacaciones de seis meses, incluido el viaje sin costo a Alemania ida y vuelta, y que Thiel me reemplazaría durante el mayor tiempo de mi ausencia. A la par fue enviado desde Bremen un nuevo empleado, Walther Krische, que sería el subdirector en la sucursal de Barranquilla y luego se convertiría en mi sucesor. Mi partida a Europa estaba prevista para abril. Thiel y Krische habían llegado unos meses antes. Este último me compró mis enseres domésticos. Thiel me había indicado que después de mi regreso de las vacaciones no permanecería mucho tiempo en Barranquilla, sino, que me mudaría probablemente pronto a Medellín, ya que él no tenía intención, por razones familiares, de quedarse mucho tiempo más en Colombia. Tenía el propósito de partir a Alemania unos meses después de mí y quedarse allí. Por lo tanto, nos iríamos a ver allá. Al mismo tiempo, me sugirió convencer al Consejo de Supervisión de Bremen, en especial a Held, para colocar a su disposición un puesto en Bremen. Le prometí hacer todo lo posible y pude, después de vencer al comienzo violentas actitudes opositoras, generar una buena predisposición, suficiente para que se le cumpliera su deseo.

Como secuela de la guerra las conexiones de transporte fluvial eran aún muy desfavorables, y la mejor opción que pude encontrar fue un más bien pequeño vapor inglés que transportaba bananos, Manzanares, que me debía llevar desde Santa Marta a Bristol, en Inglaterra. Tenía una capacidad de cuatro mil doscientas toneladas.

El viaje de Barranquilla a Santa Marta, si recuerdo bien, duró de dieciocho a veinte horas. La mayor parte del trayecto se hacía en un pequeño vapor fluvial, muy sucio y demasiado sobrecargado, hasta Ciénaga; el resto, en el ferrocarril. El lentísimo viaje con muchos mosquitos en el vapor nos condujo primero por estrechas corrientes de agua, que unían al Magdalena con la laguna de Santa Marta, y luego cruzó esta. La ciudad de Santa Marta y su hotel no ofrecían atractivos algunos. La única atracción turística era la expropiación de Simón Bolívar, el Libertador de las regiones del norte de América del Sur del dominio de los españoles, que estaba ubicada en los alrededores y la cual visité.

El barco a vapor Manzanares solo estaba equipado para una pequeña cantidad de pasajeros. Pero los camarotes y la comida no estaban mal. De los pasajeros, únicamente me acuerdo de un suizo, Imboden, que era capitán de un vapor en uno de los lagos suizos, al igual que de un matrimonio inglés con dos hijos de ocho y diez años. Imboden y yo nos sentábamos en la mesa del capitán y de los oficiales del vapor, que eran todos muy serviciales. También el resto de la tripulación era amable y atenta. Un marinero conversaba ocasionalmente conmigo sobre la última guerra. Me felicitó por el hecho de que por mi trabajo en Colombia estuve a salvo de tener que participar en ella. Me contaba de sus experiencias en las batallas de trinchera en Flandes. Allí fue hecho prisionero por los alemanes y retenido hasta el final de la guerra en un campo de prisioneros en Ruhleben. A mi pregunta respondió que el trato había sido bueno, pero la comida mala. Sin embargo, agregó que los alemanes tampoco habían tenido para ellos mismos, mucho más.

Después de un viaje feliz, durante el cual tuvimos casi siempre mal tiempo, algunas veces muy tempestuoso, llegamos a Avonmouth, el antepuerto de Bristol. Imboden y yo seguimos viaje, poco tiempo después, a Londres. Él se quedó ahí, y yo seguí solo, pasando por Warwich a Høk van Holland. El viaje de Bristol a Londres me pareció hermoso, por sus paisajes. Londres no me gustó y tiempo después, cuando tuve la oportunidad de conocerlo mejor, siguió sin gustarme mucho.

En Høk van Holland tomé el primer tren que partía a Alemania, y después de una incómoda estadía de cuatro horas en la noche, en la sala de espera de la estación Osnabrück, llegué a la mañana siguiente a Bremen. Fui al hotel Alberti, que me había sido recomendado en la estación como agradable y tranquilo.

En el transcurso de la mañana fui al banco, que tenía una pequeña oficina en el edificio secundario de la Bolsa. Ahí encontré al director de la sucursal de Bremen, C. Kellner, y al apoderado, Walther Mauritz. Este era a su vez yerno de Kellner. Ninguno de los dos me causó una impresión de especial aptitud. Todo el movimiento de la oficina causaba no solo mala impresión, sino también una sensación de mezquindad. Kellner avisó por teléfono de mi llegada al director del Consejo, Adolf Held, quien me solicitó que fuera a su oficina.

Adolf Held, cuya oficina estaba en Altenwall, cerca del Weser, desde el primer momento me dio la impresión de ser un hombre importante. En aquel entonces tenía 61 años y aún se le notaba que en sus años más jóvenes debía haber sido una persona de apariencia grande, fuerte y dominante. Era enérgico y resuelto, a pesar de que físicamente ya estaba algo decaído. Mantenía sus decisiones algunas veces hasta la terquedad. De sus colaboradores más

cercanos se decía que no tenían una vida fácil y tampoco muy larga en la empresa si persistían demasiado en sus propias opiniones. Se decía que Held se había creado él mismo algunos competidores difíciles debido a que trataba a los colaboradores más capaces en forma tan subalterna que estos, ya hartos, o pasaban a empresas competidoras o las fundaban por su cuenta.

La recepción que encontré en Held fue muy amable. Se manifestó muy satisfecho con mi trabajo en el banco, especialmente en Barranquilla, donde la sucursal se había desarrollado favorablemente a pesar de las dificultades iniciales. Sobre mi hoja de vida estaba bien informado y respecto a mi futuro en el banco me repitió sin que yo hubiese preguntado las garantías que me habían dado hacía algo más de un año en forma escrita. Al final de la larga conversación me invitó a acompañarlo a su mesa de tertulia diaria en el Bremer Ratskeller. En el camino hacia el local, pasamos un momento por la oficina del banco e hicimos unos desvíos, en los cuales Held me señaló algunas atracciones turísticas de Bremen.

Permanecí solo algunos días en Bremen, los suficientes para hacerles una visita a personajes importantísimos para el banco. Después viajé, luego de una breve estadía en Hamburgo, a Stettin a fin de visitar a mi madre y hermanos, de los cuales solo estaban mis dos hermanas. Fritz y Erich vivían desde hacía unos años en Viena, pero Fritz había anunciado su visita durante las siguientes semanas en Stettin.

En general encontré todo bastante satisfactorio en Stettin. En la vivienda se habían reemplazado varios de los muebles viejos en mal estado, por otros mejores, y pasé allí unas semanas descansadas y tranquilas. Era mi primera licencia desde mi partida a Colombia en 1911.

A pesar de los pocos años que pasé allí, siempre le seguí teniendo a la ciudad de Stettin un cierto afecto, y me causaba alegría recorrer, de nuevo, los viejos caminos. Mi jefe Radzewski fue uno de los primeros que visité y lo encontré con buena salud, y también, en lo demás, en buenas condiciones a pesar de los años de guerra vividos. De los amigos y conocidos de mi edad en los clubes, de los que había sido socio, lamentablemente encontré solo muy pocos. La mayoría había caído en la guerra. En una visita al Club de Gimnasia no vi ninguna cara conocida. En el Überseeischen Verein encontré a unos conocidos, pero el ambiente era una sombra de lo que había sido antes.

Por recomendación de un médico de Hamburgo, por el cual me había hecho revisar, más por rutina que por sentirme mal, pero también con el fin de constatar si me habrían quedado restos de la vieja malaria en mí, fui varias semanas después de mi llegada a Stettin a Bad Kissingen, para hacerme allí un tratamiento de tres semanas. Éste me sentó de forma óptima, aunque la

estadía en Kissingen me aburrí sobremanera. Contaba los días hasta mi partida. Aunque probablemente era justo ese aburrimiento muy saludable.

En el viaje a Kissingen me había quedado unos días en Berlín, donde me reencontré con mi amigo Rogge. Él había abandonado Orocué al comienzo de la guerra y regresado a Alemania, donde se alistó enseguida en el ejército. Participó en toda la guerra y fue dado de baja con el rango de oficial. Ahora en Berlín, se había juntado con un compañero de armas para un negocio del cual esperaba mucho. Me invitó a participar con capital, pero me negué, agradeciéndole su oferta. Me pareció que el negocio no contaba con una base sólida, y de hecho, algunos meses más tarde el proyecto colapsó y ambos socios no solo perdieron dinero, sino que también se separaron enemistados. Rogge me había invitado a encontrarme con él y un conocido en común de Bogotá, Reinhard Kling, de la joyería Bauer & Co., en Titisee (Selva Negra), cerca de Friburgo de Brisgovia. Este encuentro se realizó. En esa oportunidad conocimos a la futura mujer de Rogge, una joven dama muy educada, algo callada y de aspecto simpático. Su padre era uno de los directivos de la Mönchengladbacher Versicherungsgesellschaft (Sociedad de Seguros de Mönchengladbach), el cual le consiguió a su yerno, posteriormente, un puesto en la misma sociedad. Esto fue una suerte para Rogge, pues como comerciante con seguridad no hubiera llegado lejos.

Después de la estadía en Kissingen regresé en primera instancia a Stettin, adonde mi hermano Fritz había llegado. Este intentó despertar mi interés por sus negocios en Viena, para lo cual empleó una elocuencia grandiosa y antipática. Me negué. Poco después regresó a Viena. Aparentemente con el tiempo, sus negocios tampoco lo satisficieron, pues no mucho después de mi regreso a Colombia escuché que había emigrado a México.

Varios años antes había persuadido a mi otro hermano, Erich, de irse con él a Viena, abandonando su trabajo en una empresa constructora grande. A la brevedad Erich tuvo que admitir que al lado de Fritz, quien era un constructor de proyectos inestable, no tenía posibilidades, por lo cual buscó y encontró un nuevo puesto en una empresa de exportación bastante grande, en la cual trabajó durante años.

A petición de Erich, lo visité en Viena, de forma que volví a ver nuevamente mi ciudad natal después de veinticuatro años. Me gustó, no obstante mostraba todas las características de una ciudad moribunda, aunque aún no había desaparecido del todo la vida artística. En las dos semanas que pasé allí concurrí con Erich casi todas las noches a un teatro y nunca dos veces al mismo. Casi siempre las funciones eran bastante buenas. Aún se podían detectar huellas de la antigua apacibilidad vienesa. Pero en general, la población mostraba un aire desesperanzado y oprimido.

Antes y después del viaje a Viena visité ciudades y regiones que me interesaban, como Fráncfort del Meno, Múnich, Heidelberg, Baden-Baden, Stuttgart, Pforzheim y otras más; luego regresé a Stettin, donde me quedé, a excepción de unos días que pasé junto al mar Báltico en Swinemünde, todo el tiempo que me permitieron los negocios a efectuar en Bremen antes de mi partida a Colombia. La despedida de mi madre y de las dos hermanas fue por supuesto difícil otra vez, aunque más reconfortante de lo que había sido en mi primera partida.

A Bremen había llegado mientras tanto Thiel con su familia. Se esforzó para obtener un puesto en la sucursal de Bremen, pero aún no había logrado en ese aspecto algún adelanto y solicitó mi ayuda. Nunca fui un gran entusiasta de Thiel y, por lo tanto, tuve mis dudas de si, atendiendo a sus deseos, podría recomendarlo a Held sin cargo de conciencia. Considerando la dirección inepta de la sucursal bremense en manos de Kellner y Mauritz, llegué finalmente a la conclusión de que en comparación con ellos Thiel sería de todas maneras una mejor opción, y en ese contexto hablé entonces francamente con Held. Este estaba tan predispuesto contra Thiel que recibió mis primeros comentarios a su favor de modo muy irritado, pero luego reflexionó sobre el asunto y al final compartió mi opinión. Por lo tanto, Thiel fue aceptado en el Consejo de Supervisión de Bremen. Se le asignó también un sueldo, porque debía dedicar gran parte de su tiempo diariamente al banco. Él se manifestó muy satisfecho con esto y me agradeció por las diligencias en su favor, aunque entre él y Held nunca se estableció una relación amistosa, ni Held le brindó toda su confianza.

Hartmann era en ese momento el único directivo del banco en Medellín; sin embargo, a pesar de que esto se remontaba a unos meses atrás, el Consejo de Supervisión de Bremen, es decir Held, ya estaba muy descontento con él. Hartmann solo escribía cartas quejándose, protestaba constantemente por la falta de apoyo de los empleados, que en su opinión eran ineptos, y con ello disculpaba todas sus dificultades. Al parecer también se expresó así ante el Consejo de Medellín, lo que había conducido a una correspondencia algo desagradable entre este y Held.

Held me informó de los detalles y me comunicó que el Consejo de Supervisión de Bremen había dispuesto que yo debía quedarme en Barranquilla, después de mi regreso a Colombia, hasta que Krische se hubiera incorporado totalmente. En ese momento, me debía mudar a Medellín y allí asumir la dirección en forma conjunta con Hartmann. Held agregó que me consideraría desde el día de mi llegada a Medellín como responsable de la dirección general del banco. Al respecto le indiqué que Hartmann, al ser mayor, siempre exigiría tener la última palabra, y que era a veces extremadamente difícil

obtener de él una decisión definitiva. Le conté de la modalidad de Hartmann, que consistía en poner en una canasta de correspondencia, a ‘congelar’ cuestiones desagradables o también aquellas que exigían de él una decisión difícil de tomar y, en lo posible, las olvidaba ahí. Yo personalmente lo había visto a menudo poner en esa canasta cartas sin abrir, incluso de su propia madre, y dejarlas durante meses. La mayor debilidad de Hartmann era su falta de decisión, combinada con una gran vanidad personal, que le dificultaba pedir consejo a otros.

Held me contestó que justamente por esa debilidad de Hartmann me tenía que dar esa responsabilidad. Me solicitó representar los intereses del banco sin tener en cuenta los sentimientos de Hartmann, asegurándome que podía estar siempre seguro de su respaldo. Por supuesto, prefería también que yo evitara confrontaciones con él, pero en los casos en los cuales estaban en juego los intereses del banco no podría tener consideración alguna con Hartmann.

No me resultaba para nada agradable esa parte de mi futura tarea, pues a pesar de que Hartmann ya me había deparado varias experiencias molestas, no podía dejar de reconocer que este también tenía su lado bueno, y había sido él quien me contrató para el banco. Además, yo había sido acogido muy amablemente por su familia en Bremen, en especial por su hermano Andreas Hartmann. De todas formas, le prometí a Held hacer lo mejor para los intereses del banco y al mismo tiempo intentar entenderme lo mejor posible con Hartmann.

Las últimas semanas en Bremen estuvieron llenas de conversaciones de negocios con Held, así como de muchas invitaciones. Held me invitaba con frecuencia a su aperitivo de cerveza antes del almuerzo, en el Ratskeller, y varias veces a cenar en su casa. Después de la comida su familia habitualmente se retiraba y nos quedábamos él y yo, a menudo hasta después de la medianoche, conversando de negocios y tomando diversas botellas de su excelente borgoña. Este señor anciano me parecía muy interesante y me gustaba escuchar sus relatos de vida rica en experiencias. Cuanto más tarde se hacía, tanto más franco era en sus comentarios. La relación de amistad iniciada en ese momento perduró intacta hasta la muerte de Held en 1928.

De los otros miembros del Consejo de Supervisión de Bremen solo tuve una relación más estrecha con Georg Schütte. Como he relatado, ya había tenido vínculo amistoso con él en Colombia, y lo reencontré sin cambios en Bremen. Prüfert, que había sido trasladado de Medellín a Bremen, vivía en la ciudad con su madre y una hermana de unos veinte años. Recordamos con placer nuestros años juntos en Medellín y fui invitado con frecuencia a su casa. Lüchau, representante de la empresa A. Held en Manizales, estaba visitando Bremen. Él y yo debíamos regresar juntos en el barco a vapor holandés Van Rensselaer de Róterdam a Colombia.

Reiteradas veces concurrí a la empresa bancaria Carl F. Plump & Co., de la cual había surgido mi amigo Gundlach, y que también participaba en pequeña medida en nuestro banco. Meyer, el socio mayoritario, adoptaba aún en aquel tiempo una pose algo ostentosa, actitud que depuso en años posteriores. Muy simpático me pareció su apoderado número uno, el sensato y tranquilo Roggemann.

Algunas veces viajé a Hamburgo para visitar ciertas empresas que trabajaban con Colombia, aunque el Consejo de Supervisión de Bremen no apoyaba mucho esta tarea. Existían bastantes celos entre las dos ciudades.

Con los dos directivos de la sucursal de Bremen, Kellner y Mauritz, mantuve una relación algo distanciada. Mi primera impresión de ambos no había sido muy favorable, y lo que había escuchado de Held sobre ellos no la había mejorado. Kellner me invitó algunas veces a su mesa de tertulia vespertina, la cual no encontré demasiado interesante. Held, al contrario, reunía con frecuencia gente muy interesante en su mesa de tertulia al mediodía.

En general, tuve que constatar que en Bremen se tomaba de forma abundante en ciertos círculos, seguramente no menos que en Barranquilla, pero con la diferencia de que en Barranquilla uno se atenía solo a whisky, ron y cerveza, mientras que en Bremen el surtido de bebidas era muy amplio. ¡La calidad de las bebidas bremenses era en general muy buena!

Siguiendo la invitación de un amigo de Barranquilla, Ferdinand Wehdeking, visité su familia en Bremen. Wehdeking era joven, muy bien parecido y agradable, alrededor de los veinticinco años, un hombre muy sociable y ameno, desbordante de vida. En cuanto a los negocios no era tan competente; no debido a falta de inteligencia, sino porque no tomaba nada en serio. Antes de mi partida a Alemania me había dicho: “¡Escúcheme! ¡Tengo una hermana muy bonita en Bremen! ¡Cásese con ella y tráigala consigo!”. En aquellos años yo era un soltero convencido y ni pensaba en casarme. No obstante, aguardaba el momento de conocer la hermana bonita. Realmente era bonita y tan llena de temperamento como su hermano. Pensé: si seguía siendo así, sería para su futuro marido una mujer algo inquieta. Se casó con un capitán de barco. Wehdeking me hizo en broma reproches después, porque no había traído a su hermana: “¡Qué lástima! —decía—, Irma tenía una impresión bastante favorable de usted y usted hubiera sido un partido nada despreciable!”.

Llegó el día de la partida, y después de una despedida muy amable de Held, viajé de Bremen a Róterdam. Ahí debía encontrarme con Lüchau, quien había partido unos días antes. Yo estaba de buen humor, lleno de confianza, además de estar contento de regresar a Colombia, sobre todo por mi futura tarea de nuevo en Medellín. En cuanto al tiempo pasado en Europa, me llenaba de satisfacción verlo en retrospectiva, pero no sentía deseos de vivir una vez más allí permanentemente.

De los cuatro países que había visitado en mi viaje de vacaciones, solo la pequeña Holanda me había impresionado como un país sano y normal. Únicamente allí la población me pareció sana, bien alimentada y satisfecha. Durante mi corta estadía en Inglaterra no había recibido unas impresiones muy atractivas, a excepción de las hermosas propiedades campestres junto al Támesis.

Mi tierra natal, Austria, causaba una impresión desesperanzada y agonizante, y no fue mucho mejor en Alemania, donde la inflación de la moneda marco iba empeorando cada día. La escasez y pobreza de las condiciones que marcaron mi juventud las tenía muy presentes en la memoria. En comparación con las que conocí en 1921 en los círculos del estamento medio y obrero de Alemania, me pareció que a mí y a mi familia, en realidad nos había ido relativamente bien. La miserabilidad de las condiciones en Alemania aumentaba a medida que se avanzaba de oeste a este. En Stettin se veía todo muy triste. A menudo me causaba malestar observar cómo mi nuevo traje de salir recibía miradas llenas de envidia. Tal cosa era, por supuesto, una rareza.

Pero para el extranjero, sin embargo, que cerraba los ojos a las impresiones desagradables, Alemania y Austria eran en ese tiempo destinos de vacaciones ideales. La población hacía lo posible por ganar algo de moneda extranjera de los visitantes y la vida para estos era ridículamente barata. Recuerdo bien que en los cuatro meses pasados en Austria y Alemania, durante los cuales únicamente me hospedé en los mejores hoteles y renové todo mi vestuario, en cuanto a trajes y ropa apenas gasté algo más de quinientos dólares.

Era muy comprensible que en estas condiciones la moral de la población hubiera descendido de forma marcada en todo sentido. También la seguridad en las calles en la noche era ya bastante deficiente. En algunas ciudades se podía contratar acompañantes armados. Para el banco era cada vez más difícil encontrar empleados confiables, de los cuales había necesidad en ese momento en vista del crecimiento de nuestros negocios en Colombia. Muchos jóvenes ‘astutos’, incluso, despreciaban las ofertas de sueldo del banco; ellos podían ganar fácil mucho más con especulaciones, las llamadas ‘transacciones ilícitas’.

Llegado a Róterdam temprano en la mañana, me encontré con Lüchau y después de haber cumplido con las cuestiones de equipaje y pasaje lo acompañé, a su pedido, en algunas visitas comerciales. Visitamos al socio de una empresa grande de café, de nombre Schnitzer, que vivía en una hermosa casa. A la tarde fuimos también por negocios, a Haag. Después de haber terminado con las reuniones fuimos invitados por los amigos de negocios a un paseo en auto a Scheveningen. Al atardecer regresamos de nuevo a Róterdam, de donde nuestro barco a vapor zarpó esa misma noche. Era septiembre de 1921.

El Van Rensselaer era un barco limpio, bien arreglado, de quizás cuatro mil quinientas toneladas. Durante el viaje, en el cual tocamos tierra en los puertos de Barbados, Port of Spain (Trinidad) y Curazao, tuvimos en gran parte buen tiempo. Teníamos agradables compañeros de viaje. Aún me acuerdo de la simpática pareja de Wilhelm Steinworth y señora, con dos hijos de poca edad (niño y niña) de San José (Costa Rica), otro matrimonio alemán de Valencia (Venezuela) con tres hijas casi adultas, el gobernador holandés de Curazao con su mujer e hija, un erudito suizo con esposa y una hija ya algo mayor y un comerciante alemán de apellido Zinggraff, de Maracaibo. Las tres jóvenes damas de Valencia y la hija del gobernador holandés siempre nos pedían a Lüchau y a mí, pues éramos los pasajeros masculinos más jóvenes, participar en los juegos de cubierta, juego de tejo, etc. Las cuatro jóvenes eran muy agradables y divertidas. La holandesa era todavía bastante europea. Las tres valencianas, aunque de origen completamente alemán, habían asumido en su naturaleza una gran parte sudamericana.

El viaje nos resultó corto, a pesar de durar más de tres semanas. Una mañana llegamos a Puerto Colombia, donde nos esperaban Krische, Remer y otros amigos y conocidos.

Las noticias que Krische me transmitió sobre la gestión del banco sonaban muy satisfactorias. La sucursal de Barranquilla había tomado más impulso, por lo cual el prestigio del banco había aumentado muchísimo en toda Colombia. En vista de esto, también en Barranquilla una que otra empresa alemana se sintió motivada a asignarnos una parte de sus transacciones comerciales. Pero ahora este gesto no nos impresionaba mucho, pues en primer lugar nos habíamos ganado ya un posicionamiento fuerte y en segundo lugar era evidente que las empresas alemanas, en su mayoría, estaban en retroceso. Solo las relaciones con nuestro viejo amigo Strauss, que nos había ayudado activamente en la fundación de la sucursal, las seguíamos apreciando como siempre. Strauss jamás exigió cosas indebidas al banco como muestra de agradecimiento por la ayuda brindada.

Un cambio muy positivo que registré en la sucursal es que ahora disponía de un local bancario importante. Como ya me había enterado por Thiel en Bremen, el National City Bank of New York, que había decidido cerrar su sucursal, le ofreció la compra de su edificio en condiciones muy favorables. El Consejo de Supervisión de Medellín consideró también ventajosa la compra, por lo que se realizó la transacción, creo que por el precio de ochenta mil dólares. Además el National City Bank nos traspasó sus transacciones comerciales de ese momento en Barranquilla.

Krische solo se quejó —y mucho— de dos cuestiones: el difícil trabajo en equipo con Hartmann y la falta de capacidad de los empleados alemanes

recién llegados, aunque de esto último el juicio de Krische no era confiable: nunca supo manejar su personal y a su vez tampoco era apreciado por este.

Unos días después de mi regreso vi una pila de cartas que Krische había presentado para la firma. Una de ellas me llamó la atención, ya que trataba un asunto algo más complicado y estaba muy bien redactada. Le pregunté a Krische si él había dictado la carta. Me contestó que “no”, que Reissner la había escrito solo. Justo Paul Reissner era uno de los empleados más nuevos, de los que en especial Krische se había quejado. Le dije a Krische que yo no podía considerar a una persona que había redactado tan bien una carta, como incapaz, y eso incluso en un idioma extranjero, pues la carta estaba escrita en español, y si él no quería a Reissner en Barranquilla, yo me lo llevaría con gusto más adelante a Medellín. En vista de esto, Krische decidió que era mejor ocuparse algo más de Reissner y de repente descubrió que este era en realidad una persona muy útil. De hecho, Reissner evolucionó en poco tiempo en forma muy favorable y luego fue director de la sucursal de Barranquilla, demostrando en este puesto su capacidad con claridad.

El incidente, sin embargo, fue significativo en cuanto a Krische, el cual era y siguió siendo un destructor de personal. Para diversos empleados, en especial aquellos que eran enviados de Bremen y debían comenzar su actividad en la sucursal de Barranquilla, fue un comienzo fatal. A propósito o inconscientemente, trataba a su personal de una forma que los empleados no podían dar lo mejor de sí, se volvían inseguros y perdían el ánimo. Al ya nombrado Hans Heinatz, que había cumplido tan bien con su trabajo en la inauguración de la sucursal y era una persona de muy buena voluntad, de mentalidad sencilla pero absolutamente sensata, le había amargado su trabajo hasta que este me rogó conseguir para él lo más rápido posible un traslado a otro lugar. El estado de ánimo era similar en todo el personal. Hablé con total franqueza con Krische sobre el tema, del que se mostró muy asombrado al respecto, pero no podía o no quería cambiar.

Krische mismo era sin duda muy capaz y un buen empleado. También poseía una certera vista para los negocios. Pero su forma de ser no era simpática y nunca se ganó el aprecio de la clientela. Provenía de Friburgo, en Brisgovia, y —antes de venir a Colombia— había trabajado unos años en Guatemala; un hermano suyo tenía o administraba allá una hacienda de café, en la cual fue asesinado a tiros por un empleado. Krische aparentemente era, en parte, de ascendencia judía; en todo caso, le gustaba alternar en círculos judíos. Conmigo mostraba por fuera una gran camaradería, aunque no era muy sincera, como me vi obligado a constatar en ciertas ocasiones. Lo traté siempre con gran reserva, lo que no tomaba a mal, sino que esto aumentaba mi prestigio ante él, como descubrí después de unos cuantos años. En general, siempre nos llevamos bien.

No me acuerdo dónde me alojé en los primeros días de mi regreso a Barranquilla. Creo que fue en la casa con techo de paja de Wehdeking y Haase. Breve tiempo después de mi llegada me visitó Karl Schmelzer, el apoderado de Strauss, y me contó que este, quien había partido un poco antes con su mujer e hijos para Alemania, le había encomendado ofrecerme su casa si estaba dispuesto a vivir ahí hasta el regreso de la familia Strauss. El precio que me mencionó Schmelzer era moderado. La casa era en aquel entonces una de las más hermosas y modernas de Barranquilla. Estaba ubicada en El Prado, que aún no estaba urbanizado en su mayor parte, y desde los pisos más altos se tenía una hermosa vista hacia el río. En las mañanas despejadas se podían ver las montañas nevadas de Santa Marta. Asumiendo que aceptaría la propuesta, la señora Strauss ya me había hecho acondicionar la habitación más hermosa en la casa, habitualmente ocupada por su hija Elsa. Acepté sin dudar y viví tan distinguidamente como nunca antes en mi vida. Para Strauss mismo, que estaba tan orgulloso de su hermosa casa, esta ya no era en ese momento motivo de alegría. Había comenzado su construcción en 1919, cuando el auge incipiente después de la guerra prometía tiempos mejores, aparentemente de forma duradera. Pero por desdicha, en agosto de 1920 se instaló una nefasta depresión que ocasionó un marcado revés también a los negocios de Strauss. La suma invertida en la edificación, que ascendía a veintisiete mil pesos, ahora le faltaba bastante en sus otros negocios. Strauss, que ya era un hombre mayor, nunca se pudo recuperar del todo de las consecuencias de esta situación.

Después de vivir, quizás un mes, muy contento en la bella casa, Schmelzer me visitó y me contó la siguiente historia: dos empleados del Departamento de Navegación de la Tropical Oil Company, que vivían con sus mujeres en los hoteles llenos e incómodos, se habían enterado por casualidad (la casualidad probablemente era el mismo Karl Schmelzer), que yo vivía solo en la casa tan grande y se dirigieron a él con la propuesta de si yo estaría dispuesto a cederles unas habitaciones. Schmelzer agregó que mis deseos serían por supuesto decisivos, pero creía, ya que yo estaba al tanto de la situación financiera algo difícil de Strauss, que quizás no tendría nada en contra de aceptar esa propuesta en el caso de que estas personas fueran de mi agrado. Además mencionó que esta gente ya había ofrecido un muy buen precio. No me simpatizó esta interrupción de mi comodidad, sin embargo, no quise privar a Strauss de este ingreso. Mi oferta de desocupar la casa fue rechazada de modo terminante por Schmelzer. Por lo tanto, le dije que en principio estaba de acuerdo, pero en primera instancia quería conocer a las personas antes de dar mi consentimiento definitivo. Los interesados vinieron esa misma tarde a la casa para conocerla. Les gustó mucho, y como yo no tenía nada que objetar en

cuanto a ellos, se decidió que se mudarían al día siguiente. De las dos parejas casadas, una era de mediana edad, de apellido Philipps. La otra, Pagenhard, era joven y se había casado hacía solo algunos años. De lo que acordamos en cuanto a la organización de la casa solo recuerdo que nos garantizamos total libertad de acción.

Los Philipps eran gente tranquila y agradable, de carácter equilibrado, con los cuales era fácil y ameno mantener una relación. Pero los Pagenhard causaban una impresión inquieta, de disconformidad con ellos mismos y con todo lo demás. El hombre provenía de Stuttgart, se llamaba en realidad Von Pagenhard y había ido con Otto Kemmler al colegio, aunque los dos demostraron no ser amigos. Pagenhard era de muy buena apariencia, alto y sumamente culto. Era extremadamente reservado y daba la impresión de estar permanentemente presionado. Durante todo el tiempo de nuestra convivencia la conversación entre nosotros casi solo se redujo al saludo cuando nos íbamos o cuando llegábamos. Su mujer era una americana muy bonita, de 24 años y ascendencia francesa, proveniente de St. Louis, ante la que se comportaba como si no fuera su marido, sino su sirviente. En agradecimiento a esto, ella lo trataba con gran indiferencia. Una vez no pude contenerme y le expresé mi asombro por su infinita paciencia, a lo cual me contestó: *Well, you see, it's her spirit! If you break it, you ruin the best in her*⁷. Expresé mis dudas en cuanto a esa sabia frase, pero comenté de paso que él debía saber mejor que nadie lo que debería hacer. La mujer no me gustaba. Uno de los primeros comentarios que me hizo fue: *I hope you are not one of those men, who want to kiss a woman, as soon as they are alone with her*⁸.

Le contesté que podía despreocuparse al respecto, pues probablemente no me vería con mucha frecuencia. Este fue el caso, sobre todo al principio, pues no solo estaba demasiado ocupado en el banco como para estar mucho en la casa, sino que la casa también era suficientemente grande, de tal manera que no había motivo de molestarse mutuamente. Pero si nos encontrábamos, Mary Pagenhard dejaba pasar pocas veces la oportunidad de hacer una de sus observaciones coquetas o provocadoras. Si su marido o alguna otra persona estaba presente, le era totalmente indiferente. Yo pasaba por alto, en lo posible, sus comentarios y me comportaba distante. A Mrs. Philipps el comportamiento de su compatriota le resultaba desagradable y algunas veces expresó su esperanza de que yo no creyera que todas las norteamericanas eran así. Una vez también me manifestó, en nombre

⁷ Nota de la traductora: “¡Bueno, ya ve, es su espíritu! Si lo rompe, usted arruina lo mejor de ella”.

⁸ Nota de la traductora: “Espero que usted no sea uno de esos hombres, que quieren besar a una mujer, tan pronto están solos con ella”.

de algunas otras damas de la colonia estadounidense que yo había conocido a través de los Philipps, su reconocimiento por la forma en que trataba a Mary Pagenhard, que al parecer era poco apreciada. De hecho, yo no me callaba frente a ella, aunque nunca se ofendió cuando le daba con franqueza mi opinión, al contrario, se mostraba cada vez más cortés, a medida que más nos conocíamos.

Nunca pude entender en qué ocupaba su tiempo esa joven mujer. No parecía tener ninguna clase de intereses, excepto su propia persona. Estaba convencida de su influencia sobre los hombres. Me dijo un día que estaba segura de que yo estaba tan enamorado de ella como lo habían estado hasta ese momento todos los hombres que la habían conocido. Mi indiferencia exteriorizada sería solo una máscara.

Un día, los Philipps fueron trasladados de Barranquilla y poco después Pagenhard, que era arquitecto naval, debió viajar por una estadía prolongada a Barrancabermeja. Él me pidió que cuidara a su mujer durante ese tiempo. Diversos conocidos míos, en especial Remer y Kemmler, me envidiaron mucho por el privilegio de tener una inquilina tan bonita y no me creyeron cuando les dije que prefería, mucho más, vivir nuevamente solo. Me visitaron durante ese tiempo con más frecuencia que nunca. Pero aparentemente no eran del agrado de Mary Pagenhard, pues se mantuvo siempre distante en su relación con los dos. Una vez lo tomó a mal que ambos aparecieran con un par de botellas de champán y se retiró pronto a su pieza. Era muy medida en la bebida y creo que no fumaba.

De su vida anterior me contó que su apellido era Dubois, que era hija de un médico y antes de su matrimonio había sido reportera para *Society Page*, un diario en St. Louis. Hablaba un buen inglés y en sus momentos sensatos se esmeraba ocasionalmente en mejorar el mío.

Poco después del regreso de su marido de Barrancabermeja recibieron orden de regresar a los Estados Unidos. Después de cierto tiempo llegó el rumor a Barranquilla de que Pagenhard parecía estar en problemas financieros y el matrimonio se había separado.

Luego de la partida de los Pagenhard fui el único habitante de la casa, de forma definitiva, hasta el fin de mi tarea en Barranquilla. Ahora reinaban de nuevo tranquilidad y orden, por lo cual hasta el personal doméstico estaba muy contento. Este último había estado varias veces a punto de renunciar, pues había sido muy maltratado por Mary Pagenhard. Solo porque yo seguía diciéndoles que la estadía de esta persona era transitoria, pude retenerlos.

FUNDACIÓN DE SUCURSAL EN HONDA

A comienzos de 1922 se me comunicó por parte del banco que en respuesta al pedido de la ciudad de Honda debía ser abierta una sucursal en el departamento del Tolima. Cuando pudiera desocuparme en Barranquilla, tenía que ir en primer lugar a Medellín para analizar el tema con la Dirección y el Consejo de Supervisión y luego hacerme cargo de la instalación de la sucursal. Antes de eso, debía hacer una visita a Bogotá para hablar con Ferdinand Focke, quien seguía siendo nuestro agente, sobre una ampliación de la agencia, la cual sería necesaria teniendo en cuenta la fundación de la sucursal en Honda.

A mediados o fines de marzo de 1922 proyectaba irme de Barranquilla. Apenas la colonia alemana se enteró de esto, escuché de todas partes: “¿Dejará que se haga público?”. Eso significaba: “¿Dará una fiesta de despedida como corresponde?”. Era sabido que finalmente debía hacerme cargo de uno de los puestos directivos en Medellín y se consideraba como un motivo más para suponer que no me mostraría tacaño. Pese a que de ninguna manera me cuento entre los enemigos del alcohol, nunca simpatiqué con el consumo exagerado en Barranquilla, pero mi fiesta de despedida me había propuesto organizarla como la mayoría de los alemanes barranquilleros la deseaban.

En su mayoría eran solteros y por eso iba a ser una velada masculina. No quise exponer la casa de Strauss para albergar la fiesta; en cambio, se me puso a disposición voluntariamente, por parte de los dueños, la cabaña. Los invitados debieron haber sido unas cincuenta personas. Hice preparar barriles de cerveza, una batería de botellas de *whisky*, varios cientos de cigarrillos y una montaña de sándwiches. Todo esto fue consumido hasta alrededor de la medianoche, y en vista del ambiente festivo, que iba en aumento, debí ir al Club Alemán para buscar más reservas. Los últimos huéspedes se retiraron de la cabaña a las cuatro de la mañana. ¡Según los parámetros de Barranquilla, la fiesta fue un éxito gigantesco! Como debía partir a la mañana siguiente, me desearon infinitas veces un “feliz viaje”. Al final de la fiesta sonaban esas dos palabras en las voces de algunos de mis invitados ya solo como *fel via*, y la *fel via* quedó por años como palabra clave para una velada extensa, alegre y con mucho alcohol.

Después de haberse ido el último invitado, agradecí a la gente de la cabaña el préstamo de la casa, me disculpé por el triste panorama del campo de batalla que dejaba atrás y tuve el tiempo justo para empacar mis últimas cosas en la casa de Strauss, cuando ya llegaba el auto que debía trasladarme al avión. El piloto esa mañana era Von Krohn, quien lamentó mucho no haber podido participar, pues era de rigor para los pilotos no tomar bebidas alcohólicas en vísperas de un vuelo. Del vuelo a Puerto Berrío, a donde llegamos cerca de las dos o tres de la tarde, no vi mucho, casi siempre dormí. Al día siguiente estaba en Medellín.

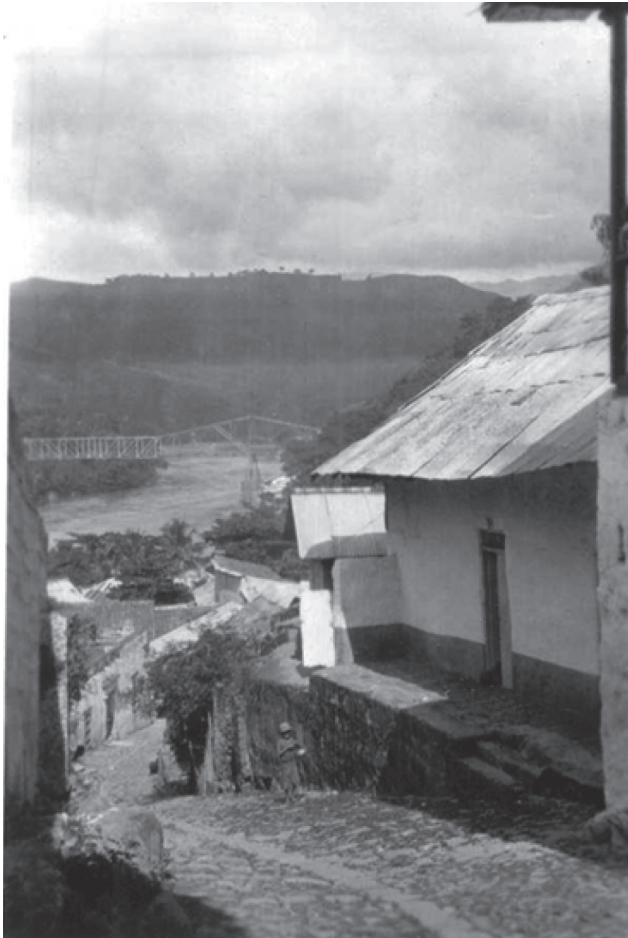
Me quedé solo unos pocos días y luego tomé un vuelo a Bogotá. Ahí volví a ver a mi amigo Focke, después de nueve años. Lamentablemente, lo encontré algo cambiado. Conmigo era tan amable como siempre, pero noté que estaba muy nervioso y podía alterarse sin justificación por pequeñeces. Me enteré que había tenido discusiones desagradables con su contacto en Bremen —Gruner & Rieke— y en su familia desavenencias. En cuanto a esto último, se suponía que no había estado de acuerdo con el compromiso de su hija mayor, Inés —que había participado once años atrás en el viaje a Europa— con un cierto Torres. Este era dueño de una exitosa ferretería en Girardot, pero supuestamente tenía la piel algo demasiado oscura. Yo no lo conocía. La agencia del banco no quería seguir empleando a Focke. Él opinaba que, por un lado, le quitaba demasiado tiempo y por el otro lado le redituaba muy poco. Le entregamos la agencia a uno de nuestros empleados más jóvenes, Otto Gerding, con el encargo de irse acercando lentamente al objetivo de convertirla con el tiempo en una sucursal.

Fue interesante ver de nuevo a Bogotá, luego de largos nueve años. La ciudad había acrecentado enormemente su importancia comercial. Pero en lo demás, al igual que antes, seguía gustándome poco. Relaciones más estrechas, de tipo personal, solo mantenía aún con los dueños de la joyería Bauer & Co., Anton Kraus y Reinhard Kling. Por ellos me enteré cómo la empresa Pehlke había encontrado su fin en Bogotá.

Tal como Krumsieg, Rogge y yo habíamos sospechado, que uno de nuestros sucesores se vengaría, por él y por sus antecesores, y así había sucedido. Pehlke había estado en Alemania cuando en 1914 estalló la guerra y su representante en Bogotá se había aumentado de inmediato el sueldo a un monto que le pareció adecuado y desde ese momento no llevó más ninguna contabilidad. Cuando Pehlke llegó a Bogotá, después de finalizar la guerra, no pudo hacer otra cosa que despedir al empleado pertinente. Ya no podía comprobar si este había sido honesto o deshonesto. Esta experiencia fue suficiente hasta para Pehlke. También tuvo que reconocer, quizás, que un hombre con su fama no podía conseguir buenos empleados. Por eso vendió el negocio

a su óptico, Schmitt, quien le pagó un precio reducido por este. Bajo la dirección de Schmitt floreció el negocio, de manera que pudo abrir sucursales en varias ciudades colombianas, que prosperaron todas. Pehlke solo conservó en su poder la hacienda.

Después de finalizar los asuntos bogotanos me fui a Honda para dirigir los preparativos de inauguración de la sucursal. Estaba contento con esta misión, en especial porque Honda me era bien conocida desde mi trabajo en la hacienda de Pehlke y esa pequeña ciudad típicamente tropical y de hermoso entorno siempre me fue agradable.



Vista al puente colgante sobre el río Gualí en Honda

Fui recibido muy amablemente por los círculos interesados en la fundación de nuestra sucursal. Pero en vista de que la localidad era pequeña y no podía esperar —por lo menos al comienzo— grandes ganancias, decidí instalar la sucursal sobre una base económica y alquilé un local en una trilladora (establecimiento de selección y limpieza de café) por el módico precio de ochenta pesos mensuales. El edificio estaba ubicado junto al río Gualí y no lejos de su desembocadura en el Magdalena; desde el recinto que había elegido para que fuera mi oficina tenía una hermosa vista sobre los reciales del Magdalena, el gran puente colgante sobre él y las montañas que rodeaban la ciudad en todos los lados. Amoblar la sucursal causó pocos gastos porque pude comprar todo de otro banco que había liquidado sus negocios en Honda. Este banco era el Mercantile Bank of America, y el hecho de que pese a ser el único banco de Honda hubiera renunciado a continuar allí, no me desanimó de ninguna manera, pues sabía que había tenido que atribuir su fracaso en la localidad (caso que no fue el único en Colombia), a su propia gestión errónea y al desconocimiento del país.

Para la dirección de nuestra sucursal se había contratado a un bancario ya algo mayor y supuestamente muy experimentado, llamado Grünwald, pero este recién debía llegar en unas semanas. El segundo directivo en Honda debía ser Hans Heinatz, al que yo, respondiendo a su urgente solicitud, había trasladado a Honda. Llegó unos días después de mí. Aún recuerdo muy bien su llegada. Según había pedido, le conseguí una habitación sin amoblar. Venía con el tren del mediodía de La Dorada y lo busqué en la estación. No traía nada más que una maleta bastante grande y su cama plegable (catre), del tipo como era usual en las regiones más calurosas del país. Su rostro resplandecía de alegría por el cambio. Cuando llegó a su habitación, apoyó la cama en la pared, puso la maleta en una esquina y dijo satisfecho: “¡Me he mudado!”. Era sumamente ahorrativo. A su apariencia le daba poca importancia. Sus trajes blancos tropicales, traídos de Alemania, eran de un corte bastante desafortunado, por el mismo precio los podría haber conseguido de mejor confección, pero para eso no tenía gusto. Debido a su forma de ser, algo torpe, cometía más de un *faux pas*⁹, pero lo compensaba con su evidente franqueza y su amable comportamiento. En poco tiempo gozó de una gran popularidad en Honda, la que también a él le gustaba sobremanera.

Yo residía otra vez en el hotel América, del cual tenía un buen recuerdo desde mi época de Pehlke. Lamentablemente comprobé que este, que ya no funcionaba bajo la buena administración inglesa anterior, había decaído mucho. Estaba increíblemente sucio. Para poder sentirme un poco a gusto

⁹ Paso en falso (nota de la traductora).

en mi habitación, le di a una de las camareras una buena propina para que la limpiara una vez a fondo. También hice lavar el piso con jabón, lo que con seguridad no había sucedido en años. La comida se igualaba al estado del hotel, pero tuve que conformarme con ella.

A mediados de abril inauguramos la sucursal, de manera favorable. Como solo disponíamos del personal imprescindible, estábamos atareadísimos. Esto era una ventaja grande, pues en Honda poco se podía hacer en el tiempo libre. El clima era muy caluroso. No era perjudicial para los hombres; en cambio, a las mujeres y los niños, en especial de raza blanca, no les sentaba bien, e incluso los residentes, en la medida que sus finanzas lo permitían, enviaban con frecuencia a sus familias para su descanso a las regiones frescas y más altas. Una ventaja era que la provisión de agua era buena. Como la ciudad estaba ubicada en un valle encajonado, de ahí también el nombre: Honda (hondo); había muchos días en los cuales no se sentía ni la menor brisa. Después de la puesta del sol, el lugar más fresco de la ciudad era el puente sobre el río Gualí; si es que había una corriente de aire, se producía ahí. Por esta razón el puente era la meta de todos los caminantes vespertinos. A mí siempre me sentó bien la estadía en Honda. Me gustaba estar allí. Algunas veces, Heinatz y yo éramos invitados a visitar las haciendas ganaderas de las inmediaciones. Heinatz disfrutaba mucho de las nuevas impresiones.

Luego de haber finalizado los trabajos de instalación en la sucursal, me tomé dos días de franco para visitar a Kruse en la hacienda, a la cual me había invitado por escrito. Alquilé un caballo y planifiqué salir temprano a la mañana. Lamentablemente me trajeron el caballo, por cierto no muy bueno, tan tarde, que recién pude salir con bastante atraso. Me alegró mucho poder cabalgar por caminos tan conocidos, en los cuales nada había cambiado. Usando con frecuencia las espuelas hice el recorrido más o menos en el tiempo habitual de cinco horas de cabalgata. Al pasar por La Aurora vi que la casa se veía bien y limpia; como me enteré después por Kruse, el anterior vaquero, Estanislao Pereira, vivía ahora ahí, se había casado y ascendido a administrador.

Inmediatamente después pasé por el pueblo Victoria, en el cual nada había cambiado, excepto que los árboles de la plaza del mercado habían crecido. Aunque las calles estaban desiertas por el calor de la tarde, mi llegada fue advertida y fui reconocido por varias personas. Kruse me contó en la noche que el pueblo y en la hacienda ya sabían que “don Juan”, como se me había llamado, estaba de visita. Pronto también llegó el vaquero a caballo para saludarme.

A Kruse lo encontré muy encanecido y de aspecto abatido. Pero me recibió muy amable y enseguida realizó conmigo un amplio recorrido por las plantaciones de cacao y café. Todo estaba bien cuidado. La plantación de café, ubicada donde Zaumseil y yo habíamos desmontado la selva y él había

matado la víbora, se hallaba en plena producción. Sin embargo, la plantación de cacao, que Kruse había hecho con tanta expectativa, estaba en decadencia. Con orgullo me mostró un depósito de agua que había construido. Estaba cercado con alambres y rodeado por un cerco de hermosos arbustos de crotón. También servía como una piscina, y como tal la usamos enseguida.

Yo sabía que su mujer estaba con los dos hijos en Alemania y evité preguntarle por la familia. Cuando pasamos por un corral en el cual se hallaban dos caballos pequeños, mencionó que estos habían pertenecido a sus hijas. Las dos niñas habían sido bastante diestras a caballo; desafortunadamente se enfermaban mucho y por eso su mujer había decidido retornar con ellas a Alemania. Le expresé mi pesar por ese infortunio. Por otro lado, ya me había enterado que el matrimonio estaba prácticamente separado; la mujer, desilusionada y amargada, había buscado un puesto en Alemania y Kruse no las volvió a ver, ni a ella ni a las hijas.

En la casa de la hacienda, limpia y amoblada de forma sencilla pero agradable, pasé una noche confortable. En comparación con la calurosa Honda, el clima era fresco, si bien las comidas seguían siendo tan escasas, como lo habían sido siempre. Después del almuerzo regresé a Honda.

Durante el camino reflexioné sobre el hecho de cuán inmerecidamente difícil era la vida para muchas personas. Aquí había un hombre honesto, confiable, un trabajador incansable y muy hábil en su especialidad de agrónomo, y a pesar de esto no pudo lograr nada. No tenía vicios, aunque tampoco la fuerza para imponerse a un superior como Pehlke, quien lo explotaba sin escrúpulos. Al final, su propia mujer lo había despreciado y abandonado.

Después de haber estado unos tres meses, más o menos, en Honda, recibí de Hartmann la exhortación algo impaciente de desocuparme lo más rápido posible y volver a Medellín, donde él estaba supuestamente recargado de trabajo. Como Heinatz ya se había puesto bien al tanto en su actividad, el recién llegado Grünwald, que había traído muy buenas recomendaciones, causaba una impresión de persona inteligente y en general satisfactoria. El funcionamiento de la sucursal marchaba bien, entregué a Grünwald y Heinatz la dirección y partí a Medellín, donde llegué a finales de junio o principios de julio.

ALEGRÍAS Y TRISTEZAS DE UN DIRECTOR DE BANCO

Al llegar a Medellín fui nombrado, tal como se había acordado en Bremen, segundo director del banco. Hartmann debía ser el primer director. Mi sueldo sería el mismo que el de Hartmann, es decir, quinientos pesos mensuales, solo que él tendría una participación de ganancias algo mayor. Yo estaba totalmente de acuerdo y en realidad conforme, incluso con la mayor participación en las ganancias de Hartmann, a pesar de saber que me tocaría la mayor parte del trabajo. Estaba contento con mi ocupación y me dediqué con ahínco a mi tarea. Volví a residir en el hotel Europa.

Desafortunadamente me encontré en el banco con un estado de ánimo muy nervioso. No existían para esto razones externas, pues la situación económica del país era en general bastante satisfactoria y el negocio del banco marchaba normal. Era el mismo Hartmann quien generaba inquietud. Como escuché de Gundlach, ya desde cierto tiempo atrás Hartmann estaba muy irritable y habían ocurrido constantes confrontaciones entre él y el personal. El mismo Gundlach se quejó de las dificultades del trabajo en conjunto con Hartmann. Me dijo que hasta se habían presentado quejas por parte del Consejo de Supervisión de Medellín, al igual que de la clientela.

Teniendo en cuenta mi acuerdo con Held, hice todo lo posible para evitar, no solo un enfrentamiento con Hartmann, sino también para aliviarle el trabajo lo más que pudiera. No obstante, me di cuenta después de unos pocos días, que era poco probable que mis esfuerzos tuvieran éxito alguno, porque Hartmann no hizo el menor esfuerzo por acogerlos bien; al contrario, trataba de dificultarme todo tanto como podía.

La primera confrontación entre nosotros tuvo lugar una mañana, cuando me reprochó de forma violenta no haberle informado sobre una cuestión desde Bremen, como me había sido encomendado. Le contesté, acorde a la verdad, que sí lo había hecho, lo cual desmintió con gran ira. Tuve la sospecha de que mis cartas reposaban en el ‘iceberg’ que se encontraba sobre su escritorio y me consideré con derecho a inspeccionar en su ausencia. En efecto, entre la pila de cartas se encontraban también algunas escritas por mí desde Bremen a Hartmann. Las puse frente a él, le dije dónde las había encontrado y que en

ellas estaban los informes que supuestamente él no había recibido. Se enojó bastante y me negó todo derecho a revisar en su escritorio los papeles que descansaban ahí, a lo cual le contesté que me tomaría ese derecho siempre que fuera necesario si él se permitía hacerme reproches injustificados y además en forma impropia, y que al mismo tiempo, yo debía insistir desde ahora, en beneficio del banco, que también las otras cartas que se encontraban en su 'iceberg' debían ser abiertas y despachadas si estaban relacionadas con los asuntos del banco. Así se hizo, pero la relación mutua, por supuesto, no mejoró de ninguna manera.

Pasaron unos días desagradables, en los cuales evitamos en cuanto nos fuera posible, tener que hablarnos. Esto fue muy difícil, porque aparte del hecho de que compartíamos la misma oficina, nuestro trabajo exigía una cooperación estrecha. Hartmann me entregó diversas cuestiones de las que había comenzado a ocuparse, sin ninguna explicación. Para evitar el riesgo de tener con él nuevas confrontaciones evité preguntarle al respecto y conseguí los informes necesarios de forma indirecta.

Un día me encargó la redacción de una carta sobre un convenio crediticio pendiente con Medellín. Hice un esbozo y se lo presenté; muy irritado, me lo devolvió, expresando su molestia por no haber considerado el contenido correcto. Eso era cierto, pero también, que había sido él quien había negociado con la ciudad y no yo, además me había sido imposible recibir de su parte respuestas satisfactorias a mis preguntas, y diversos puntos que debían haber sido mencionados en la carta me eran desconocidos.

Perdí la paciencia y decidí poner fin de forma inmediata a esta situación insostenible. Le dije que no estaba dispuesto a dejar que él siguiera dificultando mi trabajo con su humor y que yo tampoco podía seguir asumiendo una responsabilidad compartida en cuanto a los negocios del banco en caso de que la dirección siguiera en sus manos. Dejé a su arbitrio presentar nuestra desavenencia al Consejo de Supervisión de Bremen y de Medellín, pero agregué que, de todos modos, le daría de inmediato al personal la orden de dirigirse a mí, a partir de ese momento, en todos los asuntos. Sin mucho que decir, Hartmann abandonó la oficina. Al día siguiente comunicó a los consejeros en Medellín y Bremen que dejaría su puesto por razones de salud, como lo había proyectado desde tiempo atrás. Catorce días después se fue. Antes de esto había venido al banco algunas veces para ordenar sus asuntos, en esas ocasiones nos tratamos en forma correcta. Incluso me despedí de él en la estación, como era costumbre en aquel tiempo.

Su renuncia parecía una liberación, no solo para mí, sino para el personal del banco. Casi todos habían sufrido alguna vez por su estado de ánimo. Quizás, su peor defecto fue la falta de resolución. Tenía la costumbre de responder primero con las palabras "sí" o "no". Si de alguna manera era posible, trataba

de evitar el dictamen de una decisi3n clara, pero si luego un empleado realizaba algo mal entonces lo hacfa responsable de esto.

Propuse a las juntas supervisoras que nombraran a Gundlach como segundo director, lo cual fue aceptado de forma un3nime. El aumento de sueldo inherente a esta decisi3n fue muy conveniente para Gundlach, porque se habfa casado con una amiga de la juventud y ya era padre de un ni1o.

Gundlach y yo concertamos sin demora una divisi3n de trabajo razonable. l seguirfa ocup3ndose, como hasta ahora, sobre todo de la gesti3n interna del banco, mientras que yo me querfa dedicar a la atenci3n de la clientela y al control de las sucursales. En cuanto a esto último, en ese momento tenfamos solo tres sucursales: en Barranquilla, Bogot3 y Honda; sin embargo, existfa la intenci3n de fundar otras a medida que las cuestiones de capital y personal lo permitieran. El hecho que el capital del banco no fuera suficiente para aumentar el volumen de los negocios, habfa sido aceptado por los interesados en ese momento. Por lo tanto, las principales figuras ya habfan decidido aumentar el capital tan pronto como la oportunidad de hacerlo fuera favorable.

Para Gundlach y para m3 comenz3 un perfodo de trabajo en conjunto agotador, pero a pesar de todo nos qued3 en la memoria como muy agradable, pues no estuvo afectado por ninguna fricci3n. Tambi3n, fue muy exitoso.

Por desgracia hubo en ese tiempo algunas disputas con mi hermano Franz, quien en absoluto contraste con las cartas con amenazas de suicidio que me habfa escrito desde Guatemala, ahora repentinamente ensalzaba las condiciones que habfa tenido all3 con respecto a todo lo que habfa encontrado en Colombia y pr3cticamente me reprochaba que yo lo habfa sacado de ese entorno tan grato para ‘trasplantarlo’ a esta Colombia desagradable. Las discusiones se hicieron tan molestas que finalmente abandon3 toda comunicaci3n con él. Me alegr3 que poco despu3 fue trasladado por Schütte, Bünemann & Co. a Manizales, donde en el transcurso de los siguientes a1os logr3 hacer muy buena carrera. Pero debieron pasar doce a1os hasta que volviera a recibir noticias directas de parte suya.

Mi vida privada se desarrollaba, en general, de la misma manera a como habfa sido antes de mi traslado a Barranquilla, aunque las circunstancias en Medell3n comenzaban a cambiar de manera gradual. Desde cuando fui a esta ciudad por primera vez y hasta mi partida a Barranquilla, habfa sido el centro patriarcal y tranquilo de una poblaci3n que se dedicaba a la agricultura, la ganaderfa y la minerfa (oro); ahora, se perfilaban los comienzos de una industrializaci3n que hacfa avances favorables. La poblaci3n aumentaba constantemente, se construían nuevos barrios, un tranvfa fue instalado, los autom3viles se hicieron m3s numerosos y las calles, antes tan silenciosas, se llenaron repentinamente con una vida a menudo demasiado bulliciosa. Una

nueva opulencia surgió y las costumbres cambiaron, por desdicha no siempre a favor. El mundo comercial antioqueño aún conservaba su buena y sólida fama; pero, a la par, ya se notaban algunos elementos especuladores. Los festejos, que antes eran tan esporádicos en el Club Unión, el cual se había trasladado a un edificio más grande y nuevo, se hicieron más frecuentes, importantes y ruidosos. La popularidad de la equitación disminuyó, mucha gente joven prefería pasear en automóvil, lo cual encontró su mayor popularidad en el mundo femenino. Anton Kraus, en aquel entonces quizá el primer joyero de Bogotá, me contó que la venta de joyas caras había disminuido porque las damas deseaban ahora con más frecuencia un auto, en lugar de una joya costosa. Viajes a caballo o en mula, que habían sido hasta ese momento algo habitual, comenzaron a ser considerados como una gran incomodidad. Las propiedades rurales, que solo eran accesibles por este medio, se desvalorizaron, mientras que las ubicadas en la llanura, por el acceso con automóvil se pusieron de moda y subieron de precio.



Banco Alemán Antioqueño, Medellín

Un gran problema con el cual teníamos que lidiar constantemente en el banco era atraer a una nueva generación idónea para nuestra creciente demanda de personal. En Colombia era imposible conseguirla. No había personal bancario capacitado, y para jóvenes inteligentes la carrera de empleado bancario, incluso con perspectivas de una carrera profesional de alto rango, ofrecía demasiado poco como para interesarlos en ella. Justo en ese momento, había bastantes posibilidades de progresar rápido, mas solo se podía hallar personal adecuado en el país para ocupar los puestos más simples. La nueva generación, en los puestos de mayor responsabilidad, debía ser provista por la sucursal de Bremen. Si bien no se podía afirmar que había desarrollado una habilidad especial para ello, tampoco se le podía envidiar la misión encomendada.



Sector de cajas, Banco Alemán Antioqueño, Medellín

En vista de las tristes circunstancias de vida en Alemania, se podría haber supuesto que la gente joven, igual que yo once años atrás, aprovecharía cualquier oportunidad para encontrar en otras regiones del mundo un mejor progreso, pero evidentemente, no era el caso, los jóvenes tenían ahora otra opinión. La experiencia de la guerra, y en especial la inflación posterior, privó a muchos de ellos del coraje y las ganas para intentar hacer carrera en el

extranjero, donde se les ofreciera un progreso, aparentemente seguro pero lento. Hubieran estado dispuestos a irse al extranjero si se les prometiera un sueldo alto y un tiempo de contrato corto. A algunos la inflación les quitó las ganas de trabajar, creían verse favorecidos si se dedicaban a los negocios de especulación florecientes en tiempos inflacionarios; esto se daba, con frecuencia, precisamente entre los empleados bancarios. En cambio, otros sentían temor de abandonar las condiciones de vida acostumbradas. Como secuela de la guerra, reinaba en esos tiempos gran avidez de diversión en la gente joven en Alemania, de la cual muchos no pudieron liberarse.



Hans Sitarz en su escritorio, Banco Alemán Antioqueño, Medellín

Como consecuencia, entre los empleados contratados por Bremen había muchos que, después de una corta estadía en Colombia, demostraron ser inadecuados y tuvieron que ser enviados de regreso. Por lo que recuerdo debimos mandar, solo en el año 1922, alrededor de una docena de ellos de vuelta. Las experiencias que tuvimos que vivir con estas personas, de las cuales algunas se distinguían por su increíble impertinencia en el comportamiento y su modo de pensar, fueron muy desagradables. En vista de tales ejemplos, la actitud negativa que Hartmann y Krische habían adoptado frente a todo personal nuevo no era tan incomprensible.

No solo el banco, sino también diversas empresas industriales a las que llegaron técnicos alemanes, tuvieron estas experiencias desagradables. Yo recibía entonces, a menudo, la solicitud de mediar entre los dueños de fábricas colombianas y los técnicos alemanes. La misión era poco agradable y siempre sin éxito a largo plazo. Por consiguiente, después de estas experiencias la adquisición de técnicos alemanes se paralizó por completo. ¡Los colombianos comenzaron a hacer diferencia entre los alemanes de la anteguerra y de la posguerra!

A fines de 1922 hice mi primera gira por las sucursales en función de director general del banco, la que desde ese momento repetí regularmente una o dos veces cada año. Me impuse como regla visitar en cada viaje, con director de sucursal pertinente, la mayor cantidad posible de los clientes más importantes, para enterarme de sus opiniones, deseos y estados de ánimo. Adquirí de ese modo un conocimiento muy exacto de la vida económica colombiana, como probablemente solo pocos poseían, lo cual a su vez de nuevo tuvo efecto positivo en nuestras operaciones comerciales.

En el vuelo de regreso desde Barranquilla a Puerto Berrío, durante la gira mencionada, viví una pequeña aventura. En la mañana de la partida era el único pasajero, la restante capacidad de carga del pequeñísimo avión se había aprovechado hasta el último centímetro con bolsas de correspondencia y paquetes de dinero. Evidentemente estábamos algo sobrecargados y nuestro despegue se logró con algunas dificultades. Después de volar algo más de una hora entramos en una niebla, tan densa, que el piloto consideró necesario acuatizar (los primeros aviones en Colombia eran hidroaviones) y esperar que cesara la niebla.

Demoró una hora larga, mientras estábamos anclados en un lugar de poca profundidad, que aclarara lo suficiente para poder proseguir el viaje. Pero ahora la sobrecarga del avión tomó revancha, pues luego de más de una docena de intentos por lograr el despegue el piloto debió renunciar, ya que no había ninguna probabilidad de poder elevarse con toda la carga desde el agua, y me comunicó que no veía otra solución que desembarcarme (a mí, el único pasajero), seguir viaje con la correspondencia y los paquetes de dinero hasta la próxima estación, Mompós [sic], y regresar para buscarme. Como no le pude hacer una mejor contrapropuesta, tuve que dar mi consentimiento, pero le pedí seguir unos minutos bordeando la costa del río, para ver si podíamos encontrar una cabaña donde me pudiera quedar durante la espera; hasta ese momento, solo habíamos visto bosque. Estuvo de acuerdo con esto, y en corto tiempo encontramos, efectivamente, una casa solitaria en la cual vivía una familia de negros que amablemente ofreció permitirme esperar el regreso del avión.

Eran cerca de las diez de la mañana y el piloto, capitán Hesse, un exoficial alemán, prometió buscarme a la una. Después que la carga del avión había sido reducida al quitarle mi peso, este se levantó sin dificultad de la superficie del agua y desapareció luego de unos minutos en el horizonte. Mis amables anfitriones me ofrecieron pasar la espera en la sombra de su cabaña, lo cual acepté agradecido. La promesa del piloto Hesse de buscarme dentro de tres horas la había aceptado con algo de escepticismo, dudaba un poco que volviera a ubicar el lugar donde me había dejado. Por eso interrogué a mis anfitriones de qué manera podría llegar a la próxima localidad más importante junto al Magdalena. Me contestaron que los barcos a vapor nunca se detenían ahí, donde estaban ellos, pero que probablemente después del atardecer, encontraría lugar en alguna canoa que pasara rumbo a Calamar, aunque el viaje hasta allí podría durar toda la noche. Nadie viajaba en canoa sin necesidad durante el día, debido al calor. Por lo tanto, si el avión no regresaba, ellos podrían llamar a una de las canoas que pasaban, para que me llevaran.

Más no se podía hacer por el momento, así que con tranquilidad me resigné a mi situación, que no era tan desagradable. Esta gente causaba buena impresión. La casa era sencilla; excepto un cuarto pequeño, era solo un techo sobre postes, entre los cuales estaban colgadas las hamacas. Estaba ubicada en una curva sobresaliente en la ribera del río. Una leve brisa amortiguaba los mosquitos. Junto a la casa había una plantación de bananos y yuca. En cuanto a animales domésticos, había algunos cerdos y gallinas. De estas últimas, una tuvo que morir para nuestro almuerzo.

Cerca de la una, uno de ellos exclamó: “Ahí viene el pájaro”. Con su aguda vista había reconocido al avión, que apareció primero apenas como un punto. Poco después aterrizó justo delante de la cabaña y Hesse, con el reloj en la mano, exclamó: “¿Y somos puntuales, no?”. Realmente lo había sido. Me despedí lleno de agradecimiento de mis anfitriones, subí rápido al avión, que tenía dificultades al permanecer junto a la costa debido a la fuerte corriente en ese lugar, y a los pocos minutos estábamos en el aire.

El piloto había depositado la correspondencia y los paquetes de valores donde el alcalde (Bürgermeister) de Mompós, donde debíamos pasar la noche. A raíz del calor de la siesta era imposible despegar de nuevo con toda la carga, e incluso de poder hacerlo habría sido demasiado tarde para llegar a la próxima estación, Puerto Berrío, antes de la puesta del sol. Según me explicó el piloto, el motivo de nuestra mala suerte ese día, aparte de la niebla, fue la circunstancia de que la fuerza ascensional de la hélice era mucho menor en el aire caliente que en el aire fresco. Partiendo a la mañana siguiente, bien temprano, no tendríamos dificultades de despegue. Unas hélices nuevas y mejoradas, que ya habían llegado a Barranquilla, evitarían en el futuro este tipo de dificultad.

Poco antes de la llegada a Mompós, a unos mil doscientos metros de altura, el piloto apagó el motor y dejó posarse el avión en el agua en un vuelo planeado elegante y silencioso. La pequeña ciudad de Mompós, vieja y dormida, me era desconocida. Hace unos años había sido un lugar importante hasta que, repentinamente, el Magdalena envió la mayor parte de su caudal a través del brazo que pasaba por Magangué. Debido a esto, el brazo de Mompós era poco profundo para vapores de mayor porte y la ciudad perdió importancia. Sin embargo, la población causaba una impresión amable, así como también el pequeño hotel, limpio y ordenado.

En el temprano amanecer del día siguiente estábamos listos para partir y sin dificultad nos elevamos de la superficie del río. Con buen ánimo hicimos las dos o tres horas de vuelo hasta Puerto Berrío. No del todo de acuerdo con las regulaciones de la Scadta, pero con mi total conformidad, Hesse voló un tiempo prolongado a muy baja altura a lo largo del río, lo que proporcionó una impresión mucho mejor de la velocidad con la cual nos movíamos, que no hubiera sido posible desde una altura mayor. Nos encontramos con algunos barcos a vapor, que saludaron la entonces aún rara vista de un avión con sus sirenas. Después de llegar a Puerto Berrío, me despedí de Hesse, quien luego de una corta estadía siguió viaje a Girardot.

El tren, que a diario salía a las seis de la mañana a Medellín, por supuesto ya había partido, por lo tanto debí pasar la noche en Puerto Berrío, lo cual no me desagradó. El pequeño pueblo, que casi solo consistía de la estación de tren, tenía un hermoso hotel construido en estilo tropical moderno, en el que todas las veces me sentía contento de pasar un día. Estaba ubicado en la ladera de una loma, no lejos de la ribera, y desde las terrazas que daban al Magdalena se tenía una amplia vista del hermoso río y las extensas selvas que se extendían entre este y su afluente, el Carare. Estas selvas todavía se consideraban impenetrables. En ellas vivía la tribu de los indios carare, que rechazaban el contacto con el mundo exterior y atacaban a los intrusos con flechas envenenadas. Los buscadores de petróleo que se acercaban a esta región habían vivido experiencias desagradables allí.

Hace años, en Nare, había conocido a un indio carare. Era aún una persona joven, pequeña, de color marrón cobre brillante y con largo cabello negro lustroso y lacio. Solo hablaba unas palabras en español. La gente en Nare contaba, que había llegado desnudo como fugitivo, aparentemente perseguido por venganza de sangre, pero la impresión que causaba era más bien amable que belicosa. Era excelente en el manejo de la canoa. En uno de nuestros viajes en canoa por el río Nare fue uno de los tripulantes que nos conducían.

Por la parte trasera del hotel un sendero conducía a la cima de la loma, cuya escarpada ladera sur bajaba a una ensenada del río, el cual conformaba allí

un peligroso remolino. La ensenada se llamaba El Abismo, en alemán *Der Abgrund*. Siempre que disponía de tiempo, hacía un paseo hasta esa cima, en la cual constantemente soplaban una brisa fresca y desde la que se tenía una amplia vista sobre el imponente río y el paisaje tropical lujuriosamente verde.

Al principio solo un alemán aventurero había venido para hacerse cargo de la administración de este moderno hotel metido en esta región despo- blada. Hugo Herchenbach ya era un hombre de alrededor de los sesenta años. Inteligente, decidido superior a la media, había asistido a una univer- sidad alemana y no retrocedía ante ninguna tarea, en especial cuando parecía no ofrecer ninguna posibilidad de éxito. A pesar de su edad era aún muy vivaz y activo. Lo conocí unos años atrás, en un pueblo de montaña en Antioquia, ya no sé si era Aguadas o Salamina, cuando pasé en compañía de August Borné, quien ya lo conocía. En el pueblo, Herchenbach había instala- do un hospital, que administraba con total conformidad de la población. La gestión había marchado bien, lo cual fue motivo suficiente para que don Hugo buscara otra actividad. Probó con la minería aurífera, rescató un barco a vapor hundido hacía varios años en el Magdalena, trabajó como proveedor de leña para los barcos a vapor y ahora era administrador del hotel. Hacía su trabajo realmente bien, incluso lograba servir buenas comidas a pesar de todas las dificultades, y la administración del ferrocarril estaba muy conforme con él. Pero, ya estaba aburrido y poco después de mi paso por el lugar abandonó su puesto. De ahí en adelante fue en declive. Poco después lo perdí de vista. Según Borné, provenía de una familia buena y pudiente. Se había casado en Alemania y una hija era la esposa de un oficial ulano. Se decía que la familia había hecho intentos de convencer a Herchenbach de regresar a Alemania, lo que siempre había rechazado. Él era un gran tipo, singular, pero de ninguna manera el único en su especie; conocí a unas cuantas personas de este tipo en el trópico.

Poco antes de finalizar 1922, volví a Medellín. Exceptuando las desagra- dables disputas con Hartmann y mi hermano Franz, el año transcurrido había sido bastante satisfactorio. En mi opinión podía enfrentar 1923 con confianza; sin embargo, hubo en él una serie de meses extremadamente difíciles, en los cuales durante algunos días hasta parecía peligrar la existencia del banco, como también una desgracia personal.

El comienzo del año me trajo, en primer lugar, una mejora en mi vida privada. Aún residía en el hotel Europa, con cuyos dueños, el matrimonio Wilhem Gebhard, me unía desde siempre una gran amistad. El movimiento, mucho más grande y animado del hotel, al estar ubicado en una de las calles comerciales más ruidosas, la de Colombia, hizo la residencia, a la larga, muy intranquila, y desde un tiempo atrás albergaba el deseo de buscar otra

vivienda, pero la permanente sobrecarga de trabajo, así como los reiterados viajes, me habían impedido realizar este propósito. El azar vino en mi ayuda.

El representante de la empresa alemana Hugo Stinnes, Hanns Kissenberth, tuvo que marcharse de Medellín después de que, recién casado, había acondicionado una casa. Yo lo conocía poco, pero por intermedio de un conocido en común me hizo un día la propuesta de comprarle el mobiliario interior y hacerme cargo del contrato de alquiler. Hice una inspección ocular de las cosas, me gustaron, y como el precio pedido por él me pareció justo, acepté. Pocos días después, me mudé. También me hice cargo de su personal de servicio, e incluso de su gato.

La casa y su mobiliario me gustaron bastante. Los muebles eran de un estilo simple, pero bien hechos y confeccionados con maderas finas. En parte eran de caoba y en parte de la entonces rara madera de cedro negro. La casa vieja, de construcción sencilla, estaba ubicada en una cuesta, en una esquina entre las calles Cuba y Ecuador, y tenía una hermosa vista sobre la ciudad y gran parte del valle de Medellín. No era muy grande y estaba construida alrededor del habitual patio. Tenía un jardín al costado y un extenso césped hacia ambas calles. En un pequeño patio estaba ubicado el tradicional baño, empotrado en el piso.

El personal de servicio consistía de Paulina, la cocinera, ya mayor y negra como el azabache, y una sirvienta. Paulina demostró ser un alma fiel, honesta y confiable. Nunca perdí de vista ni la más ínfima pequeñez después de regresar de alguno de mis viajes. Como para mí el orden y la regularidad eran muy importantes, tenía una casa bien ordenada, en la cual me sentía muy a gusto. Nunca me olvidaba tampoco de llamar a Paulina, si volvía más tarde o no iba a comer. En el vecindario vivían varios matrimonios alemanes, de los cuales las mujeres ocasionalmente, por diversas razones, es decir, por curiosidad, visitaban a mi Paulina y aprovechaban la oportunidad para inspeccionar la casa. También ellas debieron admitir que mi hogar estaba bastante presentable.

Después que el comienzo del año 1923 no había estado nada mal en cuanto a negocios, repentinamente se presentó un sensible retroceso en los precios del café; como consecuencia, se desencadenó una situación comercial que fue empeorando mes a mes. Los bancos en Bogotá entraron en dificultades y uno de ellos, el Banco López, que había logrado gran popularidad, debió suspender sus pagos. Luego de una serie de días intranquilos, durante los cuales existió el peligro de que el público iniciara una tormenta en las cajas de los otros bancos, se logró generar un apaciguamiento.

Ya habíamos podido albergar la esperanza de ser eximidos de las consecuencias de la crisis bogotana en Medellín, cuando algunos de los cheques

por nosotros emitidos no fueron pagados, debido a un error de nuestra conexión bancaria en Nueva York, la Equitable Trust Co. Las cantidades no eran grandes, y la reputación de nuestro banco era tan firme que en tiempos normales el incidente no hubiera tenido mucha importancia. No obstante, debido a la impresión causada por los sucesos en Bogotá, y no sin la participación de uno u otro banco de la competencia, desde cierto tiempo envidiosos, se le dio mayor relevancia al incidente de la que merecía, lo cual dio como resultado que comenzara una disminución lenta pero constante de nuestro dinero en caja, sin que se nos diera en esas circunstancias la posibilidad de recuperarlo por la vía normal.

¡Comenzó un mal tiempo! Con base en el movimiento diario de caja podía pronosticar, con seguridad, que el banco debería suspender sus pagos a más tardar en el lapso de dos semanas si no se presentaba ningún cambio de la situación, que se agravaba cada día más. Reinaba un silencio siniestro en el banco, solo interrumpido por el sonido de las monedas de cambio cuando caían sobre la placa de piedra del cajero. ¡Pocas veces un ruido me fue tan desagradable como ese!

Todos los días tenía una o dos reuniones con la junta supervisora colombiana, durante las cuales intentábamos, una y otra vez, encontrar una salida a la difícil situación, aparentemente sin esperanzas, en la cual se encontraba el banco. Todos sabíamos en realidad que el banco en sí era sólido y solvente, como debía serlo. Nuestro problema consistía solo en que teníamos depositada la mayor parte de nuestro dinero en Nueva York y no en Medellín, donde lo necesitábamos con urgencia. Tener tantos activos posibles en Nueva York era en aquel tiempo, normalmente, uno de los privilegios más grandes del que podía gozar un banco colombiano, y justo esa circunstancia, a la cual le habíamos conferido siempre suma importancia, y que hasta ese momento nos había significado una gran ventaja, ahora amenazaba con convertirse en nuestra ruina.

De repente, uno de los consejeros de la Junta, creo que fue el doctor Jorge Rodríguez, tuvo una idea al parecer prometedora. La Casa de Moneda de Medellín poseía en Bogotá una gran cantidad de notas de valores semejantes a los billetes de banco, llamados certificados, que emitió a cambio de la compra de lingotes de oro y luego fueron canjeables por la moneda de oro. Estas notas eran sobre sumas que eran habituales en billetes de papel común y aceptadas por la población con buena disposición, a modo de pago. Si el Gobierno organizaba el Congreso, que sesionaba en ese momento, podría emitir una ley de emergencia según la cual las notas de valor de la Casa de Moneda podrían ser emitidas transitoriamente como dinero y, al mismo tiempo, si el Gobierno le concedía a nuestro banco un importe adecuado de estas notas de valor a

cambio de una parte de nuestro dinero en Nueva York, entonces la crisis en el departamento de Antioquia sería eliminada de un solo golpe.

Con verdadero entusiasmo todos acogimos esta sugerencia y se decidió por unanimidad que yo, junto con el doctor Jorge Rodríguez y Manuel M. Escobar O., nos pusiéramos en contacto con el Gobierno en Bogotá para ejecutar el plan.

El doctor Rodríguez, Escobar y yo redactamos, en primer lugar, un telegrama al ministro de Finanzas, doctor Jesús M. Marulanda, al que los tres conocíamos bien y con el que éramos amigos, donde le resumimos los riesgos de la situación y solicitábamos una conferencia telefónica. La respuesta, inmediata, fue la de que el ministro estaría a nuestra disposición a las ocho de la noche.

En ese momento se encontraba en Bogotá una comisión financiera americana que había sido solicitada al país por el Gobierno colombiano, la cual se hallaba bajo la conducción del profesor de Princeton, Kemmerer, y debía ayudar en la fundación del nuevo banco gubernamental, el Banco de la República. En honor a esta comisión se celebraría, esa misma noche, una recepción en el palacio del presidente y debido a esa circunstancia el ministro de Finanzas nos comunicó en su telegrama que con motivo de la conferencia se trasladaría a la oficina de telégrafo del palacio presidencial y tanto el presidente, general Pedro Nel Ospina, como en caso necesario la comisión financiera americana, participarían junto a él.

Nuestra conferencia telegráfica duró desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana —en aquellos tiempos no había aún teléfono interurbano— y terminó con el éxito que habíamos deseado. Al comienzo de la conferencia nos comunicó el ministro que el Gobierno había decretado que en los siguientes tres días todos los bancos del país cerrarían sus puertas. Durante esos tres días se aspiraba a realizar la fundación del banco gubernamental, de lo cual se esperaba un efecto tranquilizador sobre el público. Esos tres días de feriado bancario nos daban suficiente tiempo para ejecutar nuestro plan, que fue muy bien recibido por el Gobierno y sería puesto en práctica como lo propusimos. Se acordó que el Gobierno le compraría a nuestro banco el monto de trescientos mil dólares en letras de cambio en Nueva York y nos mandaría inmediatamente a Medellín el importe equivalente en billetes de la Casa de Moneda, en un avión que debíamos contratar nosotros.

A pesar de que el Gobierno, incluido el presidente en persona, se mostró muy amable, subrayando en forma halagüeña su confianza en el banco y expresando su satisfacción en poder brindarle ese servicio, insistimos en nombre del Consejo de Supervisión en que las letras de cambio que serían adquiridas por el Gobierno fueran rubricadas por todos los miembros apoderados

de la Junta. Estas valían en su totalidad menos de tres millones quinientos mil pesos.

Nosotros, los que habíamos negociado, nos felicitamos por el final feliz y liberados de una pesada carga nos fuimos a casa. Me dolía la mano de tanto escribir rápido, pues como era el más joven me había hecho cargo de tomar las notas de lo acordado en la conferencia. Fue un gran paquete de papel el que me llevé a casa.

Al día siguiente, el Consejo de Supervisión le dio la noticia a un periódico de que nuestro banco tenía en camino un gran envío de dinero que llegaría aun antes del final de los feriados bancarios. Esta noticia, que causó una explosión de alegría, fue suficiente para poner fin a la crisis en Medellín, no habría hecho diferencia alguna si no hubiéramos dejado que el dinero llegara.

Como premio por las graves preocupaciones que habíamos soportado, esta crisis terminó para el banco con gran aumento de su prestigio, no solo en Colombia, sino también en el extranjero. Durante esos días difíciles apenas hubo un motivo de alegría para mí y fue la excelente cooperación que había encontrado por parte del Consejo de Supervisión. Sumamente valiosas fueron para mí las deliberaciones con los señores M. M. Escobar O., el doctor Jorge Rodríguez y Alejandro Echavarría. Todos los miembros del Consejo demostraron ser absolutamente generosos. A pesar de saber que con la firma de las letras de cambio vendidas al Gobierno no corrían ningún riesgo, sin duda hubieran tenido derecho a pretender una remuneración por su servicio, mas cuando surgió de alguna manera el tema, esa consideración fue rechazada de forma unánime. Si mal no recuerdo, la conferencia con el Gobierno terminó en la mañana del 20 de julio [día de la Independencia de Colombia].

Tan pronto la situación en Medellín pudo considerarse de nuevo como segura, escribí una carta contundente a la Equitable Trust Company en Nueva York, cuyo proceder irresponsable fue el principal causante de las dificultades vividas, y presenté un reclamo de indemnización por daños y perjuicios.

A la brevedad no llegó una carta, sino tres, presentando sus disculpas. Estaban escritas por el gerente del Departamento Exterior, por el presidente y por el director de la Junta Directiva del banco. En las tres misivas el banco reconocía su culpa, pero evitó dar una respuesta a la cuestión de la indemnización, a cambio prometió asignarnos la mayor cantidad posible de negocios y dicha promesa fue cumplida después. Se nos proporcionó, además, un crédito más grande. Por lo tanto la crisis terminó, también en este aspecto, de forma favorable para nuestro banco.

Pero los tiempos difíciles no habían pasado sin afectarme un poco, a pesar de mis buenos nervios. Apenas había pasado escasamente un año desde que había ocupado el puesto de director general y ya estaba convencido de que ciertos

círculos me culparían personalmente si algo le sucedía al banco. Por eso, luego de que todo se había tranquilizado deseaba unos días de relajación y la oportunidad se me presentó cuando el amigo Luis M. Escobar O. me invitó de nuevo a compartir con él y un grupo de caballeros la visita a varias haciendas de ganado en el Cauca. Como invitado especial nos acompañaría en la cabalgata un señor Konrad Bock, de Hamburgo, socio de la entonces importante empresa H. C. Bock, que realizaba grandes negocios en Medellín, y al que además le gustaba sobremanera la ciudad.

En una hermosa mañana, nuestro grupo de ocho a diez hombres inició el viaje, todos bien provistos de excelentes cabalgaduras y con el mejor ánimo. Konrad Bock estaba entusiasmado y comentó que en la Alemania empobrecida ni siquiera una ciudad como Hamburgo estaba en situación de juntar un grupo de jinetes en caballos tan buenos.

Después de varios días en camino y habiendo transcurrido todo de manera muy satisfactoria, me tocó la desgracia aludida. Nos encontrábamos en la hermosa hacienda Tunis, perteneciente a Pedro Vásquez U. La mayoría de nuestros acompañantes se había retirado a una siesta, cuando Pedro Vásquez me preguntó si tenía ganas de acompañarlo en la inspección de un rebaño de bueyes cebados, listos para la venta, que estaba en un campo de pastoreo alejado. En el camino de regreso me mostraría, entonces, el punto panorámico más hermoso de su hacienda. Con gusto estuve dispuesto, y tras algunas horas en camino Pedro Vásquez señaló una pequeña loma frente a nosotros, desde la cual tendríamos una buena panorámica.

Con paso lento, encontrándome entre el administrador de la hacienda, que cabalgaba delante de nosotros, y Pedro Vásquez, quien cabalgaba detrás mío y con el cual conversaba, nos dirigimos hacia la cima por el sendero algo cubierto de maleza cuando de repente mi caballo cayó con las patas delanteras en un profundo agujero, del cual salió un asustadizo armadillo. Sentí dolor en la parte inferior de la pierna izquierda, pero pude sacar mi caballo del agujero y bajar deslizándome de la montura.

Luego, el mundo empezó a darme vueltas. Me había quebrado la pierna izquierda en dos partes, la primera debajo de la rodilla y la segunda encima del tobillo; el caballo la había apretado contra el borde de la zanja. La loma era, como después se supo, un viejo cementerio indígena, donde se había cavado reiteradamente en busca de oro, pero los huecos no fueron rellenos de nuevo.

Por suerte, uno de nuestros acompañantes era el ya mencionado doctor Juan Pablo Gómez Ochoa, quien me aplicó la primera terapia después de haber sido llevado en una camilla a la casa. Primero me acomodó las quebraduras, luego me aplicó con los medios más primitivos un vendaje tan excelente que soporté el transporte de regreso a Medellín en forma óptima. Antes

de acomodar los huesos, el doctor Gómez me dio como anestésico un coñac fuerte; por lo demás, apreté los dientes. Konrad Bock, que se había puesto muy nervioso con el asunto, trató de anesthesiarse también un poco, tomando entretanto dos botellas de vino del Rin.

Ocho acarreadores, que debían ser turnados a los pocos minutos, me transportaron durante dos días hasta la estación de ferrocarril Angelópolis. En la parte más difícil del camino, donde la camilla era demasiado ancha, y por los senderos montañosos angostos y serpenteantes, nos acompañaron cuarenta y ocho portadores en total. La camilla era una cosa pesada y tosca, y yo tampoco era liviano. Sentí lástima por los pobres muchachos que me llevaban, a pesar de que estos estaban siempre de buen humor.

El accidente me sucedió en uno de los últimos días de agosto y casi sesenta días después pude ir de nuevo a la oficina con la ayuda de un bastón. Durante el tiempo que debí guardar reposo mis amigos de Medellín, encabezados por los miembros del Consejo de Supervisión, se mostraron desde su lado más amable. Pedro Vásquez, quien se sintió muy afectado porque me había sucedido el accidente en su hacienda, no permitió compensarle los gastos. Ni tampoco el doctor Gómez, a quien se envió una factura por su valiosa y oportuna ayuda. También mi personal de servicio, en especial la vieja Paulina, se comportó en ese tiempo de modo excelente. A fines de diciembre estuve nuevamente en condiciones de hacer una de mis habituales giras por las sucursales.

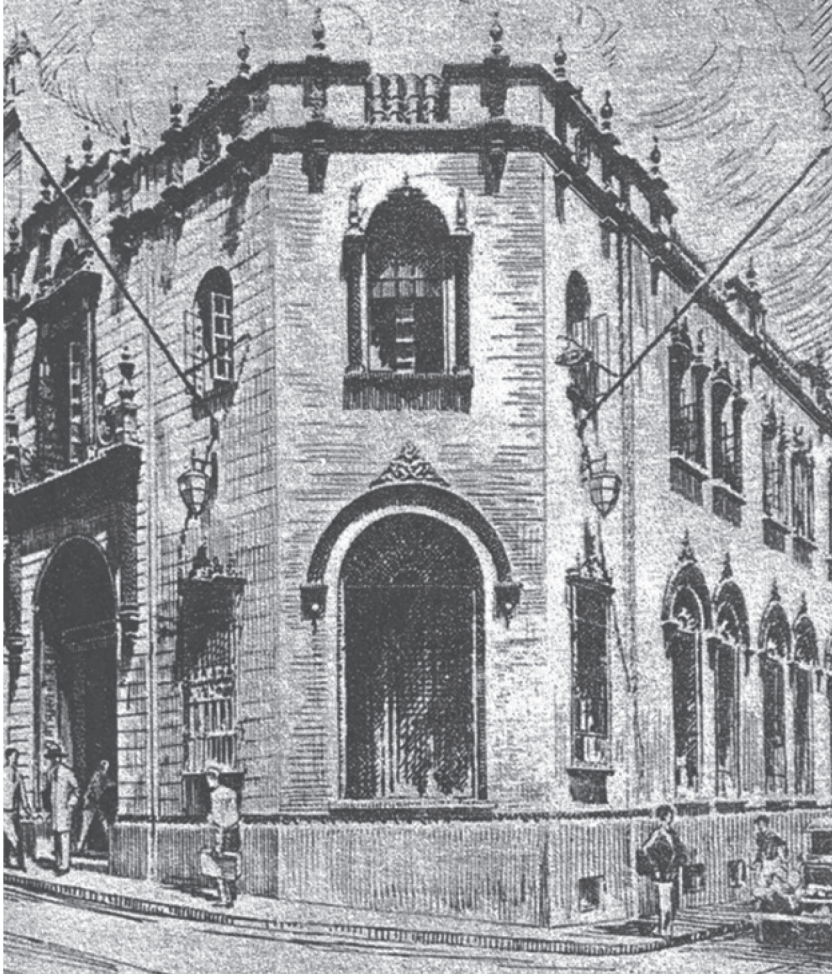
El año 1924 empezó financieramente bien y terminó de la misma forma. Durante su transcurso, el capital del banco se incrementó de los iniciales setecientos cincuenta mil pesos, a dos millones. El volumen de transacciones bancarias aumentaba con constancia y desde el Consejo de Supervisión se presionaba para fundar nuevas sucursales. Yo estaba muy de acuerdo con esto, pero con la condición de que primero hubiera suficiente personal directivo que las pudiera atender. Bajo la influencia de Thiel fue ordenado acelerar la fundación de sucursales a pesar de mis objeciones, por lo cual se suscitarían adelante graves dificultades para nosotros, pero Bremen mantenía la postura de que en caso de demasiado titubeo se nos podrían adelantar otros bancos, lo que también era cierto.

La primera sucursal inaugurada en 1924 fue la de Cali, y como director se designó a Grünwald, de quien pensábamos de forma unánime que había hecho muy bien su tarea en Honda. Esto era una equivocación que solo fue posible porque el entonces modesto Heinatz había quedado de forma voluntaria totalmente relegado en cuanto a sus logros. Grünwald era un perfecto cero a la izquierda para nosotros, a pesar de su aparente exitosa carrera en la Hongkong y Shanghai Banking Corporation, en China, lo cual se evidenciaría poco después de comenzar su tarea en Cali.

Noticias intranquilizantes procedentes de allí me motivaron a una pronta visita a la sucursal recién fundada, que encontré en un estado totalmente insatisfactorio. Como vicedirector de la sucursal habíamos nombrado, confiando en la equivocada supuesta eficiencia de Grünwald, a un joven de Bremen, Holzmann, hijo de un apoderado de la empresa A. Held, quien también tenía buenas recomendaciones y se reveló, al igual que Grünwald, como completamente inepto. No tardé en darme cuenta de que bajo la dirección de Grünwald-Holzmann la sucursal iba camino al abismo, lo que ellos no querían entender de ninguna manera. Fueron despedidos lo más rápido posible y reemplazados por otros que, no obstante, aún no eran satisfactorios, pero nuestra falta de personal capacitado era tan grande que no teníamos otra opción. Demoró quizás dos años, hasta que se logró solucionar de forma satisfactoria el problema del rendimiento en Cali. A partir de ese momento la sucursal hizo progresos moderados, sin lograr alcanzar mayor relevancia. Esto último estaba en consonancia con el desarrollo de la ciudad que nunca experimentó el auge esperado de ella después de haber terminado la conexión ferroviaria con Buenaventura.

Si bien en los diez años que habían transcurrido desde mi primera visita la ciudad se había agrandado y mejorado, ni lejanamente lo estaba en la medida en la que habían progresado en ese tiempo otras ciudades colombianas como Bogotá, Medellín y Barranquilla.

Esta vez había comenzado mi viaje a Cali desde Bogotá y crucé, por primera vez, el Paso del Quindío, a más de 3.200 metros, en la cordillera Central. En aquellos tiempos se viajaba desde Bogotá hasta Ibagué en el ferrocarril; de Ibagué hasta Armenia, según las condiciones climáticas y los caminos, durante un día y medio o dos en mula, y de Armenia hasta Cali nuevamente en el ferrocarril. El trayecto parcial entre Armenia y Zarzal acababa de completarse y su funcionamiento aún no era seguro, los deslizamientos de tierra y los descarrilamientos estaban todavía a la orden del día en ese trayecto montañoso, e incluso mi tren no se salvó de este destino, ya que fue inmovilizado por esa circunstancia durante horas. En La Paila, donde en 1914 encontré una localidad con solo unas pocas casas y había pasado una noche algo desagradable al regresar de Cali, se levantaba ahora una estación de ferrocarril, alrededor de la cual había surgido una pequeña aldea.



Banco Alemán Antioqueño, Cali

Fuente: Banco Alemán Antioqueño, Medellín, sin indicación de página.

El regreso desde Cali lo hice de nuevo por el Paso del Quindío; después visité la sucursal de Honda y seguí a Medellín. La cabalgata por el Quindío me gustó muchísimo, entre otras cosas porque las elevaciones aún estaban cubiertas por un hermoso bosque de gran altura. Dos o tres años más tarde se había desmontado todo imprudentemente. También era paisajísticamente hermoso el trecho del camino ubicado entre el pico del Paso y la ciudad de Ibagué, que bordeaba la ribera sur del profundo río Coello.

Llamaba la atención lo diferente que era la población de un lado del Paso del Quindío, de la del otro. La ladera oeste, que bajaba hacia el Cauca, estaba poblada por antioqueños, los cuales en su mayoría causaban una impresión de salud, fuerza y energía; en cambio, la población del Tolima, que se extendía desde la cima de la montaña hacia el este, daba la impresión de debilidad y falta de energía; se veían muchas personas, incluso niños, con un color de piel amarillo, poco natural, a consecuencia de constantes ataques de malaria, según se me explicó.

VIAJE A SANTANDER

A finales de 1924 nos llegó la petición de Bucaramanga, capital de Santander del Sur, de fundar también allí una sucursal de nuestro banco. La idea fue recibida de forma favorable por nuestro Consejo de Supervisión de Medellín, pues se suponía, en general, que la ciudad y el departamento irían en auge debido a la conexión del ferrocarril que se encontraba en construcción, de Puerto Wilches, en el Magdalena, con Bucaramanga, como también una conexión aérea planeada entre ambos lugares. Coincidiendo con el Consejo de Bremen se decidió, por lo tanto, que Manuel María Escobar O., uno de nuestros consejeros de la Junta, quien debía atender negocios propios en Bucaramanga, y yo, analizaríamos el asunto en el lugar. Si nuestras consideraciones eran lo suficientemente favorables, entonces la sucursal sería fundada.

En los primeros días de diciembre partimos don Manuel y yo; salimos primero de Puerto Berrío por el río Magdalena, a Puerto Wilches. Mi acompañante, que era un hombre muy reconocido, tenía una carta de recomendación para el ingeniero que dirigía la construcción del ferrocarril, debido a lo cual fuimos recibidos muy amablemente en su nombre. Allí se nos comunicó que no necesitábamos pasar la noche en Puerto Wilches, contaminado por malaria y mosquitos; podíamos seguir el viaje esa misma tarde de nuestra llegada, a la estación final del ferrocarril provisoria, ubicada a unos dieciséis kilómetros al interior, que gozaba de mejor clima, donde las mulas destinadas para continuar nuestro viaje estarían listas. Esa noticia nos alegró mucho, pero estábamos algo asombrados por el medio de transporte que nos debía llevar.

El mismo no era otra cosa que una plataforma de madera sobre cuatro ruedas. La fuerza motriz era brindada por dos obreros ferroviarios fuertes, que se sentaban en el borde trasero del vehículo y lo movían hacia adelante pateando con los pies contra los umbrales. Era asombroso lo bien que avanzábamos. Si era cuesta abajo, alcanzábamos a menudo velocidades importantes, pero cuesta arriba era distinto, con frecuencia debíamos bajarnos todos para aliviar la carga. Demoramos más o menos cuatro horas en recorrer los dieciséis kilómetros. Fue un viaje interesante a través de la región casi deshabitada, primero pantanosa, luego esteparia. Cuando llegamos a la estación final

estaba bastante oscuro y pasamos una noche muy agradable en las barracas del ferrocarril.

Temprano, a la mañana siguiente, continuamos nuestro viaje en las mulas que habían sido enviadas por nuestros asociados comerciales. La cabalgata, que duró alrededor de tres días, nos llevó, durante la primera mitad, a través de una tierra irregular que ascendía lentamente, con notorio clima insalubre, y en su segunda mitad por una región muy montañosa. Todo estaba poco habitado.

Cuando, alrededor del mediodía del tercer día de viaje bajamos de nuestros animales, ya muy cansados por la larga y empinada cuesta hacia la pequeña localidad llamada Tres Ríos o Tres Esquinas o Las Bocas, vi cómo un muchacho bañaba dos hermosos caballos abajo en el río. Le dije a don Manuel, señalando a los caballos, que sería bueno si ahora pudiéramos cambiar nuestras dos mulas cansadas, por aquellos. No nos habíamos acercado aún a ellos cuando el muchacho nos preguntó por nuestros nombres. Después de haberle respondido, nos comunicó que unos asociados comerciales nuestros nos habían enviado los caballos para hacernos el resto del viaje más agradable y rápido. Uno de los caballos era blanco, inmaculado; el otro, roano. El caballo blanco, dijo el joven, estaba destinado al señor mayor; por lo tanto, fue asignado a don Manuel. Después de un breve descanso al mediodía, ya en las nuevas cabalgaduras, nos pusimos en movimiento y recorrimos el camino aún bastante difícil, incluyendo el ascenso muy empinado al altiplano de Bucaramanga, en pocas horas. Los caballos, finos, de buen andar, sabían que estaban yendo a su casa y debieron ser retenidos, incluso, durante el empinado ascenso. En nuestras mulas hubiéramos llegado tarde en la noche. Una media hora antes de llegar a la ciudad encontramos un grupo de jinetes que venían a nuestro encuentro para saludarnos.

Bucaramanga era en ese tiempo una ciudad tranquila de 40.000 habitantes como máximo, conectada con el entorno solo a través de difíciles caminos montañosos y una vía fluvial quizás aún más complicada. Esta última conducía por el río Lebrija, un afluente del Magdalena. Para vapores era solo navegable en un corto trecho. Tenía una fuerte corriente y se lo usaba, principalmente, para transportar ciertos productos regionales en balsas y botes primitivos río abajo, al puerto del Magdalena más cercano.

A pesar de las dificultades de transporte, unos automóviles ya habían encontrado el camino a Bucaramanga, aunque ahí apenas había limitadas posibilidades para su uso. En aquellos años ya se encontraba a veces en localidades totalmente aisladas en la montaña, algún auto que había sido trasladado allí con un esfuerzo increíble, aun cuando no podía hacer otro recorrido que la vuelta alrededor de la plaza de mercado. La población se divertía con

él como con un carrusel y los emprendedores dueños del auto por lo general hacían un buen negocio.

La población de Bucaramanga era predominantemente de piel blanca y en su aspecto parecida a la de Antioquia, pero no era tan decidida y emprendedora. La economía en realidad no tenía un nivel muy alto, lo cual era atribuido a las difíciles condiciones de transporte y a los destrozos durante las últimas guerras revolucionarias. Estas últimas habían tenido lugar en gran parte de la región. Quizás una consecuencia de las mismas era también la circunstancia de que los hombres, durante las disputas, eran muy propensos a responder con armas. Mientras que en otras partes del país el hombre común estaba armado a lo sumo con su inseparable machete, en Santander casi todos mostraban consigo un revólver tan brillante como fuera posible. Eso ya me había llamado la atención en los obreros ferroviarios. También las personas pertenecientes a los estratos sociales superiores parecían llevar con frecuencia un arma. En varias visitas que hice al club noté que muchos hombres estaban armados con puñal y revólver.

Había poca gente rica en Santander. Algunos poseían extensos campos, pero por falta de obreros y capital no estaban en condiciones de explotarlos. También se dificultaba la construcción del ferrocarril por la escasez de mano de obra. El trabajo en las calurosas e insalubres tierras bajas del Magdalena era poco atractivo, a pesar de que el ferrocarril ofrecía buenos jornales. Más que el dinero, al final atrajo la oferta del tren de concederle a cada obrero dos libras (!) de carne diarias, aparte de la manutención habitual.

Los colombianos, incluso aquellos que viven en las regiones calurosas, son grandes consumidores de carne, y a pesar de las considerables cantidades de ganado criadas en algunas zonas, para la mayor parte de la población la carne no era un artículo cotidiano. Una de las razones era que el ganado, a pesar de ser abundante en ciertas regiones, debido a las dificultades de transporte no podía ser trasladado fácilmente a los lugares de consumo. Santander era pobre en ganado y el consumo de carne, por lo tanto, no era común en los grandes sectores de la población, por eso le fue posible al ferrocarril de Puerto Wilches atraer a los obreros con la estrategia mencionada.

Don Manuel y yo permanecemos menos de dos semanas en Bucaramanga. En ese lapso constatamos que las condiciones previas para la existencia de una sucursal pequeña eran satisfactorias y decidimos su apertura. Uno de nuestros empleados en Medellín, Heinrich Rupertus, sería el gerente. Teníamos un excelente concepto de él, después de más de un año de trabajo, más por su carácter y confiabilidad que en lo referente a sus aptitudes. Cuatro años después, justo de este hombre recibiríamos una amarga desilusión que nunca hubiéramos esperado.

Don Manuel y yo habíamos decidido regresar a Medellín pasando por Bogotá. Se nos indicó que el viaje duraría unos cuatro días, de los cuales tres debían ser hechos a caballo y el cuarto podía ser en automóvil. Estaba contento con este viaje que me llevaría por comarcas interesantes, aún desconocidas para mí.

En la mañana de nuestra partida salimos al alba en un auto rumbo a Piedecuesta, una pequeña localidad a donde el día anterior ya habían enviado nuestras cabalgaduras. Las encontramos listas para partir, y después de una breve despedida de algunos asociados comerciales que nos habían acompañado hasta allí, a pesar de la hora tan temprana, comenzamos el viaje.

El primer día pasamos por una región poco poblada y algo montañosa. Para los animales fue muy extenuante el cruce de los muchos cientos de metros de profundidad que tiene el valle del río Sogamoso (en esa zona también recibe el nombre de Chicamocha), y cuyas laderas caen casi verticales. Se nos había recomendado en Bucaramanga alquilar en el mismo lugar animales para esa parte del viaje, que estuvieran acostumbrados al camino pedregoso y muy empinado y así cuidar nuestras cabalgaduras para el viaje posterior. Seguimos este consejo y alquilamos por una suma que nos pareció bastante alta dos pequeños caballos blancos, de aspecto insignificante, pero que demostraron ser muy fuertes. Después de haber escalado algunas horas más tarde el borde opuesto de la quebrada del valle, ya el precio pagado por el alquiler no nos pareció alto. La quebrada del río me hizo recordar al Grand Canyon (Gran Cañón) del estado de Arizona, en los Estados Unidos, aunque solo lo conocía en aquel entonces por el nombre, mejor dicho, por la descripción, pero esta era quizás más del doble de profunda y ancha.

Pasamos la noche en el poco amable pueblo de Onzaga. Cuando quisimos partir a la mañana siguiente bien temprano y don Manuel ya había puesto un pie en el estribo, su mula cayó temblando de rodillas y fue sumamente difícil levantarla. Ahí constatamos que el pobre animal estaba escoriado en la parte de la montura, completamente adolorido, y de ninguna manera podía seguirse montando en él. También la mula que llevaba el equipaje tenía aspecto agotado, a pesar de que su carga no era pesada. Con dinero y buenas palabras, pues la gente del pueblo tenía muchísimo tiempo, logramos alquilar cabalgaduras de reemplazo con las cuales finalmente pudimos seguir el viaje, no sin haber perdido valiosas horas.

El camino comenzó ahora a subir más y más, y avanzada la tarde llegamos al pequeñísimo Susa, donde debimos pasar la noche. El pueblo estaba ubicado solo un poco más abajo que el páramo del mismo nombre, un altiplano que debíamos cruzar al día siguiente, a unos cuatro mil metros de altura, como se me informó.

Era la noche del 24 de diciembre, Nochebuena, cuando llegamos a Susa. Las campanas de la pequeña iglesia llamaban a misa. Los más jóvenes de la montaña, casi todos indígenas, bajaban saltando como las cabras por las laderas, mientras que los mayores venían atrás con lentitud. También mi amigo y acompañante don Manuel, católico acérrimo, asistió a la misa.

Nuestra modesta posada nos podía ofrecer poca cosa en cuanto a hospedaje y comida. Pero por lo menos era bastante limpia. Gracias a la prevención de don Manuel no tuvimos que depender de la algo deficiente ropa de cama de la posada; había traído sus propias cosas, con las cuales también me podía equipar. Nos alegramos cuando llegó la mañana, porque a la gran altura en que nos encontrábamos hacía mucho frío durante la noche, quizás bastante cerca del punto de congelación, incluso por debajo de él, y no teníamos mucho con qué cubrirnos.

Cerca de las seis de la mañana partimos a caballo de Susa y alrededor de una hora después alcanzamos el borde del altiplano que debíamos cruzar. Habíamos sido advertidos por la gente de Susa, de no perder tiempo en el cruce, sino hacer este trayecto en el menor tiempo posible ya que a menudo se presentaba mal tiempo de forma repentina y se convertía en un peligro para los viajeros. El páramo estaba casi deshabitado, y si nosotros entrábamos en la niebla o en una tormenta de nieve, lo cual era bastante común, podríamos desviarnos fácilmente del camino y estar en una situación desagradable. Pero tuvimos suerte con el tiempo, pues poco después de haber alcanzado la altiplanicie salió el sol y ahuyentó las nubes, de tal manera que tuvimos todo el día un tiempo maravilloso para viajar.

Como se nos había dicho, el altiplano estaba casi despoblado. No creo que durante las cuatro horas que necesitamos para ir de un borde al otro hayamos visto más de media docena de pequeñas granjas indígenas, que consistían de cabañas construidas con piedras, techadas con paja, y unos pequeños establos. El patio circundante, así como los pocos campos, por lo general con cultivo de cebada, estaban cercados —probablemente como protección contra el viento— con muros de piedras superpuestas. En cuanto a animales domésticos, solo me acuerdo de haber visto cabras, gallinas y perros. Las personas eran pequeñas, sin vigor y muy sucias.

A pesar de su uniformidad, encontré la región interesante. Los cuantiosos arroyos que cruzamos tenían agua cristalina, a través de la cual se podía ver cada uno de los pequeños guijarros, tendidos en el lecho. La vegetación apenas estaba representada por pasto raquíptico, maleza baja y el frailejón, que crecía abundante en las alturas. Esta era una planta que solo vi en Colombia, en las regiones montañosas más altas. Consiste en un tronco que puede ser grueso como un tronco de árbol mediano y crecer varios metros de altura. No

tiene ramas, ni desarrolla leña, y posee grandes hojas grises tipo felpa. Desde la distancia, a menudo la confundí con un indio vestido con su ruana. Donde crece, casi no lo hacen otras plantas. No sé si la comparación es adecuada, pero quiero decir que tiene una presencia en el frío altiplano árido parecida a la del cactus en tierras bajas, estériles y calurosas. También el mundo animal estaba escasamente representado en las alturas. Recuerdo haber visto, exceptuando los buitres, solo algunas pequeñas aves.

A pesar de que estábamos muy en lo alto, se veían, sin embargo, en distintas direcciones, montañas aún mucho más altas. La más alta de todas era quizás la montaña glaciar del Cocuy, que se elevaba al norte de nuestra ruta de viaje. Diversos páramos en la región, en especial el del Almorzadero, tenían mala fama por los ladrones que vagaban por allí y realizaban saqueos. Pero nuestra ruta era considerada en esos tiempos segura. Por lo que recuerdo, no encontramos en nuestro camino ningún otro viajero.

Poco antes del descenso al valle encontramos una pequeña posada, sucia, en la que hicimos nuestro descanso del mediodía. La siguiente cabalgata, de dos horas, en la cual descendíamos de forma constante, nos llevó a la ciudad de Belén, en el departamento de Boyacá, desde donde queríamos partir al día siguiente para cubrir el resto del viaje hasta Bogotá en un automóvil pedido por telégrafo.

La ciudad de Belén, habitada casi exclusivamente por indígenas, está ubicada en un extendido valle a mucho más de dos mil metros de altura y posee un clima fresco. La ciudad no causa una impresión agradable. Llamaba la atención la gran cantidad de tabernas, en las cuales se vendía chicha, una cerveza de maíz. Estos negocios no tenían nombres, solo números. De la bebida fuertemente embriagante se desprendía un olor pestilente, que se percibía en casi toda la ciudad. A medida que avanzaba la noche, también lo hacía la cantidad de indios borrachos. Me decían que esta gente vivía sobre todo de papas, papilla de cebada y chicha. El gobierno hacía grandes esfuerzos para quitar a la gente la costumbre de tomar chicha, la que con el tiempo tenía un efecto embrutecedor en las personas, pero hasta entonces con poco éxito. La chicha era barata y engañaba a la población con relación a su alimentación insuficiente.

Temprano a la mañana siguiente comenzamos el viaje de unos doscientos cincuenta kilómetros de distancia, a Bogotá. Nos condujo por un valle montañoso de anchura cambiante, que finalmente desembocaba en la meseta de Bogotá. Las comarcas con sus campos de cereales, plantaciones frutales, verdes pastos, sauces y plátanos recordaban paisajes europeos. La carrera se encontraba, en general, en malas condiciones, pero mejoró a medida que nos acercábamos a la ciudad.

Incluso a esta temprana hora de la mañana nos encontrábamos con indígenas ya borrachos que a menudo se tambaleaban en medio de la calle y no reaccionaban a ninguna señal de bocina. Teníamos que hacer un giro alrededor de ellos a velocidad reducida. A menudo los rostros de estas personas tenían una expresión animal, atontada, como consecuencia de la continua ingesta de chicha, a lo que se dedican desde la más temprana infancia ambos sexos de los estratos más bajos de esta población indígena. A mi acompañante, don Manuel, que era un buen patriota y hombre de costumbres severas, le era penoso que yo como extranjero viera estas tristes condiciones. Señaló que en otras partes del país especialmente en su patria antioqueña, las condiciones eran mucho mejores, lo cual pude confirmar con buena conciencia.

Cerca del mediodía llegamos a Tunja, la capital del departamento de Boyacá, donde hicimos un breve descanso. De ahí en adelante el tránsito se incrementó, pasábamos con más frecuencia por localidades y poco antes de oscurecer entramos a Bogotá.

Permanecí alrededor de una semana en la ciudad para inspeccionar nuestra sucursal, que había hecho buenos progresos bajo la dirección de un empleado muy joven, pero inteligente, Otto Gerding. Lamentablemente constaté que al joven se le había subido su posición a la cabeza. Con el tiempo se hizo tan difícil tratar con él que unos años más tarde (1926) nos vimos obligados a despedirlo a pesar de su capacidad. Después de haber hecho una serie de visitas de negocios en la ciudad con don Manuel, regresé solo a Medellín pasando por Girardot y Honda, mientras que él prolongó su estadía en Bogotá.

En una de las diversas oportunidades que tuve ese año de parar en el hotel de Puerto Berrío, encontré a Gustav Kruse, el exadministrador de la hacienda de Pehlke, como empleado del hotel. Sus últimos tristes acontecimientos ya me habían sido contados por Hermann Gebhard, quien se había hecho cargo de la administración del hotel en Puerto Berrío con ayuda de su hermano Wilhelm.

Según relataron, Kruse había sido despedido de manera repentina por Pehlke, probablemente debido a que este ya planeaba vender la hacienda, lo cual también hizo poco tiempo después. Kruse no recibió ninguna indemnización, de tal manera que un buen día quedó totalmente desprovisto de recursos. Hermann Gebhard se había enterado de esto y enseguida le ofreció a su exjefe una ocupación provisoria en el hotel, la cual Kruse aceptó agradecido. Mostraba su habitual forma de ser, permanentemente amable, y evitaba hablar sobre sus tristes experiencias. Tampoco dijo alguna palabra negativa sobre Pehlke.

Varios meses después logramos, Hermann Gebhard y yo, conseguir un puesto de trabajo a Kruse en la empresa Wiese & Starck en Barranquilla, que

buscaba un administrador para su hacienda de café Las Nubes, ubicada en la Sierra Nevada de Santa Marta. Durante varios años Kruse administró este lugar a total satisfacción de la empresa, la cual a su vez lo trataba bien. Se dice que estuvo tan feliz y satisfecho como quizás nunca antes en su vida, hasta que un día, después de regresar de un recorrido por la plantación, un infarto puso fin a su existencia.

Hermann Gebhard y yo nos alegramos de que Kruse por lo menos había tenido al final unos años placenteros. Pero la antipatía por parte nuestra hacia Pehlke, nuestro antiguo jefe, había crecido aún más. Este me visitó una vez en el banco, en Medellín, bajo algún pretexto. Como era cliente de nuestra sucursal en Honda, me vi obligado a recibirlo. Cuando falleció una década después en Alemania dejó una pequeña donación a mi antiguo club para el fomento de las relaciones de ultramar, el resto de su fortuna la dejó a la ciudad de Stettin, la cual le levantó en agradecimiento un busto en alguna parte. Grandes obituarios estuvieron dedicados al 'gran' hombre, quien es verdad, esto debe ser reconocido, había sido enérgico, trabajador y ahorrativo, pero también de una naturaleza totalmente deshonesto.

“UN HONOR SER BANQUERO...”

A pesar de los diversos viajes que tuve que hacer en 1924, pasé la mayor parte del año en Medellín, que aún me gustaba como desde el principio y donde había adquirido un amplio círculo de conocidos y amigos. En el transcurso del tiempo había sido elegido también miembro de la Cámara de Comercio y vicepresidente del Club Unión. De este último honor hubiera prescindido con gusto, si hubiera podido; además, no tenía talento para este puesto por falta de interés en la vida social.

Como vicepresidente, me vi una vez en la situación de ofrecérseme la presidencia de una corrida de toros que tendría lugar en honor al club. Recibí un día una carta del alcalde en la cual se me comunicaba que se me había nombrado presidente de la corrida de toros a realizarse el domingo siguiente. El alcalde me acompañaría, como era costumbre. En realidad, ese honor debía haberlo recibido el presidente del Club Unión, un señor Ricardo Botero, pero se encontraba en una de sus haciendas y no estaba disponible. Creo que se había dado cuenta de lo que le esperaba y desapareció a tiempo. Ya en aquel entonces había mucha gente culta que desaprobaba por completo el espectáculo de la corrida de toros, pero el pueblo seguía yendo con entusiasmo y el espectáculo aún se consideraba un evento muy importante, que era supervisado y reglamentado por las autoridades.

Tan pronto recibí la carta hablé por teléfono con el alcalde, agradecí el honor y al mismo tiempo lamenté no poder aceptar la presidencia porque no condecía con mis convicciones, bien conocidas entre mis amigos, que rechazaban por completo la corrida de toros. El alcalde estaba molesto por mi negativa y varios miembros del club también trataron de convencerme de hacer esta vez una excepción. Algunos me señalaron que unas jóvenes y bonitas damas de la sociedad siempre eran invitadas al palco del presidente y del alcalde, pero esta situación tampoco me hizo vacilar. La corrida de toros tuvo lugar sin mi presencia, pero en el programa sí estaba mi nombre como presidente; ya estaba en la imprenta cuando se me notificó y cuando lo rechacé era demasiado tarde para imprimir programas nuevos.

Hasta ese momento había visto cinco corridas de toros, tres en Bogotá, una en Medellín y otra en Barranquilla, sin que me hubiera parecido otra cosa que una carnicería torpe y torturante. Una vez en Bogotá vi cómo un toro recibió de un torpe matador tres banderillas clavadas en la nuca, sin que ninguna le causara una herida mortal. Mugiendo de miedo y dolor el pobre animal corrió varias veces por el ruedo, hasta que se derrumbó por la pérdida de sangre, y una puñalada en la nuca terminó con su sufrimiento. Escenas tristes similares se presentaron también en otras corridas de toros que vi. No podía admirar el valor demostrado por los toreros, que debilitaban al toro con el agotamiento y la pérdida de sangre hasta lograr que ya no hubiera suficiente vida en él cuando el matador lo enfrentara para darle el golpe final con una estocada. Además no me acuerdo haber visto un solo toro que haya estado realmente dispuesto a la lucha y el ataque. Sí vi varias veces que el pobre animal, en su miedo, saltaba el alto cerco que rodeaba al ruedo para escapar de sus torturadores, pero no le servía de nada, pues de nuevo era arriado enseguida hacia allí. Quizás los toros españoles eran diferentes, pero los colombianos, de los cuales he visto tantos en las fincas, eran en general animales mansos, tranquilos. La mayoría de los así llamados 'toros' que eran utilizados en Colombia para las corridas, no eran siquiera toros, sino comunes bueyes de engorde (en 1929 tuve la oportunidad de ver en España una 'clásica' corrida de toros, mas renuncié a esta 'diversión').

A mi círculo de conocidos y amigos pertenecían también integrantes del clero católico, aún muy influyente en aquellos tiempos, entre quienes se encontraban algunas personalidades interesantes. Mi amigo más antiguo era el padre Pelayo Gil, un monje franciscano de procedencia española que había conocido como cliente de cámaras fotográficas en la empresa Pehlke. Era una persona culta, de buena apariencia. En uno de sus viajes a Palestina me trajo una botellita de agua bendita del Jordán, que posteriormente le regalé a mi madre, la cual, como buena católica que era, la valoró mucho. Cuando falleció, se la pusimos en su féretro.

Otro amigo era el abate del convento franciscano en Medellín, el padre Benito Navarro, también español, pero aparentemente de origen más sencillo. Mientras que el padre Gil causaba una impresión alejada de la mundanidad, más espiritual, el padre Navarro era bastante experimentado en las cuestiones de este mundo. Incluso era un comerciante muy hábil. Para su convento importaba no solo estatuas de santos y cosas parecidas desde España e Italia, sino también excelentes vinos y licores españoles. Fue a través de las remesas asociadas a estas transacciones que lo conocí. En una de mis visitas al convento me condujo por el edificio, cuyas habitaciones daban la impresión de ser muy sencillas, pero acogedoras. A continuación le dije que en caso de que

quisiera retirarme alguna vez al convento, ¡definitivamente lo contactaría a él! Al final me condujo al refectorio, el salón comedor, donde me anunció que ahora me haría tomar una copa del mejor vino del convento. Nos dirigimos hacia una mesa y después de unos minutos apareció un hermano mayordomo con una bandeja en la cual me traía, con una sonrisa afectuosa, una gran copa de plata con vino. Este era excelente, pero bastante fuerte, por lo que, dada la hora aún muy temprana de la mañana, tuve que renunciar al ofrecimiento de un nuevo llenado de la copa. Este vino, aparentemente de dieciséis años, no era para comprar.

Tenía además diversos conocidos entre los jesuitas, que dirigían la mejor escuela superior de varones en Antioquia, uno de los cuales era el doctor Jesús María Sierra, rector de la Universidad de Antioquia. Este me visitó varias veces con el deseo de que yo ofreciera una serie de clases sobre gestión financiera y bancaria en la universidad. La propuesta me atrajo y me hubiera gustado aceptarla; sin embargo, teniendo en cuenta que el rápido ascenso de nuestro banco nos había traído muchos envidiosos y que en especial los de la competencia seguían con la mayor atención y envidia todo lo que hacíamos, después de profundas reflexiones, incluso con nuestros consejeros de la Junta, algunos de los cuales sugirieron inicialmente que debería aceptar la propuesta, preferí abstenerme. ¡El doctor Sierra se disgustó por mi negativa, aunque fue formulada de forma muy diplomática, pero desperdicé la única oportunidad en mi vida de que se me confiriera el título de doctor por parte de una universidad! Dicho sea de paso, a pesar de esto, ocasionalmente se dirigían a mí usando el título de doctor, especialmente clientes provenientes del campo. Entre los jesuitas, los alemanes y alsacianos estaban bastante bien representados. Había mucha gente inteligente y muy culta entre ellos.

También conocí al muy estricto jefe supremo de la iglesia en Antioquia, el arzobispo Caicedo. Era un hombre de presencia digna, que gozaba de gran prestigio, pero debido a la implacabilidad con la cual insistía en los derechos de la Iglesia y en los deberes de los creyentes, era más temido que apreciado. En el membrete de sus cartas estaba impreso ‘Gobierno Eclesiástico’ y había momentos en que era dudoso cuál expresión era más decisiva, si ‘eclesiástico’ o ‘gobierno secular’.

Incluso con el jefe de este último, el gobernador, general Pedro Justo Berrío, me entendía muy bien. Era un anciano honorable, de carácter intachable, cuya palabra era absolutamente digna de confianza. Recuerdo que una vez le di un adelanto de cien mil pesos para el departamento por unos días, teniendo solo su palabra de garantía. Esto sucedió en las negociaciones con el banco referentes al otorgamiento de un crédito mucho mayor, cuando el general Berrío me dijo por teléfono que el cumplimiento de todas las formalidades de ley para

el crédito demandaría unos días, pero que él necesitaba urgentemente cien mil pesos en ese momento, y me preguntó si yo veía una posibilidad de ayudar al gobierno departamental a salir de este apuro. Le di el dinero a cambio de un recibo firmado por él y su secretario. No era un hombre rico; a excepción de una propiedad en el campo, no muy productiva, ubicada cerca de Santa Rosa de Osos, en las frías tierras montañosas, casi no tenía bienes. Era un hombre valiente.



Procesión del *Corpus Christi* en Medellín

Cuando yo aún residía en el hotel Europa, en la zona de los mercados cubiertos, donde vivía la peor parte de la población de Medellín, un atardecer se inició una revuelta por una razón que no recuerdo y se propagó rápidamente hasta el centro de la ciudad. Los cabecillas comenzaron a violentar los negocios cerrados, romper ventanas y hasta en mi habitación del hotel entró una gran piedra. De súbito se escuchó el ruido de tambores. Salí al balcón y vi cómo la policía armada con fusiles venía marchando por el parque Berrío, y a

la cabeza marchaba el gobernador. Sin apresurarse se había adelantado unos pasos, con la mano en su bastón y en la cabeza su habitual sombrero de copa negro. Cuando unos sujetos alterados se le pusieron en el camino y le gritaron a la cara sus ‘¡abajos!’, los agarró con sus manos, los empujó hacia los policías para su detención y siguió caminando tranquilamente. Después de una media hora finalizó la revuelta sin consecuencias serias.

A través de mis extensas relaciones personales y comerciales y los muchos viajes, había adquirido un conocimiento muy preciso del territorio y de la gente en Antioquia, y dado que mis impresiones eran en su mayoría favorables, me sentía totalmente en casa. Participé de la vida pública en la medida permitida a un extranjero y me alegraba cuando con ayuda de un crédito del banco se podía fomentar un trabajo público. Ya dominaba el idioma español perfectamente y en ocasiones escribía artículos comerciales para los periódicos.

Sin embargo, a pesar del enorme círculo de conocidos del que dispuse en el transcurso del tiempo en Medellín, no llevaba una vida social muy activa. Excepto ocasionales visitas que le hacía al matrimonio Gundlach y visitas aún más esporádicas a otras familias locales y extranjeras, mi actividad social fuera del ámbito comercial se limitaba casi solo al Club Unión y al más reciente Club Campestre. Yo era reacio a aceptar invitaciones y por eso usaba los feriados, en especial las largas semanas de festejos del final de año, para viajes de negocios. Así es como sucedió que más de una vez pasaba Navidad a bordo de un vapor en el río Magdalena.



Patio del Club Campestre, Medellín

Colombia en general, y Antioquia en especial, se caracterizaban por un lento pero sano auge económico. Las ganancias comerciales se mantenían limitadas, mas las condiciones eran seguras. Las condiciones de vida de todos los estratos de la población mejoraron. No había descontento significativo, ni odio de clases, ni dificultades sociales dignas de ser mencionadas. Disturbios como el ya señalado eran la excepción. Salvo pequeños robos y delitos pasionales, la criminalidad no era grande.

En el mundo de los negocios, con algunas excepciones, todavía existía la mayor honestidad. Los acuerdos orales eran tan respetados como los escritos. En algunos casos de cese de pago los deudores se comportaban tan correctamente que los acreedores demostraban el mismo interés tanto de ayudarlos a lograr una nueva existencia como de asegurar sus exigencias. En la concesión de créditos el banco estaba supeditado casi exclusivamente a las declaraciones de personas de confianza, que se evidenciaban siempre como confiables. Los clientes procedentes del campo vivían, en parte, a varios días de camino de la ciudad, en regiones difícilmente accesibles, en las cuales casi no existían autoridades. A pesar de esto, el banco no perdió ni un centavo en el campo agrícola de Antioquia durante los diecisiete años de mi actividad en él. Esto, aunque las garantías hipotecarias casi nunca se exigían. Hubo tiempos en los cuales la necesidad de garantías hipotecarias se aproximaba bastante a una duda expresa de la honestidad del deudor. La hipoteca de la casa, del hogar de la familia, se consideraba casi una vergüenza.

Una de las personas más confiables que conocí en Medellín, e incluso en toda mi vida, fue el abogado del banco, el doctor Daniel Uribe del Valle. Era de una honestidad incorruptible, además de muy versado y hábil en todas las cuestiones comerciales. También, muy religioso, pertenecía a la rama más estricta del Partido Conservador. No tenía otros intereses, fuera de su religión y su familia, que los de su profesión, es decir, de su clientela. Siempre estaba dispuesto a atender a una persona, tenía tiempo para todos y trabajaba hasta altas horas de la noche. De ninguna manera era codicioso. A nadie le mandó una factura por los servicios prestados. El banco había acordado con él un sueldo anual, que al principio era muy reducido. Con el aumento de las transacciones comerciales se incrementó también su trabajo como asesor legal, y no pocas veces era incluido en las sesiones del Consejo de Supervisión, sin la menor insinuación de que consideraba apropiado un aumento de su remuneración. De vez en cuando, por parte del banco se decidía un aumento y se le comunicaba el mismo directamente. Repetidas veces manifestó que le pagábamos demasiado. Con el paso del tiempo percibió realmente un ingreso respetable del banco; en vista de esto, logramos que empleara un abogado más joven como ayudante, lo que era urgente, porque su numerosa clientela no le

permitía dedicarle al banco, su mayor cliente, el tiempo necesario. Su auxiliar era tan conservador y confiable como él, pero, por supuesto, no tan experimentado. Se llamaba Juan de Dios Posada; posteriormente no se mantuvo fiel a la profesión legal, sino que se incorporó al negocio de su padre.



Acción con la firma de Hans Sitarz

Después de que el doctor Uribe del Valle concluyera los asuntos de la herencia de Wilhelm Gebhard, le pedí en nombre de la viuda que me dijera cuánto le debía por sus servicios. Se negó a “mandar justamente a la viuda de un amigo una cuenta”. Pero ella era muy pudiente y consciente de que le debía agradecer por los grandes favores al doctor Uribe del Valle, pues había destinado bastante

tiempo a sus asuntos. Para pagarle con algo que él no pudiera rechazar, se decidió poner dos acciones del banco a su nombre y remitírselas simplemente.

Si el doctor Uribe del Valle hubiera querido, fácil podría haberse convertido en un hombre rico. Aunque no era tampoco precisamente pobre, había logrado su capital más por su vida ahorrativa que por la habilidad en ganar dinero. Como consejero en transacciones comerciales fuera de la esfera legal era inútil, debido a su pesimismo ilimitado. Si uno subrayaba que un negocio era absolutamente seguro, entonces contestaba: “Sin embargo usted sabe que son solo las cosas buenas las que se arruinan, ¡las malas ya lo están!”. A pesar de su negación a emitir facturas, no tenía especial confianza en la humanidad y mucho menos todavía si los pertinentes eran del Partido Liberal. A pocos de ellos los consideraba clientes deseables del banco. “El Partido Liberal tiene más peso en la cola que en la cabeza”, decía a menudo. Era un hombre singular, pero de un tipo de los cuales solo había, lamentablemente, pocos.

Mientras que los antioqueños por un lado eran conocidos —e incluso estaban orgullosos de serlo— comerciantes perspicaces y astutos, por el otro lado se consideraba como sobrentendido que la palabra, una vez dada, debía ser mantenida bajo cualquier circunstancia. No se consideraba *smart* (inteligente), y no era una hazaña, si un hombre no se hacía cargo del pago de sus deudas.

Como ejemplo de esto quisiera aducir que una vez logré cobrar una deuda con diecisiete años de antigüedad, por parte de la empresa Esser & Co., en Solingen, a un Jesús M. Sánchez, en el aquel entonces muy remoto pueblo de Zaragoza. El hombre, que había perdido su fortuna por el retroceso de la minería aurífera en su región, solo hubiera tenido que dejar sin respuesta mis cartas y el asunto quedaba terminado. En lugar de eso, me escribió varias veces que la empresa Esser & Co. siempre lo había tratado muy correctamente, que él no se había olvidado de la deuda en ningún momento y que la pagaría apenas pudiera vender una de las pequeñas minas de oro que tuvo que aceptar como pago, las que representaban toda su fortuna. También vino algunas veces personalmente al banco y repitió sus garantías. Después de haber estado yo en contacto con él varios años, cuando en realidad vendió una mina, no al contado, sino a largo plazo, vino al banco y me transfirió el documento de venta. ¿Por qué se esforzaba este hombre ya mayor, al que no le iba bien, en pagar la vieja deuda? No buscaba nuevas ventajas ni en el banco, ni en la empresa Esser & Co., y ni esta última, ni yo, hemos vuelto a saber de él. Por lo tanto, no hubo razones materiales; el hombre era simplemente honesto y honorable.

Esos años, quizás hasta comienzos de 1926, fueron probablemente los más hermosos de mi carrera profesional, aunque en años posteriores, en lo

que respecta a mis ingresos personales, estuve a menudo mucho mejor posicionado. Pero en aquel entonces era un honor ser banquero, una posición de confianza, y solo era controlado por la opinión pública. Los clientes no esperaban únicamente ayuda crediticia, sino también consejo e interés en sus asuntos. El tratamiento impersonal de los negocios de un cliente fácilmente hubiera sido interpretado como una falta de respeto. Había que tener muchísima paciencia y tiempo para todo. Creo que el banco hizo cuanto se podía esperar de una institución de crédito para satisfacer la confianza puesta en ella. En todo caso, no faltaban los más diversos reconocimientos públicos. ¡Era con frecuencia “el paño de lágrimas”!, como dijo una vez Enrique Mejía O., el presidente de la Cámara de Comercio de aquel entonces.

Las ventas, que aumentaban en forma considerable y permanente, también aumentaron nuestro intercambio internacional, en especial con Nueva York. La concesión con la cual éramos tratados desde 1923 por la Equitable Trust Co. llamó la atención de otros bancos y los motivó a entrar en contacto con nosotros y ofrecernos créditos, en vista de lo cual los consejos de supervisión en Medellín y Bremen decidieron que después de mi viaje de vacaciones planeado para 1925 a Alemania, visitara Nueva York y tratara de ampliar y estrechar nuestra conexión con los bancos locales.

Para poder tomar impresiones tan frescas como fuera posible, hice aun una gira por todas las sucursales y visité también las minas de plata de Marmato, pertenecientes al Gobierno colombiano y alquiladas a una sociedad inglesa, cuyas exportaciones de minerales eran financiadas en aquel entonces por nosotros. Los jefes de las minas habían expresado el deseo de que yo visitara su oficina principal en Londres. Las minas estaban ubicadas en una ladera montañosa de fuerte pendiente, en la ribera oeste del Cauca, más o menos a medio camino entre Medellín y Manizales. Estaban equipadas con excelentes máquinas modernas, pero todavía no eran muy productivas. Hice el viaje hasta allí, junto con un joven inglés, en un día, gracias a que cambiamos una vez nuestras cabalgaduras por el camino, en el puente La Pintada, del Cauca. Habitualmente este trecho del viaje, en parte muy caluroso, en parte muy montañoso, requería un día y medio o dos de viaje.

VIAJE A EUROPA

A principios de abril de 1925 partí con el United Fruit-Liner Santa Marta, de Puerto Colombia. Justo cuando nuestro vapor acababa de salir del muelle, se dieron cuenta de que aún había algunos visitantes a bordo que no habían oído la señal de partida y eran pasajeros del vapor español ubicado enfrente. Asediaron a nuestro capitán con ruegos de que esperara solo un momento para darle la oportunidad al vapor español de enviar un bote de costado, pero fue en vano. Partimos, y los viajeros referidos debieron acompañarnos hasta Santa Marta, pagando el pasaje, y además perdieron conexión con el vapor español, que salía una vez al mes. Todos los que estábamos a bordo tuvimos la sensación de que nuestro capitán se podría haber mostrado algo más complaciente en esas circunstancias y el hombre nos siguió siendo antipático durante todo el viaje.

Entre los viajeros encontré, en cuanto a conocidos, a un viejo matrimonio suizo de Medellín, Luis Heiniger y señora. Poseían el mejor negocio de joyas y relojes en Medellín, y una gran hacienda de café en cercanías del pueblo de Titiribí, no lejos del río Cauca. Los Heiniger eran personas tranquilas, serias, que casi siempre se mantenían de forma reservada.

Después de una breve estadía en Kingston, Jamaica, llegamos una mañana, después de un buen viaje, a Nueva York. Había bastante niebla y el famoso barrio de rascacielos recién fue visible cuando pasamos por la *Battery*¹⁰. Tras haber finalizado en forma rápida los trámites de aduana, los Heiniger y yo fuimos al hotel MacAlpin, donde habíamos decidido hospedarnos, y del que me gustó bastante su ubicación por prescindir del ruido de la zona atestada de tránsito. Apenas me había acomodado, me puse en contacto por teléfono con nuestro representante en Nueva York, Mr. Henry Lüdeke, de la empresa C. A. Stern & Co., quien me invitó a ir enseguida a su oficina para conversar.

Encontré en Lüdeke, así como en su socio sénior Stern, a personas muy amables, con los que me hice amigo. Ese mismo día inicié la visita a nues-

¹⁰ Originariamente fortificaciones holandesas en la punta suroeste de Manhattan.

tras conexiones bancarias, las cuales me recibieron, sin excepción, de manera muy amable y servicial. En la Equitable Trust Company fui recibido por el director del Foreign Department, Mr. Le Blanc, un canadiense francés. Cuando mencioné de nuevo el desagradable incidente de 1923, cambió pronto el tema y subrayó la actual relación sumamente agradable entre nuestros dos bancos.

Todos los bancos que visité me ofrecieron créditos, sin que yo los tuviese que solicitar. Eran muy oportunos para mí. También acepté montos mayores a los que podía necesitar, porque ya tenía la experiencia de que, en un caso de necesidad urgente, solo estaría disponible en realidad una parte de estos créditos ofrecidos con tanta amabilidad. La suma total de los créditos acordados ascendía a varios millones de dólares. En todos los lugares tuve que prometer pasar de nuevo.

El tiempo en Nueva York se me pasó muy rápido. Estuve invitado casi siempre al mediodía, y en la noche con frecuencia. Al mediodía por los bancos y las empresas que visitaba, y en la noche y los domingos, la mayoría de las veces, por Lüdeke y Stern. Un socio de Huth & Co., Mr. McDermot, me invitó a pasar la noche en su casa, ubicada en la colonia de millonarios Tuxedo Park. Fue mi primer contacto personal con ese estrato social. McDermot, un inglés más o menos de mi edad, era culto, de buen carácter. Su esposa era norteamericana, aún muy joven, y como me habían dicho, heredera de una gran fortuna. Se aburría durante nuestras conversaciones de negocios y sacudía la cabeza ante el hecho de que existieran personas como yo, que vivían voluntariamente y con gusto en 'esos' países como Colombia.

Para la continuación de mi viaje a Europa pude conseguir justo un camarote de oficiales en el vapor Stuttgart. La temporada de viaje estaba en pleno auge y todos los barcos iban repletos. Conmigo viajaba un hermano del bremense Georg Schütte, Fritz Schütte, con su esposa norteamericana, la señora Gladys. Fritz Schütte había estado una vez en Medellín, en 1913, donde lo había conocido. Acababa de conocer a su muy graciosa esposa en Nueva York.

En Plymouth abandoné el Stuttgart para viajar a Londres, donde tenía que visitar mis conexiones bancarias u otras por el estilo. También estas visitas fueron muy satisfactorias. Sobre las minas de Marmato recibí informes tan desfavorables que, poco tiempo después de mi regreso, abandoné la vinculación. Siguiendo el consejo de un banquero, pasé un día visitando la Imperial Exposition en Wembley, cerca de Londres. Fue muy interesante, pero lo que más me quedó en la memoria fueron los gigantescos afiches, los cuales hacían publicidad en los pabellones de Canadá, Sudáfrica y Australia para atraer inmigrantes. El éxito de estas publicidades, así me dijeron, fue muy escaso; solo se deseaban inmigrantes de Gran Bretaña, que no existían en cantidades significativas. ¡Muchas cosas en el mundo hubieran sido distintas, quizás, si

en aquel momento se hubiera organizado un movimiento de emigración más generoso desde Europa Central!

De Londres pasé por Harwich/Hök van Holland a Bremen, donde fui recibido por Held otra vez, de manera muy amable. Estaba muy satisfecho con la evolución de las cosas en el banco. Lo veía casi a diario, en parte en su oficina o en la del banco, otra parte en su residencia, y repetidas veces en la casa de campo, que había adquirido cerca de Döttlingen.

Mi círculo de conocidos en Bremen era ahora mucho más grande que en 1921 y durante las dos semanas de mi estadía tuve casi más invitaciones de lo que mi tiempo disponible me permitía. Varios alemanes que habían residido en Colombia se habían retirado a Bremen, entre ellos mi viejo amigo August Borné, con quien me reunía con frecuencia; había comprado una hermosa casa con un jardín grande, en la Schwachhäuser Heerstraße 100. Sin embargo, a su esposa colombiana, nativa de Manizales, no le terminó de gustar nunca Bremen.

Un día logré, a raíz de un deseo expresado por ambos lados, concertar una reconciliación entre Held y Borné. Ambos se encontraron, como si hubiese sido por casualidad, en la oficina del banco, y Borné, por ser el más joven, dio el primer paso para el saludo, aunque se mantuvo una relación algo distante entre los dos, cuyo principal motivo era la feroz competencia que se hacían mutuamente las empresas en Cali por tener el mismo rubro.

Nuestro banco se había ampliado en Bremen y había adquirido un edificio comercial representativo, ubicado en Domshof 17/18. El director real de la sucursal local era ahora Thiel, a pesar de ser solo oficialmente miembro del Consejo de Supervisión, lo mismo que Kellner, cuyo yerno Mauritz era por denominación el jefe o director de ella. Lamentablemente había entre estos dos últimos y Thiel, y luego a su vez entre estos tres y Held, una relación muy desagradable, lo que perjudicaba tanto las transacciones comerciales como el prestigio del banco. La situación era muy penosa y se diferenciaba mucho de la que reinaba en el banco en Colombia, donde existía entre la dirección alemana y el Consejo de Control colombiano en aquel momento la mejor relación posible de imaginar.

De Bremen me trasladé a Hamburgo para una estadía de varios días y luego a Stettin, donde pasé algunas semanas agradables y tranquilas con mi madre y mis hermanas. Seguían viviendo en el pequeño departamento, en la Scharnhorststraße 15g, a donde nos habíamos mudado después de la muerte de nuestro padre en 1906; llevaban una vida modesta y tranquila. Solo Grete, mi hermana más joven, vivía de modo permanente con mi madre. Era funcionaria pública en un seguro de salud. Mimi, la hermana mayor, que se desempeñaba

desde hacía varios años como ama de llaves en el hotel Metropole, vivía allí y solo volvía a casa de visita.

Mi madre ya no tenía exigencias en la vida. Se dedicaba, sobre todo, al cuidado del pequeño hogar y a la correspondencia con sus hijos dispersos por el mundo. Mi hermana mayor Mimi vivía casi de la misma forma, tranquila y poco exigente. Grete, por el contrario, era tan ‘extravagante’ que alternaba regularmente con un pequeño círculo de amigas, e incluso era miembro de un coro.

Al igual que en mis vacaciones cuatro años atrás, volví a visitar los lugares y los conocidos de siempre en la ciudad, ante todo a mi exjefe Radczewski, al que encontré bien de salud y en buenas condiciones. En general hallé el círculo de mis conocidos diezmado.

Cumpliendo el deseo de un conocido de Medellín, Walter Springer, quien también estaba de vacaciones en Alemania, pasé varios días con él en Mecklemburgo, en la playa marítima Börgerende, cerca de Heiligendamm, próxima a la ciudad de Rostock.

Después de pasar varias semanas en Stettin, decidí hacerme otra vez, por consejo médico, un tratamiento balneoterapéutico de tres semanas en Kissingen. La vida del tratamiento balneario no me agradaba mucho, pero como una vez me había sentado muy bien, pensé que era acertado repetir el tratamiento. Allí seguí las indicaciones del médico, doctor Guido Werlich, en Rosenstraße 2, al pie de la letra, y al final de la cura me sentí como nuevo.

Durante ese tiempo conocí algunos alemanes de Argentina que eran conocidos de Kellner cuando vivió en Bahía Blanca. Había un señor bastante entrado en años, cuyo nombre ya no recuerdo, que era multimillonario y entre otras cosas poseía un castillo junto al Rin. Además, una familia Denker, con una hija de diecinueve años, Delia. El anciano señor, del cual me hice amigo, aparentemente temía que me pudiera enamorar de Delia, pues era bonita y elegante, y me dijo un día: “¡Escúcheme! Quien se case con ella, ya no hace falta que ese diga: “¡Que Dios me castigue!”, ¡a ese ya lo han castigado!”. Conocía a la familia Denker desde hacía muchos años y mencionó que tanto la hija como el hijo, que no estaba en Kissingen, habían sido educados irracionalmente y estaban tan consentidos como fuera posible.

Después de terminar mi tratamiento viajé a Fráncfort del Meno para visitar a mi tía Hermine, donde por años ocupaba un buen puesto como ama de llaves en el primer hotel de la ciudad, el Frankfurter Hof. Luego estuve unos días en Múnich y otros en Garmisch-Partenkirchen. En esta última localidad había previsto una estadía algo más prolongada, pero llovía tanto que al tercer día me fui. Por lo menos logré escalar una montaña (creo que fue el pico Kramer, si recuerdo bien el nombre), de la que volví totalmente mojado. La peor parte

de la lluvia la pude pasar en una cabaña para turistas, en la cual encontré un solitario alpinista, que quería pernoctar allí y me invitó a una taza de té. Además de esta excursión, visité también una vez al bellamente ubicado Rieserseersee, en el que incluso pude tomar un baño, aunque algo frío.

Mi próxima meta de viaje fue Viena, donde le había prometido a mi hermano Erich una larga visita. El viaje duró casi todo el día y aún lo tengo nítido en la memoria gracias a los bellos paisajes que recorrí. Primero el tren de Mittenwald bordeó la ladera de la pared Martinswand a Innsbruck, donde se debía traspasar. Luego siguió un tiempo mucho mejor a través de los magníficos paisajes alpinos hasta Viena, donde Erich me esperaba en la estación.

Fueron unas hermosas semanas las que pasé en Viena (hotel St. Stephan). Erich, que tenía un puesto muy bueno en la empresa de exportación de productos textiles F. Schmitt, ya conocía la ciudad y sus alrededores muy bien y bajo su guía volví a conocer mi ciudad natal bastante mejor. Varias veces hicimos excursiones a los alrededores. Subimos al Kahlenberg y al Leopoldsborg con sus hermosos miradores sobre la ciudad y el ancho Danubio, que siempre me gusta recordar. Algunas veces concurrimos también a la piscina de natación al pie del Leopoldsborg.

También visitamos una vez el Prater, cuyo sector de diversiones con sus carruseles (*Ringelspielen* o tiovivo, como se decía en Viena, etc.) había ejercido una poderosa atracción para mí en la infancia. Algunas cosas volví a ver de las que aún recordaba; por ejemplo, mi carrusel favorito, “con los caballos vivos”, pequeños ponis. No obstante, con excepción de un restaurante donde se nos sirvió una comida muy buena, el Prater ya no tenía ningún atractivo para mí. La famosa Hauptallee —avenida Central— me causó una impresión triste: de haber sido llevado a pasear algunas veces de niño en el coche de alquiler (*fiaker*) y recordarla llena de elegantes coches y jinetes, ahora yacía abandonada, cerrada a todo tránsito. Los elegantes carruajes tirados por caballos, ya no estaban, solo de vez en cuando se veía un *fiaker* en las calles. Si estabas buscando un auto podía pasar alguna vez que un conductor de *fiaker* se ofreciera: “Tómeme —decía—, le llevaré allí más rápido”, pero los caballos que tenía delante de su coche no se podían comparar con aquellos que había visto en mi niñez.

Por la noche Erich y yo íbamos ocasionalmente a un teatro. Este tampoco era tan bueno como había sido cuatro años atrás. A menudo nos sentábamos en un agradable restaurante de vinos, como el Klosterneuburger Keller, y conversábamos hasta avanzada la noche. A veces Erich traía a su amigo y colega Max Rettensteiner, en aquel momento una persona espontánea y agradable. Mi otro hermano, Fritz, que había motivado a Erich a mudarse a

Viena, ya no estaba allí, sino que había migrado a México. Según sus cartas, le gustaba el país, aunque no tenía historias de éxitos dignas de contar.

Con nuestros parientes, que habían sido tan numerosos, Erich tenía poco contacto. Vivía con un matrimonio anciano y agradable, Anton y Mizzi Fritsch, Testarello Gasse 4, a los que llamaba tío y tía, para mí totalmente desconocidos. La tía tenía apellido de soltera Schwingel y por lo tanto pertenecía a la familia de mi abuela materna. Erich se sentía muy bien en la casa. De la familia de mi padre Erich solo sabía que la segunda esposa de nuestro abuelo, y sus hijos, aún vivían y a todos les iba bien. No estableció ningún contacto con ellos. Los parientes que yo conocía personalmente habían fallecido casi todos. Por lo demás, no hice ningún esfuerzo de reanudar viejas relaciones de parentesco.

Justo cuando estaba por marcharme de Viena recibí noticias de Thiel, quien se encontraba viajando con su esposa e hijo y llegaría en unos días a esa ciudad. Esperaba encontrarme aún allí para pasar unos días conmigo y me invitó a hacer el viaje de regreso a Bremen con él en auto. Acepté la propuesta, y cuando Thiel llegó unos días después a Viena, donde le había reservado a su pedido una habitación en un hotel, llevé a Erich conmigo a la primera visita. Thiel estaba de buen humor y se mostró encantador, de tal manera que Erich se llevó una buena impresión de la pareja, en especial de la señora Thiel.

Juntos compartimos una serie de días realmente muy hermosos. Durante el día visitaba con Thiel las atracciones turísticas de Viena, entre ellas el castillo en Schönbrunn, y durante las salidas en la noche Erich siempre formaba parte. El hijo de Thiel, Benito, algo complicado y no muy simpático la mayoría de las veces, era dejado al cuidado del chofer. A todos les gustaba Viena, que aún era una ciudad hermosa, pero aquellos que observaban con mayor detenimiento veían la decadencia y pobreza en general de la población.

Cuando al fin llegó la hora de partida, Erich se entristeció. Los Thiel lo encontraron muy agradable y ambos, sobre todo la señora Thiel, lo invitaron a visitarlos en Bremen.

El viaje de regreso a Bremen estaba programado por la Alta Austria, Salzburgo, Múnich, y una mañana, alrededor de la diez, partimos de Viena. Después de unas horas llegamos a Linz, junto al Danubio, donde paramos para descansar al mediodía y nos molestamos por una cuenta descarada de restaurante, seguramente debida al auto, que en aquel entonces aún no era un medio de transporte generalizado y provocó un aumento intencional del precio. Después de un hermoso viaje bordeando el valle a lo largo del río Traun, donde nos detuvimos varias veces para observar las bellezas paisajísticas de la zona, llegamos aún de día a Gmünden, junto al Traunsee (lago Traun), donde pasamos la noche en el hotel Am See, grande y hermoso.

Pero la parte más bella del viaje fue al segundo día, que nos llevó más allá de Ischl: el coto de caza del viejo emperador Franz Josef, a través de la hermosa región de Salzburgo a Berchtesgaden. Allí nos quedamos un día y medio o dos que aprovechamos para conocer la antiquísima y pequeña ciudad, hacer un viaje al Königssee y, por mi cuenta, algunas excursiones a pie.

Por la noche se presentó en el hotel un grupo de cantantes folclóricos bávaros de ambos sexos que interpretó canciones bastantes procaces y constantemente solicitaba a los oyentes de manera molesta, concederle repetidas rondas de cerveza o licor de genciana. Las mujeres del grupo terminaban su bebida tan velozmente como los hombres. A la señora Thiel le resultó la situación repugnante, en lo cual tuve que darle toda la razón, y pronto se retiró a su habitación. Thiel opinó que algo así era de todas maneras popular y había que verlo también. A pesar de eso, pronto seguimos el ejemplo de su esposa y también nos fuimos a dormir temprano.

Desde Berchtesgaden viajamos en cómodas etapas diurnas por Reichenhall y Wasserburg a Múnich, donde nos alojamos en el Park-Hotel, el cual conocía y me gustaba. Teníamos el propósito de quedarnos tres días en Múnich, pero la señora Thiel, quien ya extrañaba mucho a sus tres hijas, que se habían quedado en Bremen, decidió la noche de nuestra llegada regresar antes por tren a Bremen. Thiel, su hijo y yo decidimos llevar a cabo el viaje en auto tal como estaba planeado, hasta el final.

De Múnich viajamos a Eisenach. Fue nuestra jornada de viaje más larga, en la cual recorrimos algo más de cuatrocientos kilómetros, no gran distancia en comparación con los parámetros americanos. A pesar de eso, el viaje fue largo y agotador para el chofer. Mientras íbamos por Baviera avanzábamos bien por las calles rectas y anchas, pero en Turingia, donde los pequeños pueblos estaban uno al lado del otro, las calles eran angostas y no tan buenas, y atravesaban los valles a través de infinitas curvas a menudo bloqueadas por lentas yuntas de bueyes (o más bien de vacas), que nos obligaban a reducir la marcha.

En Eisenach permanecimos un día, que aprovechamos para una visita al castillo Wartburg. Luego seguimos por Gotinga a Hannover, donde pasamos la última noche del viaje y casualmente nos encontramos con Borné, quien nos acompañó en la jornada hasta Bremen, pasando por Verden, a orillas del río Aller. Temprana la tarde, llegamos a Bremen, donde me alojé de nuevo en el hotel Nordischer Hof y así finalizamos ese viaje agradable e interesante, sin incidentes.

Las cartas de Erich que llegaron en los días posteriores hablaban nostálgicamente de los hermosos días que habíamos compartido. Lamentaba que hubieran pasado tan rápido y me encargó muchos saludos para el matrimonio

Thiel, en especial para la señora Thiel. La peruana, aún muy bonita en aquel entonces, le había gustado mucho.

Debe haber sido a fines de julio o principios de agosto de 1925, cuando volví a Bremen. Las noticias de Colombia sonaban favorables. Como siempre, mi tiempo se repartía entre las visitas diarias al banco, conferencias de negocios con Held y otros, y muchas invitaciones. Mientras hacía planes sobre cómo usar mejor el resto de tiempo de mis vacaciones, sucedió un evento que convirtió todos estos planes en superfluos.

MATRIMONIO Y REGRESO A MEDELLÍN

De los socios de la importante empresa —y bien conocida por mí— Schütte, Bünemann & Co., me hice más amigo personal del socio menor, Dietrich Graue, al que había conocido antes de la guerra en Medellín, donde él estuvo bastante tiempo por razones comerciales. En mis frecuentes visitas a su oficina conocí a su secretaria, una joven dama esbelta y bonita, de comportamiento discreto y muy reservado. En algunas ocasiones, cuando Graue no estaba presente, era recibido por ella solamente y conversábamos mientras lo esperaba. Sabía de mis múltiples viajes, me preguntaba sobre ellos y lamentaba que había visto muy poco del mundo hasta ese momento. Era algo tímida, jugaba cohibida con su tijera de papel y se sonrojaba con frecuencia, lo que le quedaba muy bien. Una vez, en una conversación con Graue, cuando hablamos del tema de su secretaria, la alabó bastante, tanto por su cumplimiento en las obligaciones profesionales como por su carácter personal. La misma opinión escuché de Borné, quien también la conocía.

En la casa de Graue, y en otras oportunidades, tuve contacto social con ella y me gustaba cada vez más. En pocas palabras, un día tomé la decisión de renunciar a mi vida libre de soltero y hasta ese momento tan querida, y me comprometí con la señorita Elisabeth Noll. Era hija del señor Ernst Noll y la señora Else Noll, de apellido de soltera Müller, y había nacido el 31 de octubre de 1902 en la casa perteneciente a la familia, Roonstraße 6, en Bremen. Era la mayor de cinco hermanos, tres mujeres: Lotte, Irmgard e Inge, y un hombre: Herbert.

Al poco tiempo de nuestro compromiso viajé con Elisabeth a Stettin para presentarla a mi madre y a mis hermanas. Las cuatro se entendieron bien, lo que siguió siendo así. A mi madre le gustó Elisabeth desde el primer momento. Ella nos había esperado en la estación de ferrocarril y enseguida, después de haber saludado a mi prometida, me susurró: “¡Una hermosa chica!”. Esta primera buena impresión se vio reforzada enseguida por el hecho de que Elisabeth se mostró colaboradora, servicial y buena en el hogar.

Al regresar a Bremen recibimos un sinnúmero de invitaciones; luego, el 11 de octubre, según las costumbres de allí, siguió una fiesta de compromiso

oficial —que me pareció superfluo— y el 21 de noviembre se realizó nuestro matrimonio en el hotel Hillmann. Después de un breve viaje de bodas, que nos llevó a Hannover, Goslar y Harzburg, debimos iniciar el viaje a Colombia, el 29 de noviembre, pasando por Nueva York, en el barco de vapor Columbus.

Tras una travesía algo tormentosa llegamos bien a esta ciudad, donde debíamos quedarnos unas semanas por mis negocios. Nos alojamos en el hotel Pennsylvania. Como estuve muy ocupado con las actividades comerciales, Elisabeth logró ver en esa ocasión muy poco de Nueva York. Para mí, en cambio, la estadía fue muy exitosa en cuanto a las transacciones comerciales.

De Nueva York viajamos con el United Fruit-Liner Carillo a Puerto Colombia, pasando por Kingston, Jamaica y Cristóbal, Zona del canal de Panamá. En Puerto Colombia fuimos recibidos con algarabía por un grupo de amigos de Barranquilla bajo la conducción de Krische, Remer y el joven Adolf Held (sobrino del señor mayor).

Era el 25 o 26 de diciembre cuando llegamos a Barranquilla, una época en especial festiva en esta ciudad a la que le encantaba festejar, y las pocas semanas que tuvimos que pasar allí por mis ocupaciones comerciales transcurrieron muy rápido para Elisabeth, quien se había integrado rápidamente a mi círculo de amigos más cercanos. ¡Nos alojamos en la cabaña, donde no todo era muy ordenado, pero sí mucho más alegre!

El siguiente viaje por el río a Puerto Berrío me causaba un pensamiento desagradable. Noticias que llegaban del interior informaban de una sequía extraordinaria en toda la región y, como consecuencia, un nivel del agua en el Magdalena muy desfavorable; se nos pronosticaba un viaje lento y complicado. Para mí solo esto no hubiera sido algo temible, pero para Elisabeth, que no estaba acostumbrada ni al clima, ni a fatigas de ninguna clase, hubiera deseado condiciones de viaje más favorables. Pero no había otra posibilidad de viajar: volar era imposible, porque no se podía llevar casi equipaje; además, los pocos aviones, que ya estaban ocupados casi siempre con el transporte de correspondencia, tenían reservas por adelantado desde largo tiempo atrás. Así, quedaba entonces el viaje en vapor como única alternativa y reservamos pasajes en el Bucaramanga.

Cuando Elisabeth vio el camarote de ‘lujo’ que yo había reservado en la cubierta superior del vapor, se asustó un poco. En la cabina, no muy limpia, había dos catres plegados apoyados en la pared; el agua ‘corriente’ del lavatorio no corría, el ventilador eléctrico no giraba, etc. Después de haber hecho limpieza y de que nuestras cosas habían sido acomodadas, el aspecto era un poco más acogedor, ¡pero seguía habiendo una gran diferencia con el camarote en el Carillo, ¡y ni qué hablar, en el Columbus!

Los amigos que nos habían acompañado a bordo se divertieron con la desilusión de Elisabeth por el camarote de lujo, así como con las miradas algo asustadas que dirigía a la maraña de personas que en esos años siempre se veía en los buques a vapor que partían. Un trago de despedida acortaba el tiempo de espera, acompañado de un ruido ensordecedor hasta la partida del vapor, que finalmente se puso en movimiento, ya entrada la noche.

Durante los primeros tres o cuatro días avanzamos, aunque despacio, sin contratiempos, pero cuando nos encontrábamos al alcance de la vista de Puerto Wilches vimos la desembocadura del brazo del río en el cual estábamos, bloqueado irremediamente por un banco de arena. Durante tres días tratamos de encontrar un lugar navegable, e incluso crear uno con dinamita, ¡todo fue en vano! Los víveres comenzaron a escasear, por lo cual hubo que enviar una canoa a Puerto Wilches para traer reservas.

Por fin, la dirección del barco tuvo una idea salvadora. Dos largos cables metálicos se unieron y fueron sujetados a un árbol gigantesco que estaba al borde de la orilla, justo al frente de la desembocadura del brazo del río. Con la ayuda de nuestro cabrestante de vapor y el apoyo paralelo del volante en estrella, el vapor se movió lentamente por los cables metálicos pasando por el banco de arena. Fue una empresa riesgosa y el barco temblaba cuando era arrastrado, pero resultó.

Después de una corta parada en Puerto Wilches continuamos lentamente el viaje con constantes mediciones del nivel de agua y llegamos al día siguiente a Barrancabermeja, tras habernos quedado quietos durante la noche.

Aquí se nos comunicó que el viaje en el vapor había llegado a su fin, el nivel de agua se había reducido tanto que no era factible continuar. No solo bancos de arena bloqueaban la navegación, más peligrosos aun eran los troncos de innumerables árboles que se habían anclado en el lecho del río, en muchos casos emergían de la superficie del agua y formaban verdaderas barricadas. Sin embargo, cuando nuestra continuación del viaje parecía improbable, nos llegó de repente una ayuda inesperada.

Un gran bote a motor, El Águila, remontó el río y ancló al lado de nuestro barco. Un alemán, bien conocido mío, Wilhelm Krüger, de la pequeña empresa Haase Hermanos, lo había alquilado y se encontraba de viaje a Girardot. Después de unas pocas palabras acordé con Krüger que al día siguiente nos llevaría, con el resto de nuestro equipaje, hasta Puerto Berrío; la mayor parte de él la habíamos enviado río arriba, si mal no recuerdo, tan pronto llegamos a Barranquilla, así que podíamos suponer que ya había llegado a Medellín.



Ribera del Magdalena en Barrancabermeja

Si bien el amigo Krüger estaba convencido de que nos podía desembarcar a la noche del día siguiente en Puerto Berrío, poco después de dejar Barrancabermeja, tuvimos que constatar que el río estaba peor de lo que nos habían contado y que hasta para un bote de tan poco calado como el nuestro era difícil encontrar agua navegable. A menudo teníamos que volver y buscar otro camino luego de que la tripulación que había saltado al agua nos empujara desde un banco de arena. En otros lugares la profundidad del agua habría sido suficiente, pero troncos y ramas que sobresalían bloqueaban el camino. Una vez nos atascamos con firmeza en un tronco que había justo debajo de la superficie; por suerte, nuestro bote no sufrió ningún daño. Gran cantidad de cocodrilos yacían en los bancos de arena y de los extensos pantanos en la selva llegaban, ocasionalmente, olores desagradables. Apenas avanzábamos, lentamente, y al final Krüger debió reconocer que era imposible llegar a Puerto Berrío en el tiempo que había fijado.

Nuestra meta era, en ese momento, encontrar un lugar para pasar la noche. No había localidades en la zona, apenas algunas chozas aisladas, pero de nuevo tuvimos suerte: cuando comenzó a oscurecer alcanzamos un vapor que se había atascado y estaba inmovilizado, desde hacía varias semanas, en un banco de arena completamente seco. Algunos faroles desparramaban una débil luz sobre el barco, en el cual solo habían quedado unos pocos tripulantes de vigilancia. El sombrío barco, en medio de un entorno salvaje, no causaba una impresión acogedora, y la joven dama de Bremen, cuyo ánimo de por sí ya había decaído en los últimos días, esa noche se sintió bastante

desalentada. María, una azafata que había trabajado durante muchos años en el hotel Europa, en Medellín, donde la conocí, y que se había quedado a bordo, le consiguió a Elisabeth una cama aceptable con red mosquitera para que se pudiera reponer de los esfuerzos pasados mediante un buen sueño. A la mañana siguiente se sintió tan renovada, que podía afrontar con confianza todo lo que viniera.

A la madrugada nos embarcamos de nuevo en nuestro bote a motor y pocas horas más tarde, luego de un viaje no tan difícil como el del día anterior, llegamos felizmente y con buen ánimo a Puerto Berrío. Luego supimos que en el viaje de regreso a Barranquilla el bote se accidentó, chocó contra uno de los troncos atascados en el río.

El viaje de ascenso a Medellín transcurrió sin incidentes y con buen tiempo. Algunas estaciones antes de la ciudad subió un grupo de amigos al tren; según la costumbre de la época, había venido a nuestro encuentro para darnos la bienvenida. Estaban entre ellos los miembros del Consejo de Supervisión del banco, el amigo Gundlach y otros. A nuestra llegada, de inmediato nos ocupamos en instalar nuestro hogar. Alquilamos una casa perteneciente al excónsul inglés, Mr. M. Badian, en Calle Colombia 446, y la equipamos con los muebles que yo tenía y había guardado en un depósito durante mi ausencia. El control de la cocina fue tomado nuevamente por mi antigua y fiel negra Paulina, junto con otro criado.



Calle Colombia 446, Medellín

Integrarse a las condiciones de vida desconocidas le costó a Elisabeth algún tiempo. Ya había adquirido algunos conocimientos de la lengua española por razones profesionales, antes de que nos conociéramos, los cuales le fueron de gran utilidad, pero no alcanzaban para poder conversar de forma desenvuelta. Además se sumaba que la sociedad local era mucho más reservada con las mujeres extranjeras que con respecto a los hombres extranjeros. La razón de esta actitud era que no se deseaba ningún cambio en la posición de la mujer en la sociedad, que todavía se basaba en la antigua costumbre española; un punto de vista sostenido no solo por los hombres, sino también por gran parte del mundo femenino. Se temía de las mujeres extranjeras que pudieran ejercer influencias no acordes con el concepto mencionado. Pese a ello, en el transcurso del tiempo Elisabeth encontró algunas buenas amigas entre las colombianas, en primer lugar quizás doña Helena, la esposa de uno de nuestros miembros del Consejo de Supervisión y muy amigo mío, el doctor Jorge Rodríguez.

UN VIAJE DE AVENTURA A BUCARAMANGA

A escasos dos meses de nuestra llegada a Medellín se me presentó la necesidad de realizar una visita a la sucursal del banco en Bucaramanga. Las complicaciones del tránsito fluvial en el Magdalena seguían siendo tan grandes como las que recién habíamos experimentado. Pero creí que me había asegurado un viaje sin problemas cuando Scadta me dio la garantía de que podía contar con un pasaje de avión desde Puerto Berrío hasta Puerto Wilches y viceversa.

La ida a Bucaramanga se desarrolló relativamente bien, aparte de la pérdida de dos días que tuve en el punto final del ferrocarril de Puerto Wilches (que seguía siendo de dieciséis kilómetros), debido a que el avión que debía llevarme de allí a Bucaramanga estuvo retenido por condiciones climáticas adversas. Cada mañana habíamos ascendido vertiginosamente en espirales hasta más de tres mil metros de altura y regresado al aeropuerto, ubicado debajo nuestro, porque no podíamos salir de las nubes. Por fin, en la tercera mañana había tan poca nubosidad que pudimos reconocer la altiplanicie de Bucaramanga en la lejanía y como un halcón nos dirigimos en línea recta hacia allá. Así, en un tiempo de tres cuartos de hora de vuelo recorrimos en 1926 un trecho para el cual don Manuel y yo habíamos necesitado en 1924 más de dos días y medio a caballo.

Dos semanas más tarde, luego de finalizar mis transacciones comerciales, partí por la misma vía en mi viaje de regreso. Esta vez hice el trayecto de Bucaramanga hasta Puerto Wilches en medio día. Esperaba poder hacer esa misma tarde el trayecto de vuelo hasta Puerto Berrío y estar a la noche del día siguiente en Medellín. ¡No fue así!

Cuando me puse en contacto con el agente de Scadta en Puerto Wilches, como pasajero para el vuelo de regreso del avión que debía estar a punto de llegar, me dio la desagradable noticia de que no era probable su arribo porque había sufrido un desperfecto en la hélice y, dada la pequeña cantidad de aviones disponibles, se había alterado todo el plan de vuelos de los próximos días. El agente me explicó sin reservas que debía abandonar toda esperanza

en cuanto a transporte por avión y que lo mejor que podía hacer era buscar otra alternativa de viaje.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo. El río seguía en las mismas malas condiciones que en el viaje con Elisabeth. Si llovía una vez en alguna parte de la montaña, la escasa creciente liberaba transitoriamente uno que otro de los vapores atascados, el cual recorría un trecho hasta que se atascaba en el siguiente banco de arena. Por lo tanto, esperar un barco de vapor era algo poco esperanzador.

Mientras analizaba la situación, alguien me dijo que en pocas horas un bote de motor perteneciente a la Tropical Oil Company partía a Barrancabermeja... Seguramente estaría dispuesto a llevarme y así por lo menos lograría estar más cerca de mi destino. Dicho y hecho, y luego de un viaje de varias horas y sin contratiempos en el bote, que era en realidad una canoa grande, común de la región, con motor incorporado, llegamos poco después de oscurecer a Barrancabermeja.

Allí, mis consultas referentes a la oportunidad de seguir el viaje no tuvieron éxito. Tampoco podía informar a alguien telegráficamente sobre mi estadía, lo que ya había intentado inútilmente desde Puerto Wilches. Como sucedía con frecuencia, la línea del telégrafo, que se extendía cientos de kilómetros pasando por selvas y ciénagas, estaba cortada; el servicio telegráfico era, normalmente, siempre deficiente en todo el país.

Tomé una habitación en el único hotel del lugar, que resultó estar increíblemente sucia; la comida también era muy desagradable, la cama olía mal y la red mosquitera jamás había sido lavada, estaba tan rígida por la gran suciedad que seguramente podría mantenerse en pie sin necesidad de estar colgada. Me sentí contento cuando llegó la mañana y me puse a pensar si no sería más conveniente pasar la noche siguiente al aire libre y dormir en un banco en el llamado 'parque', cuando se me ocurrió la idea de dirigirme al capitán del vapor Bismarck y pedirle que me dejara dormir en el vapor que estaba varado allí, perteneciente a la compañía naviera de Lindemeyer, la cual conocía bien. El capitán no solo me permitió ocupar un camarote, sino también comer con él, lo que le agradecí realmente después de las experiencias que tuve en el hotel.

A la tarde del segundo día de mi estadía en Barrancabermeja, un bote de motor con aspecto poco confiable hizo camino río arriba, muy lentamente, y ancló cerca del vapor. Pertenecía a un español, quien iba con algunos pasajeros y se declaró dispuesto a llevarme al día siguiente hasta Puerto Berrío. Me juró que podríamos hacer el viaje como decía. Yo tenía mis dudas al respecto en vista de mis recientes experiencias, y ni el bote, ni los otros pasajeros me

gustaban. Sin embargo, dada la incertidumbre de encontrar otra posibilidad de viaje decidí arriesgarme a acompañarlos.

Al día siguiente aún no habíamos recorrido un trecho considerable. Con la velocidad reducida que desarrollaba el bote me di cuenta de que no teníamos la menor posibilidad de llegar en el día a Puerto Berrío, sin mencionar que sufríamos imprevistos y frecuentes paradas porque el viejo y desgastado motor fallaba a menudo.

Cuando llegó el atardecer no quedó otra alternativa que buscar un lugar apto para anclar y pasar ahí la noche lo mejor posible. Atracamos en un banco de arena que se extendía desde la orilla boscosa hasta el centro del río y donde podíamos tener la esperanza de que gracias a la leve brisa que allí soplaba no estaríamos demasiado a merced de los mosquitos. No teníamos ya mucho para comer porque habíamos esperado estar a esa hora en Puerto Berrío y para beber teníamos solo el agua recogida del centro del río Magdalena durante el viaje, que aunque ahí era también turbia y barrosa, se aclaraba cuando se la dejaba reposar un cierto tiempo y, según opinión de la tripulación del bote, era completamente sana. Tampoco sentí consecuencias negativas después, pero había que cuidarse de no recoger agua donde flotara espuma en la superficie, pues delataba la existencia de restos animales o vegetales en descomposición.

Después de encender una gran fogata contra los mosquitos y los animales salvajes, nos acomodamos lo mejor posible para dormir. El español y su tripulación se acostaron juntos cerca del fuego en la arena, debajo de una lona grande. Mis compañeros de viaje que tenían consigo ropa de cama también intentaron acomodarse cerca del fuego. Yo, me acosté en un banco en el bote, al aire libre.

Era una noche despejada y hermosa. Soplaba una leve brisa y refrescó agradablemente. Luego de que mis acompañantes se durmieron, después de haber conversado largo rato, hubo silencio. Solo se escuchaba la suave corriente del río, una voz ocasional de animal, el salto de un pez o el leve chapoteo de un animal deslizándose al agua. De vez en cuando pasaba un pájaro nocturno. No dormí mucho, pues en primer lugar me interesaba observar la naturaleza que me rodeaba y, segundo, no confiaba plenamente en mis compañeros de viaje. No es que temiera un ataque físico, pero alguien podría haber investigado en mis bolsillos o mi equipaje; aunque no llevaba una fortuna conmigo, tenía probablemente más dinero encima que todo el grupo junto.

Al amanecer nos levantamos. El español descubrió en su cafetera el sobrante del día anterior. Fue recalentado en la fogata rápidamente avivada y cada uno recibió una taza de la bebida. Era todo lo que nos quedaba de comida.

Antes de seguir viaje, revisamos la superficie de nuestro banco de arena en busca de rastros recientes de animales en la superficie alisada por el

rocío nocturno. Encontramos las de algunos ciervos, muchos pájaros y otros animales, y también las de un jaguar, que había recorrido en amplio círculo nuestra fogata. Esto satisfizo a nuestra tripulación, que la noche anterior había hablado con el espanto del *pintado* (el ‘manchado’). En realidad, el jaguar nunca ataca a las personas, a no ser que esté herido o acorralado.

Apenas se hizo de día continuamos nuestro viaje, conversando todo el tiempo sobre la posibilidad de encontrar algo para comer. Esto fue cerca del mediodía, cuando llegamos a un vapor atascado en el cual pudieron vendernos unos bizcochos.

Mientras tanto, habíamos avanzado cada vez con más lentitud. Las paradas involuntarias por fallas en el motor aumentaron y de repente también se nos rompió la bomba del agua refrigerante. El motor se recalentó en pocos minutos y ya estábamos irremisiblemente varados, lejos de toda población, cuando nuestro valiente español recurrió a un heroico recurso y sacó agua del río con una lata de petróleo vacía y la vertió lentamente por encima del motor. Fue de ayuda; el motor alcanzó mayor velocidad que antes. Pero era una enorme cantidad de agua la que se consumía de esta manera y poco tiempo después el pobre español jadeaba por el esfuerzo de sacarla. Hacía mucho calor. Uno tras otro, los tres barqueros reemplazaron al español; a pesar de esto, él tenía que hacer el mayor esfuerzo. Durante horas seguimos así, con pocas esperanzas de llegar ese día a Puerto Berrío, cuando fui liberado de una manera muy agradable de esa molesta situación.

En la hora de la siesta de repente apareció un avión sobre nosotros, evidentemente buscando algo, y descendió después de vernos. Cuando se acercó, vi un conocido sombrero rojo de mujer en la ventanilla de la cabina que no le podía pertenecer a nadie más que a Elisabeth. ¡Era ella! Me había esperado algunos días en Puerto Berrío y convenció a un piloto de Scadta de sacrificar su pausa del mediodía para hacer con ella un vuelo de reconocimiento después de que él le dijo que abajo de Puerto Berrío había visto un bote de motor en el río. En el avión también se encontraba el amigo Hermann Gebhard, quien se había ocupado bastante de Elisabeth durante la estadía en su hotel.

Cuando la nave descendió cerca de nuestro bote de motor y atracó en la orilla, o sea en un banco de arena, uno de los tripulantes me llevó montado en su espalda hasta allí, a través del agua poco profunda, mientras que otro traía el equipaje; luego levantó vuelo y, en un escaso cuarto de hora, estuvimos en Puerto Berrío.

Después de haberme limpiado completamente y afeitado luego de cuatro días, nos sentamos a beber un refresco en la terraza y Elisabeth me contó sus experiencias de los últimos días. Su exitoso vuelo no había sido el único intento para encontrarme. Antes de eso ya había hecho un viaje en bote de

motor junto a Hermann Gebhard, que casi los lleva hasta Barrancabermeja. Si hubieran llegado hasta allí me habrían encontrado ese día, pero habían decidido regresar porque habían visto volar a varios aviones seguidos en dirección a Puerto Berrío y esto les hizo creer que yo me encontraba en uno de ellos.

Finalmente todo había salido bien y Elisabeth había hecho, en esa ocasión, su primer vuelo. Al día siguiente viajamos a Medellín, donde llegamos sin contratiempos. Los esfuerzos de Elisabeth por buscarme con bote de motor y avión fueron muy reconocidos por todos. A través del amigo Remer y la empresa A. Held, en Bremen se publicó, incluso, un animado informe escrito al respecto en el diario *Bremer-Weserzeitung*, bajo el título *Eine Bremerin über dem Magdalenenflusse* (“Una bremense por el río Magdalena”).

FELICIDAD EN LA VIDA FAMILIAR Y SUERTE EN EL NEGOCIO

Después de nuestro regreso a Medellín comenzó para Elisabeth una larga serie de meses tranquilos, y para mí llenos de trabajo, porque el fuerte auge comercial en todo el país trajo consigo mes a mes una expansión en aumento de los negocios del banco. Tenía poco tiempo libre. Además de las visitas obligatorias, ocasionalmente realizaba con Elisabeth un paseo vespertino en coche por los alrededores. Casi no había autos en Medellín. De vez en cuando también se presentaba un grupo de teatro ambulante, en lo demás estaba solo el cine, al que la gente concurría con gusto, tanto para verse a sí misma como para ver la película, casi siempre muy mala. Era el tiempo de las películas de crímenes, las cuales, hay que decir, tenían una influencia muy negativa sobre las clases más bajas de la población, en algunos crímenes que sucedieron en ese tiempo pudo demostrarse que los delincuentes siguieron exactamente el ejemplo dado en la película. Con intervalos más largos, hubo festejos en el Club Unión. Además, surgió en ese tiempo el Club Campestre, con una ubicación hermosa en la carretera entre las localidades de El Poblado y Envigado, con la única piscina de natación de la región, a excepción de un pequeño balneario en el restaurante El Jordán, en el pueblo de Robledo, que había sido durante años nuestro punto de excursión preferido.

Por mi parte, seguía realizando con frecuencia, los domingos en la mañana, mis acostumbradas excursiones a la montaña. Salía de casa cerca de las seis, subía los casi exactos mil metros de las lomas ubicadas sobre la ciudad, ya sea de Santa Helena o La Laguna, y entre las diez y once de la mañana estaba de regreso en casa.

Un corto tiempo antes o después de mi aventurero viaje a Bucaramanga hice también con Elisabeth su primera salida a caballo. Walter Springer nos acompañó y logramos en un día cabalgar cuarenta kilómetros por las montañas, con el ascenso por Santa Helena y el descenso por el Alto de las Palmas. Elisabeth soportó esa cabalgata de manera excelente, y también fue por muchos años su mejor hazaña ecuestre. Poco después se anunció el inminente aumento de la familia, lo que le impidió por un tiempo la equitación.

Pero incluso después, curiosamente, nunca alcanzó de nuevo su rendimiento de novata, ni mucho menos lo superó.



Hans Sitarz en la piscina del Club Campestre, Medellín

Para Elisabeth fue muy agradable que un día recibiéramos a unos vecinos muy amables, un matrimonio suizo, el doctor Scherer y su esposa, personas amenas y cultas. El doctor era veterinario en la Escuela de Agronomía del departamento de Antioquia. A través de él, tuve la oportunidad un día de comprar un excelente caballo de silla. Era una hermosa yegua, bastante grande para los parámetros de la región, con manchas blancas y grises, que el dueño anterior había hecho participar en carreras. Durante años este animal, fogoso y resistente, me dio muchas alegrías. Una cabalgata mañanera de cuatro horas y cuarenta kilómetros de larga no la cansaba. Cuando Krische, después de una visita en Medellín, partió una mañana con el tren, mantuve la velocidad de este hasta la estación de Copacabana, ubicada a unos quince kilómetros de la ciudad. En realidad me favoreció que el tren debió detenerse algunas veces y yo pude tomar unos atajos, sin embargo este podía desarrollar una velocidad bastante alta en el trayecto llano.

El 16 de diciembre de 1926 nació nuestro primer hijo, un varón, que recibió mi nombre, Hans. El doctor Calle ayudó a traer al niño al mundo con la colaboración de una enfermera indígena. Todo salió bien. Me permitieron asistir al parto. La madre y el niño estaban bien y Elisabeth se repuso pronto del alumbramiento.

Durante la última semana de diciembre el banco estuvo cerrado por los festivos habituales, y como sabía que Elisabeth estaba en buenas manos y yo necesitaba, después del intenso trabajo del año, un pequeño descanso, hice con Walter Springer y un amigo colombiano suyo llamado Botero, que posteriormente se convirtió en su cuñado, una excursión a caballo de cuatro días a las montañas. También en esta oportunidad mi yegua respondió de forma excelente, mientras que la mula de Botero colapsó al tercer día; con mucho esfuerzo la llevamos hasta la localidad de Santo Domingo, donde Botero debió alquilar otro animal para el resto del viaje.



Hans Sitarz con Hans Sitarz hijo (de 3 meses de edad) en Medellín

Así como había finalizado el año 1926, comenzó 1927, es decir, el auge económico persistió y la actividad comercial era de mes a mes más dinámica. Las transacciones del banco alcanzaron cifras que poco tiempo atrás ni hubiéramos soñado. Recuerdo que después de una corta serie de feriados las operaciones del primer día laboral en una página del Libro Mayor ascendían

a más de siete millones de pesos. La causa de este ascenso fenomenal no fue del todo saludable. Lo era en cuanto a que se basaba en mayores precios de los productos de exportación colombianos, especialmente del café. Pero insalubre porque se debió, en gran parte, a la enorme afluencia de fondos de bonos norteamericanos. Esto había comenzado en 1924, después de que bajo el gobierno del presidente Pedro Nel Ospina, Colombia había casi salido de sus deudas y, de allí se hizo más propaganda por parte de la Comisión de Finanzas de los Estados Unidos, bajo el profesor Kemmerer. A largo plazo, resultó beneficioso para el país.

El cauto y conservador presidente Ospina había sugerido, después de ordenar las finanzas estatales, aceptar un préstamo de veinte millones de dólares en los Estados Unidos para la construcción de ferrocarriles y carreteras que para el país hubiera sido fácil de afrontar. En vista de la favorable recepción que encontró enseguida en Nueva York, pronto su política financiera mesurada fue hecha a un lado y en especial después de su retiro del gobierno, fueron aceptados todos los préstamos que se pudieron obtener. Pronto se superó el monto de cien millones de dólares. No solo el Gobierno nacional, sino también los gobiernos departamentales y las ciudades más importantes, empezaron a tomar créditos, para cuyo uso conveniente en la mayoría de los casos no se habían realizado los planes adecuados. Se iniciaron obras públicas mal planificadas en todas partes que devoraban gigantescas sumas, sin que se crearan los contravalores equivalentes.

Sobre una base más saludable que el emprendimiento de las autoridades, se perfiló el del sector privado. Muchas empresas nuevas de índole industrial fueron fundadas, la mayoría de las cuales se consolidaron con el tiempo a pesar de las dificultades iniciales. Esto no era de extrañar. Colombia prácticamente no poseía una industria propia y protegía a cada empresa recién fundada con altas tasas aduaneras a la importación.

En relación con la situación económica en general, como ya se mencionó, se desarrollaron también las transacciones del banco, que alcanzaron en 1927 su mayor extensión espacial. Además de la sede central en Medellín y la sucursal creada paralelamente en Bremen, el banco poseía, en ese momento, sucursales en Armenia (Caldas), Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Honda y Girardot. Asimismo, se mantenían agencias en Cartagena y Buenaventura. Esta última fue el único fracaso en la serie de fundaciones de sucursales; había sido creada a pedido de la sucursal en Cali, pero demostró, después de un corto período de prueba, no ser rentable y fue cerrada. La agencia en Cartagena, que en un principio estaba bajo la administración de la empresa Ed. Victor Sperling, fue convertida en 1928, en una sucursal con todos los requisitos, pero nunca logró alcanzar mucha importancia.

El número de sucursales del banco, así como el aumento general de las transacciones, hizo más perceptible día a día que el capital incrementado en 1924 a dos millones de pesos, ya no estaba a la altura de las circunstancias, que habían cambiado. Las negociaciones que se habían iniciado en 1926 terminaron con la decisión de un nuevo aumento del capital a cinco millones de pesos, el cual la asamblea general de los accionistas en Medellín aprobó el 26 de agosto de 1927. El nuevo capital fue aportado, en parte, por interesados americanos, ingleses, holandeses y suizos. El mayor interés surgió en Nueva York, donde hubiera sido muy fácil reunir todo el importe del aumento de capital y aun más.

El gran éxito de nuestro banco tuvo como efecto que este se puso en cierta forma de ‘moda’ y atrajo a la mejor clientela de todo el país. Los únicos círculos que se comportaron con frialdad hacia nosotros fueron los manizaleños, que estaban disgustados aún debido al fracaso en la idea de fundar una sucursal en su ciudad, en 1915, y los círculos de accionistas de los viejos bancos bogotanos, que observaban nuestro exitoso desarrollo con gran envidia y evidente desagrado. A pesar de la existencia de bancos norteamericanos e ingleses, teníamos numerosos clientes de estas nacionalidades gracias a nuestro trato amable, como era reconocido abiertamente.



Estación de ferrocarril Porcecito

Entre mis clientes norteamericanos en Medellín los más interesantes eran probablemente los hermanos McGuire, que poseían una mina de oro, plantaciones de azúcar y haciendas de ganado. Los conocía personalmente desde largo tiempo atrás, cuando un día el hermano mayor, Ernest, me vino a ver y

consultó si yo le podría dar un crédito de veinticinco mil pesos para compra de ganado. Le respondí que primero tenía que saber sobre sus condiciones financieras para ese fin y le pregunté por su balance. Él no sabía qué era eso, y cuando se lo expliqué dijo que lo mejor sería que fuera a visitarlo, viera por mí mismo sus propiedades y las de sus hermanos, la mina y la hacienda La Clara, y luego yo mismo hiciera el balance. Él y sus hermanos no tenían deudas. Acepté la propuesta y me fui un día en el ferrocarril de Antioquia hasta la estación Porcecito, donde me esperaba un enviado a caballo de los McGuire con un hermoso caballo. En el límite de su propiedad me esperaba Ernest McGuire, también a caballo, y empezamos enseguida la inspección de una parte de su propiedad agrícola. Todo estaba en buenas condiciones, a pesar de que el suelo de la zona no era el mejor. Pero los McGuire no lo habían elegido para la agricultura, sino debido a la mina de oro.

Al anochecer llegamos a la vivienda, un edificio sólido y espacioso que creaba una impresión más urbana que campestre. Los McGuire estaban orgullosos del mismo, y en especial de su baño, equipado con lo más moderno, como en ese momento debía haber pocos en cualquier ciudad de Colombia. La cena fue buena y como bebida refrescante hubo algunas botellas de champaña.

A la mañana siguiente continuamos nuestra cabalgata de inspección y visitamos, ante todo, la mina de oro, que me interesaba mucho. No era una mina subterránea, sino el lecho del río Porce, que había sido drenado mediante un canal artificial cavado para desviar el curso del agua.

Este trabajo enorme se había hecho de una manera sorprendentemente sencilla con la energía hidroeléctrica. En las montañas cercanas, varios cientos de metros sobre la mina, se habían recolectado las aguas de un pequeño río, que fueron trasladadas por unos fuertes tubos de acero al lugar de trabajo. Los tubos, cuya parte que conducía a través del valle del río era flexible, terminaban en un así llamado *monitor*, un aparato que se asemejaba a un cañón. De su cañería de desagüe se podía arrojar un chorro de gran fuerza que arrasaba, incluso, gigantescos bloques de roca como si fueran cajas de fósforos vacías. Con la ayuda de este chorro de agua se había cavado el nuevo lecho del río. La mano de obra humana se necesitaba solo en forma reducida. Por lo demás, los mismos McGuire trabajaban en todas partes a la par.

De vuelta en casa, revisé los documentos comerciales que McGuire me presentó y observé que de la mina ya se había extraído oro con una recaudación de dos millones y medio de dólares. Cuando le pregunté a Ernest dónde había guardado tanto dinero, se rió y dijo que, como buen minero de oro, había cometido el error de invertir enseguida el producto de una buena mina de oro en la compra de otras minas de oro y ahí estaba aún invertido. Según

mis hallazgos, la fortuna de los hermanos ascendía a doscientos cincuenta mil pesos, que de todas maneras era suficiente para concederle el crédito que había solicitado de veinticinco mil pesos. Hasta el final de mi actividad en Medellín los McGuires fueron clientes agradables del banco. Venían de Oklahoma y habían llegado años atrás a Colombia con quinientos pesos, que habían pedido prestados, para probar aquí suerte, lo que también habían logrado. Pero todos murieron temprano, en parte debido al trabajo físico desmedido en un clima insalubre, y en parte por las fiestas con demasiado alcohol.

VIAJE POR NUEVA YORK A EUROPA

Cuando nuestro primogénito había cumplido unos cinco meses Elisabeth no pudo resistirse al deseo de presentarlo a la familia en Alemania, y como me esperaba un tiempo movido, con muchos viajes, decidimos que estuviera allí medio año. El viaje hasta la costa lo haríamos juntos. Elisabeth y nuestro hijo se embarcarían en un vapor directo a Alemania, mientras que yo, después de una breve estadía en Barranquilla, debía ir nuevamente a Nueva York, en viaje relacionado con el aumento del capital, no sin antes, por pedido del Consejo de Supervisión de Bremen —que en realidad había surgido de una idea poco prometedor, pero obstinada de Thiel— visitar a la República de Panamá para constatar si en ella podría tener perspectivas de éxito la fundación de una sucursal de nuestro banco.

A comienzos de mayo de 1927 partimos de Medellín. El viaje río abajo lo hicimos esta vez en avión y sin percances. En Barranquilla no nos quedamos mucho tiempo, sino que pasamos los días previos a la partida de Elisabeth en el hotel Atlántico, en Puerto Colombia.

Tras la partida de Elisabeth inicié mi viaje. Primero abordé el vapor italiano Venezuela rumbo a Colón. Allí, así como en la capital de Panamá, teníamos la empresa americana Eisenmann & Eleta Co. (American Bazaar) como agentes de nuestro banco. Tenía las expectativas de conocer personalmente a la gente cuyo buen trato a quienes otorgábamos cartas de crédito en ambas plazas era siempre elogiado, pero solo encontré a Eleta, de origen español. Eisenmann estaba ausente, en un viaje de negocios.

Fui recibido por Eleta de forma muy amable y pasé unos días agradables en la ciudad, para mí nueva e interesante, a excepción del poco atractivo hotel Central en el cual me hospedé. Era mi primer encuentro con el océano Pacífico y el canal de Panamá, sin tener en cuenta que ya había visitado la desembocadura atlántica en mi salida con Elisabeth en diciembre de 1925. Me gustó muchísimo el viaje en tren a la par del canal, que no solo permitía muchas vistas de este, sino que también pasaba a través de regiones con paisajes hermosos, las cuales se distinguían por una opulenta vegetación tropical. Era llamativo en todas partes el contraste entre los edificios y urbanizaciones construidos

por el Gobierno estadounidense y las viviendas en parte aun extremadamente primitivas de los nativos. Hasta no hace mucho el área aledaña al canal de Panamá tenía mala fama desde el punto de vista sanitario, ¡se decía que la construcción del ferrocarril había costado una vida humana por cada traviesa instalada! Ahora toda la zona del canal estaba casi por completo saneada. La plaga de los mosquitos era combatida sin pausa, de tal manera que ya no se presentaban pestes de malaria, el suministro de agua se hacía a través de un modelo ejemplar en Ciudad de Panamá y Colón, y también fue reducido al mínimo el peligro de fiebre tifoidea. Tuve la oportunidad de visitar la planta de agua Miraflores, que abastecía a la Ciudad de Panamá. Transformaba las aguas espumosas y turbias del río Chagres en agua potable impecable. Al mismo tiempo, conocí al constructor de esta y muchas otras estaciones de depuración de aguas residuales en Sudamérica tropical, el doctor Bunker. Poco después se le encargó la construcción de estas estaciones en Barranquilla y Cali.



Canal de Panamá

El lenguaje coloquial era aún mayoritariamente español. Sin embargo, los círculos de habla inglesa de la población urbana crecían decididamente. En lo que respecta a las expectativas comerciales de una sucursal de nuestro banco, vi después de pocos días lo que ya había sospechado, que para eso no existía la más mínima posibilidad. Los bancos existentes eran más que suficientes y para las transacciones de dinero relacionadas con la administración del canal,

que tenían carácter más o menos oficial, por supuesto solo eran pertinentes los bancos norteamericanos.

Después de pasar un día o dos más en el hermoso Washington Hotel, en Colón, continué mi ruta en un vapor americano bastante viejo y de ninguna manera lujoso.

El viaje a Nueva York, con estadía en Kingston (Jamaica), transcurrió con buen tiempo y sin incidentes especiales. En esta capital subió un interesante pasajero a bordo, Mr. Di Giorgi, de la Di Giorgi Fruit Co., multimillonario. Empezó como pequeño comerciante de frutas hasta lograr la posición de ese momento. Como me contaron, al comienzo ni siquiera tenía una tienda, sino que las conducía en una carreta por las calles.

Los pasajeros restantes eran en su mayoría comerciantes norteamericanos. Además había a bordo dos típicas representantes del mundo femenino norteamericano de esa época, es decir, una mujer de negocios muy exitosa y una así llamada *flapper*¹¹. La comerciante, según me contaron, poseía una próspera cadena de salones de belleza en Nueva York. Era de mediana edad, elegante, en apariencia soltera y extremadamente nerviosa, fumaba sin parar. A pesar de sus éxitos comerciales, parecía estar poco conforme consigo misma y con el mundo. Había hecho el viaje para descansar, al parecer sin gran éxito. A la *flapper*, una adolescente de familia muy rica, si mal no recuerdo de los millonarios tabacaleros Reynold, la habían enviado de viaje con una enfermera, también para descansar. Aparecía con vestidos nuevos constantemente, dando una impresión de muy mimada y distraída.

Mis reuniones de negocios en Nueva York se desarrollaron de forma satisfactoria. Se puede afirmar, sin peligro de exageración, que en ese momento el Banco Alemán Antioqueño representaba a Colombia a los ojos de los bancos de Nueva York. Todo el mundo quería trabajar con nosotros. Se ofrecieron nuevos préstamos, los anteriores fueron incrementados. El banco que demostró más afabilidad y mayor interés en una estrecha relación con nuestro banco fue el International Acceptance Bank (IAB). Este tenía apenas unos pocos años, pero ya podía ostentar grandes éxitos. Estaba bajo la dirección de Paul M. Warburg y algunos otros, en su mayoría expertos con experiencia, surgidos del negocio bancario inglés y alemán, entre ellos, en primer lugar, los vicepresidentes Nachman y Vogel. De este banco no solo se nos puso a disposición créditos por el monto de dos y medio millones de dólares, sino que también participaron en nuestro decidido aumento de capital, y si hubiera sido por ellos, habrían adquirido la totalidad de las nuevas acciones a repartir.

¹¹ Mujer joven.

También entablé amistad en el plano personal con los directivos del IAB. Paul M. Warburg, que después de la gran crisis económica de 1907 tuvo una posición sobresaliente en la fundación del Federal Reserve Bank, era considerado en ese momento, quizás, como la personalidad más importante en el negocio bancario internacional de Nueva York, y las conversaciones que tuve con él fueron muy interesantes e informativas. Warburg estaba sumamente interesado en informarse al detalle sobre las condiciones colombianas y siempre hacía escribir a su secretaria enseguida los puntos principales de nuestras conversaciones estenográficamente, en papel. Cierta vez por haber estado más de una hora con Warburg fui felicitado por los señores del banco. Según lo que me expresaron, Warburg era un hombre importante, muy ocupado en diversas cuestiones, sus minutos estaban contados y era una gran distinción que me dedicara tanto tiempo. En otra ocasión me invitó a almorzar con él; yo me ocupé en la comida y él observaba la mayor parte del tiempo, era de naturaleza muy débil y la mayoría de las veces enfermizo, por lo cual debía limitarse a una dieta en extremo austera. La relación establecida con Warburg en aquel entonces sería para mí de gran importancia varios años después.

Al inicio Warburg hubiera visto con gusto que el Banco Alemán Antioqueño gestionase todas sus transacciones de Nueva York exclusivamente a través del IAB. Pero logré convencerlo de que esto no sería lo más conveniente para ambas partes. Le señalé que permanentemente recibíamos transacciones importantes de otros bancos neoyorquinos y que estos también nos habían puesto grandes créditos a disposición. En el transcurso del tiempo el monto total de los créditos que se había puesto a disposición del Banco Alemán Antioqueño en Nueva York había ascendido a la importante suma de siete millones doscientos mil dólares, sin que el Banco Alemán Antioqueño hubiera tenido que ofrecer ninguna garantía. Todos los bancos me pidieron que los visitara con la mayor frecuencia posible: *We want to see from time to time the face of the man with whom we are doing business* (“Queremos ver de vez en cuando la cara del hombre con el que estamos haciendo negocios”), dijeron.

Estos grandes créditos fueron de mucho beneficio para el Banco Alemán Antioqueño, que los trabajaba con sumo éxito, y también eran rentables para los bancos neoyorquinos, lo cual era reconocido por ellos abiertamente. Además, demostraron ser muy seguros, lo que en aquel entonces no se podía decir de todos los negocios de los grandes bancos de Nueva York. Eran los tiempos de la llamada *Coolidge Prosperity*¹², que trajo excesos económicos muy graves. En ese momento parecía realmente que el dinero estaba tirado en

¹² Nombrado así en honor al presidente estadounidense Calvin Coolidge; 1923-1929.

la calle. Proyectos de índole muy dudosa podían ser financiados si se presentaban con suficiente habilidad. Colombia, para la cual la misión Kemmerer había hecho demasiada publicidad, había sido descubierta y se atosigaba al pobre país con un préstamo detrás de otro. En cuanto a las garantías, nadie se preocupaba por ellas. Una vez se me solicitó desde una empresa bancaria privada dar mi opinión sobre un folleto en el cual se ofrecía la venta al público de un nuevo préstamo para Colombia. Cuando dije con toda sinceridad que en primer lugar se describían las condiciones colombianas demasiado favorablemente y segundo que en mi opinión Colombia ya había tomado demasiados créditos, más de lo conveniente, el asunto fue dejado de lado con un comentario nada halagüeño con referencia a la inteligencia del público norteamericano en cuestiones de dinero.

En privado pude conocer, a través de invitaciones ocasionales, algo de los alrededores de Nueva York. Junto con Henry Ludeke y su en aquel entonces pequeña hija Lolita (su esposa había fallecido poco después del nacimiento de la niña), pasé unos días en Spring Lake, en la costa de Nueva Jersey.

Yo había informado por cable el curso de mis reuniones neoyorquinas a Bremen y ya estaba preparando mi regreso a Colombia cuando recibí un cable en el cual se me solicitaba, antes de regresar, hacer una breve visita a esa ciudad para comentar oralmente los asuntos con el Consejo de Supervisión, que debían ser tratados en la asamblea general, la cual tendría lugar en Medellín.

Pocos días después, partí en el Columbus a Bremen. Al llegar allí cumplí con mis reuniones de negocios en pocos días y hasta tuve algunas semanas a mi disposición, que dediqué a la familia, incluso hice una breve visita a mi madre y hermanas en Stettin. Infortunadamente no fue posible satisfacer el deseo de Erich de visitarlo con Elisabeth en Viena, debido al poco tiempo del que luego dispusimos.

Lamenté mucho haber encontrado al anciano señor Held en deplorable estado de salud. Mentalmente estaba tan activo como siempre, pero su fuerza física disminuía a gran velocidad. Mis pocas conversaciones con él fueron tan amenas como de costumbre. De forma amable me expresó varias veces su satisfacción por mi gerencia en el banco y me manifestó el deseo de que me mudara dentro de un tiempo no demasiado largo a Bremen, para ser su sucesor en el Consejo de Supervisión del banco, con cuyos otros miembros estaba cada vez más insatisfecho.

Aunque el anciano señor no tenía presente la posibilidad de una muerte cercana, y yo tampoco sentía deseos de finalizar mi actividad en Colombia tan pronto, por lo general parecía que mi traslado a Bremen era un hecho establecido. Así, un día me persuadieron varios amigos, creo que también el viejo señor Held, de comprar allí una casa con jardín grande y hermoso, ubicada en

la Klugkiststraße 5, aprovechando una oportunidad aparentemente favorable. Pero nunca la habité. Todo resultó de manera bastante diferente de lo que parecía en el verano de 1927.

Se había decidido que debía hacer una visita también a nuestras conexiones londinenses antes de mi regreso a Colombia, y para ahorrar tiempo así como por comodidad, resolví hacer el viaje a Londres en avión. En ese entonces era necesaria una parada intermedia en *Ámsterdam* con trasbordo de avión. Elisabeth y algunos amigos locales me acompañaron hasta el aeropuerto en Bremen, desde donde hice el primer tramo del viaje hasta *Ámsterdam* en un avión holandés que todavía estaba hecho de madera. Recuerdo el ruido ligeramente desagradable que se producía en las ranuras del avión cuando se movía en curvas. La segunda parte del vuelo de *Ámsterdam* al aeropuerto de Croydon, cerca de Londres, pude hacerla en un avión Junker, hecho íntegramente de metal y provisto de varios motores. Una placa de metal en el avión indicaba que era la misma nave que recién había cubierto para ese entonces el enorme vuelo de Berlín a Pekín ida y vuelta.

Pocos días en Londres fueron suficientes para finalizar mis asuntos de negocios, que transcurrieron de forma agradable, como había sido el caso en Nueva York. No me quedó tiempo para excursiones personales, excepto una o dos salidas al teatro y una gira por el Museo Británico. Era necesario apresurarse para llegar antes de la asamblea general fijada para el 26 de agosto de 1927 en Medellín, por eso había decidido viajar con uno de los veloces vapores bananeros de la línea Elders & Fife desde Avonmouth, el antepuerto de Bristol, a Santa Marta. El barco se llamaba, si recuerdo bien, Panuco, y aunque fue construido sobre todo para el transporte de bananos, estaba también equipado para llevar una cantidad aceptable de pasajeros. El viaje fue agradable, transcurrió casi siempre con buen tiempo, sin problemas. Creo que fue en él cuando vi, durante el cruce del mar Caribe, varias grandes trombas de agua, una detrás de otra, sin pausa. Era un panorama amenazante con el cielo oscuro. Me acuerdo del personal de servicio muy atento. Un empleado recién contratado para el banco, de mediana edad, Gericke, viajaba conmigo. Después de una corta estadía en Santa Marta viajamos en ferrocarril y barco de vapor a Barranquilla, pasando por Ciénaga.

SEÑALES DE CRISIS

Gericke se quedó en Barranquilla para trabajar en la sucursal local. Yo tomé el avión después de unos pocos días, río Magdalena arriba, y llegué a tiempo y sin incidentes a Medellín.

Durante la estadía en Barranquilla visité la tumba de mi amigo y excolaborador Robert M. Remer, que había fallecido por un accidente: mientras nadaba en Puerto Colombia saltó de cabeza en aguas pocas profundas y al hacerlo se rompió la columna vertebral.

Durante la asamblea general en Medellín se decidió por voto unánime de los accionistas el aumento del capital bancario a cinco millones de pesos, con lo cual el Banco Alemán Antioqueño superó a los demás bancos del país en cuanto a potencial de capital. Las transacciones experimentaron a continuación otro fuerte incremento y alcanzaron su tope durante los siguientes seis meses. El personal del banco se había incrementado, hasta alcanzar cerca de trescientas sesenta personas, de las cuales sesenta eran alemanes y el resto colombianos. La cuestión de personal, es decir, la de ocupar los puestos directivos, era nuestro mayor problema, y después de la crisis de 1923 casi el único. El volumen de los negocios aumentaba con constancia nuestra demanda de personal. Con la vinculación de bancarios de mayor edad aparentemente experimentados tuvimos suerte solo en unos pocos casos. Más segura era la formación de gente joven en la institución, pero exigía una gran inversión de tiempo. Pronto, sin embargo, las dificultades de reclutamiento de personal serían eclipsadas por preocupaciones de otro tipo.

Poco después de sesionar la asamblea general me vi obligado a una visita de inspección a la sucursal de Bucaramanga. De alguna manera no estábamos satisfechos con la dirección de ella por Rupertus, aunque no le podíamos plantear reproches concretos. Incluso después de revisar el lugar y la sucursal yo no estaba en condiciones de decir algo, a pesar de mi sensación de que algo estaba mal. Partí con un sentimiento de insatisfacción y la decisión de repetir mi visita lo más pronto posible.

Personalmente este viaje, en el que tuve dos accidentes, casi me cuesta muy caro. De nuevo recorrí el trayecto de Puerto Berrío a Puerto Wilches en

avión. Estaba lloviendo cuando bajé al río cerca del hotel en Puerto Berrío; el avión saldría temprano en la mañana. Como el vuelo solo duraba cerca de media hora y hacía frío, era necesario usar mi gabardina y las suelas de mis zapatos se habían puesto resbaladizas por el camino barroso recorrido. En Puerto Wilches, cuando me disponía a bajar del avión a la costa, resbalé con mis suelas lisas en uno de los escalones metálicos y caí al río.

Durante un momento el aire debajo de mi abrigo actuó como un cinturón salvavidas, de tal manera que no sumergí la cabeza en el agua y tampoco, creo, perdí mi sombrero. Pero enseguida los bolsillos del impermeable comenzaron a llenarse de agua. Sentí cómo aumentaba el peso, sin embargo no me lo podía quitar. Nadé con todas mis fuerzas, y por suerte la fuerte corriente me ayudó a entrar en una bahía, en cuya orilla encontré apoyo y con los pies pisé el fondo. Un momento después manos diligentes me ayudaron a subir a la ribera.

Todo duró solo unos pocos minutos y ‘atterricé’ quizás a escasos treinta metros del avión. El portafolio y el paraguas, que llevaba en la mano al bajar, los encontré secos, no habían caído al agua, sino sobre el ala o ‘armazón de flotación’ del avión. Me cambié de ropa en una pequeña cabaña de madera del ferrocarril y pude proseguir mi viaje con ropa seca.

El segundo accidente sucedió en el vuelo de regreso de Bucaramanga. El avión que debía llevarme hasta el kilómetro dieciséis del ferrocarril estaba a punto de cruzar el profundo valle del río Lebrija cuando el único motor empezó a traquetear y perdimos altura. Por suerte, el piloto pudo girar enseguida y así pudimos regresar de nuevo a la altiplanicie de Bucaramanga; con el motor cada vez más débil aterrizamos felizmente en el campo de aviación, aunque de forma bastante abrupta. Se comprobó que un cilindro había fallado; el perfecto debería haberse notado antes del despegue y el ingeniero jefe de Scadta, Schnurrbusch, que había estado también como pasajero, responsabilizó al personal con serias acusaciones. Luego de reparar el daño, lo que no demoró mucho tiempo, reiniciamos nuestro viaje, esta vez sin ningún contratiempo.

Poco después de haber regresado a Medellín, precisamente el 8 de octubre de 1927, falleció el anciano señor Held en Bremen. A pesar de que su deteriorado estado de salud le había impedido dedicarse a los asuntos del banco a fondo cada vez más, como era su deseo, hasta el día de su muerte fue un factor importante en la gestión de estos. Para mí había sido el representante decisivo de todos los interesados no colombianos en el banco, y sus consejos me fueron siempre valiosos. ¡Quizás hubiera sido posible vencer las dificultades que nos esperaban en una forma más favorable si él hubiera estado con vida y buena salud! Por otra parte, creo que su influencia y reputación también habrían fallado frente a las nuevas corrientes hostiles al banco que estaban surgiendo en el país.

Que había peligro en ciernes, se lo pude decir personalmente durante mi visita a Bremen. El peligro amenazaba en especial debido a la envidia competitiva de los otros bancos, que no nos podían perdonar nuestro rápido auge, y por el nacionalismo creciente de ciertos círculos, los cuales comenzaron a criticar que en el banco, convertido en el más importante de Colombia, la influencia extranjera era demasiado fuerte. En cierto modo, aunque en menor grado, estas tendencias estuvieron siempre presentes y siempre nos habíamos cuidado de no ignorarlas, pero habíamos esperado contrarrestarlas mediante un estricto cumplimiento de las leyes, así como a través de una cuidadosa consideración de los intereses del país y de la clientela; además, la posición del Consejo de Supervisión colombiano era muy importante e influyente y de ninguna manera con características de testarros. Sin embargo, todo esto no sería suficiente a la larga para garantizarle al banco una futura evolución tranquila en su habitual rumbo.

En noviembre de 1927 Elisabeth regresó en el vapor Rugia y, en combinación con una visita a las sucursales de Cartagena y Barranquilla, fui al encuentro de ella y el niño. Había traído como ayuda doméstica a una joven niñera alemana, la “hermana Gretel”, quien solo cumplió de forma moderada las expectativas esperadas. Hicimos el viaje río arriba en el vapor fluvial, esta vez sin percances.

En Medellín nos fuimos a una casa nueva, en la calle Darién, entre las carreras Cuba y Ecuador, en el también nuevo barrio El Prado, ubicado en una colina. La casa era luminosa y aireada. En la cocina, Paulina se hizo cargo otra vez de su actividad habitual.

Poco después de finalizar 1927, año que había sido muy exitoso para el banco, se presentó en Medellín una comisión de la Superintendencia Bancaria, la autoridad de control bancario estatal, para una de sus habituales revisiones. Pero, desde el primer día nos dimos cuenta de que esta no era una revisión común, sino que la comisión estaba en una posición hostil contra nuestra entidad. Tiempo atrás me había llegado una advertencia confidencial de Bogotá según la cual los antiguos bancos de la capital habían solicitado a la Superintendencia, al parecer en forma secreta, hacer algo para impedir o dificultar el crecimiento del Banco Alemán Antioqueño, “que no podría alcanzar con cosas correctas”. Yo no tenía presente ningún delito que el banco pudiera haber cometido, por lo tanto vi el peligro venidero con tranquilidad, aunque sin subestimarlos.

Por desgracia se presentó una circunstancia, que le otorgó a la comisión en Medellín un pretexto para hacer su acción aún más agresiva. Otra comisión había inspeccionado la sucursal en Bucaramanga, cuyo gerente, Rupertus, había viajado poco antes en licencia a Alemania. Un breve tiempo antes de su partida había realizado varios asientos que despertaron las sospechas

de su sucesor, pero esta misma inteligencia no fue suficiente para informar a Medellín enseguida al respecto. Así sucedió que la comisión de la Superintendencia, a la cual estos asientos también le llamaron la atención, informó sobre este particular en primer lugar —y por supuesto no a mí— a sus superiores en Bogotá, quienes pasaron el informe de manera exagerada.



La familia Sitarz en enero de 1928

Partí para Bucaramanga, donde la Superintendencia había terminado su inspección, y hube de constatar que nuestro aparentemente fiel y honorable Heinrich Rupertus había sido una persona deshonesto y muy astuta. Había realizado negocios particulares, lo que no habría sido objeción si no hubiera retirado el dinero necesario para ello de las cajas del banco. Como contravalor colocó su recibo en la caja registradora, obligando al cajero a hacerlo figurar como dinero en efectivo en el registro de los importes de caja y con ello también en los informes a Medellín. Cuando él esperaba una visita de inspección, siempre había logrado restituir a tiempo el dinero, de tal manera que sus manipulaciones no habían sido descubiertas.

Incluso la Superintendencia no lo hubiera sabido si uno o dos empleados de la sucursal, que habían sido cómplices voluntarios o no de Rupertus, no hubieran delatado el asunto. Debido a esto, no solo se descubrieron dos cuentas ficticias que habían sido manejadas por Rupertus, sino también una serie de estafas más pequeñas que había cometido, cargando montos a la cuenta de gastos del banco que no se habían realizado sino que él había malversado.

Con excepción de los falsos débitos de la cuenta de gastos, no se había producido perjuicio material alguno ni para el banco ni para alguna otra persona, pero tal perjuicio fácilmente podría haberse generado, y en un monto considerable, si uno de los negocios privados que Rupertus había realizado con el dinero del banco hubiera fracasado. Tarde o temprano este hubiera sido el caso, dada la naturaleza especulativa de esos negocios, sin embargo hasta ese momento la coyuntura general ascendente de aquellos años se había encargado siempre de un desenlace feliz.

Por lógica, la cuestión Rupertus debió haber finalizado con su despido y el gravamen de los montos sustraídos de la cuenta de gastos a su cuenta particular, en la cual había por suerte un saldo positivo lo suficientemente grande. Pero esto no fue el sentido que le dio la Superintendencia Bancaria; en lugar de darle al caso Rupertus la importancia que merecía, es decir, la del yerro lamentable de un gerente de sucursal aislado, generalizó la cuestión y habló de corrupción en la dirección alemana del banco. Bajo este pretexto se inició una agotadora investigación, que se remontó a años atrás, de las cuentas bancarias de todos los principales empleados alemanes del banco y de la correspondencia llevada entre estas personas y la sucursal de Bremen. Estas investigaciones, que se extendieron durante meses y que de ninguna manera se llevaron a cabo de forma discreta, finalizaron en que la Superintendencia confesara abiertamente a la Junta Directiva de Medellín que la actuación de todos los directores alemanes del banco, exceptuando a Rupertus, había sido impecable. No obstante, ese no fue el final del caso de la Superintendencia Bancaria contra el Banco Alemán Antioqueño.

Hubo de admitirse que no había ninguna crítica contra el carácter personal de los directores alemanes, como tampoco contra su forma de actuar comercial, pero habían cometido el error imperdonable de intercambiar correspondencia en idioma alemán. Además, la sucursal de Bremen, que estaba sometida por lógica a la legislación alemana, no se había atenido en todos los casos a las leyes bancarias colombianas, lo cual tampoco podía hacer, y finalmente, el banco había creado unos años antes —con total conocimiento y beneplácito del primer director de la Superintendencia fundada en 1923, el doctor Jesús M. Marulanda— una cuenta de reserva, la cual no había sido declarada como ganancia ni había pagado los impuestos correspondientes.

Esto último fue interpretado por la Superintendencia como intento de evadir impuestos. Nuestra solicitud de obtener el testimonio del doctor Marulanda fue denegada y se ordenó al banco pagar cincuenta mil pesos, que era el monto del impuesto, más una multa por el presunto pago atrasado. No hubo posibilidad de apelar contra este fallo arbitrario porque, según la legislación bancaria colombiana, las decisiones de las autoridades supervisoras bancarias eran definitivas.

La otra acusación de la Superintendencia, que la correspondencia oficial o semioficial era llevada en idioma alemán, finalmente se abandonó de forma silenciosa. Quedaban solo las imputaciones contra la sucursal Bremen y la Superintendencia decidió llevarlas hasta la última instancia. Su primera exigencia fue la clausura inmediata de la sucursal o separarla del banco. Después de largas y arduas negociaciones, que duraron más de un año, se alcanzó un acuerdo provisorio, según el cual se enviaría a un delegado de la Superintendencia a Bremen con gastos a cargo del Banco Alemán Antioqueño, para inspeccionar la sucursal y —durante el tiempo que la Superintendencia considerara adecuado— vigilarla. Para esta misión fue elegido el jefe de la comisión que había realizado la revisión en Medellín, un tal doctor Félix García Ramírez.

Aunque este hombre me era muy antipático y yo no le hubiera concedido justo a él esta fácil y agradable misión, bien remunerada, era quizás la mejor persona para el puesto considerando los intereses de la sucursal de Bremen. Venía del pequeño pueblo antioqueño de Retiro, era de estatura pequeña y de aspecto desagradable, y más o menos indio puro. Pobre y ambicioso, tenía todas las características de un picapleitos. El traslado a Bremen era un acontecimiento en su vida con el cual nunca hubiera ni siquiera soñado, y aunque había partido a Bremen, como indudablemente era el caso, con la misión y el firme propósito de depararle a la sucursal un pronto final, la importancia con la que fue recibido en Bremen y la agradable vida que llevaba allí cambiaron muy pronto su enfoque. El hecho fue que, de su parte, no se hizo nada para ponerle fin a la sucursal de una u otra manera. Si recuerdo bien, permaneció dos años en Bremen, tras lo cual sus autoridades le pidieron regresar.

COYUNTURA ECONÓMICA SOBRECALENTADA

Al parecer se había restablecido de nuevo, por lo menos momentáneamente, la paz con la Superintendencia, y el prestigio del Banco Alemán Antioqueño estaba tan sólidamente cimentado ante los ojos del público que la campaña abierta llevada a cabo contra él no le causó ningún daño comercial; al contrario, los negocios marchaban mejor que nunca: no era necesario que invirtiéramos tiempo y energía en búsqueda de transacciones. La dificultad de nuestra tarea consistía más bien en realizar de forma acertada una selección entre la cantidad de negocios que nos presentaban, pues el aún persistente caudal de préstamos financieros estadounidenses, junto con los altos precios alcanzados por los productos de exportación colombianos como el café, bananos, cueros, etc., habían generado una marea de empresas especulativas en Colombia, debido a la cual toda la situación económica tenía una base muy poco saludable.

En Medellín, que se había convertido durante los últimos años en el centro industrial más importante del país, las señales de un desarrollo insalubre consistieron, sobre todo, en un aumento desmedido de los precios de las acciones de las empresas, incluido nuestro banco, así como de los bienes inmobiliarios en la ciudad y en sus alrededores. Recuerdo que en las sesiones de la Cámara de Comercio señalé de manera reiterada los peligros que amenazaban a la situación general ocasionados por esas exageraciones; les pedí repetidas veces a mis colegas prestar atención a que ya no había casi ningún edificio de viviendas decente en la ciudad que valiera menos de treinta mil pesos, que con un interés aunque sea solo del 6% —que era el mínimo con el cual se podía contar en ese momento— debía rendir por lo menos una renta anual de mil ochocientos pesos, y que para la gran mayoría de la población urbana mil ochocientos pesos era un buen ingreso anual, por lo tanto, era obvio que a la larga los precios inmobiliarios y de renta debían bajar de nuevo o que los ingresos de grupos muy grandes de la población deberían ser aumentados de modo enorme.

La respuesta a mis discursos pesimistas fue lo que me contestó un día mi buen amigo Enrique Mejía O., en aquel entonces presidente de la Cámara de

Comercio e incluso dueño de numerosas casas: “¡Los extranjeros no entienden de eso!”. Pocos años después, cuando comenzó el por mí temido retroceso de los precios inmobiliarios, Enrique Mejía O. perdió toda su fortuna.

Otro buen amigo, Manuel M. Escobar O., también demostró ser igual de ciego con respecto a los peligros de la situación. Estaba muy involucrado en acciones de todo tipo y con motivo de una caminata compartida me mostró una pradera en el barrio Berlín, ubicada quizás unos dos kilómetros a las afueras de la ciudad, a la que llamaba su “reserva”. La pradera tenía doscientos mil metros cuadrados y por cada metro cuadrado ya le habían ofrecido repetidas veces, como me dijo, un peso. Le aconsejé enfáticamente vender rápido, pero solo tuvo una sonrisa arrogante por respuesta. Él también se fue a la quiebra pocos años después.

Casi al mismo tiempo que se hizo notar la actitud hostil de la Superintendencia hacia nuestro banco comenzaron los dos viejos bancos de la capital, el Banco de Bogotá y el Banco de Colombia, a aumentar sus capitales, y al igual que nosotros, a expandirse mediante la fundación de sucursales por todo el país. Aunque este desarrollo en sí no nos agradó, en ese momento convenía bastante, ya que nos dio la posibilidad de deshacernos de una parte no deseada de nuestra clientela. Debíamos aceptar que al público este proceso le parecía una especie de retroceso en la gestión de nuestro banco y un avance de la competencia; sin embargo, mediante esta estrategia se evitó más de una pérdida al Banco Alemán Antioqueño que en caso contrario habría sido inevitable.

Con la opinión de que la situación económica ya no tenía una base sólida y el riesgo de un repentino y violento cambio aumentaba a diario, yo estaba bastante solo en esos días. Al igual que en los Estados Unidos, pocas personas creían que el auge, ya con duración de unos cuantos años, podría experimentar un final nefasto. Por el contrario, se creía que la nueva era dorada recién había empezado. Quien formulaba una advertencia gozaba de pocas simpatías. También los miembros de nuestro Consejo colombiano, con la única excepción de Alejandro Echavarría, se habían emocionado en mayor o menor grado con la fiebre reinante. En una conversación confidencial mantenida con él señaló que a pesar de la vieja y sólida amistad que nos unía con los demás miembros del Consejo de Supervisión, sería necesario a partir de ese momento hacer un control más estricto en cuanto a sus obligaciones para con el banco de lo que había sido antes, porque sin ninguna duda algunos de estos amigos habrían ido más allá en sus negocios de lo que era deseable en beneficio de su propia solidez.

A quien don Alejandro se refería principalmente era a la empresa Escobar & Cía. Sus dueños, los hermanos Manuel María y Luis María, habían hecho

ganar al banco desde su fundación como nadie en Colombia. Eran muy eficientes, cada uno en sus áreas comerciales, y gozaban del mayor respeto y de óptima reputación. Sus solicitudes de crédito siempre eran aprobadas sin discusión. Respondían a esa confianza permitiendo al banco, es decir, a mí, una total inspección de sus negocios. Pero ambos eran también muy seguros de sí mismos y susceptibles, por lo tanto, dadas las muchas pruebas de amistad y servicios que personalmente recibí de ambos caballeros, fue una tarea bastante delicada comunicarles que habían tomado demasiado crédito. Pero una casualidad vino a ayudarme.

Incluso entre los dos hermanos habían surgido fuertes divergencias de opinión sobre la conducción de sus negocios y la situación económica en general. Don Manuel creía en el aumento sin fin de los precios, especialmente en los mercados inmobiliario y bursátil, mientras que don Luis era uno de los pocos que creían reconocer los abusos de la situación comercial y temían un retroceso peligroso. El ambiente entre ellos se deterioró tanto que ya no pudieron conversar con calma sobre las diferencias de opinión, sino que se comunicaban de forma escrita. Normalmente yo recibía esta correspondencia para leerla y a través de un prudente apoyo de las razones planteadas por don Luis se logró que, al restringir ciertas transacciones, se redujera de forma significativa el crédito en el banco. Según un balance que don Manuel una vez me mostró en ese tiempo con orgullo, el capital de la empresa ascendía a no menos de un millón y medio de pesos. Consistía, principalmente, en la propiedad de inmuebles urbanos y acciones de empresas locales, cuyos valores pocos años después se reducirían mucho. Don Manuel, a quien era imposible convencer de alguna manera, ante la proximidad de tal peligro debió pagar por su fe ciega, perdiendo casi toda su fortuna durante la crisis económica que comenzó a fines de 1929. Don Luis, que había vuelto a dedicarse a tiempo, en forma exclusiva, a la ganadería, en la cual era un experto de primer nivel, sobrevivió a la tormenta con pérdidas tolerables que, en los años posteriores, incluso pudo recuperar de nuevo de manera parcial.

Las exageraciones en el área económica me hicieron sentir gradualmente preocupado hasta por el destino de mis ahorros, que en el transcurso de los últimos años había alcanzado un nivel nada insignificante y los había invertido, no solo en acciones del Banco Alemán Antioqueño, que consideraba lo más seguro, sino también en las de otras empresas colombianas.

Aunque los negocios de estas últimas iban muy bien, era claramente visible que los precios a los que se compraba sus acciones no guardaban proporción con la realidad. Por lo tanto, decidí vender todas las acciones, con excepción de las del Banco Alemán Antioqueño. Cuando encargué la venta al agente de bolsa Enrique Estrada, me miró como si dudara de mi cordura. “Usted está

regalando las cosas si vende a los precios actuales”, dijo. En realidad, con una espera más prolongada hubiera podido obtener precios considerablemente mejores; sin embargo, en ese caso, hubiera sido bastante posible que desperdiciara el momento favorable para la venta y perdiera la mayor parte del dinero invertido, como les sucedió a muchos de mis conocidos.



Paseo de la familia Sitarz, marzo de 1928

A comienzos de abril de 1928 emprendí un viaje para visitar nuestras sucursales en Bogotá, Girardot, Honda, Cali y Armenia. Elisabeth me acompañó en una parte de él, pues deseaba conocer la capital del país, volver a ver a su hermano Herbert, que estaba empleado desde febrero en la sucursal de Honda, y visitar a una excompañera del colegio, Marga Kämerna, que se había

casado con Heinatz, el gerente de la sucursal en esa ciudad. Ambos se habían conocido en Bremen, en nuestra boda.



Banco Alemán Antioqueño, Bogotá

Fuente: Banco Alemán Antioqueño, Medellín, sin dato de paginación.

En Bogotá visité al gerente de la Superintendencia Bancaria, el doctor Gonzalo Córdoba, a quien conocía hacía años y con el que siempre había mantenido una relación muy amistosa. Venía de una de las mejores familias de Popayán, si no me equivoco, y siempre lo había considerado un caballero. Él me recibió de nuevo con la mayor amabilidad y nuestras conversaciones fueron como si los incidentes desagradables entre sus autoridades y el Banco Alemán Antioqueño nunca hubieran tenido lugar; incluso hoy pongo en duda que haya sido el motor de los ataques malintencionados a este. Cuando me

disponía a partir de Bogotá, inesperadamente vino a la estación de ferrocarril para desearme allí, una vez más, feliz viaje.

En vista de las dificultades del viaje de Bogotá a Armenia y Cali, y del retorno, que conducía por el alto paso del Quindío y en esa parte aún había que cabalgar, Elisabeth se quedaría en Bogotá, en casa de Krische, quien también se había casado el año anterior en Alemania. Para ahorrar tiempo y evitarme el regreso a esa ciudad, Elisabeth debía encontrarse conmigo en Girardot en el momento adecuado. El viaje en tren desde Bogotá hasta allí podía hacerlo fácilmente sola.

Sucedió según estaba planificado y viajamos juntos a Honda, donde nos quedamos solo algunos días. A la pequeña sucursal todavía le iba bien, a pesar de que la gerencia de Heinatz había empezado a dejar algo que desear, ya desde un tiempo atrás. En él se había producido un deplorable cambio desde su casamiento con una mujer superior en inteligencia que, lamentablemente, no lo influenciaba de modo favorable. Pese a que en el pasado había reconocido a menudo con franqueza que su fuerte no era una gran inteligencia, sino su esmero en la ejecución de las directivas dadas a él y su aplicación al trabajo, y que se consideraba afortunado de haber logrado en relativamente pocos años el puesto de gerente de sucursal, cuyos ingresos en los últimos años buenos habían superado varias veces la suma de diez mil pesos, desde hacía cierto tiempo se mostraba muy insatisfecho, afirmaba que sus logros no habían sido reconocidos lo suficiente y durante varios casos infringió la política comercial prescrita.

Particularmente complicado se había vuelto el trato con él después de que hubiera asumido la dirección de la sucursal en Barranquilla durante la licencia en Europa de Reissner. En ese puesto cometió grandes errores que solo pudieron ser remediados con dificultad, a pesar de negarse tercamente a reconocerlos como tales; ¡por el contrario!, sostuvo haber logrado cosas brillantes y culpaba al banco, es decir, sobre todo a mí, de evaluar injustamente sus logros. En realidad, la estadía en Barranquilla había sido para él en todo sentido funesta. No solo la confianza del banco en él había comenzado a resquebrajarse, sino que él y su esposa, joven y amante de la diversión, adoptaron el tren de vida de la colonia alemana, en su mayoría muy despreocupada, y por primera vez en su vida Heinatz gastó también más dinero de lo que debería. A los ojos de esta colonia alemana, cuyos miembros en su mayoría iban en descenso, Heinatz aparentaba ser no solo el gerente exitoso, sino también el constructor de la sucursal de Honda y este reconocimiento, no del todo legítimo, se les subió a la cabeza a Heinatz y a su esposa.

Unos meses después de la visita con Elisabeth en Honda, Heinatz dejó el banco muy ofendido porque en su opinión no le mostraban el reconocimiento

que merecía. Había establecido gran amistad en Barranquilla con la empresa Breuer, Möller & Co. y comenzó con su ayuda como comerciante independiente en Honda. Su capital ascendía a algo más de veinte mil pesos, que había ahorrado en el banco. La empresa fue un fracaso desde el principio. Heinatz, de naturaleza por completo subalterna, no tenía ni la más mínima capacidad para ser comerciante independiente. Si mal no recuerdo, el asunto terminó después de más o menos un año, con una pérdida de ochenta mil pesos para la empresa Breuer, Möller & Co.; tampoco quedaba mucho de los veinte mil pesos de Heinatz. A partir de ese momento descendió en forma acelerada y su prestigio, que solía ser tan bueno, se hizo pedazos. A pesar de la gran aplicación al trabajo que desplegó de nuevo en años posteriores y la extrema modestia personal, nunca más pudo otra vez salir a fuerza de trabajo de las condiciones miserables en las cuales se había precipitado de forma tan repentina.

El hermano de Elisabeth, Herbert, me había pedido en mi última estadía en Bremen conseguirle un lugar de trabajo en el Banco Alemán Antioqueño en Colombia. Me vi obligado a negarle este deseo porque yo estaba convencido de que no era apto, ni por su salud ni por su forma de ser en general, para una actividad exitosa en Colombia. Pero le conseguí un puesto en la sucursal del banco en Bremen.

Allí recurrió a Thiel, ahora sin mi conocimiento, y le pidió que lo trasladara en caso oportuno a Colombia. Thiel, al que la tarea de conseguir personal le causaba de forma permanente grandes dificultades y que desde entonces se había familiarizado con Herbert como una persona honesta y siempre dispuesto a ayudar, decidió concederle ese deseo y enviarlo a Colombia, a pesar de conocer perfectamente mi posición contraria al respecto.

En el momento de nuestra visita en Honda, Herbert se encontraba allí desde hacía unos tres meses y estaba claro que todavía no se había acostumbrado a las condiciones de vida, solo veía los inconvenientes de su nuevo entorno y se sentía totalmente desdichado. Pero parecía tener todavía la buena voluntad de adaptarse a la vida allí e integrarse al trabajo. Por lo tanto, fue una triste sorpresa para nosotros y un duro golpe para Elisabeth recibir la noticia desde Honda por teléfono, el 25 de mayo de 1928, de que Herbert había fallecido después de una enfermedad corta y repentina. Está sepultado en el cementerio de esa ciudad, ubicado en una loma en la orilla izquierda de Quebradaseca, un pequeño y, como su nombre lo indica, a menudo seco afluente del Magdalena. En mis visitas posteriores, con años de diferencia, siempre encontré el lugar en buenas condiciones; no causa una impresión desagradable y para el visitante ofrece una bella vista de las montañas circundantes de Honda.

Al regresar a Medellín informé al Consejo de Supervisión, como de costumbre, mis impresiones del viaje y en especial las conversaciones con el superintendente de bancos. Sin embargo, las expectativas de haber superado las dificultades tenidas con las autoridades se evidenciarían como prematuras. Pero los negocios del banco marchaban, mientras tanto, tan bien como siempre.

El 31 de agosto de 1928 nació nuestro segundo bebé, una hija, que recibió el nombre de Anneliese Lotte. No fue un parto fácil, mas todo terminó bien. El doctor Jiménez intervino en la llegada de la niña al mundo.

PROBLEMAS CON LOS CONSEJEROS DE SUPERVISIÓN EN MEDELLÍN Y BREMEN

Como era mi deber, había informado permanentemente al Consejo de Supervisión en Bremen tanto sobre los acontecimientos de la vida económica, como en especial sobre las dificultades con la Superintendencia Bancaria. Mientras el viejo señor Held vivió, esta correspondencia había sido de gran importancia para mí. Rara vez escribíamos cartas largas, pero si yo planteaba determinada pregunta, es decir, pedía una opinión, recibía sin excepción una respuesta también determinada. Desde su fallecimiento, ya no sucedía así, la correspondencia había aumentado en volumen, pero perdió en contenido, y sobre la tan importante cuestión de defender el futuro de la sucursal de Bremen frente a los ataques de la Superintendencia, me fue imposible lograr un apoyo significativo.

Tampoco Bremen fue capaz de ayudarme con consejos o acciones en otro asunto mucho más importante: mantener la influencia extranjera en el banco, que después de todo pertenecía, en su mayor parte, a accionistas extranjeros. Aunque no se dijo abiertamente, este fue el objetivo de los ataques que se dirigían desde la Superintendencia. Tanto para mí, como para mis colegas Gundlach y Krische, esta circunstancia fue evidente desde un principio. Pero era en apariencia imposible convencer a Bremen de la seriedad de este peligro. Me respondieron desde allí que con seguridad yo estaba nervioso y sobrecargado de trabajo; en otras palabras, veía fantasmas y lo mejor sería que me tomara, lo más pronto posible, unas vacaciones y viajara a Europa (no por descanso, sino para analizar la situación en diálogo con los accionistas alemanes). También me lo recomendaron mis colegas y el Consejo de Supervisión de Medellín. Sin embargo, no fue hasta los primeros días de enero de 1929 que tuve la oportunidad de realizar este viaje.

Mi visión personal de la situación y del futuro del banco, a la cual llegué después de minuciosas consideraciones y en total acuerdo con mis colegas mencionados, fue aproximadamente la siguiente:

1. El desarrollo favorable hasta ese momento, incluyendo la creación del banco, se debía casi exclusivamente a capital foráneo y, en su mayor parte, a la iniciativa y la conducción comercial extranjera.
2. Las dificultades que la Superintendencia presentó al banco no tenían otro motivo que preparar la posibilidad de transferir la dirección del mismo, de manos alemanas a manos colombianas.
3. La debilidad política y económica de Alemania sin duda hizo que el momento de tal intento fuera muy favorable.
4. Un traspaso de la conducción de manos alemanas a manos colombianas no beneficiaría los intereses de los extranjeros, que eran los poseedores de la mayoría del capital accionario. De igual manera, los bancos de Nueva York rechazarían tal evolución, teniendo en cuenta los grandes créditos concedidos por ellos, como supe por mis negociaciones con ellos.
5. No había otra posibilidad de mantener el carácter extranjero del banco, que transformarlo en una empresa estadounidense, con sede central en los Estados Unidos.
6. Cualquier intento basado en las condiciones existentes dentro del banco para llegar a una solución satisfactoria permanente con la Superintendencia debía considerarse inútil. Esto último se refería en especial al futuro de la sucursal de Bremen.

En cuanto a la situación económica general de Colombia, había llegado a la conclusión de que en vista de las exageraciones en todas las áreas, en especial de la del aún creciente y continuo endeudamiento privado y público desmedido del país, era inevitable una catástrofe, la cual también tenía que afectar la moneda nacional, que hasta ese momento había sido tan estable. Un hecho así necesariamente debía ocasionar un daño enorme al banco. Además, para evitar este peligro (al menos en gran parte, pues del todo nunca hubiera sido posible), apoyé con firmeza el traslado de la sede central del banco a los Estados Unidos. Mi propuesta a realizar después de este paso, bajo restricciones de las transacciones del banco, era la de convertir la mayor cantidad posible de su capital en dólares estadounidenses y depositarlos inmovilizados, por el momento, en Nueva York. La limitación comercial propuesta en Colombia de seguro iría a ser interpretada y aprovechada por la competencia en detrimento nuestro en todo sentido, en especial por los dos bancos de Bogotá que se estaban expandiendo ampliamente en ese momento. En mi opinión, esto podría haber sido aceptado con un leve encogimiento de hombros. Estaba demasiado convencido de que la catástrofe se avecinaba y que los bancos de Bogotá, nuestra principal competencia, se quemarían los dedos de forma tan peligrosa que no debíamos temer un daño duradero con relación a la posición de nuestro banco.

Mi propuesta de norteamericanizar el banco nacía de la certeza de que Colombia se ubicaba, desde hacía unos años, en el centro de interés estadounidense, y por su ubicación geográfica, así como por sus relaciones de comercio exterior, seguiría estando allí. Cuando llegué por primera vez a suelo colombiano en 1911, la influencia norteamericana prácticamente no existía. Recién desde 1923 se hizo cada vez más perceptible, y solo en los últimos años había adquirido una importancia decisiva. Tan fuerte era esta influencia, que incluso los intereses ingleses, que habían sido tan poderosos en el pasado, retrocedieron ante ella, ejemplo de lo cual fui testigo.

Una sociedad petrolera colombiana, la Unión Colombiana de Petróleos, en cuya Junta Directiva yo había sido elegido como miembro, había desarrollado negociaciones, que ya estaban bastantes adelantadas, con la Anglo-Persian Oil Co. para explotar en común ciertas tierras, cuando repentinamente fueron interrumpidas por parte de la sociedad inglesa. Como nos explicó su representante, el coronel Yates, círculos estadounidenses se habían opuesto a la participación de sociedades inglesas en el negocio petrolero colombiano, contra quienes consideraron conveniente no contravenir esta postura. Dicho sea de paso, los ingleses no perdieron nada en esta ocasión, pues en las tierras en cuestión nunca se halló petróleo.

En 1928 el comercio entre Colombia y los Estados Unidos representó aproximadamente cerca del setenta y cinco por ciento de todo el comercio exterior colombiano. Era casi la misma situación de las transacciones comerciales de nuestro banco. Los créditos concedidos por los bancos neoyorquinos superaban el capital y las reservas del banco, y casi todas las empresas estadounidenses instaladas en Colombia pertenecían, en menor o mayor grado, a nuestra clientela. Por otro lado, nuestros negocios con Alemania, así como con las empresas alemanas instaladas en Colombia, eran insignificantes.

La transformación del banco en una institución estadounidense habría abierto aún más el acceso al mercado capitalista norteamericano, hubiera creado la posibilidad de fundar sucursales en otros países latinoamericanos y, en el mejor de los casos, quizás lo hubiera convertido en el primer banco norteamericano para América Latina, que aún hoy en día no existe. Estas ideas no eran en absoluto meras fantasmagorías mías, sino que un hombre de la envergadura de Paul M. Warburg, con quien ya había hablado sobre el futuro del banco en 1927, era exactamente de la misma opinión.

Cuando mencioné el plan de la norteamericanización al Consejo de Bremen por primera vez, la inmediata y espontánea réplica fue: “¿Y que será entonces de los intereses de los accionistas alemanes?”. Respondí que los accionistas alemanes debían tener claro, antes que nada, que el futuro no les permitiría otra elección que decidir si el banco se convertiría en colombiano o norteamericano.

Cualquier esfuerzo por mantener de forma duradera el carácter alemán del banco sería totalmente infructuoso. Incluso, en vista de la superioridad que los círculos colombianos evidentemente ya sentían hacia los alemanes, ni siquiera consideré como una tarea fácil obtener la aprobación de los colombianos, que ya creían controlar al banco para su norteamericanización. Con referencia a los accionistas alemanes, tenía la esperanza de obtener su aprobación ante la perspectiva de un aumento en el valor de las acciones. Además, los círculos estadounidenses, cuya participación en la ejecución del proyecto se esperaba, no solo permitirían una mayor participación del elemento alemán en la conducción del banco, sino que incluso la deseaban expresamente. No obstante, la sucursal de Bremen tendría que convertirse, en todo caso, ya sea en una sucursal del nuevo banco norteamericano, o en una empresa independiente.

Después de un extenso intercambio de correspondencia, el Consejo de Supervisión de Bremen pareció aceptar la idea. Me encargó la misión de preguntar al Consejo de Medellín cuál era su postura al respecto, pero en lo demás no actuar en nada sin antes conversar el asunto durante mi visita programada a Bremen con los interesados locales.

Mediante la referencia a las posibilidades que se darían, no solo para el banco, sino para Colombia en general, a través de la norteamericanización del Banco Alemán Antioqueño, logré obtener la aprobación básica del Consejo de Supervisión de Medellín para el plan. Este se declaró dispuesto a defenderlo ante la Superintendencia en el momento preciso y me solicitó emprender mi viaje a Bremen tan pronto como fuera posible.

Antes de poder viajar, el banco sufrió una gran pérdida por la muerte del presidente del Consejo de Medellín, Alejandro Echavarría, quien falleció después de una breve enfermedad el 18 de noviembre de 1928. Perdí así a un valioso consejero, que se había hecho sumamente importante para mí desde la muerte de Adolf Held. Había sido uno de los principales accionistas del Banco Alemán Antioqueño, en el cual siempre mostró gran interés. A través de su naturaleza tranquila, reflexiva y conservadora, surtió el efecto de equilibrador entre los distintos elementos que participaban en la conducción del banco.

El año 1928 fue para el banco, como también para mí, un año lleno de sucesos, y el año siguiente traería consigo el final del desarrollo de ellos.

Entre los recuerdos desagradables que me dejaron los sucesos de 1928 ocupa un lugar importante el del comportamiento desleal de dos apoderados alemanes del banco, uno de los cuales, Eduard Gast, había trabajado unos ocho años, y el otro, Kurt Herzog, dos o tres años en él, y habían estado bien remunerados con relación a sus rendimientos nada excepcionales. Debido a ciertas razones de venganza, cuyo origen nunca pude determinar con exactitud, le susurraron a la Superintendencia, es decir, al doctor Félix García

Ramírez, todo tipo de sospechas sobre la dirección comercial alemana, así como del Consejo de Supervisión alemán en Bremen, sin tener en cuenta que ellos mismos, aunque en una posición muy subordinada, pertenecían a la dirección comercial alemana. El doctor García fue receptivo a estos rumores, los que contribuyeron a hacer su proceder aún más hostil.

Una vez terminada su revisión y la Superintendencia admitir que no había nada que impugnar a la forma de proceder por parte de los directivos alemanes, los dos difamadores fueron despedidos en el acto. Pese a que ambos intentaron apelar a través de la Superintendencia, esta rechazó cualquier interferencia, para lo cual estaba facultada, pero le dio a uno de ellos, a Herzog, un pequeño puesto en sus oficinas de Bogotá, con lo cual lo reconoció públicamente como cómplice. Murió allí unos dos años después de su despido del Banco Alemán Antioqueño. El otro, Gast, se instaló en Bogotá como contador y auditor, donde llevó una vida tranquila.

Con excepción de estas dos personas, todo el personal del banco demostró ser totalmente confiable en este tiempo difícil. De los empleados colombianos, que eran de lejos la mayoría, ninguno apoyó los ataques de la Superintendencia contra la dirección alemana.

A comienzos de enero de 1929 inicié el viaje planeado a Alemania. Teniendo en cuenta que nuestra pequeña hija no se desarrollaba como debía ser y confiábamos en que el cambio de clima traería consigo una mejora, habíamos decidido que Elisabeth me acompañara con los niños y pasara allí una prolongada estadía. Dejamos nuestra casa, los muebles fueron llevados a un depósito y el caballo se vendió.

Dado que había bastante equipaje para llevar, y creo que el médico había desaconsejado hacer el viaje en avión con la débil niña, tuvimos que hacerlo por el río, en vapor. Elisabeth había tomado todas las precauciones posibles para garantizar el cuidado de los niños durante el recorrido y había llevado agua potable hervida del hotel en Puerto Berrío, y demás. A pesar de esto, iba a ser un viaje con dificultades.

Durante la travesía en tren, Elisabeth tuvo que tranquilizar a la pequeña, que gritaba asustada cuando la locomotora hacía sonar su silbato o cuando las ruedas rechinaban más que de costumbre en las curvas interminables. Las cosas empeoraron aún más en el barco, con su sirena todavía más estridente que, como de costumbre, se usaba en exceso. Era motivo de preocupación que la criatura había perdido peso en el último tiempo y casi no quería comer.

El vapor había partido de Puerto Berrío en la tarde y se encontraba temprano en la mañana siguiente cerca de Barrancabermeja, cuando la niña tuvo otro ataque de gritos, su cuerpo se puso azul y se halló en un estado crítico. A

bordo no había médico. Sin embargo, el capitán nos dio esperanzas de que pronto llegaríamos y allí tendríamos suficiente tiempo para llevarla donde uno de los médicos de la Tropical Oil Company.

Así fue. El médico, norteamericano, nos dijo que el estado de la niña exigía sin duda precaución, pero que no había un peligro inmediato; podíamos continuar el viaje a Barranquilla, para lo cual nos dio algunos consejos referentes a la alimentación de la pequeña. Sin embargo, el inicio del viaje por el océano desde allí lo debíamos postergar hasta que el médico que la viera en esa ciudad lo considerara conveniente.

Sin otro incidente llegamos a Barranquilla, donde nuevamente nos alojamos en la cabaña. Un médico alemán-colombiano, el doctor Max Rehbein-Peralta, se encargó del tratamiento de la niña enferma; este fue exitoso y en el lapso de dos semanas él nos comunicó que no había inconveniente en continuar nuestro viaje.

Justo era la estación más hermosa en Barranquilla, la época de la brisa, y por eso pasamos los días antes de la partida de nuestro vapor en el hotel Atlántico, en Puerto Colombia. Aunque bastante primitivo, era, sin embargo, soportablemente limpio y bien administrado; tenía la ventaja de estar ubicado muy cerca del mar y dar así la posibilidad de bañarse en el océano. Para nosotros, que vivíamos lejos, en el interior y en lo alto de las montañas, esto tenía un atractivo especial.

El vapor en el cual habíamos reservado camarotes para el 8 de enero de 1929 era un barco nuevo de la Hamburg Amerika-Linie, el Magdalena. Estaba muy bien equipado, con especial consideración a las condiciones tropicales. En cubierta había incluso una piscina, instalación aún muy poco frecuente en aquel entonces.

En Curazao, nuestra primera parada, nos encontramos por casualidad con mi amigo Otto Kemmler, quien estaba con su esposa y su pequeña hija en el viaje de regreso, tras una estadía en Europa, a Colombia. Hubo tiempo suficiente para festejar el encuentro con una bebida fresca.

El viaje transcurrió también de forma agradable. El vapor estaba ocupado por completo y entre los pasajeros, cosmopolitas, reinaba un ambiente divertido y amistoso. Elisabeth pudo contabilizar un triunfo social al ser galardonada con el premio a la mejor bailarina en una noche de baile, aunque tenía una fuerte competencia.

Cuando nos aproximamos al mar del Norte el clima se tornó sensiblemente frío; cruzamos repetidas veces extensos sectores de témpanos de hielo traídos por los ríos. Una familia venezolana, que no tenía ropa de invierno consigo y fue sorprendida por el helaje, pasó bastantes problemas, hasta que una corta estadía de nuestro vapor en Róterdam le dio la oportunidad de adquirir lo

necesario. También nosotros hicimos algunas compras en los grandes almacenes Bienenkorb.



Elisabeth y Hans Sitarz en el vapor SS Magdalena, enero-febrero de 1929

Nuestros hijos habían soportado bien el cambio del calor tropical al invierno nórdico. Llegamos el 17 de febrero de 1929 a Hamburgo sanos y salvos, desde donde seguimos viaje sin pérdida de tiempo a Bremen, donde inicié enseguida las conversaciones con los representantes de los accionistas alemanes. Estos eran principalmente el sucesor y yerno de Adolf Held, Karl Bollmeyer, como también Thiel y Kellner. Bollmeyer estaba casado con Margret, la hija mayor de Adolf Held.

Desde un comienzo constaté que mis opiniones y temores ya mencionados eran solo ligeramente compartidos por los señores de Bremen. Se reconoció que las dificultades con la Superintendencia habían sido muy desagradables

y que aún lo eran, pero se permitían suponer que era algo pasajero y que todo estaría de nuevo en perfecto orden en un tiempo prudencial. Por lo tanto, se me comunicó que no querían apresurarse. Primero debía tomarme tranquilamente unas pequeñas vacaciones; mientras tanto, se seguiría estudiando la situación aún más, basándose en mis informes, y paulatinamente se hallaría la solución correcta. En cuanto a dicha solución, era imaginable que cambiaría lo menos posible las condiciones existentes. Bollmeyer pensaba, en primer lugar, y no sin razón, en mantener la posición, hasta ahora decisiva, de la empresa Held en el marco del banco. Thiel y Kellner, deseaban asegurar sus posiciones personales.

Por lo tanto, abandoné Bremen para visitar primero a mi madre y mis hermanas, y creo que estaba aún en Stettin cuando llegó un largo cable del Consejo de Supervisión desde Medellín, en el cual se informaba sobre nuevas dificultades con las autoridades de supervisión bancaria y se solicitaba mi inmediato regreso al trabajo.

En ese momento comenzaron en Bremen a preocuparse bastante. Se comprendió que los peligros sobre los cuales había informado no existían solo en mi imaginación, y ya que ninguno de estos señores estaba en condiciones de aportar siquiera una propuesta de solución, se comenzó a evaluar, por primera vez con seriedad, mi plan de norteamericanización.

No había dudas de que debía acatar al instante el llamado del Consejo de Medellín, pero con su consentimiento se decidió que hiciera el viaje de regreso pasando por Nueva York para establecer allí los detalles de la norteamericanización con el International Acceptance Bank, es decir, con Paul M. Warburg. La ejecución del plan debía estar sujeta a la aprobación del Consejo de Supervisión de Medellín, o sea de los accionistas y las autoridades bancarias de Colombia. Desde Nueva York también debía informar a Bremen, donde, aunque a regañadientes, pero a falta de otra salida, básicamente estaban de acuerdo con la estrategia. La firma bancaria J. Henry Schroder & Co., con sede en Londres, que pertenecía a los accionistas del banco y cuya opinión fue recabada por mí a través de su representante en Hamburgo, también se adhirió a esta opinión.

Diecisiete días después de nuestra llegada a Hamburgo, me embarqué en Bremen para el viaje a Nueva York, el 6 de marzo de 1929, en el vapor Berlín, de Lloyd. Elisabeth me acompañó a bordo. Ella no estaba muy de acuerdo con mi partida tan intempestiva, pero se resignaba a lo inevitable. Afortunadamente persistía la mejoría, que había comenzado en Barranquilla, de nuestra pequeña hija, Nena, como la habían nombrado las niñeras colombianas y nosotros así seguíamos llamándola; el niño, que ahora tenía más de dos años, a su vez estaba bien, así que no debíamos preocuparnos por ellos.

Debido a la estación invernal —era marzo de 1929— el vapor transportaba pocos pasajeros. Tenía un camarote grande para mí. Como casi todos los pasajeros de primera clase, yo también me senté, durante las comidas, en la mesa del capitán. Uno de los pasajeros era el hijo mayor del expríncipe heredero alemán, el príncipe Louis Ferdinand. Él y su comitiva, que también incluía algunas jóvenes damas, se divertían en la cubierta superior del barco cuando había buen tiempo, representando y filmando pequeñas escenas. El príncipe tenía alrededor de 26 o 28 años, era de buena presencia y comportamiento discreto. A pesar de la estación del año, tuvimos con frecuencia tiempo bastante bueno y casi siempre un mar tranquilo.

Llegamos un domingo a Nueva York, y el lunes en la mañana inicié las entrevistas con el International Acceptance Bank, que avanzaron rápidamente porque Warburg ya había solicitado a sus abogados de la empresa Appleton, Rice & Perrin la elaboración de todo el plan. Asimismo, ya había obtenido la *Charter*, autorización oficial para el registro del banco como institución estadounidense. La sede central sería la ciudad de Hartford, en el estado de Connecticut, cuyas leyes parecían ser especialmente favorables con respecto a este caso. Después de unos días pude enviar un informe completo a Bremen y luego iniciar mi viaje a Colombia, durante el cual tuve un intercambio de telegramas con Nueva York y Bremen tan intenso que la estación de radio a bordo estaba asombrada. Fue un gusto bastante costoso.

Lleno de grandes esperanzas por la solución de nuestras dificultades del momento, al igual que por el futuro desarrollo del banco, llegué a Medellín. Al Consejo presenté un informe detallado sobre las conversaciones realizadas en Bremen y Nueva York y sometí el plan elaborado en Nueva York a su consideración. Tras exhaustivas deliberaciones, fue aprobado. También las autoridades bancarias se habían manifestado, en principio, de acuerdo con él. No faltaba nada, solo la orden de Bremen para convocar a una asamblea general y concretar el plan. Conjuntamente con el Consejo de Supervisión, se envió por telégrafo un informe detallado a Bremen solicitando la autorización de avanzar en los pasos necesarios para su realización.

Confiado, esperé la respuesta de Bremen. Pero resultó de forma diferente a lo que yo tenía razones para suponer. Tampoco estaba dirigida a mí, sino a uno de los miembros del Consejo de Supervisión, creo que era Manuel M. Escobar O. Se preguntaban en el cable si era necesario realizar el plan: los accionistas alemanes preferían que todo pudiera seguir como estaba en ese momento.

Sentí como si hubiera recibido un golpe ensordecedor, y el Consejo de Supervisión se encontraba conmocionado. Todas las negociaciones entre Medellín y Bremen habían sido hechas, sin excepción, a través de mi persona, y el Consejo de Medellín nunca tuvo alguna duda de que representara correctamente las

opiniones de Bremen. Así que, de repente parecía que este no era el caso en absoluto, sino que yo había presentado opiniones que de ninguna manera condecían con las de los accionistas alemanes. Por supuesto, proporcioné cartas y cables que atestiguaban lo contrario. Sin embargo, en el Consejo de Supervisión de Medellín perduró la impresión de que entre Bremen y mi persona no había unidad y desde ese momento su relación conmigo, que había sido excelente durante tantos años, se fue deteriorando.

El Consejo colombiano había apoyado el plan de la norteamericanización porque quisieron apoyar por camaradería el deseo de los accionistas alemanes, que anhelaban conservar el banco como empresa extranjera. Esta era la opinión que yo siempre había sustentado en nombre y por encargo de los accionistas alemanes. Ahora, repentinamente, resultaba que los accionistas alemanes no deseaban de ninguna manera esto, a pesar de conocer los esfuerzos de la autoridad bancaria de nacionalizar el banco, preferirían esto a cualquier otra alternativa. Los miembros del Consejo eran en primer lugar colombianos, y no obstante estaban dispuestos a respetar los deseos de los accionistas alemanes de mantener el carácter extranjero del banco. Sin embargo, la posibilidad de que el banco fuera cada vez más colombiano, era decididamente mejor y la aprovecharon con determinación. Yo representaba para ellos el único obstáculo en el cometido de esta evolución. Nuestra relación recíproca se enfrió y se realizaban reuniones del Consejo de las cuales yo no debía enterarme, algo que nunca antes había sucedido.

Me quejé amargamente ante el Consejo de Bremen, con relación a lo que solo podía calificar como una traición a mi persona. No tenía derecho a quejarme de que hubiera habido un cambio de opinión en el último momento, pero no era necesario haber esperado para comunicarlo hasta que todo el plan se hubiera revisado por completo en Medellín. Bremen había sido bien informado sobre las fechas en Medellín y podrían haber enviado el cable con el cambio de opinión, por lo menos antes de la sesión decisiva del Consejo de Supervisión. Además, el cable debió ser dirigido directamente a mí, es decir, a la Dirección del Banco, y no al Consejo. Así la impresión habría sido bastante diferente, más comprensible.

Reiteradas veces había enfatizado en Bremen que el banco ya no tendría un futuro prometedor bajo las condiciones actuales y que mi confianza era tan escasa que con gusto estaría dispuesto a renunciar a mi puesto en el caso de que no sucediera nada para fortalecer la posición del elemento extranjero. Ahora repetí las mismas opiniones en mis cartas, anunciando una vez más mi intención de retirarme de mi puesto si Bremen no tenía otras intenciones que dejar que las circunstancias tomaran simplemente su curso.

Esto fue seguido por meses de correspondencia estéril y desagradable con Bremen, al mismo tiempo que mi relación con el Consejo de Supervisión de Medellín, principalmente con el doctor Carlos E. Restrepo y Manuel M. Escobar O., se enfriaba cada vez más. Ambos habían sido influenciados en especial por la autoridad bancaria, en el sentido de fortalecer el carácter colombiano del banco, y fueron justo estos dos, con los cuales había mantenido durante largos años una relación de amistad tan estrecha, con quienes tenía ahora más de una discusión desagradable. Ambos elevaron repetidamente la acusación de no haber sido informados por el elemento alemán en el banco, de todos los detalles de la política comercial superior, lo cual era, ante todo por parte de Escobar, una gran injusticia. Este último era llamado en ocasiones por el difunto Alejandro Echavarría como “el confesor de los alemanes del banco”. Su opinión siempre se buscó primero en todas las cuestiones importantes, y además, siempre se mantuvo en contacto epistolar directo con el Consejo de Supervisión de Bremen.

Un día, por recomendación del doctor C. E. Restrepo, fue nombrado revisor de cuentas del banco un pariente suyo. El hombre se evidenció tanto profesionalmente, como de carácter, totalmente inepto para el puesto y debió ser despedido. Por supuesto que este incidente no aportó en nada a mejorar el ambiente.

A pesar de seguir estrictamente todas las reglamentaciones de la autoridad bancaria, la relación con ella tampoco mejoraba y mi convicción del dudoso futuro al que se enfrentaba el banco se hizo cada vez más fuerte.

RETIRO DEL BANCO

El Consejo de Supervisión de Bremen, o sea los accionistas alemanes, no hicieron nada para aclarar la situación anteriormente descrita. Con gusto hubiera aceptado cualquier tarea de combate. Pero no podía someterme a la exigencia exagerada de agachar la cabeza constantemente sin protesta ante todos los ataques injustificados. El ambiente del banco se me hizo cada día más insoportable y después de tener otra discusión con el doctor C. E. Restrepo renuncié a mi puesto. Me retiré del banco el 30 de junio de 1929.

Había sido la decisión más difícil de tomar, hasta ese momento, en mi vida. Durante más de dieciséis años estuve unido al banco, había crecido con él y estaba estrechamente ligado a él. El doctor C. E. Restrepo una vez me reprochó por administrar el banco como si fuera de mi propiedad. Le respondí que justo este había sido el caso y que yo no estaba dispuesto a pedir disculpas en absoluto por eso, porque me había dedicado diligentemente a los negocios del banco como si hubiera sido realmente mío. Si hubiera pensado en mi ventaja personal al principio, entonces habría actuado de manera diferente. En los últimos años me han preguntado repetidas veces sobre propuestas de participación en negocios, algunas de las cuales fueron muy tentadoras, pero me hubieran obligado a dedicarles tiempo y atención. No quise restarlos a mi trabajo en el banco y, por lo tanto, me contenté con invertir mis ahorros de tal manera que su supervisión podría llevarse a cabo sin demasiado esfuerzo. Sobre todo los había invertido en acciones del mismo Banco Alemán Antioqueño; en ese entonces las vendí. Como consecuencia de las dificultades con la autoridad bancaria, su precio, que había sobrepasado temporalmente el umbral de los quinientos pesos, cayó alrededor de los cuatrocientos pesos, y, tres años más tarde debió retroceder a setenta u ochenta pesos.

Un viejo y fiel empleado del banco, Alfonso Echavarría, se hizo cargo de la venta de nuestros muebles y enseres domésticos, de tal manera que no tuve que retrasar mi partida. La apuré para pensar en otra cosa.

De todos aquellos a quienes dejaba en Medellín, lamenté más que nada la separación de mi amigo Reinhard Gundlach, con quien había trabajado casi dieciséis años en una armonía ininterrumpida. Justo se había recuperado

de una enfermedad que fue consecuencia de las vicisitudes de los últimos tiempos. Todavía estaba postrado en cama cuando recibió la noticia de mi último choque con el doctor Restrepo y mi renuncia, lo que le provocó un desmayo. Su primer pensamiento después de eso fue retirarse también del banco, de lo cual creí tener que disuadirlo por razones que concernían a sus propios intereses, unos pocos años más tarde se podía poner en duda si yo le había hecho con ello un favor. El momento de nuestra separación fue para ambos el final de una actividad de mucho trabajo pero exitosa para los intereses del banco, por lo que la mirábamos con orgullo y satisfacción, aunque Gundlach veía su futura tarea en esa entidad con pocas esperanzas.

Yo mismo no tenía ningún plan firme para el futuro en ese momento, sin embargo, recibí algunas sugerencias para empezar a trabajar en Colombia de una manera diferente. Entre ellas estaba la de Pablo Echavarría, sobrino del fallecido Alejandro Echavarría, quien era uno de los industriales más importantes de la ciudad y me propuso fundar junto con él y un grupo de amigos un nuevo banco solo para Medellín, y asumir su dirección. Tuve que desaconsejarle el proyecto por considerar que el momento y otras circunstancias eran muy desfavorables; aparte de eso, me habría sentido incómodo de competir con el Banco Alemán Antioqueño.

En primer lugar viajé a Nueva York, donde presenté un informe oral a Paul Warburg sobre los acontecimientos en Medellín. Él lamentó también el cambio de decisión de los accionistas alemanes en el último momento, pero lo consideró comprensible desde el punto de vista humano, aunque no muy consecuente. Me recomendó visitar en Hamburgo a la compañía bancaria M. M. Warburg & Co., de donde él había surgido, y dejar allí mi dirección en caso de que necesitaran contactarse conmigo.

Para continuar mi viaje de Nueva York a Bremen, que justo coincidió con la temporada de turismo, pues era mediados de julio, solo pude conseguir una cabina interior pequeña y no muy linda, en el nuevo vapor Bremen, de Lloyd-Dampfer, que acababa de realizar su primer viaje. El camarote costó cuatrocientos pesos, un precio relativamente alto para la relación de aquel entonces. El barco ya estaba equipado, pero presentaba la desventaja de vibrar muy fuerte en sus sectores traseros al navegar a toda velocidad, lo que hacía la estadía allí desagradable. Después del primer viaje la desventaja se resolvió.

Mientras estaba parado en la barandilla, en la rada de Southampton, y observaba la embarcación de avituallamiento que estaba arrimando, descubrí en ella a una elegante y joven dama que saludaba animadamente con la mano. Apenas podía creer cuando empecé a darme cuenta, de que me saludaba, y que no era otra persona sino Elisabeth, que había venido a mi encuentro y quería sorprenderme, lo cual logró totalmente. Por suerte el vapor se había vaciado

bastante, así que pudimos conseguir para el resto del viaje un camarote exterior, hermoso y grande. A la mañana siguiente estábamos en Bremerhaven y lamentamos que el viaje en el hermoso barco y con tan buen tiempo hubiera finalizado. Unas pocas horas después llegamos a Bremen, donde encontramos a los niños bien de salud, como Elisabeth me había anunciado.

En los asuntos del banco, aún mantuve conversaciones triviales y sin contenido con los accionistas de Bremen, principalmente con Bollmeyer, quien era de la opinión que las condiciones en el banco eran óptimas de nuevo y yo había actuado con precipitación al renunciar a mi puesto. Le respondí que el futuro demostraría quién de los dos tenía razón. Con Thiel y Kellner, a quienes había tratado con algo de rudeza en algunas cartas, casi no me reuní más. Tanto Bollmeyer y su esposa, como el resto de la familia Held, se esforzaron por mostrarme que nuestras diferencias de opinión comerciales no influían de ninguna manera en nuestra relación personal y nos invitaron a Elisabeth y a mí en varias ocasiones a su residencia al igual que a su casa de campo en Döttlingen, la cual había adquirido el señor mayor. Todo era muy amable, pero el espíritu del anciano señor ya no existía. Decidí sacarme de la cabeza por cierto tiempo el banco y todos los asuntos comerciales en general, concederme un tiempo de solo descanso y durante este considerar con toda tranquilidad de qué forma quería trabajar en el futuro.

COLOMBIA – TRECE AÑOS DESPUÉS

Tras retirarse de la dirección del Deutsche Antioquia Bank, Sitarz supervisó la administración del Banco Nacional nicaragüense, por recomendación de Paul M. Warburg, desde 1930 hasta 1934. En 1935 se convirtió en director de la Amsinck, Sonne & Co., en Nueva York, que era controlada por la American Trading Co. No obstante, su interés en Colombia se mantuvo. En Cali era dueño de la farmacia de su hermano Franz, fallecido en el interin; además, compró acciones de la plantación de azúcar Ingenio Central del Tolima S. A., al igual que de Amsinck, Sonne & Co. Su compromiso financiero lo llevó a visitar dos veces más el país: a finales de 1942 y comienzos de 1943, y desde finales de agosto hasta mediados de octubre de 1944. En sus anotaciones, que se presentan en las siguientes páginas, Sitarz vuelve a dejar sus impresiones¹³.

Estábamos volando a mucha altura y la vista a través de la ventana no mostraba nada más que nubes y, muy abajo, el mar Caribe¹⁴. A pesar de la altura en la que nos encontrábamos, estaba bastante caluroso en la cabina. Las revistas que se encontraban a bordo ya habían pasado por todas las manos y la mayoría de los pasajeros trataba —en lo posible— de acortar el viaje restante con una siesta. Finalmente se asomó a nuestra izquierda una cadena montañosa alta, la Sierra Nevada de Santa Marta. Pronto nuestro avión comenzó a descender y notamos que el agua del mar ya no era azul oscuro, sino marrón. Era la señal de que nos acercábamos a la desembocadura del Magdalena. Pronto la reconocimos y unos minutos más tarde bajamos sobre el río y nos deslizamos al atracadero. Eran alrededor de las cinco de la tarde. El momento más caluroso del día había pasado y con la ligera brisa la recepción que nos brindó el clima de Barranquilla fue bastante agradable.

¹³ Sitarz realizó también breves viajes a Colombia en 1935 y 1939, pero sus anotaciones sobre ellos no son muy provechosas.

¹⁴ Sitarz inició su viaje el 25 de diciembre de 1942 y partió de Colombia otra vez el 25 de marzo de 1943.

El despacho por parte de las autoridades colombianas fue rápido y amable, así que casi una hora después de nuestra llegada pudimos ir a la ciudad. Aquí experimenté una nueva decepción: me había alegrado de poder pasar uno o dos días en el hermoso Hotel Prado, y ahora me enteraba que allí no había lugar. Me recomendaron el Astoria como el segundo hotel de categoría del lugar, pero era solo del tipo modesto, no estaba muy bien ubicado y la habitación que pude conseguir era muy calurosa.

Después de saber que no podía volar a Cali hasta el lunes 28 de diciembre [1942], llamé al doctor Max Rehbein Peralta, el mismo que había tratado a nuestra pequeña hija cuando soportó tan mal el viaje por el río. Lo había vuelto a ver unos meses antes en Nueva York, en cuya oportunidad me pidió visitarlo sin falta si tenía que pasar por Barranquilla. Al escucharme me insistió ir después de la cena a su clínica, en la cual también tenía su vivienda.

Este centro médico, llamado Clínica del Prado, no era grande, pero tenía buena fama. Vi que el doctor tenía un apartamento agradable y pasé una velada muy amena con él. Para la noche siguiente me pidió ir un poco antes y cenar con él. Nos conocíamos desde hacía años y con él no había escasez en los temas de conversación.

Como yo no tenía negocios en Barranquilla, tuve suficiente tiempo para ver la ciudad de nuevo en detalle. No la había visitado desde 1939. La encontré más grande y parcialmente embellecida, pero aún había muchas calles arenosas, sin pavimentar, y bastantes casas tenían todavía un techo de paja primitivo. Incluso el burro seguía siendo un medio de transporte muy utilizado. En cuanto a la economía, no parecía muy próspera. El puerto causaba una impresión demasiado silenciosa. Sin embargo, en el aspecto industrial, la ciudad parecía progresar; vi una serie de fábricas nuevas, aunque en su mayoría pequeñas.

Una tarde fui en auto a Puerto Colombia para bañarme otra vez en el mar. No fue en realidad un placer, el establecimiento de baños no era muy acogedor y el agua estaba turbia. Con motivo de las fiestas navideñas esperaba encontrar numerosos visitantes en el lugar, en el cual un buen número de familias barranquilleras tenía casas de campo, pero encontré todo muy tranquilo. El lugar causaba impresión de abandono. Comercialmente tampoco tenía ya importancia alguna, pues el puerto había sido trasladado a Barranquilla, e incluso la línea ferroviaria había sido levantada.

En mis caminatas nocturnas por las calles de Barranquilla me había llamado la atención la gran cantidad de árboles navideños que se veía en las casas. Me pareció que la costumbre estaba más extendida allí que en otras ciudades colombianas. La mayoría de los árboles eran artificiales.

Como siempre que se me presentaba la oportunidad de hacerlo, pasé por las casas en las que había vivido. La cabaña, que había pertenecido a la empresa

A. Held, parecía estar en buenas condiciones, al igual que la casita en la calle Obando, en la cual por un tiempo había vivido solo. En cambio, la casa de Strauss tenía aspecto descuidado y su entorno inmediato también había empeorado. No sentía deseo de pasar mucho tiempo de nuevo en Barranquilla; sin embargo, en una estadía de pocos días la ciudad seguía teniendo cierto atractivo para mí. Algunas veces subí por el ascensor al techo plano del hotel, ubicado a bastante altura, desde donde había una vista amplia y hermosa de la ciudad, del río y más allá de este. En la primera mañana despejada se pudieron ver bastante bien las montañas de Santa Marta, y a la derecha de la desembocadura del río se iluminaban de vez en cuando las olas blancas del mar. Como la temporada de lluvia acababa de finalizar, la vegetación aun brillaba en un fresco verde, iluminado por un cielo azul, sin nubes.

El lunes 28 de diciembre de 1942, muy temprano, partí en avión a Cali. Nuestra primera escala fue Medellín, donde tendría una breve estadía y debía cambiar de avión. Lamentablemente el tiempo era demasiado corto como para poder contactar alguno de mis muchos conocidos allí. La vista de la zona tan bien conocida por mí, así como el paisaje que sobrevolamos durante la última media hora, en el cual muchos caminos me eran familiares, me causaron la sensación de estar en casa. Este sentimiento no me abandonó hasta mi llegada a Cali.

Aterricé en esta ciudad cerca del mediodía y Armitage me esperaba en el aeropuerto. Como siempre, me había reservado una habitación en el hotel Alférez Real. Por fortuna constaté que el hotel estaba muy mejorado, ahora podía ser calificado en realidad de bueno. Sobre la evolución de los negocios¹⁵, Armitage¹⁶ pudo dar un informe satisfactorio; se encontraba finalizando un registro de inventario muy largo, al cual yo había querido asistir, pero debido a una estadía imprevista en Miami lamentablemente estuve impedido de hacerlo.

En el negocio encontré todo muy bien. También el personal parecía estar satisfecho. Mis preguntas eran respondidas por Armitage de manera objetiva y siempre satisfactoria. Él también parecía estar muy conforme con su puesto. El resultado del balance fue tan favorable, que le pude dar una buena participación de ganancia, o sea una bonificación, que aparentemente sobrepasaba en gran medida sus expectativas. Estaba tan feliz que mientras yo hacía una diligencia se fue rápido a casa para dar la buena nueva a su esposa. Unos días más tarde, cuando fui invitado por los Armitage, la señora me agradeció

¹⁵ Esto se refiere al negocio de la droguería que había pertenecido a su hermano Franz.

¹⁶ Armitage fue nombrado por Franz Sitarz como procurador en 1938. Después de la muerte de Franz se convirtió en administrador.

también la bonificación. En esa ocasión dijo que yo podía estar seguro de que su marido estaba haciendo todo lo posible por el negocio, que era su único interés, exceptuando la familia. Era la noche de víspera de Año Nuevo, la cual pasé de manera muy agradable con los Armitage.

A comienzos de 1942 había comprado un paquete de acciones de una plantación de azúcar recién fundada en Colombia, junto con Amsinck, Sonne & Co., que había tomado una cantidad un poco mayor. En general se trataba de una suma considerable de dinero, y uno de los objetivos de mi viaje era visitar la nueva empresa. La plantación de azúcar y la fábrica asociada estaban ubicadas ocho kilómetros río arriba de Ambalema, junto al río Magdalena. Pero ligada a la empresa había otra hacienda grande, llamada El Medio, ubicada a unas dos horas de Cali en tren, en las proximidades de la estación La Paila, que se extendía entre el río Cauca y las montañas frente a la cordillera Central. La hacienda era administrada por el señor Harold J. Eder, que había organizado la visita para mí. Yo sentía mucha expectativa, no solo por interés empresarial, sino por las descripciones, esperaba encontrarme con una región paisajísticamente muy hermosa.

En compañía del contador de la hacienda, un señor Durán, viajé a La Paila en un coche de motor del ferrocarril la mañana del 5 de enero de 1943 a las seis, y llegamos poco después de las ocho. Un auto nos llevó en pocos minutos a la casa de la hacienda.

Aún nueva, estaba construida de ladrillos, dispuesta de forma sencilla, pero práctica. Para mi sorpresa, recibí una habitación con baño privado. Nunca me habían ofrecido tal cosa en una hacienda. También la limpieza, con frecuencia un punto débil en el campo, era satisfactoria. El administrador, Luis Carlos Villegas, era antioqueño, y —como se comprobó— hijo de un viejo cliente mío. El padre fue el administrador de la gran plantación de café Los Micos, cerca de Titiribí, ubicada en el área más amplia de Medellín y que en aquel tiempo había pertenecido a la empresa bancaria londinense Frederick Huth & Co. Esta constatación estableció enseguida una relación amistosa y el administrador me manifestó que él mismo me acompañaría en mis cabalgatas para conocer la hacienda. Mientras nos servían otro desayuno, los caballos fueron ensillados; poco después montamos y partimos.

La hacienda tenía alrededor de 4.500 cuadras o plazas (80 x 80 m). En su mayor parte era llana y en esas zonas presentaba un suelo muy fértil. En su centro se encontraba una extensa aunque ya casi extinguida plantación de cacao, que había sido alguna vez bastante productiva. Aún se cosechaba algo de cacao de los viejos árboles descuidados y este era de buena calidad. Sin embargo, el valor de la plantación ya no estaba en los árboles de cacao, sino en los de sombra, convertidos en gigantescos troncos que le daban a la plantación

un carácter de selva primitiva. Se estaba a punto de instalar un aserradero para aprovechar la madera de los árboles de sombra.

La principal fuente de ingreso de la hacienda era la ganadería. Más de tres mil quinientas reses de todas las edades, varios cientos de caballos y una cantidad de mulas y asnos se repartían por los extensos pastos. La temporada de lluvia no había terminado. Todo lucía con bellísimo verdor y en algunas partes el pasto era tan alto que le llegaba a un caballo hasta la cincha e incluso hasta el lomo. En los arroyos y zanjas el nivel del agua era alto; una vez debimos regresar después de haber estado con el agua hasta las rodillas. Si el agua hubiera estado limpia, comentó Villegas, no hubiera importado, nos hubiéramos adentrado incluso más profundo. Pero del lodo, en el cual nos encontrábamos, no era tan fácil liberarse y quedar limpio, por lo tanto preferimos buscar un desvío.

El futuro de la hacienda no se vislumbraba en la ganadería, sino en la agricultura, la cual se estaba expandiendo gradualmente. Ya había amplias superficies plantadas con arroz, maíz, frijoles, sésamo, maní y plátanos, y las cosechas obtenidas hasta ese momento habían sido bastante prometedoras; sin embargo, la dificultad de adquirir la maquinaria necesaria durante la guerra, la contratación de mano de obra idónea, y también un poco la falta de capital, habían frenado el desarrollo. Mi impresión fue la de que se trataba de una empresa prometedora. Con excepción de las plantaciones de caña de azúcar ya existentes, era el primer intento, en el fértil Valle del Cauca, de implementar la agricultura en gran escala y de forma moderna, con maquinaria. Si el intento era exitoso, lo cual me parecía muy probable, no solo derivaría en un buen negocio para los accionistas, sino que encontraría también seguidores, lo que suele ocurrir en esos casos. Por el momento la extensa llanura del Valle del Cauca, incluso llegando a los límites de Cali, era utilizada aún en su mayor parte de manera poco productiva, como tierra de pastoreo. Pero la tierra era ya tan cara que la ganadería extensiva a la vieja usanza era raramente rentable. Solo aquellos que poseían tierra heredada podían obtener algún beneficio.

Pasé un día y medio en la hacienda. La hermosa región y la amable recepción que me habían dado, convirtieron mi visita en un placer. También, los caballos que me dispusieron para las largas cabalgatas eran buenos. El primer día cabalgué un castaño perseverante, voluntarioso pero tranquilo. Después de haber observado que no era ningún novato en la montura, recibí un caballo blanco fuerte y muy vivaz, que quería tomar todas las lomas al galope. Era el mejor animal de la hacienda, el que Harold J. Eder montaba cuando la visitaba.

La Paila había sido el lugar donde en 1914, al regresar de Cali, pasé una noche algo desagradable debido a los paquetes de dinero que llevaba conmigo.

En ese momento, excepto la casa donde pernocté, no había en los alrededores ningún otro asentamiento a la vista. Ahora había surgido un pueblo en ese lugar y cerca de él una de las mejores plantaciones de caña de azúcar del Valle del Cauca. Donde antes pasaba el viejo camino para cabalgar a Cali, ahora existía una carretera asfaltada, si bien daba la impresión de estar abandonada; el motivo de esto era la escasez cada vez mayor de vehículos; debido a la guerra solo se podían importar nuevos en poca cantidad y los existentes estaban muy gastados, apenas se usaban de forma limitada para viajes largos.

En la tarde del 6 de enero de 1943, que era un día festivo, el día de los Reyes Magos, estuve de regreso en Cali. Durante el viaje en tren algo entró por la ventana abierta —pues hacía mucho calor— derecho a mi ojo. Me fue imposible sacarlo y llegué a esta ciudad con una inflamación bastante dolorosa. Con la ayuda del farmacéutico de la droguería pude recuperarme después de algunos días.

Mi tiempo en Cali lo invertía durante el día con algunas horas en el negocio y otras en el depósito. Entremedio hacía las visitas comerciales concertadas. Revisaba todo lo que se había registrado en los libros desde mi visita anterior e intentaba ponerme al tanto de los detalles del negocio lo mejor posible. Esto no lo hacía en realidad para controlar a Armitage, aunque él lo había solicitado enfáticamente, sino para estar bien informado en el caso inesperado de que algún día pudiera ocurrirle algo y yo tuviera que afrontar la situación de tener que reemplazarlo provisoriamente. Por petición mía, Armitage preparó un memorando detallado que me serviría de guía en caso de urgencia.

En las tardes, después de cerrar el negocio, hacía regularmente con Armitage un viaje en su pequeño auto, lo cual era muy agradable después del trabajo y del calor del día. Cuando salíamos de la ciudad, usualmente tomaba el volante; lo hacía con gusto, mientras que Armitage prefería viajar como pasajero. Al regresar disfrutábamos con frecuencia de una de las hermosas puestas de sol, con la maravillosa tonalidad que se da tan a menudo en el Valle del Cauca. Antes de despedirnos bebíamos habitualmente un vaso de cerveza, por lo general en el Café Colombia, que era muy limpio. Era una pena que este se encontrara en una esquina entre dos calles angostas, desde cuyas paredes rebotaba potenciado el ruido de las bocinas de los autos, que siempre son usadas de forma abusiva en Colombia. Esto, unido a la pésima acústica del local, dificultaba bastante una conversación. En realidad, tenía que acostumbrarme de nuevo al espantoso ruido callejero cada vez que llegaba a Colombia. Era, sobre todo, desagradable en el local de la farmacia, ubicada en la esquina probablemente más concurrida de Cali.

Los sábados por la tarde solíamos hacer un viaje a los más distantes alrededores de la ciudad, donde yo era el mejor conocedor del camino. Armitage no

hacía este tipo de paseos solo, a pesar de que le agradaban mucho. Su esposa no se interesaba por este esparcimiento, ni en ese momento estaba en condiciones de hacerlo, ya que esperaba pronto la llegada de su tercer hijo.

La parte desagradable de mi estadía en Cali eran las noches. Después de comer en el hotel entre las siete y las ocho, hacía habitualmente un paseo y luego no había nada que hacer. Durante un corto tiempo leí en mi habitación. Pero después no pude soportar esto más porque la luz eléctrica era muy deficiente. En la época sin lluvias, cuando la energía era escasa, leer prolongadamente en la noche era casi imposible. Por lo tanto, no quedaba nada más que irse a la cama temprano. Amigos personales con quienes hubiera podido compartir una velada ya tenía solo pocos en Cali. Como mucho, fui una vez a la semana a un cine-teatro con Armitage. En la mañana me levantaba normalmente a las seis.

Armitage, como me comentó, llevaba una vida muy retirada, permanecía en su casa con su familia o en el negocio. Con los numerosos parientes de su esposa alternaba lo imprescindible. Me dijo que había debido limitar el contacto por autodefensa, porque de lo contrario no hubiera sido más dueño de su casa. Él vivía mejor que todos esos parientes y debido a esto las visitas eran tan extensas que rara vez se encontraba solo con la familia. Su esposa siempre estuvo de su parte en este asunto, así me dijo. Ella tenía con un pariente, una tienda de modas, el almacén Vogue, que en pequeña escala marchaba muy bien y ella era su alma. Armitage se mantuvo al margen, y en realidad hubiera preferido que su esposa se hubiese retirado, aunque debía reconocer que ella manejó bien el negocio y obtenía buenas ganancias. Aunque él hubiera visto con buenos ojos que ella se dedicara con exclusividad a la casa y a los hijos, su esposa opinaba, por el contrario, que su actividad era un seguro en el caso de que a él le sucediera algo. Armitage tenía pocos amigos personales. En la noche se acostaba temprano, y también se levantaba bien temprano, casi siempre a las cinco. Las primeras horas de la mañana las usaba para leer o para la jardinería. La casa bien ubicada en la que vivía había pertenecido a Wilhelm Stoltze, un alemán de la empresa Held que se encontraba en Alemania. Durante la guerra había sido incautada por el Gobierno colombiano y Armitage la había alquilado a este.

Una vez más, como de costumbre, tuve también esta vez la intención de visitar Bogotá y Medellín, así como la mencionada plantación de caña de azúcar cerca de Ambalema, cuya dirección principal se encontraba en Bogotá. Por lo tanto, planeé salir de Cali el 17 de enero de 1943 y regresar unas tres semanas después. Para ver algo más del país decidí no viajar esta vez en avión, sino usar de preferencia el tren, el auto y el vapor fluvial.

Un domingo en la mañana, a las seis, partí de Cali en el autoferro, un cochemotor del ferrocarril. Estos autoferros equivalen a los expresos en los trenes

colombianos. Entre las once y las doce del mediodía estábamos en Armenia, en el departamento de Caldas, desde donde el viaje a Ibagué pasando por el alto Paso de Quindío se haría en auto. Luego de haber organizado el reparto de los pasajeros y la carga algo complicada del equipaje en los autos disponibles, partimos. Me había tocado un asiento en un pequeño coche Chevrolet que hubiera sido cómodo para cuatro personas, ¡pero éramos seis! Los otros viajeros eran casi todos estudiantes, que habían pasado sus vacaciones de Navidad en el Valle del Cauca y regresaban a su universidad en Bogotá. Por suerte, todos demostraron ser personas amables y educadas, lo que hizo más soportable la estrechez en la cual nos encontrábamos.

La ciudad de Armenia, la cual no había vuelto a ver desde mi visita con Franz en 1935, me pareció que había crecido y estaba más urbanizada. Daba la impresión general de limpieza, pero las calles habían conservado su pueblerina estrechez original. Similar era la pequeña y cercana ciudad de Calarcá, en la que tenía lugar el mercado dominical. Nos tomó bastante esfuerzo encontrar un camino para nuestro auto a través de la maraña de personas, carros y animales de carga.

Poco después de Calarcá comenzó la empinada subida al Paso. La calle estaba bastante bien y avanzamos rápido. Pero el alto bosque que recordaba de mis primeros viajes estaba reducido a pequeños restos, en su lugar había principalmente ganado de pastoreo, que no daba la impresión de ser muy productivo. El área estaba escasamente poblada.

Con el motor recalentado llegamos al Paso, creo que a tres mil doscientos ochenta metros de altura, el cual es al mismo tiempo el límite entre los departamentos de Caldas y Tolima. Un corto trecho más abajo, sobre el lado del Tolima, en las proximidades de la otrora posada La Lora, donde había pasado una vez la noche, se encontraba una aduana en la que los pasaportes y el equipaje debían ser controlados. El control de los pasaportes fue inmediato y prescindieron del equipaje. Su objetivo era constatar, probablemente, cantidades aranceladas de bebidas alcohólicas, al igual que productos de tabaco. Los ingresos de los gobiernos departamentales consisten, en gran parte, de los impuestos al tabaco y al alcohol, por eso los departamentos vigilan con celo que un departamento vecino no les haga competencia. Para los viajeros estas circunstancias ocasionaban estadias molestas. En nuestro caso al parecer el sensato empleado público dijo que en nuestras pocas piezas de equipaje difícilmente podía haber suficientes artículos arancelados como para justificar una molestia mutua.

Desde la altura de El Paso hasta la ciudad de Ibagué la carretera descende en una inclinación suave, pero casi constante. En general, sigue la línea del valle del río Coello, que en su cauce superior está bordeado a menudo por

altas paredes de rocas altas, casi verticales. La zona es pobre en bosque, no muy fértil ni saludable, pero pintoresca.

Nos detuvimos para almorzar en el pueblo de Cajamarca, que no me quedó en el recuerdo como un deleite. El restaurante no estaba limpio.

Después de llegar a Ibagué debí esperar algunas horas hasta la partida del tren. Luego de hacer un recorrido por la ciudad me encontré en la estación con un viajante de la droguería, Herbert Heumann, quien se había hecho presente para saludarme junto con un cliente de esa localidad, Emilio Barrientos.

Cerca de las cinco de la tarde partí de Ibagué. El tren iba despacio y llegó cerca de las diez de la noche a la estación de Apulo, ubicada ya en el departamento de Cundinamarca, donde quería pasar la noche y eventualmente también un día de descanso, sin embargo resultó que el hotel estaba sobrepasado en su capacidad y solo se me podía dar condicionalmente una habitación para mí solo. Esta no era acogedora, contenía tantas camas como cabían en ella, y en lo demás estaba amoblada con modestia. La iluminación era mala. Estaba desilusionado por la impresión poco favorable que el hotel me causaba en general, a pesar de que años atrás me había gustado bastante. Probablemente no era el hotel en sí el que había cambiado tanto, sino yo mismo; quizás ya no era tan modesto como había sido. El hotel Apulo fue y aún es considerado uno de lujo en Colombia y como tal me había parecido hace diecisiete o dieciocho años, cuando lo conocí. Ahora, después de haber conocido tantos hermosos *resort* en los Estados Unidos, el Apulo me pareció tan primitivo como era en la realidad. Me molestaron las numerosas moscas en el comedor, el así llamado ‘parque’ lo vi muy pequeño y moderadamente cuidado, y la famosa piscina no tenía ningún atractivo para mí, era pequeña y con agua turbia. Bajo esas circunstancias, decidí seguir viaje a Bogotá en el tren de la tarde del día siguiente.

Después de un incómodo viaje en un tren abarrotado de pasajeros, llegué a la noche siguiente con una demora considerable a Bogotá. En Cali me habían recomendado un hotel nuevo en la capital, el Astoria, y por eso reservé una habitación en él, pero resultó ser un lugar desordenado, sucio, que desde el primer momento me resultó antipático. Forzosamente debí quedarme esa noche allí. A la mañana siguiente me mudé al Granada, que conocía bien, el cual también dejaba mucho que desear, pero era lo mejor que podía ofrecer Bogotá, y no obstante, tras pasar la noche en el Astoria, el Granada me pareció mejor que nunca.

Había llegado el 18 de enero de 1943 a Bogotá. Al día siguiente hice mis primeras visitas, entre ellas una a la embajada de los Estados Unidos. El embajador de aquel entonces era Mr. Arthur Bliss Lane, a quien había conocido hacía años en Managua. No sabía hasta dónde me recordaría. Estaba ocupado

cuando me hice anunciar y no me podían decir cuándo se desocuparía, así que dejé mi tarjeta con mi dirección. Cuando regresé al hotel, después de un breve tiempo encontré un mensaje telefónico de Mr. Lane en el cual me pedía que lo visitara la tarde siguiente, a las cinco, en la embajada.

Concurrí a la hora indicada y fui recibido por él de manera muy amable, como un viejo conocido. Incluso recordó lo que se me había olvidado en ese momento, que nuestra relación no había surgido en Managua, sino antes, en México, donde Elisabeth y yo, en compañía del doctor Salvador Guerrero Montalván y su señora, lo habíamos visitado en la embajada. Eso fue en 1933. Después de una larga y amistosa conversación sobre recuerdos en común, así como sobre los objetivos de mi viaje en ese momento a Colombia, Mr. Lane me invitó a volver a verlo al día siguiente a la una y luego ir con él a su casa para almorzar. Me comentó que probablemente podría en esa ocasión renovar otras viejas relaciones.

Cuando llegué a la hora concertada a la embajada pude saludar en primer lugar a Mrs. Lane, quien me presentó a los esposos Warren Fletcher, que también habían estado en la embajada de Managua, pero después de nuestra estadía allí; por lo que me acordaba, a Mr. Fletcher no lo había conocido en Managua, sino en Washington. En la casa de Mr. y Mrs. Lane encontré, entre otros, a Mr. Davies, quien al momento del terremoto de Managua había sido embajador de los Estados Unidos en Panamá, donde lo había visitado; ahora trabajaba para la Rubber Reserve Co., fundada para objetivos de guerra, y estaba a punto de seguir viaje a Quito.

En una conversación animada y agradable pasaron rápidamente unas dos horas en casa de los Lane. De alguna manera se tocó el tema de los caballos y Mr. Davies me contó que hacía poco había tenido que cerrar un criadero de caballos del gobierno en Maryland y que en caso de habernos encontrado antes me hubiera podido permitir elegir entre una cantidad de animales de silla finísimos a un precio modesto. ¡Qué lástima, pero ahora era demasiado tarde! Después de la comida regresé a la ciudad con Mr. y Mrs. Lane y una Mrs. Benson, cuyo marido también estaba en la embajada. Mr. Lane se bajó en la embajada. A mí me invitó Mrs. Lane, de no tener otros planes, a ir con ella y Mrs. Benson a ver una película y después a dar un paseo para mostrarme los barrios nuevos de Bogotá. Con gusto acepté la propuesta y pasé de esa manera una tarde muy amena. Con Mr. Lane había acordado visitarlo una vez más antes de mi partida. Le había contado que tenía la intención de visitar al presidente López, a lo que Mr. Lane me dijo que le hiciera saber si tenía alguna dificultad para concertar la visita, en ese caso él podría organizar lo que fuera necesario para que yo pudiera lograrla. Le agradecí mucho su amable ofrecimiento, pero creía que podría obtener sin dificultad

una entrevista, como fue el caso. Mr. y Mrs. Lane me comunicaron que nos veríamos unas semanas más tarde en Cali, lo que también se cumplió.

Una de mis primeras visitas en Bogotá había sido al Ingenio Central del Tolima S. A. para preguntar sobre el estado de las cosas en la plantación. Allí escuché, entre otros asuntos, que mi antiguo banco, el actual Banco Comercial Antioqueño, le había concedido a la empresa un cuantioso crédito, y que sería interesante para mí mantener una conversación con el banco al respecto. Ya había decidido presentarme en el banco y por esto le solicité al director del ingenio, señor Silvio Cárdenas, anunciarme, lo cual hizo sin demora.

El gerente de la sucursal del banco en Bogotá era Gonzalo Córdoba, el mismo que había sido años atrás superintendente de este. No lo había visto desde 1929, así que nuestro saludo y primeros comentarios fueron, por lo tanto, muy formales. Sin embargo, muy rápido nuestra conversación se tornó amistosa y en el transcurrir del tiempo cada vez más abierta. Por supuesto, de forma espontánea la conversación cayó en el tema del banco y fue muy interesante para mí escuchar de Córdoba cómo se habían desarrollado las cosas en él desde el comienzo de la guerra.

Después de eso el banco, a pesar de su condición de empresa colombiana, se convirtió cada vez más en un centro del partido nazi en Colombia, cuyas metas fueron apoyadas en gran medida sin el conocimiento del Consejo de Supervisión colombiano. Esta circunstancia habría llevado finalmente a la medida de tener que eliminar el elemento alemán.

Córdoba se manifestó muy elogioso por las actividades del banco antes del tiempo nazi y reconoció gustosamente que este había sido, desde su fundación, un elemento beneficioso e importante en la vida económica colombiana. Elogió los principios conservadores por los cuales siempre fue conducido y dijo que la actual dirección colombiana estaba por completo decidida a mantenerlos.

Del anterior personal no colombiano me contó que solo habían quedado dos personas. Uno de ellos, un excompatriota mío, Anton Derka, era oriundo de Viena, había adquirido la nacionalidad colombiana y seguía siendo el vicedirector de la central del banco en Medellín; ocupaba un puesto de confianza y parecía ser muy estimado. El otro extranjero era un joven bancario alemán que se había mantenido alejado de toda actividad partidaria nazi.

Córdoba me preguntó si había escuchado algo sobre el banco en Bremen, lo que hube que negar. De hecho, varios años antes del estallido de la guerra no había tenido relaciones con el banco, a excepción de una pequeña cuenta. Con referencia a los miembros del Consejo de Supervisión de Bremen, Córdoba opinaba que según sus impresiones no había entre ellos ninguno con cualidades especiales. ¡Hubiera sido difícil contradecirlo en esto! De

la gerencia de la empresa A. Held, que siempre estuvo convencida de su derecho a influenciar decisivamente sobre la dirección del banco, Córdoba tampoco tenía una opinión muy elevada. También en esto tuve que darle la razón, pero subrayé que el fundador de la empresa, el anciano señor Adolf Held, había sido un hombre muy capaz; lamentablemente, no había dejado un sucesor idóneo.

Córdoba expresó su pesar por el hecho de que la antigua colonia alemana, tan estimada antes, había sido llevada a la triste situación actual debido a la nefasta política del gobierno nazi. Sin embargo, diversas acciones de los nazis organizados habían sido de tal índole, que ningún gobierno independiente podía permitirlos. Él se refería a manifestaciones políticas públicas, ostentación de uniforme y cosas parecidas.

En el curso de la conversación Córdoba me ofreció sus servicios, es decir, los de su banco, y no dudé de que lo hacía con sinceridad. Respecto al Ingenio Central del Tolima S. A., se mostró bien informado y se manifestó de manera muy favorable sobre la empresa; él ya lo había visitado en una ocasión y me solicitó que después de mi visita le escribiera sobre qué impresión me había causado. Se lo prometí con gusto y pude cumplir con mi palabra poco después desde Medellín. Me despedí de Córdoba con la promesa de visitarlo una vez más antes de mi partida de Bogotá.

La cantidad de mis conocidos en Bogotá ya no era tan grande como había sido antes, pero aún era lo suficiente para ocupar el corto tiempo de mi estadía en la ciudad. La naturaleza de mis conocidos también era tal que a través de ellos me pude informar fácilmente sobre los hechos más importantes en el país.

Un buen y viejo amigo era, por ejemplo, Luis Londoño, el director del Banco de Bogotá, en la actualidad el más grande de Colombia. Otro era su hermano Heliodoro, director de la Compañía Colombiana de Seguros, la única compañía de seguros en el país. Ambos eran oriundos de Medellín, me conocían desde hacía décadas y me daban todas las informaciones solicitadas con total franqueza. Entre los banqueros extranjeros conocía bien al director del National City Bank, Frank D. Smith.

Un viejo conocido, con el cual compartía a menudo en la noche, era Jaime Gutiérrez, hombre de confianza y anterior agente de Amsinck, Sonne & Co. Él se merece un capítulo aparte, pues era una persona muy peculiar. Provenía de Manizales, donde había nacido hijo de un padre rico, cuyo talento para ganar dinero había heredado en gran medida, pero ninguna otra cosa más. Era multimillonario, también en dólares, pero no sabía qué hacer con su riqueza, excepto ganar más dinero. Estaba casado con la hija de uno de los hombres más ricos de Colombia, el atrás mencionado Alejandro Ángel, ya fallecido. El

matrimonio, del cual surgió solo un hijo no muy sano, no era feliz. Hacía años que la mujer vivía con el hijo enfermo en Nueva York, mientras que don Jaime residía en una miserable habitación del hotel Granada en Bogotá. Escuché que la mujer vivía asimismo de forma modesta. Al principio había supuesto que don Jaime ocupaba una habitación especialmente buena en el hotel, pero no, ocupaba cualquier cuarto que justo estuviera disponible cuando volvía a Bogotá de uno de sus ocasionales viajes. ¡Era tan ahorrativo, que siempre dejaba la habitación, aunque solo se ausentara pocos días! Siempre fue atento conmigo. Tenía una oficina bastante bonita en el edificio de la Bolsa de Bogotá, de la cual siempre me daba una llave para usarla sin molestias durante mi estadía en la ciudad. No tenía empleados. Esto era muy cómodo para mí, porque de esa manera me permitía ocuparme con toda tranquilidad en mis asuntos o bien escribir mis cartas. Don Jaime estaba perfectamente informado sobre todas las cuestiones políticas y económicas, excepto que al evaluar cada una de sus declaraciones se debía tener en cuenta que pertenecía al ala más extrema del Partido Conservador y le resultaba difícil juzgar de otro modo que no fuera desde esa perspectiva. Pero prescindiendo de este detalle, encontré siempre su opinión sincera y confiable. Si nos encontrábamos al atardecer en el hotel, con frecuencia salíamos después de la cena a dar un paseo. Algunas veces visitamos juntos un cine-teatro. El único domingo que pasé en Bogotá paseé en auto con él, en esa ocasión me mostró el Country Club. Cuando este fue fundado se encontraba en las afueras, y ahora la ciudad, que se había extendido marcadamente en esa dirección, lo había alcanzado y se planeaba su traslado.

A pesar de sus numerosas relaciones comerciales don Jaime parecía llevar una vida solitaria y se alegraba mucho cuando podía hacerle compañía en la noche. En mi opinión, llevaba una vida aburrida, pero no creo que él lo sintiera así, siempre estaba de buen humor, sin altibajos.

El 26 de enero de 1943, a las cuatro y media de la tarde, había sido convocado para visitar al presidente Alfonso López. Tuve que esperar bastante antes de ser admitido porque varias personas, entre ellas un senador conocido mío, se habían presentado antes y aparentemente ocuparon el tiempo del presidente más de lo previsto. Al final él apareció en la puerta de su despacho para despedir al senador, me vio, me hizo una seña cordial y me pidió pasar a su despacho.

Yo tenía un motivo comercial que había usado en realidad como pretexto para poder entrevistarme con el presidente. Además, el doctor Ernesto González Piedrahita, de Cali, me había dado una carta dirigida a él, con quien mantenía una amistad personal, y en ella me recomendaba con el comentario de que en vista de mis numerosos viajes quizás estuviera en condiciones de

contarle algunas cosas que le podrían interesar, pero no necesité presentación porque el presidente me saludó de inmediato como a un viejo conocido.

Estaba de muy buen humor y tenía buen aspecto. Después de haber hablado sobre la cuestión comercial y, tal como yo había temido, lamentando no poder ayudarme al respecto, conversamos largo sobre cuestiones políticas, económicas y sociales que en ese momento ocupaban la atención general, y debo confesar que consideré muy sensatos y razonables los puntos de vista expresados por López. En aquel momento solo llevaba medio año de su segundo período gubernamental y me dije que si actuaba acorde a estas opiniones su gobierno sería muy exitoso. Parecía estar interesado en nuestra conversación, pues no hacía ningún intento por acortarla. Su despacho, amplio, sin lujo, pero bien amoblado, no tenía ventana hacia el norte, sino una pared de vidrio, a través de la cual podíamos observar una tormenta que justo se desencadenaba sobre la sabana de Bogotá. Cuando después de más de hora y cuarto se anunció una visita tardía, me despedí llevándome una excelente impresión. Yo no era el único que la tenía, por el contrario, en general el gobierno de López era conceptuado en ese momento de forma favorable y generaba muchas expectativas; lamentablemente, su evolución posterior se encargaría de destruir esas esperanzas.

Durante los dos días siguientes hice varias visitas, incluida una de despedida a Mr. Lane. También pude saludar de paso a la viuda y los hijos de mi fallecido amigo Otto Kemmler; financieramente no les iba mal, pero ¡claro!, estaban con el ánimo decaído.

El 29 de enero de 1943, a las siete de la mañana, me llegaron a buscar del Ingenio Central del Tolima S. A. para llevarme a la plantación y la fábrica acompañado por dos empleados de alto nivel. Estaba muy contento por hacer este viaje, que me llevaría a través de una ruta hasta ahora desconocida para mí. Lástima que el placer fue menoscabado considerablemente por un resfrío contraído el día anterior, que me había generado malestar estomacal.

Durante la primera hora de viaje por una carretera nueva, ancha y bien construida a lo largo de la altiplanicie de Bogotá hasta Facatativá, no me sentía aún tan mal. Pero cuando el camino consistió durante varias horas casi solo de curvas cerradas y descendimos muy rápido al calor de la tierra baja, me empezó un violento dolor de cabeza que me abandonó solo cierto tiempo después de la llegada a Pajonales.

A pesar del malestar estaba muy interesado en contemplar el paisaje, que en la parte media de nuestro viaje era más o menos nuevo para mí. El trayecto a la Sabana de Bogotá lo recordaba bien. Las pequeñas localidades que atravesamos no habían cambiado mucho en los treinta y dos años de mi primera llegada a Bogotá. La ciudad de Facatativá, que solía distinguirse por una gran

cantidad de granjas, rodeadas por altos muros de barro y usadas para el alojamiento de cientos de animales de silla y carga con los cuales se realizaban los transportes, había mejorado muy poco. La mayoría de la población todavía tenía el mismo aspecto sucio de antes. A pedido de mis acompañantes, nos detuvimos frente a un pequeño restaurante, donde se recomfortaron con una taza de café y otras pequeñas cosas, de la fatiga del viaje. Después de abandonar Facatativá, seguimos por largo tiempo el viejo camino de herradura hacia Honda, que ahora conducía hacia una carretera. Poco después de haber cruzado el paso de montaña de más de tres mil metros de altura, desde donde nuevamente tuvimos una vista panorámica de la altiplanicie de Bogotá, el camino a Honda se desvió hacia la derecha, mientras que nosotros seguimos la vía que conducía a la pequeña localidad de Cambao, ubicada junto al Magdalena. Casi sin interrupción y por innumerables curvas, a menudo muy cerradas, íbamos ahora descendiendo la montaña. El único tramo recto del camino se encontraba poco antes de la entrada a Cambao.

Paisajísticamente la región era casi siempre hermosa. Sin embargo, la agricultura me pareció en general pobre. Las pequeñas plantaciones de café, cuya región atravesamos primero, todavía tenían un aspecto algo más productivo, pero las pequeñas fincas ubicadas por debajo de la zona de cafetales, en las regiones más calurosas, eran en su mayoría muy pobres, solo tenían escasas plantaciones de maíz, yuca y plátano, además de un poco de ganado, y daba la impresión de que los dueños apenas podían obtener justo lo indispensable para sobrevivir. Las personas mismas no daban impresión de ser fuertes; probablemente los individuos más enérgicos habían emigrado a áreas donde podían encontrar mejor remuneración a cambio de su trabajo.

Tuve que admirar el apetito que el viaje provocó en mis acompañantes. En la región de cafetales habíamos parado, supuestamente, para ponerle agua al motor, pero la ocasión fue aprovechada para comer de nuevo, así fuese una pequeñez. Al llegar a la región calurosa nos detuvimos otra vez, con la misma finalidad, en un hermoso mirador, y desde entonces mis acompañantes siguieron hablando de lo bueno que eran los pescados fritos, que se conseguían por lo general en Cambao. Se disculparon conmigo por esas ganas ininterrumpidas de comer, pero no se mostraron inhibidos. Por mi parte, me sentía demasiado mal como para querer comer algo. Además, los deleites ofrecidos no me parecieron tan tentadores. Me dije que el almuerzo esperado en la plantación debía ser de todas maneras algo mejor que lo ofrecido al costado del camino. Después de haber cruzado el Magdalena en una balsa de motor, llegamos pronto al pueblo de Ambalema por una calle bastante buena y recta, y poco después a la hacienda Pajonales, donde se encontraban la plantación de caña de azúcar y la fábrica.

Allí me dieron una habitación sencilla, pero limpia, incluso con baño propio. El almuerzo tardío cumplió con mis modestas expectativas y después salí a caballo con uno de los directivos para conocer la hacienda. Esa tarde visitamos solo la fábrica, aún en construcción, y el embalse artificial, el único medio por el que la plantación estaba a salvo y del que estaban muy orgullosos. A media mañana del día siguiente cabalgué con el administrador hasta el comienzo del largo canal a través del cual se mantenía lleno al lago artificial. Me pareció una obra muy bien construida, pero cuyos costos también habían sido muy altos. En el camino de regreso pasamos por una parte con jungla que justo la estaban haciendo cultivable para la plantación de caña de azúcar. Por primera vez vi en Colombia cómo se hacía ese trabajo de manera simple, mediante excavadoras y con relativamente poca mano de obra. Los árboles pequeños eran sencillamente derribados y los más grandes arrollados con la topadora de una forma tan violenta que se bamboleaban y luego con un golpe potente eran tumbados. Después, la misma excavadora retiraba los troncos desarraigados a un costado, donde eran amontonados y quemados si la madera no era suficientemente buena para aprovecharla. El suelo quedaba en tal forma que podía ser arado de inmediato.

¡Qué difícil había sido este trabajo antes! Siempre lo había visto ejecutar con hacha y machete, y también había ayudado a hacerlo, sin embargo el suelo conquistado de esa manera solo se podía labrar con la mano muchos años después. La extracción de las raíces en forma manual hubiera sido demasiado costosa y el empleo del arado era por eso imposible.

En la tarde hice una extensa cabalgata con el capataz a los campos de caña por las plantaciones. Al comenzar el atardecer nos encontrábamos a orillas del Magdalena, donde nos instalamos en un lugar fresco cerca del agua y contemplamos una hermosa puesta de sol. El río ancho y de fuerte corriente estaba —hasta donde se podía ver— bordeado por altos árboles. Con excepción de unas chozas en el lugar donde nos habíamos detenido, no se veía ningún asentamiento humano, tampoco se vislumbraba embarcación alguna en el agua. Frente a nosotros, pero a gran distancia, veíamos las montañas de Bogotá. Después de pasar una hora contemplando ese hermoso lugar, montamos nuestros caballos descansados, que ahora estaban muy apurados por llegar a casa. Cerca de las siete de la tarde regresamos a la casa, donde estaban algo preocupados por nosotros.

Las dos noches que pasé en la hacienda fueron, a diferencia del gran calor diurno, agradablemente frescas. Me contaron que la gran diferencia entre la temperatura nocturna y diurna era una de las características climáticas de la región y una condición obligatoria para el buen desarrollo de la caña de azúcar. Al atardecer y al amanecer, durante los dos días de mi estadía en

Pajonales, pude ver bien el nevado del Ruiz, que probablemente no estaba más lejos de unas cien millas.

El 1 de febrero de 1943, un domingo, cerca de las nueve de la mañana, me llevaron en automóvil de la hacienda a la pequeña ciudad vecina de Armero, que se encuentra en la ladera de la cordillera Central. El pueblo es un importante centro de producción de café y arroz, y desde allí quería hacer una visita a Manizales, decidida por mí en Bogotá. Después de que todos mis esfuerzos a través de la mediación del gobierno en Bogotá habían sido infructuosos para lograr un arreglo con el de Caldas respecto al pago de los casi doscientos mil pesos en bonos que este adeudaba a mis amigos Amsinck, Sonne & Co. desde 1927 sin haber pagado ni una sola vez los intereses, esta vez quería intentar negociar personalmente con el gobierno departamental. En mis visitas anteriores a Colombia esto no hubiera tenido sentido, porque la situación financiera del departamento no era buena y se me había dicho que el asunto no podía regularse sin la intermediación, es decir, sin la ayuda del Gobierno nacional. Pero ahora sabía que el pudiente departamento de Caldas estaba de nuevo en buenas condiciones financieras, por lo tanto, las negociaciones directas parecían convenientes. Esta era también la opinión del embajador, señor Arthur Bliss Lane, quien sin titubeos me había aconsejado hacer el intento. Para ayudarme me entregó gentilmente una carta a un viejo residente norteamericano en Manizales, un tal G. H. Heilbron, de quien pensó que al menos me podía facilitar el contacto con las personalidades indicadas. Yo también conocía a Heilbron, pero no lo había visto en al menos veinte años. Incluso mi amigo Jaime Gutiérrez, quien tristemente era copropietario de los bonos antes mencionados, me aconsejó el viaje, a pesar de admitir con sinceridad el no haber obtenido ningún éxito en sus reiteradas gestiones en Manizales.

Cuando llegué a Armero tuve que constatar con desilusión que debido al pésimo estado de la ruta el tránsito automotor regular a Manizales había sido suspendido. Sin embargo, si quería persistir en mi propósito, tenía que hacer el intento de alquilar un auto para mí solo. Esto lo logré con cierto esfuerzo por un precio bastante alto para los parámetros colombianos. Cien pesos me costó llegar a Manizales y después de un día de estadía regresar a Honda. El automóvil ofrecido, un Ford Lincoln, con neumáticos aún buenos y en buen estado general, era lo único factible para ese viaje que se consideraba difícil, y por lo tanto no tuve otra opción. Después de despedirme de mis amigos de la hacienda azucarera, partimos entre las diez y once de la mañana. Sentía expectativa en cuanto al viaje, del cual sabía que pasaba por paisajes interesantes, los había recorrido una vez muchos años atrás, en aquel entonces a caballo.

El primer trayecto de nuestro viaje, de Armero a Mariquita, transcurrió a través de una zona relativamente llana, bastante poblada. Mientras que el suelo aquí antes era utilizado casi con exclusividad para pastura de ganado, ahora estaba en su mayor parte cultivado, de manera parcial con máquinas. Se cultivaba arroz, maíz, yuca, fríjoles, etc. Al salir de Armero pasamos por un instituto de aspecto moderno, en el cual se mantenían serpientes venenosas para la obtención de antídotos. Era para mí una novedad que algo así existiera en Colombia.

Poco después de Mariquita comenzó el ascenso, cada vez más empinado a medida que nos introducíamos en las montañas. Muy pintoresca era la vista sobre el llano de Mariquita, que había quedado detrás de nosotros, con las empinadas cadenas de montañas que lo limitaban. Lejos se podía divisar el valle del Magdalena y detrás de él las montañas de Bogotá. Pronto entramos a la zona de las plantaciones de café, y alrededor de la una de la tarde llegamos a la pequeña ciudad de Fresno, donde paramos frente al restaurante de un chino para hacer un alto al mediodía. El restaurante no se destacaba por su aseo, pero la comida era realmente buena.

Poco después de Fresno desaparecieron los cafetales, y la tierra, en la medida en que se hizo utilizable, se cubrió de pasturas para el ganado. El camino continuaba a través de cumbres y a lo largo de laderas montañosas cada vez más empinadas. Amplias vistas se abrían sobre profundos valles. A lo lejos veíamos localidades, como Manzanares, Corozal, etc., cuyos nombres me eran aún conocidos de mis tiempos con Pehlke.

Luego de pasar por la localidad de Soledad comenzó el trecho más difícil. Ahora el camino consistía de curvas y se enroscaba con gran velocidad hacia arriba en una pared de roca muy alta y empinada. En algún punto encontramos aún viejo bosque, tupido y con más de un tronco viejo y poderoso. La vegetación ya no tenía características tropicales. Donde la pendiente no era demasiado empinada, se había convertido en algunos lugares en pasto para ganado. Pero los pobres animales pastaban allí bajo peligro de muerte. En un sitio encontramos unos hombres ocupados en fraccionar una res que había caído de uno de estos prados rocosos y se había quebrado la columna vertebral. Como me dijo el chofer, esto era un suceso frecuente.

Poco antes de atravesar el paso de montaña hay que cruzar los puntos más peligrosos de la carretera. Con gran dificultad había sido empujada con explosivos lateralmente hacia la pared rocosa. En algunos sectores aún colgaban las sogas con las que los obreros habían descendido para perforar los agujeros donde se depositaba la carga. Como me dijo el chofer, durante este peligroso trabajo más de un obrero había perdido la vida. Con desagrado, nos metimos en la niebla de esta área incómoda y seguimos a marcha lenta por el camino

sinuoso, no muy ancho, que en dirección al profundo precipicio no tenía muro de protección alguno. Por cierto, el chofer afirmaba conocer cada vuelta del camino en detalle, pero tampoco ocultó su alivio cuando llegamos al paso de montaña y salimos de la niebla. Desde allí hasta Manizales tuvimos un buen viaje, por una ruta relativamente buena.

Nos encontrábamos en la época de lluvias y el paisaje de Manizales lucía por eso el verde más bello y tenía aspecto de recién lavado. Con buen ánimo hicimos la última parte del viaje, que nos llevó por zonas aún frescas en mi memoria. Entre las cuatro y cinco de la tarde, llegamos al destino. Me alojé en el aún bastante nuevo hotel Escorial, el mejor de la ciudad. La habitación era aceptable y el servicio más o menos amable; el edificio, en cambio, estaba mal distribuido, era oscuro y poco acogedor. La comida, de calidad muy modesta.

Después de limpiarme el polvo del viaje y cambiar el traje tropical blanco por uno de paño más adecuado al clima, partí en un paseo de reconocimiento por las tranquilas calles domingueras. Pude haberme contactado fácilmente por teléfono con Mr. Heilbron, que me había sido recomendado por Mr. Lane, pero preferí pasar la tarde restante solo y aprovecharla para volver a recorrer otra vez la ciudad en la cual no había estado desde 1935.

Tenía aspecto aseado y ostentaba algunos nuevos edificios imponentes, pero en general había conservado su anterior carácter de ciudad pequeña. Terminé el día con una visita al cine-teatro, situado aproximadamente en el lugar donde había vivido August Borné en 1915 y yo había sido su huésped.

A la mañana siguiente me levanté temprano para dar un paseo antes de las actividades comerciales, por la así llamada carretera, desde donde se tenía la mejor vista a las montañas nevadas del Ruiz, como ya lo sabía de antes. ¡Tuve suerte! Era una mañana despejada, hermosa, y pude disfrutar de la vista, sin que fuera menoscabada por las nubes, como había sido el caso en mi arribo la tarde anterior.

A pesar de haber estado largo tiempo en mis puntos panorámicos, debí constatar al regresar a la ciudad que hubiera podido invertir aún mucho más tiempo en mi paseo, porque ninguna de las personas a las cuales tenía que visitar se había hecho presente en su oficina. Era lunes, y como descubrí, un día bastante desafortunado para mis intenciones, pues acorde al carácter rural de la ciudad muchos comerciantes pasaban el fin de semana en sus propiedades agrícolas ubicadas en los alrededores, que no eran simples casas de campo. Así por ejemplo, Sinforoso Ocampo, el director del Banco de Colombia, que era un viejo conocido mío, durante los días laborales era director de banco, pero el fin de semana, un hacendado. Me dijeron que no se lo esperaba hasta la tarde en el banco. Así fue en casi todos los lugares, y vi que del breve día que me había reservado para la estadía en Manizales perdería la mitad.

Por suerte logré contactarme con Mr. Heilbron a media mañana y me presentó a un doctor Ernesto Arango Tavera, quien hasta hacía poco tiempo había administrado las finanzas del departamento y por lo tanto estaba bien informado sobre mi asunto. No me dio esperanzas en cuanto a un previsible éxito de mi misión, pero prometió conseguirme para la tarde una conferencia con el gobernador, el doctor Alfonso Jaramillo Arango. Así fue, y cuando me presenté a la hora convenida en el edificio gubernamental encontré allí al gobernador con todo su gabinete, esperándome.

Le expliqué a la asamblea mi cuestión y manifesté sin rodeos mi opinión: que no era honroso para un departamento así de rico olvidar tantos años una deuda, tanto más cuanto era una suma de dinero que fue adelantada al gobierno en un momento de gran apuro.

Mis argumentos eran visiblemente embarazosos para los caballeros y no sabían muy bien qué decir al respecto. No podían negar que el departamento era solvente y afirmaron, también, que estaban totalmente dispuestos a pagar. Pero la pregunta era a qué cambio podrían readquirir los bonos. Dije que, por supuesto, se debía devolver la suma que había sido prestada, aunque tal vez sin intereses. Pero se me contestó que no era posible teniendo en cuenta a la opinión pública, informada del hecho de que otros bonos, otorgados más o menos en el mismo momento en Nueva York, actualmente solo redituaban del quince al quince y medio por ciento de su valor nominal en la Bolsa de Nueva York. Si el gobierno me reconocía un cambio más alto sería motivo de agresión contra ellos por parte del público. Yo tenía mucho para aducir contra ese planteamiento, sin que se me pudiera contradecir, pero siempre se volvía a la supuesta imposibilidad de poder justificar ante la opinión pública un precio más alto. Al final no pude lograr nada más que la promesa de recomprar los bonos en el caso de que se los dieran al precio de la bolsa neoyorquina.

Temía desde un principio que este fuera el final y por eso, a pesar de presentar mis protestas, interiormente no estaba sorprendido del resultado. Me despedí con la promesa de informar a Nueva York y dejar la decisión en manos de Amsinck, Sonne & Co.

En mi informe a Nueva York recomendé la aceptación de la propuesta, frente a la desesperanza de encontrar una solución más favorable. Allá compartieron mi opinión y se vendieron los bonos, recibiendo por cada dólar prestado quince centavos y medio de vuelta. Los intereses correspondientes al tiempo transcurrido desde 1927 no fueron pagados.

Después de finalizar las negociaciones tuve unas horas de tiempo libre, que utilicé para unas visitas y enseguida de ellas para un paseo. Pasaba la velada en la casa de Mr. Heilbron, ubicada algo fuera de la ciudad, un tanto apartada de la carretera.

Poco antes de oscurecer, Heilbron me buscó en su auto. En casa de él conocí a su esposa, que tenía a dos matrimonios de Manizales de visita y se despidieron pronto. Uno de ellos era el hijo de Carlos Pinzón, al cual había conocido en 1914 en Manizales, con su esposa. En el transcurso de la breve conversación que tuve con él me contó que en su opinión esa ciudad estaba experimentando un retroceso irreversible. Esto coincidía con mi enfoque. Según mi parecer, la ciudad vecina de Pereira ya había superado a Manizales desde hacía mucho tiempo.

El matrimonio Heilbron me había invitado a una cena sencilla. Como es bastante común al anochecer en Manizales, el clima se tornó bastante frío. Por lo tanto, nos retiramos a una pequeña habitación con chimenea, que hubiera sido muy agradable si no hubieran dejado entrar también a los siete (!) perros de la casa. No tengo nada contra estos, aunque no soy tampoco un fanático confeso de ellos... cuando la cena fue servida en pequeñas mesas bajas, con gusto hubiera renunciado a la compañía de la perrería, que vorazmente se agrupaba alrededor, sin mencionar que su olor se hacía notar desagradablemente en el reducido ambiente. ¡Luego me contaron que unos días antes en la noche habían robado los neumáticos de un auto estacionado frente a la casa, sin que ni ninguno de estos muchos perros informaran, y tuve la sensación de que su presencia era aún más superflua!

Había programado mi partida de Manizales a la mañana siguiente, y como antes debía hacer unas cuantas diligencias, me despedí no demasiado tarde del matrimonio Heilbron. Me llevaron en su coche al hotel.

A la mañana siguiente —2 de febrero de 1943— visité una vez más al doctor Ernesto Arango Tavera y a Sinforoso Ocampo. Luego hice un paseo, entre otros lugares, al mercado cubierto, que en 1915 había financiado. No causaba una buena impresión, y como ya me habían dicho, se estaba planeando reemplazarlo por un edificio más grande y mejorado. Al regresar al hotel, pedí el coche. Partimos entre las diez y once de la mañana. Antes de que saliéramos de la ciudad hice que el conductor me llevara al punto panorámico más alto de ella, desde donde se tenía una excelente vista en dirección a Pereira. Luego iniciamos el viaje a Honda.

Uno de los directivos del hotel, Londoño si mal no recuerdo, me había contado que había sido buen amigo de mi hermano Franz y lamentó mucho su temprana muerte. Opinaba que si Franz se hubiera quedado en Manizales, donde le había ido bien, se sentía cómodo y era muy estimado, quizás estaría aún con vida. En Cali nunca se había integrado completamente, lo cual contribuyó a que con el tiempo se volviera tan hostil. Es posible que el hombre tuviera razón.

Había buen tiempo y avanzamos durante la primera hora del viaje velozmente. De repente nos detuvieron y se nos dijo que debíamos esperar hasta

que se despejara un tramo de la carretera, ya que había ocurrido un deslizamiento de tierra durante la noche debido a una lluvia torrencial. El lugar se hallaba al otro lado de una curva cerrada de donde nos encontrábamos, por eso no habíamos podido ver el desastre desde lejos. Nos bajamos y vimos que quizás la mitad de la ruta había caído en el precipicio de unos cincuenta metros de profundidad. A cierta altura del viejo camino, un grupo de obreros y una niveladora estaban ocupados en abrir un carril nuevo en la cuesta, que descendía de forma moderada en ese lugar. Me dijeron que el trabajo estaría terminado en unas pocas horas; hasta entonces, tendría que esperar. Observé el trabajo cierto tiempo en compañía de mi chofer y gradualmente nos convencimos de que la terminación de la vía no era cuestión de unas horas, sino más bien de unos días. Al analizar qué podíamos hacer se nos ocurrió que el camino viejo, a pesar de estar en su mayor parte derrumbado, aún era lo suficientemente ancho como para quizás poder cruzar empujando el auto con gran cuidado. Tan pronto expresamos la idea en voz alta algunos obreros me dijeron que un grupo de ellos estaría listo para hacer este intento si yo estaba dispuesto a pagarles ocho pesos por ello. Le pregunté a mi chofer si deseaba correr el riesgo del automóvil, porque no quería ser responsable si caía al abismo. Él dijo que sí sin dudarlo. Acto seguido se puso al volante y los hombres comenzaron a empujar y arrastrar. Al principio se avanzó bastante bien, pero cuando se llegó a la tierra caída, húmeda y suelta, quedó atascado. La situación era incómoda, pues el lugar era tan angosto que solo una determinada cantidad de hombres podía llegar al coche, y sus fuerzas combinadas no eran suficientes. Por fortuna apareció en ese momento un camión con cuyo chofer negociamos y él se mostró dispuesto a remolcar nuestro auto con ayuda de una sogá larga, pasando por el lugar fangoso, por una remuneración de dos pesos. Esto se hizo con gran precaución, pues el suelo debajo de nosotros temblaba y constantemente se deslizaban terrones de tierra hacia abajo. Pero con la ayuda de la sogá, de los obreros que empujaban, y, al final, de nuestro motor, el intento fue exitoso y, respirando aliviados, nos encontramos de nuevo en suelo firme. Tras una demora de más de dos horas pudimos continuar nuestro viaje. Tal como nos había dicho el conductor del camión, la carretera delante de nosotros estaba transitable en todo el trayecto, a pesar de presentar algunos trechos en malas condiciones. Esta indicación fue confirmada y llegamos sin mayores dificultades cerca de las cuatro de la tarde a Honda.

Quería visitar la tumba de Herbert allí. Por lo demás, deseaba poder continuar mi viaje a Medellín lo más pronto posible. Apenas me había instalado en mi habitación del hotel América, me informaron que podía seguir viaje esa misma noche con un vapor expreso desde La Dorada si no me importaba

gastar treinta pesos, que sería el precio para el alquiler de un auto que me llevaría hasta esa localidad. El precio era bastante alto para el trayecto de una hora, pero incluía la visita al cementerio, por la que había venido en realidad a Honda. Como tenía suficiente tiempo para todo, acepté. Fuimos enseguida al cementerio, donde encontré la tumba en buenas condiciones, pero para mantener el interés del administrador acordé con él que debía volver a pintar el bloque de cemento que cubría la tumba, con cemento blanco. Le pagué los gastos y le dije que encargaría a un amigo en Honda el control del trabajo. Esto lo hice luego desde Medellín, a través de mi viejo buen amigo Manuel Escobar. Unas semanas después me enteré por él que el administrador del cementerio había cumplido con el encargo de manera inmediata y honestamente.

Al salir del cementerio regresé al hotel, cargué el equipaje en el auto y partí a La Dorada. Además del hecho de que ya no tenía nada más que hacer en Honda, me era grato poder irme lo más rápido posible, debido a otra razón: a mi llegada había visto a la señora Heinatz, la viuda de Hans Heinatz, fallecido unos años atrás, en la cercanía del hotel, y me di cuenta de que me había reconocido. Me habían contado que ya no vivía en Honda, sino en Armero, por sus hijos, debido a su mejor clima, y por eso quedé algo sorprendido al verla de nuevo en la localidad. Había escuchado años atrás rumores muy desfavorables sobre el carácter de esta mujer; sin embargo, nunca los había tomado en serio, en especial después de mi visita en 1939, me parecieron groseras exageraciones o calumnias, lo que también expresé frente a diversos conocidos. Después de la muerte del pobre Heinatz la mujer misma confirmó, empero, a través de su comportamiento, la veracidad de los rumores que circulaban hacía años sobre ella, y toda duda quedó desvirtuada. Así que no tenía ningún deseo de encontrarme con ella, pero temía que me visitara. Ya una vez le había escrito a Elisabeth pidiéndome ayuda por medio de un escrito en el cual no se había atenido demasiado a la verdad, y era de suponer que usaría mi presencia en Honda para repetir el intento. En Cali y Bogotá ya había preguntado si era posible hacer algo por los niños, que en general eran tenidos en muy buen concepto, pero se me dijo que eso sería imposible, ya que en oportunidades anteriores había utilizado siempre las ayudas destinadas a sus hijos, para ella. Desde Armero se me había dicho que siempre cobraba personalmente el pequeño sueldo que el hijo mayor ganaba allí como ayudante de un mecánico. En vista de estas circunstancias, estaba muy contento de poder abandonar Honda lo más rápido posible.

La ruta a La Dorada era bastante buena, aunque muy polvorienta, lo cual solo percibía, mas no veía, ya que había oscurecido. Cerca de las ocho de la noche llegué a La Dorada. Cuando busqué el pasaje en la oficina de la

compañía, la Naviera Colombiana, me informó el empleado que una señora Heinatz de Honda le había dado el encargo urgente de solicitarme que la llamara enseguida por teléfono. Le contesté al hombre que en este momento no tenía tiempo para eso. Me dijo que estaban agotados ya todos los camarotes en el vapor Guadalupe, pero quizás podría alquilar el de un empleado si me apuraba, por eso subí de inmediato a bordo, donde logré alquilar el de uno de los timoneles. Aunque pagué un precio algo alto por una noche, el camarote estaba sucio y debió haber sido allí donde contraí los piojos, que me descubrí unos días más tarde. Hubiera sido mejor haber pasado la noche sentado en una silla.

Después de recibir una modesta cena en el barco, regresé a la oficina de la Naviera y pregunté al administrador, un hombre de aspecto confiable llamado Rodrigo Cuartas, si conocía a la señora Heinatz. Al principio me contestó muy dubitativo y cauto, pero poco a poco se volvió más franco y finalmente me contó la triste historia del matrimonio Heinatz y de la viuda. Confirmó los rumores desfavorables que circulaban sobre ella años atrás. Del hombre habló muy bien. Este era muy estimado en Honda y en La Dorada, a pesar de que tiempo atrás había sido reconocido como el tonto que siempre fue. De los hijos habló positivamente, pero tampoco supo decir cómo se les podía ayudar. Estuvo de acuerdo conmigo cuando le comuniqué que prefería no llamar a la señora Heinatz.

Después de realizar un paseo por las pocas calles de la no muy bonita localidad, y haber visto el pequeño negocio que había pertenecido a Heinatz, regresé al barco. Mi camarote se encontraba en la cubierta superior y era bastante fresco. La temperatura en él era muy agradable cuando el barco se puso finalmente en marcha ya tarde en la noche. El nivel del agua en el río era bajo y por lo tanto navegábamos muy despacio. Las horas más oscuras de la noche tuvimos que pasarlas incluso en la orilla. Cuando desperté a la madrugada, estábamos de nuevo inmóviles, pero esta vez involuntariamente, el barco se había atascado en un banco de arena y costó mucho esfuerzo liberarlo. Era una mañana fresca y hermosa. Me apuré a levantarme para disfrutar en lo posible el viaje por el río que no había vuelto a hacer desde hacía muchos años.

Cuando quise ponerme cómodo en la cubierta de proa después del desayuno, descubrí allí con grata sorpresa a Mrs. Cornelia Lane, la esposa del embajador en Bogotá. Estaba justo por hacer un viaje de placer a Barranquilla en compañía de Mrs. Benson, Mrs. Fletcher y una señora Urdaneta de Argáez. El regreso a Bogotá lo querían hacer en avión. Las damas habían asegurado a tiempo las mejores cabinas del vapor, las que como constaté, realmente eran bastante cómodas, y ellas opinaban que el viaje había sido hermoso hasta ese momento.

El único día de viaje que hice en el vapor pasó muy rápido. En Nare observé que la selva, la cual cubría, en mi visita de muchos años atrás, casi toda la región, había desaparecido en gran parte con el fin de dar lugar al pasto para ganado. Cerca de las tres de la tarde estuvimos en Puerto Berrío, desde donde quería continuar el viaje a Medellín en tren. Lamentablemente encontré el hotel Magdalena, que fue una vez el orgullo de Antioquia, en un estado de terrible descuido. Mrs. Lane y sus acompañantes habían venido conmigo para ver el lugar y evaluar si podían cenar allí, ya que el barco seguiría viaje recién a la mañana siguiente, pero una mirada al comedor las convenció de que a bordo sería siempre mejor para ellas. Por eso, después de un breve paseo, las llevé de regreso a su vapor, al cual fui más tarde, en la noche, para despedirme.

Puerto Berrío no se había vuelto ni más bonito ni más grande en el transcurso de los largos años desde mi última visita. Ahora tenía un banco, y precisamente mi antiguo banco había abierto, justo unos días antes, una pequeña sucursal. Lo nuevo e interesante para mí era que entre la localidad y la orilla opuesta circulaba ahora un *ferry* que conectaba con las carreteras que iban, desde la orilla opuesta, a Bogotá, Bucaramanga, etcétera.

A la mañana siguiente —4 de febrero de 1943— partí para Medellín, después de pasar mala noche en una habitación de hotel maloliente. El viaje en el lento y bastante sobrecargado tren no fue muy agradable; excepto por el túnel de La Quiebra, recorrido que hice por primera vez, no había nada novedoso en este trayecto para mí. Las localidades que atravesábamos, así como los paisajes, tenían casi el mismo aspecto de antes. Algunas horas después subió un conocido al tren y viajó unas horas conmigo. Era Alberto Ángel, hijo de Alberto Ángel E., que ya había fallecido y tiempo atrás había sido dueño de una de las más grandes ferreterías de Medellín. El joven Alberto era agrónomo y principalmente ganadero. Afirmó que él, sus hermanos y su padre habían lamentado profundamente mi renuncia en el banco. Yo los había tratado mejor de lo que lo habían hecho mis sucesores. Siempre había considerado al viejo don Alberto un caballero, pero no un comerciante muy hábil. Así es que no sé si yo en los años posteriores, cuando entró en dificultades, lo hubiera podido tratar de modo más servicial, de lo que había sido tratado por parte de mis sucesores.

En Medellín había reservado una habitación en el hotel Europa, al que encontré, como siempre, lleno de gente y más abandonado que nunca. Un hotel nuevo y grande estaba en construcción y los dueños del Europa, que preveían sin lugar a dudas perder su clientela debido a él, ahora consideraban aún menos necesario que nunca esforzarse de alguna manera. Los únicos

que aún mostraban allí algo de amabilidad eran dos antiguos empleados, el mesero Juan y la camarera María.

En cuanto me acomodé, hice algunas visitas a pesar de ser ya hora de cierre de los comercios. Encontré aún, entre otros, a Gabriel Echavarría, quien me consiguió enseguida asiento en el avión para el viaje a Cali el 11 de febrero. Esta vez prácticamente no tenía nada comercial que hacer en Medellín. En realidad solo visité a viejos amigos y recibí tantas invitaciones que mi tiempo no alcanzaba para aceptarlas todas. Casi a diario me encontraba con uno u otro miembro de la numerosa familia Echavarría, con quienes hice una excursión a Caldas para visitar la fábrica de loza que pertenecía a Gabriel, y otra a Rionegro. Además visité varias veces a mis viejos amigos Manuel y Luis Escobar, al doctor Lázaro Tobón, Antonio Derka, Luciano Villa Latorre y muchos otros. Tenía mi oficina de nuevo donde Peter L. Collins; allí pude escribir una serie de cartas urgentes con toda tranquilidad.

El 11 de febrero de 1943, cerca de la una de la tarde, aterricé de nuevo en Cali después de un buen vuelo. Antes de eso me había llegado a Medellín un telegrama de la persistente señora Heintz, en el cual me preguntaba a qué dirección me podía escribir. Dejé el telegrama sin contestar.

En Cali encontré todo en orden. El 19 de enero había llegado el esperado crecimiento familiar de los Armitage, otro varón. Madre e hijo estaban bien. Me preguntaron si quería ser el padrino, lo cual por supuesto acepté. La madrina iba a ser la señorita Ana Castro, hija del doctor Antonio José Castro, un conocido médico y filántropo de Cali, viejo amigo de la familia Armitage. También había sido uno de los mejores amigos de mi hermano Franz, y por intermedio suyo Armitage había llegado a la droguería.

Desafortunadamente Franz se había distanciado un poco de Castro en los últimos años porque este le había expresado en muchos aspectos su sincera opinión, que Franz no quiso escuchar. Castro, casado con una inglesa, era conocido como un médico muy bueno e inteligente, pero no se preocupaba mucho por su consultorio, sino que se dedicaba a sus estudios y pasaba bastante tiempo en las haciendas que le pertenecían; no obstante, operaba de forma regular y gratuita a pacientes pobres en los hospitales, por un lado por beneficencia y por otro para permanecer en la práctica. Era una persona interesante, muy caritativo, y al mismo tiempo un cínico consumado, no tenía buen concepto de este mundo ni esperaba algo de él. Su hija era mucho más de lo que se denominaba en Estados Unidos *sophisticated*, elegante, moderna, alta, no fea, de unos veinte años.

El bautismo tuvo lugar el domingo 14 de febrero de 1943 en la catedral de Cali. La madrina sostuvo al niño, por lo tanto, yo era solo un participante pasivo. Momentos después la madrina nos llevó en su coche a la casa de los

Armitage, donde nos esperaba un té. Me quedé allí una hora y luego regresé al hotel, es decir, los Castro me llevaron. El niño bautizado recibió el nombre de Leslie Lorenz.

Apenas había pasado una semana en Cali, cuando otra vez sufrí un violento resfrío. La medicina no solucionó nada. Por lo tanto, decidí combinar lo agradable con lo útil y buscar alivio en un cambio de clima. Durante mucho tiempo había querido conocer la antigua ciudad de Popayán, ubicada al sur de Cali, y se suponía que debía tener un saludable clima de altura. Armitage quería volver a visitar el lugar para evaluarlo comercialmente, así que decidimos aprovechar el siguiente fin de semana para ir en el auto de Armitage a Popayán.

El sábado 20 de febrero de 1943, al amanecer, iniciamos nuestro viaje. Era una mañana fresca y hermosa. Durante la noche había llovido justo lo suficiente para convertir las carreteras arenosas en firmes y libres de polvo y nosotros poder avanzar rápido. Durante las primeras dos horas estuvimos en llano por el Valle del Cauca, manejando por suelos cultivados y grandes superficies de pastoreo interrumpidas por bosquecillos de palmeras y arbustos de bambú. Luego el camino comenzó a ascender y nos condujo a lo largo de laderas montañosas, cruzó algunos valles fluviales semejantes a grietas profundas y alcanzó finalmente el altiplano de Popayán. Aquí la región comenzó a estar más habitada de nuevo, mientras que desde la salida del Valle del Cauca lo estaba muy poco. La última parte del trayecto causaba una impresión poco fértil y pobre en agua. Incluso la altiplanicie de Popayán no daba la impresión de ser floreciente, aunque brillaba en un hermoso verde y parecía estar con buen riego. A lo lejos vimos el volcán nevado de Puracé, al pie del cual se encuentra la ciudad de Popayán. Alrededor del mediodía llegamos allí, donde nos alojamos en el mejor hotel de la ciudad, pero no por eso bueno, se llamaba hotel Lindberg. Desafortunadamente nuestro auto tuvo un problema mecánico en las últimas horas, lo que nos preocupó mucho por el viaje de regreso, entonces lo llevamos enseguida a un taller, con la esperanza de que lo arreglaran pronto.

Tras un descanso en el hotel, hicimos una visita a la ciudad, realmente digna de ver. Es una de las más antiguas de Colombia y atesora muchos recuerdos de la época de los conquistadores españoles. Varias placas conmemorativas fijadas en las paredes de las casas informaban sobre esa época. Desde el exterior la ciudad causaba una impresión ordenada y limpia, aunque la higiene personal de los habitantes no parecía ser demasiado pulcra. La ciudad era conocida por su plaga de pulgas. También el hotel era muy sucio y albergaba numerosas cucarachas. Pero si se recorrían las calles, bastantes limpias, uno veía que casi todas las casas estaban recién pintadas, y una mirada a través

de la entrada con frecuencia descubría un bonito patio adornado con flores. Interesantes eran también las numerosas iglesias, de la cuales visitamos cierta cantidad.

Cerca del atardecer la inquietud por nuestro auto nos llevó de nuevo al taller, donde tuvimos que constatar con gran desilusión que el desperfecto aún no se había encontrado. Pero por suerte conocimos en esa oportunidad a un camionero que conducía la difícil ruta de Popayán al Magdalena y tenía que ser por necesidad buen mecánico. Este se ofreció a encontrar el daño y arreglarlo, y cumplió su promesa. Incluso antes de oscurecer pudimos hacer un pequeño paseo en el auto, en el cual vimos también el orgullo del moderno Popayán, es decir, la nueva central que abastecía de agua potable a la ciudad. Realmente estaba bien planificada, era limpia y se nos mostró, a los extranjeros, gustosamente y con visible orgullo. Se hallaba rodeada de hermosos espacios verdes y además su agua limpia abastecía una piscina de natación. Después de haber asistido en la noche a una función en un cine-teatro bastante bonito, nos fuimos a dormir satisfechos.

Mientras que había llovido varias veces en la tarde y en la noche, el domingo nos recibió con una hermosa mañana radiante y decidimos hacer una caminata por las montañas cercanas que dominaban la ciudad. En el trayecto tuvimos vistas panorámicas hermosas sobre la meseta de Popayán, como también del Puracé, y regresamos algo sudorosos, pero muy contentos al hotel. En la tarde intentamos llegar con el auto al pie del Puracé, que solo estaba a unos treinta kilómetros de distancia, pero tuvimos que abandonar la idea por el mal estado del camino. En lugar de eso visitamos el monumento, ubicado en un cerro, de Belalcázar, el fundador de Popayán, y recorrimos un trayecto de la ruta que conduce a Pasto. A la mañana siguiente regresamos a Cali, donde llegamos temprana la tarde. Estábamos muy contentos con nuestro viaje, el que también me había liberado del resfrío, pero solo de forma temporal, como pronto me di cuenta.

Estos tercetos ataques de resfrío arruinaron bastante mi estadía en Cali. Parecía no haber ningún remedio para combatirlos. Dos veces subí a la imponente montaña que sobrepasaba a la ciudad, adornada con una gigantesca cruz, con la esperanza de encontrar alivio a través de una radical cura de transpiración. También resultaba, pero siempre solo por uno o dos días.

Por cierto, me consideraban loco por estas caminatas a la montaña, en Cali además me consideraban algo trastornado. Yo había conocido solo a un hombre que también había subido caminando con sus hijos; era Harold J. Eder, quien de todos modos era considerado algo excéntrico en la ciudad. Las personas 'normales' que querían visitar este bello punto panorámico subían cabalgando. En mis dos ascensos solo una vez encontré una persona, que me

miró sorprendida. En la cima había una cabaña, habitada; no sé de qué vivía esta gente. Cuando en una de mis visitas llegué allí, vi a una mujer en un pequeño campo cerca de la cabaña. Tan pronto me vio, entró corriendo a su casa y no se asomó, aunque la llamé con la esperanza de obtener por lo menos un vaso de agua. Era bonito poder observar desde allí arriba una puesta de sol. También a esa hora refrescaba de forma agradable. Lástima, sin embargo, el descenso muy empinado, tan destrozado por la lluvia que apenas merecía ser llamado camino, y se hacía aún más difícil de transitar en la creciente oscuridad; el de herradura, también utilizado por la gente, que en diversos lugares de la montaña extraía carbón bastaste bueno, era mucho mejor, solo que varios kilómetros más largo que el sendero a pie, el que ascendía en línea recta hasta la cima.

Durante los últimos días de febrero vinieron Mr. y Mrs. Lane a Cali, donde me reuní a diario con ellos al mediodía o en la noche. Fueron muy cortejados, y el domingo 28 de febrero hubo una recepción formal en su honor en la casa de Walter Eder, a la que asistieron unas cien personas.

El 11 de marzo visité la plantación de caña de azúcar La Manuelita, cerca de Palmira, por una invitación de Harold J. Eder. Me resultó muy interesante conocer esta empresa, considerada prácticamente la mejor de su tipo en Colombia.

Había más o menos terminado con mis asuntos comerciales en Cali, así que decidí partir de la ciudad el 22 de marzo y viajar primero a Barranquilla, donde pensaba pasar unos días.

Puntualmente, a las 9:40 de la mañana, partió el avión de Cali. En Medellín tuve una estadía de varias horas, que aproveché para ir a la ciudad con el fin de poder saludar uno u otro de mis conocidos, pero era mediodía y los comercios estaban cerrados en su mayoría. No obstante, me encontré con Óscar Echavarría, quien me invitó a almorzar en el Club Unión. Poco después debí regresar al aeropuerto. Había llegado allí, cuando reconocí entre los pasajeros de un avión que recién había aterrizado, a uno de mis conocidos más viejos de Medellín pero que no había vuelto a ver durante muchos años, un tal Luis Alfonso Vélez. Me dirigí hacia él, pero parecía tener mucha dificultad en acordarse de mí. En sus años más jóvenes había recibido el apodo de Pelot, por su vivacidad indomable, ahora daba la impresión de haber envejecido y estar abotagado.

Durante el vuelo de Medellín a Barranquilla entramos en una tormenta y durante un tiempo fuimos sacudidos con suma fuerza. A pesar de esto, llegamos puntuales a Barranquilla.

Por intermedio del doctor Max Rehbein Peralta había reservado una habitación en el hotel El Prado, que resultó ser como era: deseable. Estaba ubicada en la planta más alta, era fresca y tenía una hermosa vista. Mi resfrío, que

me había torturado hasta mi partida de Cali, y un violento cólico intestinal, habían cedido durante el viaje y me había propuesto concederme de descanso los pocos días en Barranquilla. El tiempo era favorable para eso. La estación de brisas aún no había terminado del todo y el clima era en general bastante agradable. Estaba lo suficientemente cálido como para hacer que la hermosa piscina del hotel se viera muy tentadora.

El doctor Rehbein me visitó la primera noche en el hotel y me invitó a cenar la noche siguiente en su casa. Fue el único de mis viejos conocidos de Barranquilla con el que me reuní esta vez.

Una vez más hice el viaje a Puerto Colombia, solo para volver a sentirme desilusionado por la ausencia de un lugar confortable en el cual alojarme. Pero por lo menos, la breve estadía junto al mar tenía algún atractivo. En la playa me encontré con un bote que acababa de regresar y pude observar la descarga de la pesca obtenida. Apareció una interesante colección de frutos marinos y a pesar de la apariencia peculiar de algunos, todos encontraron enseguida compradores.

Se dio la casualidad de estar en Barranquilla en el momento de luna llena y por eso aproveché las noches para paseos más largos, mientras pasaba las horas más calurosas del día casi siempre en el hotel y cerca de la piscina.

En la mañana anterior a mi partida dejé que el doctor Rehbein me revisara. Me encontró en buen estado, excepto por las secuelas de mi pertinaz resfrío. El 25 de marzo de 1943, a las tres de la tarde, partí rumbo a Balboa.

COLOMBIA – QUINCE AÑOS MÁS TARDE

Después de un breve descanso nocturno, pues me buscaban a las cuatro de la mañana para ir al aeropuerto, viajé al amanecer a Cali, a donde llegué cerca de las nueve de la mañana¹⁷. Armitage me esperaba en el aeropuerto. Como siempre, me alojé también esta vez en el hotel Alférez Real, que había mejorado y causaba buena impresión, parecía estar bien administrado. Tan pronto me cambié de ropa fui al negocio, que estaba muy cerca, donde todo parecía estar en orden.

La marcha de los negocios no era fácil, pues la competencia era grande y fuerte. A pesar de eso, Armitage pudo informar sobre nuevos progresos, aunque modestos. Pero estábamos de acuerdo en que si ya tenía una buena droguería, seguramente no abriría una nueva. Por desgracia, este rubro en Colombia justo acababa de alcanzar su punto de máximo auge cuando mi hermano Franz fundó la farmacia.

Armitage estaba solo en la casa. Su familia estaba de visita donde unos parientes, que vivían en el campo, en cercanías de Popayán, con el propósito de cambiar de clima. Su esposa se aburría muchísimo allí, me contó, pero lo soportaba por los niños, a los que ese cambio les hacía bien. También Armitage se aburría solo en su casa silenciosa y tanto más se alegró por mi llegada, pues como siempre, pasábamos habitualmente las noches juntos. Tenía un auto nuevo, un poco mejor, con el que cada atardecer hacíamos, después del cierre de negocio, un breve viaje a los alrededores de la ciudad. Después tomábamos juntos un vaso de cerveza, casi siempre en el Café Colombia, que era el más limpio, y luego nos separábamos hasta la hora de ir a cenar. Más tarde nos encontrábamos de nuevo en el negocio, donde permanecíamos hasta las nueve de la noche. Algunas veces realizábamos otro paseo, después del cual nos íbamos a dormir. Quizás una vez a la semana visitábamos un cine-teatro. Eso era todo lo que se podía hacer en Cali, a menos que, como solía ser el caso, alguno de nosotros hiciera una visita, lo que no sucedía con frecuencia, o se

¹⁷ Este viaje comenzó el 19 de agosto de 1944 y se extendió hasta el 16 de octubre de 1944.

recibiera alguna en el hotel. El sábado cerrábamos regularmente el negocio a las tres de la tarde y hacíamos una excursión más larga en el auto por los alrededores. El domingo en la tarde lo pasaba la mayoría de las veces con Armitage en su casa, ubicada en una loma, y con una hermosa vista desde la terraza. También soplaba allí casi siempre una agradable brisa; aunque si esta cesaba, los mosquitos molestaban enseguida.

A fines de agosto recibí la noticia de Elisabeth de que había encontrado una casa adecuada y la había comprado¹⁸, después de que nuestros buenos amigos Mr. y Mrs. Thomas L. Smith la habían inspeccionado y dado su aprobación. La compra me pareció ventajosa y estaba contento porque este asunto estuviera resuelto. A fines de octubre o principios de noviembre se haría la mudanza. Hasta entonces, esperaba estar en casa.

El 30 y 31 de agosto volví a visitar la hermosa hacienda El Medio, más por placer que por razones comerciales, pues sabía que como propiedad pronto sería ajena a nuestros intereses. Con excepción del contador Durán, solo encontré administradores nuevos. Pero fui recibido tan cordialmente como en mi visita anterior y se me dio con gusto de nuevo la oportunidad de inspeccionar a fondo, con largas cabalgatas, la extensa propiedad. Observé que las plantaciones se habían expandido. Lástima que justo antes de mi visita la gran plantación de plátanos fue destruida casi por completo por una tempestad poco habitual en esta región. La plantación de cacao también había sufrido daños. Un aserradero recién instalado funcionaba bien; lamentablemente, habían ocurrido algunos accidentes en él, con seguridad hubiera sido fácil evitarlos debido a su sencilla instalación, mas los capataces se quejaban de que era casi imposible inducir a los obreros a observar las reglas más elementales de seguridad. En general, la cuestión laboral era uno de los problemas más difíciles de la empresa e incluso los obreros mismos no causaban buena impresión. Acorde a las condiciones reinantes, el personal estaba bien remunerado, pero gastaban, como me contaron, la mayor parte de su jornal en bebidas alcohólicas y juegos de dados, destinaban solo una escasa suma en una alimentación adecuada. Por esta razón, causaban en general una impresión de debilidad y desnutrición. Muchos poseían en este mundo nada más que los harapos que llevaban puestos. Observé su estado de ánimo cuando cabalgaba con el administrador por un campo en el cual se cosechaba fríjoles. Un negro se nos acercó y preguntó si podía decirnos algo en nombre de sus colegas. El administrador, por supuesto, le pidió que hablara. Acto seguido el hombre nos dio un discurso en el que se quejaba de la limpieza deficiente en las barracas. En varias ocasiones hizo hincapié en que sería de interés nuestro,

¹⁸ La casa estaba ubicada en Summit, Nueva York.

‘los capitalistas’, proteger la fuerza de trabajo del trabajador, que por cierto era lo único que poseía el obrero. El administrador le contestó que miraría el asunto de inmediato. No dije nada, a pesar de que el discurso del obrero estaba dirigido sobre todo a mí. Aparentemente se me consideraba un importante capitalista estadounidense, o su representante.

Camino de regreso por las barracas, que eran nuevas construcciones de ladrillo acorde con las reglamentaciones vigentes del Gobierno, hicimos venir al administrador y lo interrogamos al respecto. Era un negro de aspecto decente y aseado; nos contestó que él hacía lo posible por mantener los edificios en estado limpio; lamentablemente, no encontraba apoyo por parte de los trabajadores en este esfuerzo. Justo había estado como nos mostró, limpiando una fila de camas de madera con ayuda de queroseno para erradicar los chinches, trabajo inútil porque los obreros traían consigo otros insectos. Además, era imposible convencer a la gente de cumplir aunque fuera las disposiciones más sencillas de limpieza. Había duchas y sanitarios aseados, como nos mostró, pero, ¿quién se tomaba la molestia de utilizarlos? Algunos obreros ni siquiera se sacaban de noche los harapos malolientes, que eran todo lo que poseían. ¡Incluso el trecho para ir a los sanitarios era para uno u otro demasiado lejos de noche! Bajo dichas circunstancias, era un trabajo arduo mantener la limpieza. La respuesta correcta hubiera sido, por supuesto, exigirles a las personas que se educaran mutuamente en el aseo y obligar a los elementos sucios a la higiene. Esto también se lo dije al administrador. Por lo demás, yo no tenía derecho a interferir en el asunto.

El 4 de septiembre de 1944 tomé el avión a Bogotá, donde quería pasar una semana. Mi propósito principal era solo ponerme en contacto con la dirección de la azucarera Ingenio Central del Tolima S. A., cuyas instalaciones en Pajonales deseaba volver a visitar. De paso quería informarme sobre la situación política y económica en la capital.

A pesar de haberme anunciado varios días antes, tuve que conformarme en el hotel Granada con una habitación inhóspita y muy primitiva, todos los hoteles estaban llenos. Por suerte, tuve nuevamente a disposición durante el día la oficina de Jaime Gutiérrez, en la cual él pocas veces estaba.

Mi intención de visitar al presidente Alfonso López no se concretó esta vez. El doctor Ernesto González Piedrahita, un buen conocido del presidente, me había dicho en Cali que en vista de la tensa situación política era muy difícil ver al presidente, y eso lo confirmé en Bogotá. López se había puesto por su política en una situación difícil y peligrosa, era muy impopular en amplios círculos. El 20 de julio, incluso, hubo una tentativa de obligarlo a dimitir a la fuerza; en una maniobra militar cerca de Pasto había sido tomado prisionero por un grupo de oficiales, pero como estos no eran muy populares, no encontraron suficiente

apoyo y se vieron, por lo tanto, obligados a liberarlo. Algunos de estos oficiales perdieron sus posiciones, aunque no les sucedió nada más. Pero la situación en el país permaneció intranquila y el hecho de que el presidente hubiera declarado el Estado de Sitio no contribuyó a calmar los ánimos.

Como siempre, hice mi ronda habitual de visitas en Bogotá. El único domingo que permanecí en la ciudad, estuve en la hermosa casa campestre de mi viejo amigo Reinhard Kling, de la joyería Bauer & Co. Su hijo me recogió en el hotel junto con un representante de New York International Silver Co., que también estaba invitado, y en la noche nos trajo de vuelta.

En la embajada estadounidense me volví a encontrar con mi viejo amigo de Nicaragua y Washington, Paul C. Daniels. El día siguiente de mi llegada me invitó a almorzar en su casa, oportunidad en la que también conocí a su esposa, al igual que a sus dos pequeñas hijas. La última noche en Bogotá estuve en la casa del embajador; poco después, él sería trasladado a Varsovia.

El 12 de septiembre de 1944, a las seis de la mañana, me buscaron en el hotel con el auto del Ingenio Central del Tolima S. A. para viajar a Pajonales. El director del ingenio, Silvio Cárdenas, me acompañó. En un principio, el director del Banco Comercial Antioqueño, Gonzalo Córdoba, tuvo la intención de ir con nosotros, pero el día anterior se disculpó por estar resfriado. Cárdenas ya me había dicho que él no creía que Córdoba nos acompañara, pues este ya había tenido no sabía cuántas veces la intención de visitar la fábrica, lo que su banco incluso deseaba con urgencia, mas temía el viaje algo cansador y el caluroso clima de Pajonales, y siempre usaba un pretexto para no ir. Pertenecía al gran número de bogotanos típicos que evitaban al máximo todo esfuerzo corporal. Era de naturaleza débil y aparentaba ser mayor. En lugar de inspeccionar él mismo la fábrica me pidió, al igual que año y medio antes, que le enviara un informe con mis impresiones, lo que le prometí.

Además de Cárdenas, el chofer y otro empleado de la fábrica, también iba un hombre en apariencia experto en el cultivo de frutales, que debía organizar y supervisar la plantación de estos árboles en los jardines y caminos del ingenio. Me dijeron que ya se habían plantado miles de naranjos, limoneros, papayas y otros árboles en beneficio de los obreros y empleados.

Contra la voluntad de Cárdenas, este experto en árboles había traído consigo a su hija de unos diecinueve o veinte años que justo había vuelto del colegio en los Estados Unidos y de la cual el padre parecía estar inmensamente orgulloso. Casi no hacía alguna afirmación sin preguntarle a su Beatriz si no era así como él decía. Ella se mantenía callada mientras el padre parloteaba o comía sin interrupción. Siempre que había algo comestible al borde de la calle lo compraba y luego comenzaba a hablar de lo que esperaba comprar en la próxima oportunidad.

Cárdenas me había advertido que la comida en la plantación era aún un factor muy deficiente. Solo el alojamiento había mejorado bastante desde que se había terminado el nuevo casino y el hospedaje. Sin embargo, era muy difícil en esa región apartada, y con el clima caluroso, conseguir personal doméstico bueno. Por esta razón, era para él tan indeseable una visita superflua y había visto con disgusto que el experto en árboles hubiera traído a su hija.

Cuando llegamos a Pajonales, primero, no pude entrar a la habitación que se me había asignado porque la puerta estaba cerrada y no se encontraba la llave. Apenas después de hacer pasar con dificultad a un pequeño niño a través de una ventanilla arriba de la puerta para que la abriera desde adentro, pude instalarme. Más tarde logré encontrar la llave por mis propios medios, probando con paciencia, una tras otra, varias docenas de ellas, que estaban colgadas de un gran llavero.

Por lo demás, mi alojamiento era aceptable. Consistía de sala, dormitorio y baño. El mobiliario era muy sencillo, pero adecuado y limpio. Además el personal doméstico no era tan deficiente, como esperaba; inexperto y torpe sí, pero servicial. La comida era relativamente buena; de todas maneras no era peor que la del hotel Granada, el experto en árboles estaba contentísimo con ella y a través de su apetito demostró su sinceridad.

Al desempacar mi maleta me di cuenta de que había olvidado un paquete con mis buenos pañuelos en el hotel de Bogotá. Llamamos por teléfono para preguntar por ellos, pero ya estaban, y permanecieron, desaparecidos.

Con visitas repetidas a la fábrica y extensas cabalgatas por los amplios campos de caña de azúcar, pasé dos días y medio en Pajonales. La mejor caña de azúcar la encontré donde había visto en mi visita anterior a la niveladora derribando el bosque. El empleado que cabalgaba conmigo me dijo que la caña en ese lugar medía hasta seis metros —dieciocho pies— de altura. Cuando llegamos a la orilla del Magdalena encontré algunas casas abandonadas que me recordaban la visita anterior. Me contaron que una fuerte creciente del río había inundado la zona, espantado a los habitantes e incluso arrastrado parcialmente un campo de caña de azúcar. Eso parecía poco creíble cuando mirábamos el río desde la orilla donde nos encontrábamos, que fluía debajo de nosotros pacíficamente a cinco o seis metros —quince a dieciocho pies— de profundidad. Cuando seguimos cabalgando y pasamos por una casa aún habitada, nos contaron allí que también en ese lugar el agua había entrado aunque no había subido mucho y pronto se volvió a retirar. Me preguntaba por qué la gente se quedaba a vivir en un lugar tan expuesto al peligro. Ganaban su sueldo en la plantación de caña de azúcar y podrían haber vivido también allí, mejor y de modo más saludable. Pero aparentemente los retenía una sensación

de independencia. En el pedacito de tierra alrededor de la casa, que creo no les pertenecía, tenían gallinas y cerdos, y también habían cultivado productos comestibles como maíz y plátano. Además el río los proveía de tiempo en tiempo con una sobreabundancia de peces.

En general, una gran parte de la población no muy numerosa del Tolima todavía llevaba una vida muy primitiva. Esto no era sinónimo de vida sana. En las grandes llanuras cerca del Magdalena había mucha malaria e incluso en los pueblos montañosos ubicados a mayor altura me había llamado la atención con frecuencia el color amarillo enfermizo y la forma de ser apática que caracterizaban a la población constantemente enferma de malaria. De vez en cuando se veían personas fuertes y altas, pero la mayoría era pequeña o de altura mediana y rara vez bastante saludable. Se hubiera podido evitar más de un perjuicio si la gente se hubiera inclinado hacia un modo de vida más saludable.

El pequeño hospital en la plantación estaba de forma permanente casi del todo ocupado. Aunque era sencillo y por la impresión que causaba el médico que lo administraba no podía estar bajo una dirección muy eficiente, debía ser muy bueno frente a las pretensiones de los obreros, pues había entre ellos muchos que habían buscado trabajo en el ingenio solo para dar parte de enfermo en la primera oportunidad y poder disfrutar de las comodidades del hospital. Tan frecuentes se hicieron estos casos que la fábrica se vio obligada a hacer una revisión médica a cada obrero antes de emplearlo en la empresa para determinar si se había postulado por el trabajo o por el hospital.

El suministro de agua de la fábrica y de las viviendas de los obreros y empleados tuvo un costo bastante elevado para la fábrica, la cual hizo cavar un pozo profundo que abastecía un agua excelente (creo que esta es la mejor que he tomado alguna vez en Colombia); las pruebas de laboratorio confirmaban su calidad impecable. Sin embargo, los obreros, con ocasión de una huelga, quisieron insistir en que esta debía ser filtrada. La solicitud fue pasada por alto después de que los dirigentes obreros alabaron la buena calidad potable que se les había servido con motivo de una reunión. Se habían olvidado que era la misma agua que querían tener filtrada.

Mis tardes en Pajonales las pasaba en la compañía de Silvio Cárdenas, quien era educado socialmente y de carácter agradable. Su única habilidad comercial estribaba en el hecho de que tenía una manera de ser diplomática y compensadora, así como talento para conducir hábilmente las negociaciones con los obreros y las autoridades. Durante años perteneció al cuerpo diplomático colombiano. Cuando Concha, un expresidente de Colombia, fue embajador en Roma, donde el papa, Cárdenas fue su secretario. Por lo tanto, durante los años que estuvo allí conoció a muchos hombres importantes de

la política internacional y podía contar de aquella época varias historias interesantes. Su comportamiento era siempre mesurado y hasta en la hacienda cuidaba puntillosamente su aspecto exterior.

Obviamente se complacía en su rol de gran latifundista. Su caballo ensillado debía estar listo todo el día para él. Cuando cabalgaba portaba siempre un largo látigo con mango corto, como el que usaban los criadores de ganado. En su caso parecía inútil, pues en una plantación de caña de azúcar no hay ganado para arriar, pero el látigo pertenecía de todas maneras a su estilo. A pesar de que me dieron un buen animal, se disculpó conmigo por no tener uno mejor disponible. Poco antes de mi llegada una peste había matado cerca de treinta caballos, entre ellos los mejores ejemplares existentes. Cárdenas era buen jinete y un gran aficionado a los caballos. Me comentó que no podía entender cómo alguien podía maltratar a un caballo. Las cabalgatas que hacía con él parecían complacerlo, especialmente nuestra última salida juntos, que se transformó al atardecer en un paseo a caballo que nos llevó al hermoso gran lago artificial. Cuando subimos a pie el último trecho, hasta la altura del muro de contención, me advirtió que tuviera cuidado de no pisar ninguna cascabel, que eran frecuentes en la región. Recorrimos el sendero de ida y de vuelta sin haber tenido ningún encuentro desagradable.

En esta hacienda se presentaban dificultades con los trabajadores parecidas a las que había conocido en la hacienda El Medio. En una de mis cabalgatas me dieron un palafrenero de acompañante, un muchacho joven y andrajoso que parecía estar muy cómodo en su caballo y a su manera era una persona interesante. Me contó que había regresado hacía pocos meses junto con el capataz de la hacienda ganadera del Caquetá, una de las regiones más salvajes de Colombia, donde ambos habían vivido durante años en las grandes haciendas del lugar. El Caquetá era una zona de inmensas llanuras que se extendía desde el lado este de las cordilleras hacia Venezuela y Brasil. El ganado criado ahí es mantenido en estado semisalvaje y los toros tienen que defender sus rebaños, con gran frecuencia, de los ataques del jaguar o tigre, como se lo llama allí. Mi acompañante había vivido en ese entorno y, como me decía, no había mejor vida para él que manejar a caballo rebaños de hermoso ganado.

Hasta ahí pude aprobar más o menos sus opiniones. Pero cuando empezamos a hablar de la plantación de caña de azúcar, en lo que admitió estar bastante hermosa, tuve que contradecirlo varias veces, en especial cuando comentó que no era de extrañar que fuera tan hermosa, ¡pues el gobierno había hecho todo lo posible para lograrlo! Esa visión era el resultado de la propaganda por parte de políticos y dirigentes obreros. Quedó muy asombrado cuando le dije que el gobierno no tenía que ver con la hacienda excepto

para exigirle el pago de impuestos. Guardó silencio pensativo. Si me creyó o no, no lo sé.

En los campamentos (alojamientos para obreros) que inspeccioné con Cárdenas, y que estaban recién construidos y eran higiénicos, siempre recibimos quejas, en parte justificadas, en parte no. Que en un campamento hubiera fallado parcialmente la instalación de agua corriente, era de seguro una queja justificada, pero otra queja referente a la comida demasiado cara o insuficiente nos pareció totalmente injustificada. Visitamos la cocina del restaurante, bastante limpia, y miramos la cena, que justo se estaba terminando de preparar y que costaría por persona setenta centavos colombianos. No intervine en la conversación, sin embargo constaté que la comida era mucho mejor y más abundante de lo que había recibido muchos años en las posadas y en mis viajes, y por lo cual incluso en aquel entonces había tenido que pagar por lo general mucho más.

El viernes 15 de septiembre de 1944 me despedí de Pajonales para tomar el tren de las nueve de la mañana que partía a Honda. Cárdenas me acompañó hasta la estación y se despidió de mí con la cortesía formal del bogotano culto, que causa buena impresión pero no significa mucho. Así por ejemplo, se ofreció a escribirme de vez en cuando sobre la evolución de las cosas en la fábrica, algo que no hizo ni una sola vez.

Después de un viaje relativamente agradable por un trayecto muy familiar para mí, llegué cerca de la una de la tarde a Honda, donde conseguí una habitación limpia en el bien conocido hotel América. Pasé la tarde con Jesús Salvador Yepes, el agente de mi viejo amigo Manuel M. Escobar O. en Medellín, al que fui anunciado por él. Siguiendo la indicación de este último, Yepes se había ocupado incluso de la tumba de Herbert, que visitó también conmigo. La encontré en buen estado, hasta había intentado plantar flores, sin mucho éxito porque la loma en la que se encontraba la tumba estaba demasiado expuesta al ardiente sol de Honda. El pago de los gastos fue rechazado por Yepes de forma contundente. Lo que había hecho, obedecía a un pedido de don Manuel, al que con gusto le hacía cualquier favor, aceptar una remuneración por eso le era imposible.

Mientras estábamos parados junto a la tumba de Herbert, Yepes señaló la tumba vecina, de Hans Heintz, y me preguntó si yo lo había conocido. Cuando contesté afirmativamente, me contó que él también había sido buen amigo de Heintz, cuyo triste destino lamentó. De modo reservado primero y luego de forma abierta, tocó el tema de la señora Heintz, quien aún vivía en Honda y en las mismas circunstancias desagradables de las que estaba enterado. Años atrás él y los Heintz habían sido vecinos contiguos, hasta que un día vendió su casa porque ya no le agradaba el contacto social diario.

Después de visitar el cementerio Yepes me mostró las pocas atracciones de Honda, sobre todo las nuevas instalaciones portuarias en el suburbio Caracolí, así como el Country Club, que ya conocía. Luego me llevó de vuelta al hotel, donde conversamos un rato más. Después de haberle agradecido su amabilidad, se despidió de mí.

Tras la cena en el hotel di un paseo por las calles nocturnas y, por lo tanto, silenciosas de la ciudad, en las cuales principalmente solo se había mejorado un poco el pavimento desde mi primera visita en 1911. Algunas calles tenían pavimento de cemento, la mayoría aún mostraba el viejo adoquín que fácil podía haber sido de la época de los españoles. Casi apenas en la cercanía del hotel se habían construido algunos edificios modernos.

En la mañana siguiente, a las seis, tomé el avión a Medellín. A pesar de la hora temprana y una leve brisa soplando en el aeródromo, ubicado en una parte más elevada, ya se hacía notar el calor de Honda. Poco después del despegue dispuse una vez más de una vista bastante despejada sobre la antigua hacienda de Ernst Pehlke. Un rato después, el cielo se nubló y recién se despejó cuando llegamos al valle de Medellín. Cerca de las ocho de la mañana aterrizamos en el aeródromo de Guayabal, donde me esperaba mi viejo amigo Luis M. Escobar; acompañado por su hijo Fernando y su yerno, doctor Rafael Toro G. Me llevaron en su auto al hotel.

A pesar de que había reservado una habitación en el hotel Europa unos días antes, por telégrafo, estaba todo ocupado cuando llegué. Me dijeron que en el transcurso de la media mañana se desocuparía una habitación y me la darían. En comparación con el calor de Honda, encontré Medellín bastante frío y me hubiera gustado cambiar mi traje tropical blanco por algo más abrigado. Para mantenerme en calor hice un prolongado paseo y visité a Peter L. Collins en su oficina, quien me invitó a ir a su casa en las próximas noches.

Luego de ocupar la habitación y cambiarme de ropa, hice algunas otras visitas, y la última, donde los hijos de Sofía Echavarría, quien me invitó de inmediato a almorzar en su casa de campo, Granada, en El Poblado. Si por ella hubiera sido, habría acaparado toda mi estadía en Medellín. Por un lado le gustaba estar conmigo; por otro, quería quizás encontrar la ocasión de hacer algo con su abundante tiempo libre. Todos sus hijos eran adultos e independientes, sin embargo ella actuaba como si tuviera que dirigir todo permanentemente, lo que hacía de una manera muy ruidosa. Cuanto decía era escuchado con atención por sus hijos y nueras, pero por lo demás no se le daba demasiada importancia.

Aunque le estaba muy agradecido por su amplia hospitalidad, incluyendo vivienda, comida y automóvil, me sentí muy aliviado que buenas razones me obligaran a tener que rechazarla y preferir la habitación en el hotel. El

permanente ir y venir de los hijos con sus esposas e hijos, al igual que el de los demás numerosos parientes y conocidos, creaba una agitación que luego de algunas horas me ponía algo nervioso. Aunque el lugar era muy hermoso, no se encontraba paz para disfrutarlo. Una conversación era imposible; para hacerse escuchar en el alboroto de voces uno se esforzaba por hablar cada vez más alto que el otro. Entretanto, se les daba órdenes con voz estentórea a los cuantiosos empleados domésticos que, aunque no se los veía, se suponía estaban en algún lado a disposición.

Pero no fui el único al que le desagradaba un poco ese ruido. Silvia, una de las nueras, me dijo que probablemente me sentía como en un manicomio. Alejandro, el hijo menor, se quejaba de que no podía encontrar un lugar en toda la casa para sentarse tranquilo a leer.

Por otro lado, reinaba la limpieza. Las comidas eran excelentes y la mesa estaba siempre perfectamente preparada. Porcelana, vasos, cubiertos y manteles eran de la mejor calidad.

Además de los numerosos miembros de la familia Echavarría, los que casi todos pertenecían al círculo de mis conocidos, me dediqué principalmente a mis viejos amigos Luis María y Manuel María Escobar O. Mi correspondencia la llevaba de nuevo en la oficina de Peter L. Collins, en cuya casa también pasé una amena velada en su compañía y la de su esposa. El domingo en la tarde, el día antes de mi partida, pude pasar algunas horas con Derka, que justo había regresado de una prolongada estadía en Cúcuta. Como casi todas las veces que nos encontrábamos en Medellín, hicimos un paseo juntos en auto, subiendo a Santa Helena.

El lunes 25 de septiembre de 1944, a las diez de la mañana, regresé en avión a Cali. Luis M. y Manuel M. Escobar O., así como otros amigos, vinieron al aeropuerto para despedirse de mí. Alrededor del mediodía estaba en el Alférez Real de Cali. El negocio funcionaba con la rutina normal, pero la situación comercial comenzaba a empeorar, lo que era en primer lugar resultado de la situación política en el país. En amplios círculos de la población el presidente López había perdido sus partidarios y en mi opinión se mantenía en su silla porque la oposición no tenía un líder sobresaliente. Por despecho utilizaba el aún persistente Estado de Sitio para introducir una serie de leyes, o sea, imponerlas al país, ya que por la vía legal, a través del Congreso, se habrían sancionado únicamente de forma muy limitada. El propósito anunciado de estas leyes era mejorar la situación de la clase trabajadora, y por cierto, debían asegurar al presidente los votos de los obreros. Algunas de estas leyes eran realmente de actualidad, mas por otra parte tan radicales que suscitaban gran incertidumbre en la industria, así como en las empresas agrícolas más importantes. El hecho de que unos meses después la United Fruit Company decidió

retirarse de Colombia quizás no solo fue debido a estas leyes, pero la decisión probablemente fue alentada por ellas.

A pesar de la situación política desfavorable, la situación económica seguía siendo bastante favorable. Como prueba de esto, bien puede considerarse el hecho de que en ese lapso me hicieron dos propuestas para comprarme la droguería, que no se concretaron porque los interesados querían comprar algo demasiado barato; además, después que Armitage había logrado con tanto esfuerzo convertir el negocio en rentable, no veía razón alguna para venderlo con pérdida, si bien a la larga no tenía deseos de conservarlo. Estaba demasiado lejos de Nueva York y podría llegar el momento en que los viajes de inspección, necesarios de tanto en tanto, me resultaran tediosos. Tampoco confiaba en las futuras perspectivas del comercio de medicamentos en Colombia, donde hubo épocas en las que este negocio fue muy bueno, solo que ya habían pasado cuando Franz lo fundó. En ese tiempo se habían formado empresas grandes en este particular que desde entonces dominaron el mercado. Desafortunadamente Franz había intentado competir con ellas y esa fue su ruina. Para mí el único objetivo era poder retirar lentamente mi dinero del negocio. No quería liquidarlo, más bien deseaba que algún día Armitage se pudiera hacer cargo de él aunque fuera en una escala mucho más reducida.

Un antiguo viajante de la droguería, Jaime Dorronsoro, me había invitado reiteradas veces a visitarlo en una hacienda que administraba por cuenta de su suegro. Don Jaime, que había sido un empleado honesto y experimentado, me era también como persona simpático, y cuando me volvió a visitar una vez en Cali acordamos que yo iría el miércoles 4 de octubre. Armitage me acompañaría. Don Jaime sabía que yo estaba interesado en la industria azucarera y por lo tanto me ofreció una visita a los ingenios de Pichichi y Providencia, con cuyos dueños tenía buenas relaciones, en parte de índole familiar.

Dorronsoro nos esperó puntualmente con su auto en la estación de ferrocarril Cerritos. La hacienda que él administraba se ubicaba entre los dos ingenios que queríamos visitar y debido a esto se había previsto que pasaríamos el mediodía en la hacienda. La joven esposa de Dorronsoro nos esperaba allí para la comida. Primero visitamos la fábrica de Pichichi, que no me causó gran impresión. Como habíamos comenzado nuestra jornada muy temprano, todavía era de mañana cuando llegamos a la hacienda de Dorronsoro. Propuso emplear las horas anteriores al almuerzo en una cabalgata por la hacienda, para lo cual tenía los caballos preparados. Estos animales eran buenos y pudimos hacer una larga cabalgata, que nos llevó, entre otros lugares, a la orilla del río Cauca, que ahí era muy hermoso. Entretanto el clima se puso bastante caluroso y Armitage, que hacía años no había hecho una cabalgata prolongada, estaba algo cansado cuando regresamos a la casa, pero se repuso rápido

cuando la señora Dorrnsoro nos trajo unas botellas de cerveza heladas. ¡La hacienda disponía de un refrigerador que funcionaba con un motor a queroseno! ¡Quién se lo hubiera imaginado hace veinte o incluso treinta años atrás en una hacienda colombiana, agua en una botella de cerámica porosa puesta en la sombra había sido la única bebida fresca existente! La comida fue buena, abundante y servida de forma esmerada. La joven señora parecía tener su casa en orden. El matrimonio tenía un pequeño varón, que justo era bañado bajo la tubería de agua; por lo visto, no le gustaba, pues protestaba vivazmente. Se esperaba un nuevo miembro de la familia. En la tarde visitamos el otro ingenio, Providencia, que estaba bien administrado y causaba muy buena impresión. Al atardecer, entre las cinco y las seis, Armitage y yo estuvimos de regreso en Cali, estábamos contentos de haber pasado un día interesante y ameno.

Mi partida de Cali estaba programada para el 16 de octubre de 1944. El tiempo restante lo utilicé para conversar con Armitage sobre todos los detalles posibles, con el propósito de que no me fuera necesario volver demasiado pronto. Varias veces visité a mis viejos conocidos, el matrimonio de Federico y Carmen de Nuys, en la nueva casa de campo que habían construido arriba de Cali, en las montañas, en un hermoso lugar con amplia vista. La tarde y la noche antes de mi partida las pasé con la familia Armitage en su casa.

Cuando me presenté al día siguiente a la hora indicada en la compañía aérea Panagra, recibí la decepcionante noticia de que no me podían llevar en el avión porque un empleado del Gobierno tenía prioridad. Era la primera vez que me pasaba algo así: había guerra y no me quedaba otra alternativa que resignarme a mi situación. No se me podía hacer algún tipo de promesa de cuándo podría partir. Había poca esperanza, pero, no obstante, iba a tener suerte: después de haber abandonado toda expectativa de poder viajar, al menos al día siguiente recibí una llamada telefónica antes de la llegada del avión con la solicitud de ir en forma inmediata al aeródromo. Se había dado la posibilidad, aunque sin garantía, de poder llevarme. Poco antes del aterrizaje del avión llegó la confirmación por radio de que sí había lugar. Por una afortunada coincidencia, el avión de una línea secundaria se había retrasado y los lugares que estaban reservados para este habían quedado libres. De esta forma logré salir de Cali con solo un día de retraso. Armitage me había acompañado hasta el avión.

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

Hans Sitarz	1
Barcos de vapor en el Magdalena	16
Casona en La Aurora	27
Caravana de mulas	35
Caravana de bueyes	35
Deutsche Antioquia Bank, Bremen	45
Hotel a mitad de camino a Medellín	50
Emil Prüfert	51
Iglesia de la Veracruz en Medellín	51
Vista del valle del río Cauca	55
Ganado en la hacienda Argentina	56
Reinhard Gundlach y Hermann Gebhard delante de una cabaña para obreros cerca de Copacabana	57
Hans Sitarz en el baño típico, Medellín	58
Camino entre Medellín y Manizales	70
Camino colombiano en época de lluvias	72
Estación de telégrafo, Manizales	73
Balsa en el río Cauca en el camino de Cali a Bugalagrande	75
Hotel Europa en Medellín	79
Banco de Caldas y Hotel Internacional en Manizales	84
Residencia de Luis M. Escobar O. en la hacienda La Argentina	86
Carlos E. Restrepo en la galería de su casa de campo	88
Hans Sitarz en la hacienda de Carlos E. Restrepo	89
Mina de oro La Constancia	92
Hans Sitarz en el volquete	92
Hans Sitarz junto al puente La Pintada	93
Plaza de mercado en Fredonia	94
Calle en un pueblo antioqueño	95
La madre de Sitarz	97
Hotel en Puerto Berrío	102
Robert M. Remer (con pistola), Adolf Held (sobrino del dueño de la empresa, con pistola) y Hans Sitarz, en Barranquilla	105

Hidroavión Bogotá, de la Scadta	110
Banco Alemán Antioqueño, Barranquilla	111
Vista al puente colgante sobre el río Gualí en Honda	129
Banco Alemán Antioqueño, Medellín	136
Sector de cajas, Banco Alemán Antioqueño, Medellín	137
Hans Sitarz en su escritorio, Banco Alemán Antioqueño, Medellín	138
Banco Alemán Antioqueño, Cali	150
Procesión del <i>Corpus Christi</i> en Medellín	163
Patio del Club Campestre, Medellín	164
Acción con la firma de Hans Sitarz	166
Ribera del Magdalena en Barrancabermeja	180
Calle Colombia 446, Medellín	181
Hans Sitarz en la piscina del Club Campestre, Medellín	189
Hans Sitarz con Hans Sitarz hijo (de 3 meses de edad) en Medellín	190
Estación de ferrocarril Porcecito	192
Canal de Panamá	196
La familia Sitarz en enero de 1928	204
Paseo de la familia Sitarz, marzo de 1928	210
Banco Alemán Antioqueño, Bogotá	211
Elisabeth y Hans Sitarz en el vapor SS Magdalena, enero-febrero de 1929	221

ÍNDICE

NOMBRES DE LOCALIDADES

Abejorral 78
Aguadas 78, 142
Amagá 54
Ambalema 232, 235
Amberes 7, 8, 9
Amsterdam 200
Angelópolis 96
Anorí 91
Apulo 237
Armenia 149, 191, 210, 212, 236
Armero 245, 246, 251
Avonmouth 115, 200
Bad Kissingen xvii, 116, 117, 172
Baden-Baden 152
Bahía Blanca 172
Balboa 258,
Barbados 122
Barrancabermeja 126, 179, 180, 184, 187, 219
Barranquilla xiv, xvii, xxvii, 10, 11, 14, 15, 18, 19, 64, 78, 90, 103, 104, 105, 106,
107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 118, 120, 122, 123, 124, 126, 127, 135,
139, 140, 149, 158, 161, 178, 179, 181, 191, 195, 196, 200, 201, 203, 212, 213, 220,
222, 229, 230, 231, 252, 257, 258
Belén 157
Beltrán 14, 15, 25
Berchtesgarden 175
Berlín xxx, xxxii, 5, 30, 71, 117, 200, 208, 222
Blankenese 6

Bogotá XII, XIV, XV, XVI, XIX, XX, XXII, XXIV, XXVII, XXIX, XXXI, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 32, 33, 38, 41, 42, 43, 44, 46, 47, 48, 50, 61, 62, 63, 64, 65, 73, 81, 83, 90, 110, 112, 117, 127, 128, 129, 135, 136, 143, 144, 145, 149, 155, 157, 158, 161, 191, 192, 203, 204, 208, 210, 211, 212, 216, 219, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 251, 252, 253, 261, 262, 263, 266,

Botero 49

Bremen XIII, XIV, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXIII, XXVI, XXVII, XXVIII, 7, 11, 41, 45, 46, 52, 53, 54, 57, 57, 64, 82, 83, 98, 99, 103, 104, 114, 115, 116, 118, 119, 120, 122, 123, 128, 133, 134, 137, 138, 148, 149, 152, 168, 170, 171, 174, 175, 176, 177, 180, 187, 191, 195, 199, 200, 202, 203, 205, 206, 211, 213, 215, 216, 217, 218, 219, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 239

Bremerhaven 228

Bristol 114, 115, 200

Bucaramanga XIX, XX, XXV, 152, 153, 154, 155, 178, 183, 188, 191, 201, 202, 203, 205, 253,

Buenaventura 149, 191

Bugalagrande 74, 75

Cajamarca 237

Calamar 103, 140

Calarcá 236

Cali XVI, XXII, 73, 75, 76, 78, 148, 149, 150, 171, 191, 196, 210, 212, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 239, 241, 249, 251, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 261, 268, 269, 270

Cambao 243

Caracolí 267

Cartagena 103, 191, 203

Cartago 74, 77

Cerritos 269

Chapinero 22

Ciénaga 114, 200

Cisneros 48, 49

Colón 195, 196, 197

Copacabana 57, 189

Corozal 246

Costa Caribe xxv

Cristóbal 178

Croydon 200

Cúcuta 268

Curazao 9, 122, 220

Cuxhaven 7

Darmstadt 29, 38

Döttlingen 171, 228
Eisenach 175
El Naranjo 74
El Poblado 210, 291
Envigado 188
Facatativá 17, 22, 43, 242, 243
Fráncfort del Meno 66, 118, 172
Fredonia 93, 94, 99
Fresno 246
Friburgo de Brisgovia 117, 123
Garmisch-Partenkirchen 172
Girardot 19, 25, 43, 110, 128, 141, 158, 179, 191, 210, 212,
Girardota 49
Gmünden 174
Goslar 178
Gotinga 175
Guayabal 267
Haag 121
Hamburgo XII, XXVI, XXVII, XXXI, 3, 4, 5, 6, 7, 18, 19, 42, 71, 96, 116, 120, 147,
171, 221, 222, 227
Hamburgo, hacienda XIII, XXIV, 15, 24, 39
Hannover 175, 178
Hartford 223
Harwich 171
Harzburg 178
Heidelberg 118
Heiligendamm 172
Hök van Holland 115, 171
Honda XVII, 15, 16, 19, 25, 30, 32, 33, 36, 37, 41, 43, 44, 48, 127, 129, 130, 131, 132,
135, 148, 150, 158, 159, 191, 210, 212, 213, 243, 245, 249, 250, 251, 252, 266, 267
Ibagué 149, 150, 236, 237
Idar (Oldemburgo)
Innsbruck 173
Ischl 175
Itagüí 85
Jamaica 169, 178, 197
Jericó 93
Kingston 169, 178, 197
Kissingen (Bad Kissingen)
Kolberg (Pomerania) 8
Königsberg 52
Krefeld 52

La Botero (hacienda) 93
La Ceja 78
La Dorada 14, 15, 41, 99, 130, 250, 251, 252
La Esperanza 17
La Mesa 17
La Paila 149
La Paila, hacienda 232, 233
La Victoria 74
Las Bocas 153
Linz 174
Llano de Villegas 26
Londres 46, 53, 115, 168, 170, 171, 200, 222
Managua xxvii, 237, 238
Manizales xv, xvi, 40, 69, 70, 71, 72, 73, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 105, 119, 135, 168, 171, 240, 245, 247, 249
Manzanares 246
Maracaibo 122
Mariquita 246
Marmato 168
Maryland 238
Medellín xiii, xiv, xv, xvi, xvii, xviii, xix, xxiii, xxvii, xxviii, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 73, 76, 78, 79, 80, 82, 85, 86, 87, 90, 91, 96, 97, 98, 100, 101, 106, 107, 108, 109, 111, 114, 118, 119, 120, 122, 123, 127, 128, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 152, 154, 155, 158, 159, 160, 161, 163, 164, 165, 168, 169, 170, 172, 177, 178, 181, 183, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 195, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 206, 207, 214, 215, 218, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 231, 232, 235, 239, 240, 250, 251, 253, 254, 257, 266, 267, 268,
Mompós 139, 140, 141
Múnich 118, 172, 174, 175
Muzo 48
Nare 99, 100, 101, 141, 253
Neira 70
Nicaragua 28, 262
Nueva Jersey xi, xxviii, 199
Nueva York xix, xxi, xxii, xxiv, xxvi, xxvii, 53, 64, 65, 69, 78, 122, 144, 145, 146, 168, 169, 170, 178, 191, 192, 195, 197, 198, 199, 200, 216, 222, 223, 227, 229, 230, 241, 248, 260, 262, 269
Oklahoma 194
Oldemburgo 48
Onzaga 155
Orocué 47, 117

Osnabrück 115
Pajonales 242, 243, 245, 261, 262, 263, 264, 266
Palmira 76, 257
Panamá xx, 195, 196, 238
París 46, 53
Pasto 256, 261
Pekín 200
Pereira 249
Perico 25, 44
Pforzheim 118
Pichichi, ingenio 269
Plymouth 170
Popayán 211, 255, 256, 259
Porcecito 192, 193
Providencia, ingenio 269, 270
Puente del Común 21
Puerto Berrío 48, 99, 100, 101, 102, 128, 139, 140, 141, 152, 158, 178, 179, 180, 181, 183, 185, 186, 187, 201, 219, 253,
Puerto Colombia 6, 9, 10, 11, 107, 109, 122, 169, 178, 195, 201, 220, 230, 258
Puerto Wilches 152, 154, 179, 183, 184, 201, 202
Quito 238
Reichenhall 175
Remolino 109
Retiro 206
Robledo 66, 188
Roma 264
Rostock 172
Róterdam 119, 120, 121, 220
Rügen 39
Salamina 78, 142
Salzburgo 174, 175
San Antonio 77
San José 122
Santa Helena 188, 268
Santa Marta 114, 124, 159, 169, 200, 231
Santa Rosa de Osos 91, 163
Santander 152, 154
Santo Domingo 190
Santo Tomás 8, 9
Scheveningen 121
Sincerín 103
Sitionuevo 109

Soledad 246
Solingen 65, 167
Southampton 227
Spring Lake 199
Stettin xi, xvii, xxvii, xxxi, 1, 3, 4, 6, 7, 8, 18, 42, 52, 96, 116, 117, 118, 121, 159, 171, 172, 177, 199, 222
Stuttgart 118, 125
Summit xi, xxviii, 260
Susa 155, 156
Swinemünde 118
Titiribí 169, 232
Torreón 52
Tres Esquinas 153
Tres Ríos 153
Trinidad 122
Tuluá 75
Tumbador 42
Tunja 158
Valencia 122
Valparaíso 85, 87, 89
Varsovia 262
Verden 175
Victoria 26, 33, 39, 40, 131
Viena xi, xxvii, 1, 116, 117, 173, 174, 199, 239
Villeta 43
Warwich 115
Washington xxx, 238, 262
Wasserburg 175
Wembley 170
Wüstenhausen 7
Zaragoza 167
Zarzal 149

NOMBRES DE EMPRESAS

American Trading Co. xxii, 229
Amsinck, Sonne & Co. 229, 232, 240, 245, 248
Anglo-Persian Oil Co. 217
Appleton, Rice & Perrin 223
Juan N. Arias F. & Cía. 99

- Banco Alemán Antioqueño xxiii, xxviii, xxx, xxxi, xxxiii, 45, 82, 83, 111, 136, 137, 138, 150, 197, 198, 201, 203, 205, 206, 207, 208, 209, 211, 213, 218, 219, 226, 227
- Banco de Bogotá 208, 240
- Banco Comercial Antioqueño xxii, 239, 262. Veáse también Banco Alemán Antioqueño
- Banco de Caldas 83, 84
- Banco de Colombia 20, 208, 247
- Banco López 143
- Banco de la República xix, xxxiii, 145
- Banco del Ruiz 83
- Bauer & Co. 117, 128, 262
- Robert Beck & Co. 65
- H. C. Bock & Co. 71
- Böhmer & Linzen 76
- Breuer, Möller & Co. 237
- Compañía Colombiana de Seguros 240
- La Constancia 91, 92
- Deutsche Antioquia Bank. Veáse Banco Alemán Antioqueño
- Deutsche Bank 18
- Deutschen Überseeischen Bank en Perú 52, 116
- Di Giorgi Fruit Co. 197
- Eisenmann & Eleta Co. 195
- Elders & Fife 200
- Empresa Hanseática-Lindemeyer & Wiese 10
- Equitable Trust Co. 144, 168
- Escobar & Cía. 55, 208
- Esser & Co. 167
- Federal Reserve Bank 198
- Franzius Hermanos 47
- Gieseken & Co. 78
- Gruner & Rieke 41, 128
- Haase Hermanos 106, 179
- A. Held xiv, 64, 65, 69, 71, 104, 106, 119, 149, 187, 231, 240
- Hongkong y Shanghai Banking Corporation 148
- Hülsmann & Reinecke 65
- Frederick Huth & Co. 232
- Ingenio Central del Tolima S. A. xxii, 197, 222, 223
- International Acceptance Bank xxi, 218, 219, 244, 245
- Kissing & Möllmann 65
- Lloyd 222
- Lotería de Bolívar 110

Martell 104
Francisco A. Mejía & Cía. 80
Mercantile Bank of America 130
E. Merck 38
National City Bank of New York 144, 263
Naviera Colombiana 252
New York International Silver Co. 262
Parrish 107
Ernst Pehlke XII, XXIII, XXXI, 3, 10, 15, 18, 19, 20, 23, 25, 45, 48, 96, 128, 130, 161
Carl F. Plump & Co. 56, 120
Pottberg, Ebeling 78
Rubber Reserve Co. 238
Scadta xi, 110, 141, 183, 186, 202
F. Schmitt 173
Schnitzer 121
J. Henry Schroder & Co. 222
Schütte, Bünemann & Co. xvii, 65, 69, 98, 99, 109, 135, 177
Ed. Victor Sperling 191
C. A. Stern & Co. 169
Hugo Stinnes 143
Strauss 106
Tillack & [und] Böhm xi, 1, 4, 6, 10
Tropical Oil Company 124, 184, 220
Unión Colombiana de Petróleos 217
United Fruit Company 169, 178, 268
M. M. Warburg & Co. 227
Wiese & Starck 158

NOMBRES DE PERSONAS

Abade, Salvador 87
Abadía Méndez, Miguel xx
Adler, Fritz 3, 5, 6, 7, 10, 23, 29, 42, 43, 44
Álvarez, Bernardo 91, 93
Ángel, Alberto 253
Ángel E., Alberto 253
Ángel, Alejandro 240
Arango Tavera, Ernesto 248, 249
Arias, Luciano 100, 101
Arias F., Luciano, 89
Armitage [señor] 231, 232, 234, 235, 254, 255, 259, 260, 269, 270

Armitage [señora] 231, 232, 254, 255, 270
Badian, M. [cónsul] 53, 66, 181
Barrientos, Emilio 237
Barth, Otto 91, 93, 96, 98
Benson [señora] 238, 252
Bimberg, Karl 96
Bock, Konrad 147, 148
Bolívar, Simón 114
Bollmeyer, Karl 221, 222, 228
Borné, August 49, 64, 65, 66, 71, 73, 80, 82, 98, 142, 171, 175, 177, 247
Borné, Heinrich 65
Botero, Carlos 94
Botero, Ricardo 94, 160, 190
Bunker [doctor] 196
Cadavid, Julio Pedro 87
Caicedo [arzobispo] 162
Calle [doctor] 189
Lewy Camargo, Guillermo 50 53
Cárdenas, Silvio 239, 262, 263, 264, 265, 266
Castro, Ana 254
Castro, Antonio José 254, 255
Chavarriaga, Manuel 87
Clemens [monsieur] 22, 44
Collins L., Peter 254, 267, 268
Concha [expresidente] 288
Córdoba, Gonzalo 211, 239, 240, 262
Daniels, Paul C. 262
Davies [señor] 238
Denker, Delia 172
Derka, Anton/Antonio 239, 254, 268
Di Giorgi [señor] 197
Dohrn, Heinrich 1, 3
Helena [doña] 182
Dorronsoró, Jaime 269, 270
Durán [señor] 232, 260
Echavarría, Alejandro 146, 208, 218, 225, 227
Echavarría, Alfonso 50, 226
Echavarría, Enrique xxiii
Echavarría, Gabriel 254
Echavarría, Óscar 257
Echavarría, Pablo 227
Echavarría, Sofía 267

Eder, Harold J. 232, 233, 256, 257
Eder, Walter 257
Eisenmann [señor] 195
Eleta [señor] 195
Escobar, Fernando 267
Escobar O., Luis M. 85, 86, 88, 147, 254, 267, 268
Escobar O., Manuel M. 52, 87, 145, 146, 152, 208, 223, 225, 251, 254, 266, 268
Estrada, Enrique 209
Fischer, Luis 77
Fletcher [señor] 238
Fletcher [señora] 238, 252
Focke, Ferdinand xxix, 7, 10, 11, 15, 16, 17, 18, 21, 22, 23, 24, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 127, 128
Focke, Inés 9, 128
Focke, Lotte 41, 42
Focke, Wilhelm 41
Focke [esposa de Ferdinand Focke] 9
Focke [esposa de Wilhelm Focke] 41
Fritsch, Anton 174
Fritsch, Mizzi 174
García Ramírez, Félix 206, 218, 219
Gast, Eduard 218, 219
Gebhard, Hermann 26, 27, 29, 30, 31, 32, 33, 38, 39, 40, 41, 44, 48, 57, 96, 158, 159, 186, 187
Gebhard, Wilhelm 68, 142, 158, 166
Gerding, Otto 128, 158
Gericke 200, 201
Gómez, Leonidas 62
Gómez Ochoa, Juan Pablo 88, 89, 147
González Piedrahita, Ernesto 241, 261
Graue, Dietrich 177
Gretel [hermana-niñera] 224
Grünwald [señor] 130, 132, 148, 149
Guerrero Montalván, Salvador 238
Gundlach, Reinhard 56, 57, 78, 82, 83, 85, 96, 120, 133, 135, 164, 181, 215, 226, 227
Gutiérrez, Jaime 240, 245, 261
Hammer [piloto] 133
Harms, Arnold 78
Hartmann, Adolf xvi, xvii, xviii, xxvi, 46, 47, 49, 52, 54, 57, 58, 59, 67, 68, 82, 83, 85, 90, 97, 98, 99, 118, 119, 122, 132, 133, 134, 138, 142
Hartmann, Andreas 119

- Heilbron, G. H. 245, 247, 248, 249
Heinatz, Hans 104, 108, 123, 130, 131, 132, 148, 211, 212, 213, 251, 266
Heinatz [señora] 251, 252, 254, 266
Heiniger, Luis [y señora] 169
Held, Adolf xiv, xx, 46, 54, 64, 65, 69, 71, 98, 99, 104, 105, 106, 114, 115, 116, 118, 119, 120, 133, 149, 171, 176, 199, 202, 215, 218, 240
Held, Adolf [sobrino] 105, 178
Held, Margret 221, 228
Herchenbach, Hugo 142
Hermine [tía] 172
Herzog, Kurt 218, 219
Hesse [capitán] 140, 141
Heumann, Herbert 237
Holzmann [joven] 149
Hülsmann [señor] 67
Hülsmann [señora] 67
Imboden [señor] 115
Jaramillo Arango, Alfonso 248
Jiménez [doctor] 214
Josef, Franz [káiser] 175
Juan [mesero] 276
Justo Berrío, Pedro 162
Kämena, Marga 211
Kellner, C. 115, 118, 120, 171, 172, 221, 222, 228
Kemmerer, Edwin xix, xx, 145, 191, 199
Kemmler, Otto 108, 109, 125, 126, 220, 242
Kissenberth, Hanns 143
Klein, Fritz 48
Kling, Reinhard 119, 128, 262
Kraus, Anton 128, 136
Krische, Walther 114, 118, 122, 123, 138, 178, 189, 212, 215
Krüger, Wilhelm 179, 180
Krumstieg, Bernhard 19, 20, 21, 42, 44, 47, 48, 128
Kruse, Gustav 20, 27, 29, 31, 32, 33, 36, 37
Kruse [señora] 29, 32, 33
Kunze, Wilhelm 39
Lane Bliss, Arthur 237, 238, 239, 242, 245, 247, 257
Lane, Cornelia 238, 239, 252, 253, 257
Le Blanc [señor] 170
Londoño [señor] 25
Londoño, Heliodoro 240
Londoño, Luis 240, 249

López Pumarejo, Alfonso xxii, 238, 241, 242, 261, 268
Lorenz, Leslie 255
Lüchau, Karl 71, 73, 82, 119, 120, 121, 122
Lüdeke, Henry 169, 170, 199
Lüdeke, Lolita 199
Louis Ferdinand [príncipe] 223
Manuel [señor] 80
María [camarera] 277
Martínez, Eugenio 62
Marulanda, Jesús M. 145, 206
Mauritz, Walther 115, 118, 120, 171
McDermot [señor] 170
McGuire, Ernest 192, 193, 194
Mejía, Enrique O. 168, 207, 208,
Mejía, Gonzalo 62
Mejía, Sixto 85, 90
Meyer [señor] 120
Meyerheim, Harold B. 66
Meyerheim, Paul 8669
Mimi [hermana] 171, 172
Moreno, Alberto J. 60
Moreno, Guillermo 61
Moreno, Samuel 61
Müllges [señor] 76
Nachman [señor] 197
Navarro, Benito 161
Noll, Elisabeth xix, xx, xxviii, xxix, 41, 177, 178, 179, 181, 182, 184, 186, 187,
188, 198, 190, 195, 199, 200, 203, 220, 212, 213, 219, 220, 221, 222, 227, 228, 238,
251, 260
Noll, Else 177
Noll, Ernst 177
Noll, Herbert 177, 211, 213, 250, 266
Noll, Inge 177
Noll, Irmgard 177
Noll, Lotte 177
Ocampo, Sinforoso 247, 249
Ospina, Pedro Nel xviii, xix, 145, 191
Pagenhard, Mary 125, 126
Paulina [cocinera] 143, 148, 181, 203
Pehlke, Ernst xii, xiii, xxiii, xxiv, xxxi, 3, 8, 10, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25,
26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 54, 56, 68,
87, 95, 96, 128, 129, 130, 132, 158, 159, 161, 246, 267

- Pelayo Gil [padre] 161
 Pereira, Estanislao 31, 33, 37
 Philipp [señora] 125, 126
 Pinzón, Carlos 249
 Posada, Juan de Dios 166
 Prüfert, Emil 49, 51, 58, 59, 60, 64, 65, 69, 82, 96, 119
 Radczewski [señor] 3, 4, 116, 172
 Rehbein Peralta, Max 220, 230, 257, 258
 Reissner, Paul 123, 212
 Reinecke, Ernst 64, 65
 Remer, Robert M. 104, 105, 108, 122, 126, 178, 187, 201
 Repchen, Wilhelm 49, 67
 Restrepo, Carlos E. 23, 87, 88, 89, 90, 225, 226, 227
 Restrepo, Enrique 50
 Restrepo, Isaac P. 46
 Restrepo, Luciano 61
 Rettensteiner, Max 173
 Rodríguez, Jorge 46, 144, 145, 146, 182
 Rogge, Friedrich-Karl
 Xxxi, 20, 21, 22, 44, 46, 47, 48, 117, 128
 Rupertus, Heinrich 154, 201, 203, 205
 Sager, Gerhard 71, 73, 74, 75
 Salazar, Inés 81
 Sánchez, Jesús M. 167
 Santamaría, Carlos 89
 Santamaría, Luciano 89
 Scherer [doctor] 189
 Schmelzer, Karl 124
 Schmitt [señor] 129
 Schütte, Fritz 170
 Schütte, Georg 98, 119, 170
 Schütte, Gladys 170
 Sebastiana [cocinera] 31
 Sierra, Jesús María 162
 Sitarz, Anneliese Lotte xi, xix, xxviii, xxix, xxx, 214
 Sitarz, Elisabeth (Noll, Elisabeth)
 Sitarz, Erich 7, 116, 117, 173, 174, 175, 199
 Sitarz, Franz xiv, xvii, xxii, 4, 42, 48, 97, 109, 135, 142, 229, 231, 249, 254, 259, 269
 Sitarz, Fritz 4, 116, 117, 173
 Sitarz, Grete 171, 172

Sitarz, Hans XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXVII, XXVIII, XXII, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, 1, 58, 89, 92, 93, 105, 138, 166, 189, 190, 221,
Sitarz, Hans [hijo] 189, 190, 195
Sitarz [madre] 3, 4, 6, 22, 42, 48, 96,97, 100, 116, 118, 161, 171, 172, 177, 199, 222
Sitarz [padre] XI, XXVII, XXVIII, 48, 171, 174
Smith, Frank D. 240
Smith, Thomas L. 260
Springer, Walter 172, 188, 190
Stapf, Adolf 64, 65, 96, 98
Starck, Carl [señor] 106, 108, 109
Steinvorth, Wilhelm 122
Stockhausen, [señor] 48
Stoltze, Wilhelm 235
Strauss [señor] 108, 110, 122, 124, 127, 128, 231
Strauss, Elsa 124
Thiel, Benito 174
Thiel, Erich xvi, xvii, 46, 52, 53, 54, 57, 60, 67, 69, 82, 83, 85, 90, 93, 97, 98, 99, 103, 104, 114, 118, 122, 148, 171, 174, 175, 176, 195, 213, 221, 222, 228
Thiel [señora] 67, 174, 175, 176
Thiermann [señor] 98
Tobón, Lázaro 254
Toro, Emilio 81
Toro, Rafael G. 267
Torres, [señor] 128
Upegui, Vicencio 72
Urdaneta de Argáez [señora] 252
Uribe del Valle, Daniel 165, 166, 167
Vay [señor] 107
Vásquez Uribe, Pedro 55, 89, 147
Vélez, Luis Alfonso 61, 62, 257
Villa Latorre, Luciano 254
Villegas, Luis Carlos 232, 233
Vogel [señor] 197
Von Ekensteen, [señor] 9
Von Krohn [señor] 110, 128
Von Nuys, Carmen 270
Von Nuys, Federico 270
Warburg, Paul M. XXI, XXII, 197, 198, 217, 222, 223, 227, 229,
Wehdeking Ferdinand 120
Werlich, Guido 172
Wiese [señor] 106, 108

Wünneberg [capitán] 10
Yates [coronel] 217
Yepes, Salvador Jesús 266, 267
Zaumseil [señor] 26, 27, 28, 29, 30, 131
Zinggraff [señor] 122

Como hombre de negocios en Colombia (1911-1929)
se terminó de imprimir en Bogotá,
en diciembre de 2019, en La Imprenta Editores S. A.

Hans Sitarz (1889-1958) nació en Viena y estudió en Stettin. Como hombre de negocios pasó gran parte de su vida en América Latina y los Estados Unidos. Escribió su autobiografía a comienzos de los años cincuenta. La presente obra recoge extractos de sus anotaciones personales, traducidas al español, las cuales abarcan un importante período de su vida: entre 1911 y 1929, lapso que vivió en Colombia. Como complemento, se adjuntan dos informes suyos sobre el país que datan de 1942-1943 y 1944. Sitarz relata su ascenso desde su cargo inicial (como simple empleado subalterno) a director de banco (con amplias facultades de decisión); aspectos de su trayectoria; las empresas en las que laboró; la cultura empresarial; así como las personas con las cuales trabajó. Además, describe la economía, la sociedad y las costumbres de las regiones visitadas. Sitarz no solamente era un hombre de negocios sino también un etnógrafo y viajero apasionado.

bi-

CENTENARIO DE
UNA NACIÓN
EN EL MUNDO

